La verdadera historia del grupo de pequeños inversores, trolls y antisistema que puso de rodillas a Wall Street
La red antisocial
Ben Mezrich
Traducción de Mercedes Vaquero
DEUSTO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Nota del autor
PRIMERA PARTE
- Capítulo uno
- Capítulo dos
- Capítulo tres
- Capítulo cuatro
- Capítulo cinco
- Capítulo seis
- Capítulo siete
- Capítulo ocho
- Capítulo nueve
- Capítulo diez
- Capítulo once

SEGUNDA PARTE
- Capítulo doce
- Capítulo trece
- Capítulo catorce
- Capítulo quince
- Capítulo dieciséis
- Capítulo diecisiete
- Capítulo dieciocho
- Capítulo diecinueve
- Capítulo veinte
- Capítulo veintiuno
- Capítulo veintidós

TERCERA PARTE
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro
Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Después
Agradecimientos
Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

A principios de 2021, un grupo poco coordinado de inversores privados y troles de internet, que intercambiaban mensajes sobre acciones y mercados en una página web, consiguió algo inesperado: tumbar uno de los *hedge funds* más importantes de Wall Street. Fue el primer disparo de una revolución que amenaza con acabar con el sistema financiero tal y como lo conocemos.

Este libro vertiginoso y osado reconstruye la historia de ese acontecimiento inédito. Sus protagonistas son titanes de la inversión, millonarios como Elon Musk, los creadores de la herramienta de inversión Robinhood y muchas personas anónimas con vidas normales.

Todos ellos, durante cuatro días, libraron una batalla en torno a GameStop, una cadena de tiendas de videojuegos y electrónica cuyas acciones se dispararon. Lo que empezó siendo una broma *online*, con emoticonos y memes, acabó poniendo en jaque al sistema y reportando beneficios millonarios a los participantes.

Como si se tratara de un *thriller*, *La red antisocial* desvela algunas de las debilidades y oportunidades del sistema financiero, y relata la capacidad de unos cuantos individuos para subvertirlo. ¿El objetivo? Que, por una vez, David gane a Goliat y se lleve sus beneficios.

La red antisocial

La verdadera historia del grupo de pequeños inversores, trolls y antisistema que puso de rodillas a Wall Street

Ben Mezrich

Traducción de Mercedes Vaquero Granados

EDICIONES DEUSTO

Para Asher y Arya, que prácticamente vivían en el GameStop de Boylston hasta que llegó la pandemia;
y para Bugsy, que siempre estaba a su lado

Nota del autor

Basada en decenas de entrevistas, múltiples fuentes en primera persona, horas de testimonios y miles de páginas de documentos, incluidas las actas de varios procesos judiciales, *La red antisocial* es una narración dramatizada y descriptiva de uno de los momentos más singulares de la historia de Wall Street. Aunque hay opiniones diferentes y a menudo polémicas sobre algunos de los acontecimientos de la historia, he reconstruido en la medida de mis posibilidades las escenas del libro basándome en la información que he descubierto. Algunos diálogos han sido recreados. En ocasiones, he alterado ciertas descripciones y nombres de personajes a petición de mis fuentes para proteger su privacidad.

A pesar de que a lo largo de los años he pasado muchas horas recorriendo los pasillos de mi tienda GameStop local —después de todo, en mi veintena fui un adicto a los videojuegos, alcancé la mayoría de edad en la era de Pac-Man y Donkey Kong, y tengo un hijo de once años capaz de nombrar a todos los personajes de Fortnite y Roblox—, puedo decir honestamente que nunca esperé escribir un libro que girara en torno a la compañía o, al menos, a sus acciones. Como muchas personas en todo el mundo —atrapadas en casa durante el apogeo de la pandemia— asistí con una mezcla de asombro y diversión a las turbulencias del mercado, que llegaron a su punto crítico la semana del 25 de enero de 2021. No había duda de que estaba ocurriendo algo espectacular: una historia de David contra Goliat en la que un variopinto grupo de inversores aficionados, *gamers* y trolls de internet se enfrentaba a uno de los mayores fondos de inversión de alto riesgo de Wall Street. Pero no empecé a pensar que también se trataba de algo significativo hasta que profundicé en la historia; que lo que todos

estábamos viendo, sentados en nuestros sofás, en cuarentena, con mascarilla y socialmente distanciados, era la primera bala al aire de una revolución, una que amenaza con cambiar drásticamente el *establishment* financiero tal como lo conocemos.

Cuanto más profundizaba, más creía que el origen de la batalla que impulsó el precio de la acción de GameStop hasta un máximo de 500 dólares antes de la apertura del mercado el día 28 de enero se remontaba a Occupy Wall Street y más allá, cuando la ira contra los grandes bancos y los estragos causados por la última crisis económica se convirtieron en protestas y sentadas en gran medida estériles. Al mismo tiempo, el auge de GME también podría considerarse la culminación de un movimiento populista que comenzó con la intersección de las redes sociales y el crecimiento de portales financieros simplificados y democratizadores, tecnología que debilitó los pilares del viejo mundo que apuntalaban el *establishment* financiero, representado por el mayor advenedizo del negocio, Robinhood, y sus millones de devotos, mileniales en su mayoría.

Lo que me parece seguro es que esta primera y revolucionaria bala al aire —dirigida directamente contra Wall Street, si no desde Main Street,[1] desde el sótano de un operador aficionado a pocas manzanas de distancia— es sólo el principio. Aquellos pilares del viejo mundo que protegían a los trajeados y encorbatados del populacho ya no parecen tan firmes. Se ha iniciado un cambio radical, justo al lado de la revolución de las criptomonedas, con implicaciones filosóficas muy similares.

Es imposible saber adónde conducirá este cambio; cómo responderá Wall Street, si lo que ahora se ha desatado en las redes sociales puede incluso contenerse. Pero históricamente, las revoluciones alimentadas por la ira tienden a ir en la misma dirección. En algún momento, cuando los pilares empiezan a temblar, los muros caen de manera inexorable.

PRIMERA PARTE

Hay *deep value*, y luego hay la hostia de *deep value*.[1]

KEITH GILL

Capítulo uno

26 de enero de 2021

Las 16.08 horas.

Una oficina con paredes acristaladas situada en el vigesimosegundo piso de un rascacielos de la avenida Madison. Desolada, vacía, luz tenue, las mesas de operaciones desocupadas, alineadas y sin vida, como guerreros de terracota de alta tecnología, las sillas en su sitio y los terminales Bloomberg apagados. Un lugar que un año antes habría desbordado de actividad; el palpitante corazón sito en el centro de uno de los fondos de inversión de alto riesgo más poderosos y de mayor éxito del mundo. Ahora, silencioso, junto con todas las demás oficinas en todos los demás rascacielos del alfiletero que era Nueva York.

A casi 2.000 kilómetros de distancia, unido a ese núcleo durmiente por un sistema circulatorio de torres de telefonía móvil, satélites y cables de fibra óptica que de alguna manera aún funciona, el mundo de Gabe Plotkin tocaba a su fin.

«Esto no puede estar pasando.»

Tenía empapada la camisa Oxford confeccionada a medida, y la corbata parecía un nudo corredizo alrededor del cuello, moviéndose arriba y abajo con cada latido exagerado de su pulso, que se aceleraba con rapidez. Ya se había quitado la chaqueta, que colgaba de un lado de la silla, aunque eso no había supuesto ninguna diferencia. Si en lugar de en esa habitación de la casa que había alquilado en Florida durante la pandemia, hubiera estado sentado a su mesa de la oficina de la avenida Madison, fuera del ventanal que tenía detrás habrían estado a bajo cero —el tipo de vista reservada generalmente para banqueros de Wall Street y que seguía siendo asombrosa a pesar del escaso tráfico que serpenteaba

por el alfiletero del centro de la ciudad y entre las aceras vacías debido a la COVID-19—, y habría bajado la calefacción lo máximo posible.

Pero en Florida, regueros de sudor le corrían por la nuca y humedecían las costuras de sus calcetines de llamativo diseño.

«Imposible.»

Mientras miraba fijamente la pantalla del ordenador que tenía delante, Gabe tenía los ojos llorosos. El gráfico que veía era inconcebible y, sin embargo, ahí estaba, una escarpadísima montaña que se alzaba como el Everest allí donde no debería haber ninguna. Mientras miraba —en la parte inferior de la pantalla los segundos transcurrían, representando mediante gráficos los primeros minutos de las operaciones fuera de horario en una tarde de martes que, por lo demás, no tenía nada de especial—, la montaña incluso crecía delante de sus ojos, de forma exponencial, cada vez más empinada, amenazando con salirse de la parte superior de la maldita pantalla.

«¡Qué desastre!»

Desconcertado, Gabe se recostó en la silla. Ya había visto antes operaciones que se iban al traste; qué diablos, llevaba en el negocio el tiempo suficiente para saber que las empresas que cosechan éxito de verdad se definen por la forma en la que afrontan posiciones fallidas, no por cómo lo celebran cuando las cosas van bien. Como todo buen operador, había aprendido esa lección por las malas.

S.A.C. Capital Advisor, de Steve Cohen, había contratado a Gabe hacía catorce años. En aquel momento, S.A.C. era uno de los gigantes financieros más famosos de Wall Street, con 16.000 millones de dólares bajo su gestión. Antes de verse involucrado en un escándalo de uso de información privilegiada en 2013, era el fondo de inversión de alto riesgo de mayor rendimiento de su época. Durante la primera mitad de 2007, Gabe comenzó una carrera meteórica en S.A.C., convirtiendo un fondo de 450 millones de dólares en un tesoro de 1.000 millones, señalándolo como uno de los mejores operadores de Wall Street. S.A.C. empezó a darle cada vez más dinero para que lo invirtiera cuando, de repente, las

posiciones de Gabe se habían enredado en un sube y baja hasta despeñarse. Al final de aquel verano, había perdido el 80 por ciento de sus inversiones. Fue un momento existencial: muchos operadores habrían claudicado. Pero Gabe demostró su resiliencia. Se levantó, se limpió la sangre de la nariz y se puso un trozo de carne congelada sobre los ojos golpeados y magullados. Aprendió a confiar en su modo de proceder, a reevaluar de forma continua sus posiciones en un entorno que cambia con rapidez. A finales de aquel mismo año había recuperado todo el dinero perdido, y más.

Durante los seis años siguientes, se convirtió en uno de los mejores operadores de S.A.C. Cuando a raíz de la investigación de la Comisión de Bolsa y Valores [SEC, por sus siglas en inglés] que puso a S.A.C. patas arriba —que dejó prácticamente intacto al propio Steve Cohen, pero envió a la cárcel a un par de sus operadores—, llegó el momento de que Gabe abriera su propio negocio, recaudó con rapidez 1.000 millones de dólares, parte de ellos procedentes de la nueva manifestación de Cohen, Point57. Después de eso, Gabe no había vuelto a mirar atrás. Había creado un equipo diverso con las personas adecuadas, que podían operar al más alto nivel, humildes pero dispuestas a trabajar duro.

Entonces, ocho años después, Melvin Capital era uno de los fondos de inversión de alto riesgo más importantes de Wall Street. Desde su creación en 2014, Melvin había logrado una rentabilidad anual del 30 por ciento hasta 2020; en 2020, la empresa había subido un 52,5 por ciento neto. La estrella de Gabe se había convertido en una supernova; según se dice, sólo el año anterior había ganado personalmente más de 800 millones, y estaba recogiendo con rapidez los pertrechos de su creciente posicionamiento en la cima de la hegemonía bancaria. También era propietario minoritario de un equipo deportivo profesional, los Charlotte Hornets, lo que le convertía en socio de Michael Jordan —«¡Michael Jordan!»—, uno de sus ídolos de infancia. Tenía un lujoso apartamento en el East Side y, por supuesto, una mansión frente al mar de Miami. En realidad, una no había sido lo bastante grande, así que por 44 millones de dólares había comprado dos contiguas con la intención de derribar una para hacer sitio a una

pista de tenis, una cabaña y un parque infantil. La propiedad incluía un muelle privado, por lo que Gabe se vio obligado a adquirir un barco, porque ¿de qué sirve un muelle sin una embarcación? De hecho, ¿qué titán de los fondos de inversión de alto riesgo que se precie, con 13.000 millones de dólares bajo su gestión, no tiene un barco?

Pero al mirar la pantalla y ese Everest digital en ascenso, un nauseabundo píxel tras otro, los pensamientos sobre palacios en Miami, partidos de baloncesto con Michael Jordan y muelles privados lamentablemente sin barco estaban lejos de la mente de Gabe.

Lo que estaba viendo no era posible; sin embargo, era inconfundible: a pesar de toda lógica y razón, a pesar de los meses de intensa investigación, a pesar de las numerosas y desmoralizadoras horas de escudriñar informes financieros y de llamadas telefónicas con analistas y expertos, estaba a punto de sufrir la mayor pérdida de su carrera.

Una pérdida tan grande que podría destruir todo lo que había construido. Más que eso, a Gabe le preocupaba que pudiera activar una señal de alarma que resonaría en todo Wall Street, con ramificaciones que se dejarían sentir durante muchos años.

Al parecer, en cuestión de días, Melvin Capital —a la que Gabe había puesto ese nombre en honor a su abuelo, propietario de una tienda de comestibles y uno de los hombres más honestos y trabajadores que había conocido nunca— había perdido casi 5.000 millones de dólares, gran parte de ellos en las últimas veinticuatro horas. Todo ello, en una sola acción de una empresa que era casi demasiado ridícula para nombrarla. Una acción que debería caer en picado y en cambio subía como la espuma.

Gabe, uno de los hombres más poderosos de Wall Street, acababa de ser derrotado por una fuerza invisible. Algo que, pronto aprendería, crecía en los rincones más profundos y oscuros de las redes sociales: una revolución que disparaba su primera bala a la proa del *establishment*. Y tal vez la mayor indignidad de todo esto era que el tiro de gracia lo había descerrajado hacía sólo unos minutos un único tuit escrito por el mayor troll de internet.

Gabe cerró los ojos. Los pensamientos sobre barcos, Jordan, Miami parpadeaban y se enredaban como imágenes de un rollo de película que se hubiera desprendido del proyector. Respiró profundamente y apagó el ordenador.

Luego tomó el teléfono móvil.

Capítulo dos

Diciembre de 2020

Seis semanas antes, a 640 kilómetros de distancia, Jeremy Poe, de veintidós años y con una constitución similar a la de una percha de alambre que alguien hubiera desmontado y extendido para entrar por el hueco de la ventanilla de un coche cerrado, se encontraba solo ante una mesa metálica de estilo institucional en la parte delantera del vasto salón presidencial del Washington Duke Inn and Golf Club, preguntándose cómo demonios se había llegado a eso.

Lo único que sabía con certeza era que aquello no era lo que se suponía debía ser su último año de universidad. Había visto todas las películas y leído todos los folletos. El último año debía consistir en un continuo de bares, fiestas y bailes, tal vez un romance o dos, tardes pasando el rato en el césped con los colegas y reuniones en su habitación que durasen toda la noche, hasta que la luz de la mañana entrase por la ventana y sonara la alarma indicándole que llegaba tarde a clase, pero, en realidad, a quién le importaba, era el último año, el suspiro final antes de terminar la universidad y darse de bruces con el mundo real.

En cambio, estaba en un gigantesco salón de baile junto con una docena de sus compañeros de clase, alineados en filas escalonadas y socialmente distanciadas bajo elegantes lámparas de araña de las que colgaban lágrimas de cristal. Todos ellos esperaban su turno en aquella mesa de acero aterradoramente estéril y llena de viales, frascos de muestras y gel desinfectante.

A unos metros de distancia, una enfermera de ojos verdes, que bien podían ser azules, observaba a Jeremy. Al menos, Jeremy creía que debía de ser una enfermera. Llevaba mascarilla, protector

facial y guantes de goma; aunque, por otra parte, también lo llevaba mucha gente dentro del salón de baile, así como en el campus y en las calles de Durham, y, para el caso, en televisión, en los periódicos y en casi todas partes. «Alta costura en la era de la COVID-19.» Pero esa mujer llevaba asimismo una bata, lo que significaba que lo más probable era que supiera lo que hacía. Y a pesar de la forma en la que la luz de las lámparas de araña salpicaba patrones oscuros en el protector facial, podía ver la impaciencia en sus ojos azules, verdes o verdeazulados.

Mientras se preparaba para la tarea que tenía por delante, Jeremy ofreció una sonrisa de disculpa. No llevaba protector, y se había colocado la mascarilla bajo la barbilla, pero sólo por la cosa de quince centímetros de largo y rematada con una horrible punta de algodón que llevaba en la mano derecha. Una cruel vuelta de tuerca a la brocheta de las fiestas, aunque a juicio de Jeremy, aquello era lo opuesto a una fiesta de último año.

Al menos, el salón de baile era ligeramente festivo; la alfombra bajo sus pies era exuberante y estaba decorada con motivos rojos y azules, y había gruesas cortinas de terciopelo alrededor de las numerosas ventanas que daban a uno de los principales campos de golf de Carolina del Norte. Por supuesto, también había lámparas de araña que —como medusas congeladas con relucientes tentáculos que ondeaban con la brisa de los circuladores de aire diseñados especialmente y colocados en el perímetro de la sala— brotaban del techo ridículamente alto.

—No es para tanto —aseguró la enfermera con la voz apagada por la mascarilla—. Sólo tienes que metértelo en la nariz, darle unas cuantas vueltas y dejarlo en el contenedor de muestras de la mesa.

Jeremy intentó pensar en algo ocurrente que decir, pero decidió que no era el momento adecuado. Resultaba difícil ser afable cuando estabas a punto de meterte algo en la nariz. Sin duda, era mejor que la prueba que solían utilizar en primavera, antes de que cerrara el campus cuando llegó la COVID-19. Aquel maldito hisopo era el doble de largo, y había que metérselo hasta el cerebro.

A decir verdad, Jeremy tenía mucho palique y se le daba bien hacer reír a la gente; si en lugar del hisopo que tenía que meterse por la nariz hubiera estado sosteniendo una brocheta de cóctel, quizá habría tenido la oportunidad de conseguir al menos una reacción positiva por parte de la enfermera. Por otra parte, a pesar de que no era tímido, sí era extravagante, con una personalidad idiosincrásica; y aunque durante sus tres primeros años en Duke había hecho algunos buenos amigos, había esperado con ganas ese último año para construirse ese entramado social y petarlo a lo grande.

Cuando pensaba en ello, sabía que su rareza no era del todo culpa suya. En una palabra, su educación había sido única. No muchos niños pueden decir que se han criado en un barco, recorriendo la costa de Florida cuando no moviéndose en zigzag entre varias islas del Caribe. Durante gran parte de su infancia, su trayecto matinal había requerido tablas de mareas y tarifas de atraque, y los únicos compañeros de verdad con los que había contado fueron los miembros de su familia: su padre, su madre y su hermano pequeño, Casper. En un catamarán de 13 metros de eslora no se adquieren muchas habilidades sociales normales; cuando llegó a la secundaria y entró en un instituto, ya había desarrollado ciertos hábitos excéntricos. Desde entonces había trabajado mucho en su personalidad y había conseguido controlar gran parte de su ansiedad y torpeza social.

Aun así, en las circunstancias más ideales, siempre le había resultado difícil romper el hielo con desconocidos, y esta circunstancia en particular distaba mucho de ser ideal. De momento, a lo máximo que llegaba era a una amable sonrisa.

Debido a la mascarilla, no supo si la enfermera se la devolvió, pero se lo tomó como una victoria. Volvió a centrar la atención en el hisopo, se lo metió en la nariz y lo giró confiado.

Veinte minutos más tarde, mientras se sacudía los restos de una fuerte llovizna de la sudadera con capucha y se quitaba las zapatillas deportivas en el vestíbulo de su económico apartamento

de estudiantes fuera del campus, a Jeremy todavía le picaba la nariz. El Dunworthy Pines, un enorme complejo de viviendas de varios pisos de altura en la zona sur de Durham, no era ni de lejos tan llamativo como su nombre, y a Jeremy le hacía pensar en una telenovela: gente guapa interpretando dramáticas historias mientras se reúne en biquini y bañador alrededor de una lujosa piscina comunitaria. En realidad, no estaba tan mal. En efecto, había una piscina, e incluso un lago artificial que cuando las persianas no estaban cerradas podía ver a través de las puertas correderas de cristal del otro extremo del comedor. Y los jardines que rodeaban el lago estaban bastante cuidados, un laberinto de arbustos bajos y árboles podados surcado por senderos adoquinados y empedrados para caminar. Pero aunque Dunworthy Pines estaba lleno de universitarios que como Jeremy habían optado por evitar las habitaciones del campus principal de la universidad, donde los alumnos vivían apiñados, no había ninguna reunión en marcha, al menos que él supiera. En su mayoría eran desconocidos con los que compartía pasillos, todos ellos escondidos detrás de mascarillas y campos de repulsión invisibles de metro y medio, haciendo todo lo posible por guardar las distancias.

Cuando llegó al campus, Jeremy se sintió bastante solo, que era mucho decir para un chico que había crecido en un barco. Pero entonces, a instancias de su padre, tomó la iniciativa de crear una burbuja con algunos de sus compañeros de clase que casualmente vivían en el mismo complejo. Dos pisos por encima de Jeremy, estaba Karl, uno de sus mejores amigos en Duke, un estudiante de Filosofía aficionado a las artes marciales que había enseñado a Jeremy a luchar y a llevar un estilo de vida saludable, ayudándole a mantenerse físicamente en forma a pesar de lo centrado que estaba en los estudios. Josie, la novia de Karl, era mejor luchadora que Jeremy o Karl y estudiaba Matemáticas Aplicadas y Economía. Un tercer compañero, Michael, al que Jeremy había conocido en clase de Álgebra Lineal Avanzada, compartía la doble licenciatura de Jeremy —Matemáticas y Psicología—, lo que significaba que también tenían en común una inclinación a sentirse desgraciados, unida al afán por averiguar por qué perseguían dicha miseria.

Entre la burbuja de Jeremy, que se reunía dos veces por semana, y su carga lectiva, que incluía materias como Estadística Bayesiana, Aprendizaje Automático Probabilístico y el Cine de la Psicopatología, casi era posible olvidar que el mundo exterior se había detenido.

Mientras entraba en el apartamento, Jeremy se quitó la capucha, liberando la maraña de pelo rojizo que brotaba por encima de su ancha frente como una especie de halo demente de color óxido. Aunque en su propio detrimento, en los últimos meses había intentado cortarse él mismo el pelo unas cuantas veces; no había ido a la peluquería desde antes de la COVID-19. Por otra parte, una de las ventajas de una pandemia es que cuando la mayor parte de tu vida social transcurre a través de un pequeño cuadrado flotante en la pantalla de un ordenador portátil, el aspecto no importa demasiado. Zoom es el gran ecualizador, y una buena webcam de alta definición siempre gana a un buen corte de pelo.

Jeremy se adentró en el apartamento y mientras avanzaba sacó el móvil del bolsillo. Una lucecita verde en un altavoz colocado a media altura de una estantería que separaba el vestíbulo del comedor le indicó que estaba a dos pasos de la magia del *bluetooth*, con un simple movimiento de dedo hizo que la aplicación de música de su teléfono cobrara vida.

Como siempre, la lista de reproducción estaba preparada para que sonara su canción favorita, y como explosivos bucles de invisible confeti electrónico surgieron descontrolados del altavoz los primeros acordes hipercinéticos de un pop japonés muy frenético. Por supuesto, Kanako Itō, porque desde hacía más o menos un año era casi siempre Kanako Itō. Su verdadero nombre era Itō Kanako —en japonés se pone primero el apellido—, una de las muchas cosas que Jeremy había aprendido a medida que su amor por el anime y, en concreto, por una serie titulada *Neon Genesis Evangelion*, se había convertido prácticamente en una obsesión. Jeremy había visto *Evangelion* en una maratoniana sesión después de que un primo al que le gustaba mucho viajar lo iniciara en la producción televisiva japonesa de mediados de los noventa.

El argumento de la serie de anime —que además de los veintiséis episodios originales incluía manga, películas y videojuegos— es complejísimo, y comprende un apocalipsis global, enormes biorrobots que luchan contra monstruos aún mayores, misticismo, imaginería judeocristiana y mucha angustia adolescente. La serie se volvía aún más impenetrable porque Jeremy la había visto por primera vez en japonés original, que no hablaba; pero, aun así, había llegado a la conclusión de que era una auténtica obra maestra, y con frecuencia postulaba que era un milagro que se hubiera hecho algo tan bueno. Había pasado muchas horas intentando descifrar la historia y sus temas utilizando todas las fuentes de internet a su disposición, algo que lo había llevado a profundizar aún más en el anime y a descubrir innumerables series, como *Kaguya-sama: Love is war!*, *Nicky, la aprendiza de bruja*, y la serie de novelas visuales *Science Adventure*, incluidas *Steins;Gate* y *Robotics;Notes*, cuyas cuarenta horas se había tragado en tres o cuatro días.

Del anime pasó a la música: Kanako Itō, Kikuo, pop y metal. Mientras al final de su penúltimo año de carrera escribía un trabajo sobre la teoría de números algebraicos, había escuchado un único álbum de metal japonés quince veces seguidas a lo largo de una semana, durante la cual para hacer fluir su creatividad había hecho repetidos descansos para bailar, dejándose llevar por la música como una marioneta.

En ese momento, mientras se dirigía al escritorio de la esquina junto a las puertas de cristal donde le esperaba el ordenador, no bailaba; pero bajo la sudadera llevaba puesta la camiseta de *Neon Genesis Evangelion*, y en la mesa de cristal y cromo, junto al teclado del portátil, había al menos un libro de manga.

El escritorio en sí —brillante, transparente, lustroso, con patas retráctiles y demasiados pies con ruedas— podría haber servido en caso de apuro de robot de batalla mecanizado; Casper, su hermano, había montado el maldito trasto cuando Jeremy se mudó al apartamento. Algo que a él le habría llevado varios días y que Casper hizo en un rato. De los dos, Casper siempre había sido el de

mayor espíritu práctico, lo que probablemente fuera el motivo por el que había elegido estudiar Ingeniería Civil, mientras que Jeremy había seguido un camino más teórico. Así que ambos se habían centrado en las matemáticas en la misma universidad, pero pese a estar separados por sólo dos años, incluso antes de la pandemia apenas se habían cruzado.

A diferencia de Jeremy y a pesar de la COVID-19, Casper había elegido vivir su segundo año en un dormitorio del campus porque quería estar más cerca de sus amigos. Por lo que Jeremy había vivido en las primeras semanas del semestre de otoño —un aluvión de cuarentenas, pruebas semanales, requisitos de distanciamiento social—, por muy aislado que él estuviera, no parecía que Casper lo tuviera mucho mejor. Jeremy no había tardado en darse cuenta de que ya fuera en una residencia de estudiantes rodeado de compañeros o en un apartamento rodeado de desconocidos, una pandemia es algo que se vive a solas.

Cuando se sentó en la silla frente al escritorio, se quitó la mascarilla de la barbilla y la lanzó a una papelera cercana. Falló por casi un metro, y el revoloteo de papel arrugado de uso medicinal aterrizó junto a una pila de ropa sucia. Tarde o temprano la llevaría a la lavandería compartida en el sótano del complejo residencial; quién sabe, tal vez tendría suerte y habría alguien en alguna de las otras lavadoras. Quizá llegara a mantener una conversación en persona, actividad que recordaba vagamente y que implicaba un verdadero intercambio de pensamientos convertidos en palabras, pensamientos que incluso podrían no tener nada que ver con el coronavirus, el uso adecuado del EPI o el ritual de las pruebas, pensamientos comunicados sin el uso de un software informático o de un *router* inalámbrico.

Sonrió ante la idea, y encendiendo la pantalla en modo reposo, empezó a teclear en el portátil. A su derecha, más allá de la colección de manga, había una pila bastante imponente de libros de texto de matemáticas, la mayoría con títulos que habrían aterrorizado a cualquier persona con la que se cruzara en una lavandería, incluso en una universidad como la de Duke. Junto a los libros, un cuaderno de papel rayado de color amarillo, cuyas

primeras páginas estaban llenas con el inicio de un problema que les habían dado para resolver incluso antes de que empezara el siguiente trimestre. Pero en ese momento, mientras sus dedos danzaban por el teclado, no pensaba en los deberes, ni en el anime, ni siquiera en amables e imaginarios desconocidos con los que mantener conversaciones igual de imaginarias que no tuvieran nada que ver con la COVID-19 en cuartos de la colada menos imaginarios.

En cambio, su atención se centraba en el ordenador portátil, que desde el comienzo de ese último año de universidad se había convertido prácticamente en el centro de su universo. No sólo porque era allí donde pronto asistiría a clase y realizaría gran parte de su vida social. Al margen de la universidad y de su red de amigos y familiares, hacía poco había descubierto una nueva actividad que le ocupaba cada vez más tiempo. Interés que había comenzado como curiosidad, progresado hasta convertirse en una especie de afición y junto con su pasión por el anime, el pop japonés y la introspección inductora de la ansiedad, se estaba convirtiendo con rapidez en otra de sus obsesiones.

Siguió tecleando mientras sacaba de nuevo el móvil del bolsillo y lo colocaba encima del libro de manga. Con un hábil movimiento del pulgar, la pantalla del teléfono pasó de la biblioteca de música a otra aplicación, volviéndose color verde hoja, sólo interrumpido por una imagen a un tercio de la parte superior: una pluma, como si flotara hacia abajo de la pantalla, arrancada del ala del sombrero de algún personaje de cuento.

Algo en esa imagen provocaba en Jeremy un subidón de adrenalina; suponía que se trataba de una reacción pavloviana que implicaba un diminuto chute de dopamina de alguna estructura sobrecargada de su cerebro. No tenía ninguna duda de que la gente que había diseñado aquella pantalla había pasado horas contemplando colores, tonos e imágenes; en alguna parte había leído que cuando diseñaban sus salas de juego, los casinos empleaban a docenas de científicos para encontrar la perfecta combinación de iluminación, materiales, decoración, incluso olores para atraer a sus clientes a un nivel subliminal y primario. No tenía

ni idea de si los que estaban detrás de la aplicación de su teléfono habían llegado a extremos similares a la hora de diseñar la pantalla de inicio. De lo que estaba seguro era de que cada vez que echaba un vistazo a su móvil, eso le afectaba del mismo modo que cuando escuchaba los primeros acordes de su canción preferida de Kanako Itō.

Pero antes de ceder a la repentina necesidad de pasar la pantalla de inicio y meterse de lleno en la aplicación, volvió a centrar su atención en el portátil. En el poco tiempo que había transcurrido desde que se había sentado a la mesa, ya había revisado el correo electrónico y dejado de lado un par de documentos de Word y un proyecto de matemáticas que tenía en marcha. Entonces otra cosa dominaba el centro de la pantalla, y en cuanto sus ojos empezaron a escanearla, descubrió que estaba sonriendo.

Jeremy sabía que en la vida real podía ser bastante extravagante y, a veces, autolimitante en sus interacciones con los demás. Pasatiempos como la matemática teórica, el anime y un saludable miedo a la COVID-19 no se prestaban a desarrollar una red de amigos demasiado grande. Pero atrapado en su apartamento, con la música pop japonesa a todo volumen y los deberes de matemáticas acumulándose, recientemente había encontrado algo más para ocupar el lugar de un grupo de amigos. La pantalla que tenía delante había dejado de ser una herramienta bidimensional que le conectaba con lugares y personas que solía visitar y ver. Se había convertido en un portal a una comunidad del todo nueva; una colectividad cada vez más real y abarcadora, aun cuando de día en día el mundo real se estaba volviendo más extraño y antisocial.

Escudriñando la pantalla al tiempo que su sonrisa resplandecía cada vez más, se inclinó hacia delante.

«Muy bien, colegas retrasados y patanes —susurró para sí mismo—. ¿Qué tenéis hoy para mí?»

Capítulo tres

Wilmington (Massachusetts).

Un poco antes de las seis de una noche gélida, la típica tarde de Nueva Inglaterra en la que el aire es tan frío que podías ver el viento tanto como sentirlo. Una bonita calle escondida en la esquina de un frondoso y adormecido suburbio, a veinte minutos en tren del centro de Boston.

El tipo de lugar en el que cierras los ojos y pasan dos décadas sin darte cuenta.

Keith Gill, de treinta y cuatro años, pómulos pronunciados, penetrantes ojos castaños y una magnífica melena hasta los hombros, con tendencia a convertirse en un corte *mullet* vista de perfil, permanecía de pie sobre la hierba congelada de su jardín del tamaño de una postal, tensionando los brazos para subir a su hija de dos años a la parte superior del tobogán de plástico situado a la sombra de su casa de tres habitaciones. Su hija sonreía de la forma en la que sólo un niño de dos años puede hacerlo en la parte superior de un tobogán: una expresión de pura alegría teñida de expectación, sin el menor atisbo de miedo. Sólo quería bajar rápido por el tobogán, muy rápido, tan rápido como fuera posible.

Sin duda era algo que había heredado de su padre, que desde que tenía memoria había sido rápido y se había esforzado por serlo aún más. Incluso entonces, a mitad de la treintena, cada célula de su cuerpo sentía la chispa de esa energía cinética latente. De niño, estarse quieto le parecía lo más difícil del mundo; desde antes de lo que podía recordar, había canalizado ese impulso reprimido corriendo. Se limitaba a señalar una dirección y echaba a correr. Con doce años ya se había labrado una reputación como el niño más rápido del barrio.

Entonces era muy diferente: Brockton, una versión más obrera

de Wilmington, donde se había criado Keith siendo uno de los tres hijos de un padre que trabajaba de camionero y una madre enfermera titulada. Brockton no era rico, ni elegante, ni bonito, pero era un lugar extraordinariamente altivo, el tipo de sitio que sólo miraba por encima del hombro el tiempo suficiente para dar un buen codazo. Un lugar lo bastante engreído para calificarse a sí mismo como «la ciudad de los campeones», y que se negaba a renunciar al título incluso después de que la cercana Boston y su veterano alcalde Menino señalaran que todos los desfiles de campeones pasarían por la calle Boylston, no por la Ruta 28. Tom Brady era el jugador de fútbol americano más grande de la historia, y tipos como Bourque, Bird y Ortiz podían hacer milagros, cualquiera de Brockton te diría de dónde son los verdaderos campeones. Tipos como Rocky Marciano y Marvin Hagler, que se abrieron paso desde un instituto público. Junto a ellos, Keith Gill, que gravitó hacia el atletismo porque no era lo bastante bueno para jugar al béisbol profesional, ni lo suficientemente grande para dedicarse al fútbol americano y demasiado buenazo para jugar al hockey. Además, maldita sea, era rápido.

En poco tiempo, el chico más rápido del barrio se convirtió en el más rápido de su ciudad natal. Luego fue el más rápido del Brockton High School, y cuando se matriculó en la cercana universidad Stonehill College, ya era conocido como una de las mayores promesas del atletismo del estado. En Stonehill siguió acumulando récords: corrió los 800 metros en pista cubierta en 1 min 52 s. Los 1.000 metros, un pelo por encima de los 2 min 24 s. Y una milla en 4 min 03 s, que lo situó en la élite de los corredores universitarios. Menos de diez mil quinientas personas en el mundo habían corrido 1 milla en cuatro minutos, y Keith estaba a un suspiro de conseguir el título de atleta del año en pista cubierta de la segunda división, y de aparecer, junto con su hermano Kevin, también atleta, en las páginas de la revista *Sports Illustrated*.

De no haber sido por una combinación de graves lesiones relacionadas con el tendón de Aquiles y un persistente episodio de mononucleosis, no se sabe adónde le habría llevado a Keith su velocidad innata. Tal vez podría haber seguido su sueño y hacer

carrera como atleta profesional. No obstante, Keith era plenamente consciente de que no era lo mismo dedicarse al atletismo que ser jugador de fútbol o de hockey profesional. Uno no se retira rico por correr rápido.

Keith volvió a inspirar el aire gélido, retrocedió para observar a su hija mientras se inclinaba hacia delante y se lanzaba por el frío tobogán de plástico. Su chillido cortó el aire de la noche, lo que hizo sonreír a Keith. A través de la ventana del primer piso que daba a su compacta cocina, pudo ver también sonreír a Caroline, su mujer.

No era 1 milla en cuatro minutos, pero para alguien que se había criado donde lo había hecho él, le podría haber ido mucho peor que la vida tranquila y sencilla que había construido para sí mismo. Una casa —alquilada, pero al fin y al cabo un hogar—, una esposa, una hija, un empleo. No es que fuera el trabajo de sus sueños, nadie soñaba con trabajar para una compañía de seguros de segunda categoría como Mass Mutual y, desde luego, nadie fantaseaba con lo que Keith hacía en el día a día, que consistía en desarrollar un programa de clases de educación financiera que los asesores financieros —gente que ganaba el doble y que había estudiado en mejores universidades que él y que probablemente había crecido con padres mucho más ricos, aunque de ninguna manera podía ni de lejos correr 1 milla en cuatro minutos— presentaban a posibles clientes.

Ni siquiera Keith estaba del todo seguro de cómo había acabado en Mass Mutual. En resumidas cuentas, 2009 no había sido el mejor año para graduarse en la universidad y buscar trabajo. A pesar de ser el primero de su familia en obtener un título de cuatro años, graduarse en Stonehill no le había abierto precisamente las puertas a un futuro fácil. Un chico de Brockton con pocos contactos no tenía muchas opciones, y estar tan cerca de Boston tenía tantas ventajas como inconvenientes. Competir con los cerebritos de Harvard y Tufts y los niños ricos de la Universidad de Boston por el puñado de puestos disponibles no había sido fácil: entre 2009 y 2017, Keith se había pasado la mayor parte del tiempo en paro. Cuando a principios de 2019 consiguió el

trabajo en Mass Mutual, llevaba casi dos años sin empleo.

No era una situación ideal, pero ponía comida en la mesa y, según se decía a sí mismo cada día (antes de la pandemia) cuando se anudaba la corbata y se enfrentaba al tráfico de la Interestatal 93 para ir a las oficinas de Mass Mutual, se trataba de un trabajo en el mundo de las finanzas. De niño siempre se le dieron bien los números, y le encantaba buscar aquello que los demás no veían. Su madre contaba a menudo la historia de cómo solía recoger de las calles y aceras los boletos para rascar que la gente había tirado, con la esperanza de encontrar algún premio gordo del que no se hubieran percatado. Al llegar a la universidad, eso se había transformado en una gran capacidad para investigar a fondo, siempre en busca de algo que otras personas hubieran pasado por alto. El atletismo le había enseñado a trabajar duro y a esforzarse —la velocidad innata importaba, pero las carreras se ganaban haciendo un esfuerzo extra—, así que al graduarse supuso que de algún modo trabajaría en el mundo de las finanzas en el futuro. Pero también era realista: no es que los bancos de inversión estuvieran llamando a las puertas de Brockton en busca del próximo Warren Buffet.

Una breve temporada en la *start-up* de un amigo, seguida de un trabajo financiero en New Hampshire en 2017, le había llevado a su examen de la serie 6, que había superado con facilidad para obtener una licencia de trading. A su vez, eso le había permitido entrar a trabajar a Mass Mutual. Antes de la pandemia, tenía una oficina, bueno, un espacio compartido, pero había paredes y una ventana, así que técnicamente era mejor que un cubículo. Si tenía suerte, tal vez un par de años más tarde encontraría la forma de llegar a la planta de operaciones.

Incluso cuando llegó la COVID-19, la oficina cerró y cambió el traje por el pantalón de chándal, y su viaje de ida y vuelta en la Interestatal 93 por un pequeño salto hasta el portátil en la mesa de la cocina, seguía considerándose afortunado por tener un trabajo en la industria financiera. Conocía a mucha gente a la que las cosas le iban mucho peor.

Cuando su hija llegó al final del tobogán, la levantó en el aire

con ambas manos. Ella se rio, él se rio, a ninguno de los dos le importaba el frío que hacía fuera; sin embargo, en algún lugar de su interior, Keith seguía sintiendo esa vieja chispa cinética. En el fondo, aún recordaba lo que significaba ser el chico más rápido del barrio, el que batía récords, el que ganaba todas las carreras.

Era un sentimiento que no estaba dispuesto a dejar de lado.

Cuando cuatro horas más tarde Keith bajó las escaleras del sótano de su casa de tres plantas, esa misma sensación cinética seguía presente. Arriba, Caroline metía a su hija en la cama, habían recogido la mesa de la cena, el lavavajillas estaba puesto, goteando riachuelos de agua jabonosa en el suelo, algo que con toda probabilidad tendría que arreglar Keith, porque durante una pandemia era ridículamente difícil conseguir que alguien que supiera algo de lavavajillas se desplazara hasta tu casa; pero nada de eso importaba en ese momento.

Bajó el último escalón y entró en el sótano, prácticamente reformado, aunque con muy pocos muebles. Había juguetes en estanterías a lo largo de una de las paredes, cajas llenas de juegos y rompecabezas en un armario junto a las escaleras; pero la pequeña habitación al fondo del espacio de techo bajo era toda suya. Cuando se mudaron allí, su escritorio estaba en el piso de arriba y tenía una ventana que daba al vecindario; pero no pasó mucho tiempo antes de que los exigentes hábitos para dormir de su hija lo desterraran al sótano.

Tres largos pasos, cruzó la puerta y entró en lo que él llamaba en broma su «rincón de los gatitos». Uno de los peluches de su hija —por supuesto, un gato, porque en su casa todo eran gatos— aguardaba encaramado en el pomo interior de la puerta, y en la pared del fondo había un póster de un gato que colgaba de sus patas delanteras; bajo el animal, la leyenda dolorosamente banal: «Hang in there!» [aguanta]. No era el único póster de gatos que tenía Keith. Guardaba varios similares enrollados con una goma elástica en uno de los armarios del sótano, junto con un par de calendarios de temática gatuna y otra parafernalia relacionada con

los felinos, como tazas, gorras de béisbol y más camisetas de las que querría admitir. En ese momento, llevaba una de ellas de un gato con gafas de aviador oscuras, superpuesto sobre un par de aviones de combate.

El escritorio estaba situado delante del póster, con tres grandes monitores de ordenador, un portátil y un teclado *bluetooth*. Era una instalación bastante sofisticada que resultaba aún más impresionante por el gran micrófono articulado que colgaba sobre el escritorio, pintado en un profundo tono carmesí, que hacía juego con su aún más imponente silla fabricada en cuero sintético con ribetes de gamuza negra por el equipo de juegos de alta gama Secret Lab. Era una edición limitada de respaldo alto y ajustable con el escudo de la casa Lannister de la serie de HBO *Juego de Tronos* que, por supuesto, reproducía un león bordado en oro. A Keith la silla le había costado una pequeña fortuna, y cuando llegó por UPS, Caroline había enarcado las cejas; pero al final, no era más que un pequeño capricho. Gran parte de lo que había gastado en la silla lo había compensado con el sistema de vídeo en *streaming* rebajado que había instalado frente a su lugar de trabajo y con el software de edición que había añadido al disco duro del portátil y que le había salido poco más o menos gratis.

Preparándose mentalmente para la velada que le esperaba, Keith se acomodó en la silla. Detrás de él, pegada a la pared tras el póster del gato, había una pantalla de proyección blanca y rectangular que podía hacer las veces de pizarra digital. Pese a que por el momento permanecía en blanco, cuando la cámara grababa, su ordenador portátil solía llenarla de anotaciones, diagramas de flujo, cálculos y cuentas de explotación. Si bien para la emisión de esa noche tenía un plan general, esas cosas solían cobrar vida propia.

A Keith le gustaba dejarse llevar por esa energía cinética una vez que se encendía la cámara. Lo que significaba que ni siquiera él tenía la más mínima idea de adónde acabaría. De día, era un afable padre de los suburbios que trabajaba en una compañía de seguros y enseñaba a los asesores a vender acciones. Pero en su sótano, podía convertirse en otra persona.

Mientras inspeccionaba el resto de la superficie de su escritorio, asegurándose de que los accesorios que iba a necesitar para la emisión estuvieran donde debían estar, respiró hondo. Cerca del teclado había una baraja Uno, y junto a las cartas numeradas de colores brillantes, un pañuelo rojo que en ese momento descansaba alrededor del cuello de una botella sin abrir de cerveza artesanal. Junto al pañuelo y la cerveza, su bola 8. El juguete era una tontería y muy ochentero; una esfera negra brillante que había que agitar para pedir consejos en una ventanita. Cuando Keith era niño, le preguntaba sobre chicas, resultados deportivos, cosas así. La bola no sabía mucho de chicas, y menos aún de deportes; pero cuando no te gustaba la respuesta que te daba, siempre podías seguir agitándola hasta que te dijera lo que querías oír. En la práctica, no era tan diferente de la forma en la que la mayoría de la gente de su oficina elegía las acciones que vendía a sus clientes. Si a simple vista el gráfico de una acción no tenía buena pinta, sólo había que darle la vuelta; siempre había una manera de convencer a alguien de que comprara.

Se inclinó hacia delante y encendió las pantallas de ordenador. La que tenía más cerca mostraba su cartera actual, con varias líneas que indicaban las diferentes acciones que había comprado a través de diversas agencias de corretaje en línea, ninguna de ellas vinculada a la empresa en que trabajaba. Además de los valores, había un puñado de entidades más sofisticadas, en su mayoría opciones de compra, para ampliar su apalancamiento, ya que no había trabajado con una cantidad inicial muy grande. Meses atrás, cuando empezó a transmitir en directo desde su mesa de operaciones, su cartera había sido variada; pero en los últimos meses una sola acción dominaba las pantallas de ordenador y, para ser justos, cada vez más su vida.

Cuando lanzó su canal de YouTube desde el sótano de su casa, su intención no había sido centrarse en un solo valor, y desde luego no había pronosticado que los fragmentos de vídeo de unos pocos minutos se convertirían en transmisiones en directo de muchas horas de duración, ni que pasaría horas en su guarida, a veces, hasta bien entrada la noche, otras, gran parte de la tarde.

Todo había empezado de forma muy sencilla: un canal de YouTube en torno a la pasión de Keith por la educación financiera con el nombre de «Roaring Kitty» [«Gatito Rugiente»]. Su objetivo era crear breves segmentos de vídeo en los que explicar sus estrategias de trading, en gran parte autodidactas, que versaban sobre encontrar el valor que otras personas hubieran pasado por alto. Sus métodos tenían que ver con la investigación dirigida, a la que se acercaba de la misma manera que a las competiciones de atletismo. Trabajo duro, atención al detalle y un optimismo casi delirante.

El canal de YouTube había ido acompañado de una cuenta de Twitter, así como de publicaciones periódicas en Reddit bajo un nombre más apropiado para la plataforma, DeepFuckingValue [algo así como «la hostia de *deep value*»]. El nombre era otro guiño a su filosofía de trading: el *deep value*, o valor oculto, era lo que hacía que algo valiera la pena, aunque antes de verlo tuvieras que agitar varias veces la bola 8.

Y pese a que no se estaba convirtiendo exactamente en una estrella de internet —en el mejor de los casos, a finales de verano y principios de otoño su canal de YouTube había acumulado unos pocos cientos de seguidores—, la experiencia le había parecido inesperadamente satisfactoria. Como al resto del mundo, la pandemia le había pillado por sorpresa, y de repente había encontrado una forma de interactuar, de mostrar un poco de sí mismo a un grupo de personas con ideas afines, algunas de las cuales quizá compartían su sensibilidad, su sentido del humor e incluso sus estrategias de trading.

Estaba seguro de que Caroline lo entendía: las transmisiones en directo, las publicaciones, la cámara... eran una válvula de escape que le devolvía a aquellos días en los que era un atleta de competición. Igual que con el atletismo, el trading se basa en la preparación. En profundizar, construir una estrategia, averiguar contra quién te enfrentas. Y entonces, cuando uno está preparado, mover ficha.

En la universidad, cuando Keith corría en una competición, siempre tuvo la sensación de que el mundo entero le estaba mirando. Tal vez sólo ocurría en su cabeza, pero eso era lo

realmente emocionante: el viento en la cara, el público rugiendo, todos esos ojos observando qué podía hacer. Siempre había un momento en el que se disparaba la adrenalina, los músculos se ponían en marcha y era capaz de pensar con ridícula claridad. Sentía que se movía en el aire.

Puede que fuera una tontería, en realidad quizá nadie lo estuviera viendo. Pero Keith había encontrado por fin algo que, de algún modo, reproducía esa sensación.

Metió la mano entre la bola 8 y el montón de cartas, tomó el pañuelo del cuello de la cerveza y se lo ató a la cabeza. Luego pulsó una tecla del ordenador portátil, se enfrentó a las pantallas de ordenador, espiró...

Mientras la cámara

se

encendía

Capítulo cuatro

«Va a ser una de estas noches.»

Kim Campbell levantó la vista del descafeinado que tenía en la mano en dirección a su colega, sentado a dos asientos de distancia, en el escritorio situado a la altura de la cintura en el centro del puesto de enfermería que compartían. Chinwe —le sacaba una cabeza a Kim, de piel oscura bajo su uniforme azul marino, con una postura tan erguida, rígida y orgullosa como su personalidad— señalaba hacia la gruesa mampara de cristal de seguridad que los separaba de la sala común. Antes incluso de mirar, Kim supo que tenía razón. Chinwe solía tener razón; era uno de los enfermeros más experimentados de la unidad, tenía la ética de trabajo de un inmigrante de primera generación, y muy pocas cosas ocurrían en el Centro Davis de Medicina Psiquiátrica (DCPM, por sus siglas en inglés) de las que él no estuviera al tanto. Pero en ese momento, Kim no había necesitado a Chinwe para saber que algo iba mal. Seis años después de ocupar su puesto de enfermera en el DCPM, había adquirido un sexto sentido para ese tipo de cosas. La enfermería se basa en la monotonía; los momentos en los que la rutina se rompe, por muy sutilmente que sea, son los que te hacen desconfiar.

La tensión aumentó bajo su uniforme al examinar el espacio de colores brillantes al otro lado del cristal de seguridad; teniendo en cuenta que faltaban veinte minutos para el cambio de turno, y que también era la hora de la medicación para buena parte de los pacientes que llamaban al DCPM su hogar temporal, en la sala común había poca gente. Por lo general, los aproximadamente veinte residentes pululaban por la zona alfombrada de uso mixto, algunos esperaban con paciencia en las mesas redondas situadas a lo largo de la pared más alejada, otros se reunían en torno a la

zona de asientos frente a la televisión, que siempre ponía algún programa de juegos o una comedia inocua, cualquier cosa que no tuviera pitidos de coches ni disparos de armas, cuanto más insulsa, mejor. Kamal, otro de sus colegas, estaba en el puesto de distribución de medicamentos escribiendo algunas observaciones junto a la pizarra blanca para el turno de noche; como de costumbre, sus notas eran escasas y estaban escritas con tanta rapidez que se necesitaría un criptógrafo para descifrarlas, algo a lo que el siguiente turno se había acostumbrado tanto que lo llamaban «Kamalizador». Cuando él terminaba, era el turno de Kim, que meticulosamente anotaba en la pizarra todos los pacientes que había atendido durante su turno. Unos pocos que llevaban allí desde la noche anterior, pero sobre todo los recién llegados, ya que al ser uno de los principales centros de salud mental de la zona destinados a los ingresos involuntarios, el DCPM estaba concurrido, en el mejor de los casos. Ocho meses después de la pandemia, el lugar estaba abarrotado de gente.

Pero por extraño que fuera, esa noche Kim podía ver el suelo de linóleo hasta las paredes de color pastel del fondo de la sala. Los pocos pacientes se habían colocado a los lados, y estaba a punto de preguntarle a Chinwe qué creía que estaba pasando cuando se dio cuenta del revuelo que se había formado al fondo de la alfombra, justo delante de las puertas dobles que daban acceso al interior del hospital.

Pudo oír las maldiciones y los gritos agitados incluso a través del grueso tabique. Era uno de los nuevos, un hombre de unos sesenta años que había llegado a última hora de la tarde, era delgado y se apoyaba en un andador metálico, probablemente para desintoxicarse de algo. En un principio, y a pesar de su apariencia frágil, el *sheriff* lo había declarado un 5150, lo que significaba, entre otras cosas, que representaba un peligro para sí mismo o para los demás. Aun así, no estaba inmovilizado, lo que implicaba que se había calmado lo suficiente de lo que fuera que hubiera tomado para unirse a la población general de forma segura.

Los dos celadores que acostumbraban supervisar la estancia se habían situado a ambos lados del hombre y le hablaban con voz

tranquila tratando de calmarlo; incluso desde la distancia, Kim pudo ver la tensión en sus ojos.

Hacía falta tener cierta personalidad para trabajar en ese ámbito de la atención sanitaria; por definición, veías a gente en los peores momentos de su vida. Los turnos de Kim eran de doce horas al día, de siete de la mañana a siete de la tarde, y ella sólo era una más de un turno completo de cuatro enfermeros titulados, junto con los celadores y los dos médicos que recorrían la unidad, y que admitían a los recién llegados a través de la sala de urgencias y controlaban a los pacientes durante todo el día.

La unidad estaba cerrada, pero los pacientes eran libres de ir y venir entre la sala común, el comedor, otra sala de recreo separada y sus habitaciones semiprivadas. En total, Kim y sus colegas supervisaban veinte camas en planta y otras diez en urgencias. Las camas casi siempre estaban ocupadas y, como el hombre con el andador, ninguno de los pacientes estaba allí por gusto. Muchos llegaban esposados, mientras que a otros los llevaban ambulancias o familiares.

Cuando una década antes Kim se licenció en enfermería, no esperaba acabar en el campo de la psiquiatría; cuando se ofreció voluntaria en un campamento de verano centrado en problemas de desarrollo y salud mental, se estaba especializando en enfermería de urgencias. Descubrió que tenía una verdadera inclinación a hablar con la gente y una debilidad por las personas que pasaban por momentos difíciles. Más que eso, se dio cuenta de que le encantaba una buena transformación.

El trabajo en Davis podía ser exigente, pero ver cómo la gente cambiaba a mejor, a menudo en muy poco tiempo, resultaba muy satisfactorio. Los pacientes llegaban en un momento muy bajo de su vida, con frecuencia acababan de intentar suicidarse o habían tocado fondo por culpa de las drogas, y por lo general salían de allí mejor que cuando entraban.

De igual modo, Kim descubrió que trabajar en una unidad de psiquiatría era más liberador que las otras disciplinas de enfermería que había estudiado en la facultad. Como sus colegas aprendieron con rapidez, a la hora de decir las cosas, ella no tenía

filtro, y una unidad de psiquiatría era uno de los pocos lugares donde eso podía constituir toda una ventaja. Para conectar con el tipo de pacientes que Kim veía con regularidad, a menudo se necesitaba una mezcla de palabras directas y un gran sentido del humor. Tenías que ser duro; cuando la ambulancia abría las puertas traseras, nunca sabías si ibas a recibir a un universitario que se estaba recuperando de una herida de bala autoinfligida o a una indigente que había sido encontrada en ropa interior vagando por la autopista o bailando encima de un coche. Todos llegaban a Kim en muy mal estado, y ella se había dedicado a intentar que se sintieran mejor, al menos durante un tiempo.

Por el aspecto de la situación que se desarrollaba con rapidez en el fondo de la sala, parecía que el recién llegado al DCPM necesitaba cierta orientación; si no estaba listo para sonreír ante uno de los chistes subidos de tono de Kim, al menos un alma cándida le haría mucho bien.

Se levantó del escritorio, lo que hizo que Chinwe enarcara las cejas.

—Lo sé —dijo Kim—. Diez minutos y el problema es del turno de noche. Pero mi café se ha enfriado, así que he pensado, qué narices...

Sucedió tan rápido que no tuvo ocasión de terminar lo que estaba diciendo. El ruido golpeó primero a Kim, un chasquido como el de un cinturón de cuero al ser tensado. Después vino el cristal de seguridad, pequeños trozos lloviendo a su alrededor, fragmentos que rebotaban en el escritorio de enfermería como una lluvia glacial. Vio a Chinwe de pie, y unos metros más allá, a Kamal, medio cubriéndose con la pizarra blanca, señalando sorprendido..., y entonces Kim lo vio: el andador metálico en el que el agitado paciente acababa de apoyarse estaba incrustado en lo que quedaba de la pared que separaba el puesto de enfermería de la sala común.

Los celadores sujetaban al paciente, que seguía gritando a todo pulmón. Sacudiéndose restos de cristal de las mangas del uniforme mientras avanzaba, Kim se dirigió hacia ellos. Kamal la vio moverse y buscó un sedante que guardaban en uno de los

botiquines detrás de la pizarra; pero cuando Kim rodeó el escritorio advirtió que el sedante no sería necesario.

Ahora que había captado la atención de todo el mundo, el hombre parecía haberse serenado y hablaba con tranquilidad con los guardias de seguridad mientras lo conducían en dirección a las puertas dobles.

Kim se volvió hacia Chinwe.

—Diez minutos —dijo—. ¿Por qué estas cosas siempre ocurren justo antes del cambio de turno?

Respirando con dificultad, Kim sacudió la cabeza mientras los cristales rotos crujían bajo sus zapatos.

Poco después, mientras ponía en orden sus pensamientos se sentó en una mesa redonda de la sala de descanso de enfermería a tomar con calma otra taza de café. Aún disponía de un poco de tiempo antes de ir a casa de sus padres a recoger a su hijo menor y regresar a su apartamento de tres habitaciones en la parte más alejada de la ciudad; su hijo mayor iba y venía en bicicleta entre su casa y la de su ex, lo que significaba que no le vería el pelo hasta que ella tuviera la cena a medio preparar. No había pensado en nada específico, así que... espaguetis. Lo más probable es que eso diera lugar a un montón de quejas, porque el mayor tenía quince años y se había pasado el día enclaustrado en casa de su ex aguantando seis horas de escuela virtual, lo que a juicio de Kim, era virtualmente inútil.

Así que pese a que había sido un día largo y todavía le quedaba cristal en el pelo, no tenía precisamente prisa por llegar a casa. Al menos podía terminar una nueva taza de café, que estaba en la mesa junto a su portátil abierto. Tenía los dedos en el teclado, pero no escribía, sólo se desplazaba por la pantalla. Y cuanto más bajaba, más se disipaba la tensión de la noche, sus hombros se relajaban y sonreía.

Su expresión debió de ser lo primero que Chinwe vio cuando atravesó las puertas batientes del pasillo que conducía al vestuario. Se había cambiado el uniforme por un pantalón de color marrón

claro y una chaqueta de punto. Aunque era un poco conservador, siempre vestía con elegancia; en ese momento parecía más un profesor universitario que un enfermero. Kim supuso que tenía que ver con sus orígenes. Sabía que era muy culto y que tras emigrar a Estados Unidos desde su Nigeria natal, había asistido a una de las mejores escuelas de enfermería. Era un cristiano devoto que daba mucha importancia a la familia, y un gran creyente en el bien y el mal.

No habían congeniado precisamente cuando se conocieron en el pabellón: Kim tenía mucha personalidad y podía ser grosera y directa. Al principio, sin darse cuenta había ofendido un montón de veces la sensibilidad más parroquial de Chinwe. Pero con el tiempo, él comprendió que incluso sus peores burlas iban acompañadas de una considerable dosis de amor, y se habían hecho muy amigos. A menudo se referían el uno al otro como «marido y mujer del trabajo»; sin embargo, habitualmente Kim se designaba a sí misma como el «marido», y a Chinwe como su antagonista mujer.

Se dejó caer en el asiento junto a ella metiéndose en el personaje, arrugando la piel sobre los ojos con falsa preocupación.

—Me da miedo saber qué estás mirando.

Kim se rio y se ofreció a mover el ordenador para que él también pudiera ver la pantalla.

—¿Me ofenderé? —preguntó acobardándose, medroso.

—Ya te digo yo que sí.

Bromeaba sólo en parte. La mayoría de las cosas que miraba en internet ofendía a Chinwe; aunque para ser justos, el enfermero era capaz de encontrar algo ofensivo en una película de Disney.

—¿Son más chorradas de derechas?

Sonrió, pero negó con la cabeza. Chinwe no era el único al que no le gustaban nada sus inclinaciones políticas. Le había sorprendido —como a todos sus colegas— descubrir que en ambas elecciones había apoyado a Trump. Pese a que Kim estaba muy unida a todos los miembros del personal —una mamá osa para las demás enfermeras, que formaban un grupo muy diverso de todos los orígenes y etnias que uno pueda imaginar—, habían dejado

muy claro que ninguno entendía cómo alguien como ella, educada, amable, compasiva, que había dedicado su vida a ayudar a los demás como profesional sanitaria, podía ser también partidaria de Trump. La verdad es que hasta su propia familia se había quedado horrorizada cuando admitió por primera vez sus inclinaciones políticas.

Cada vez que intentaba explicárselo, Chinwe la miraba con una expresión que oscilaba entre la lástima y la consternación. Tampoco ella había esperado enamorarse de alguien como Trump tras crecer en una comunidad liberal. Había votado a Obama dos veces, pero suponía que su posición política actual guardaba relación directa con las decepciones que se habían ido acumulando a lo largo de su vida adulta.

Sabía que era probable que algunas personas la considerasen un cliché con patas: madre soltera de dos hijos que desde que se acordaba tenía problemas para llegar a fin de mes, y a quien las personas, el Gobierno y la vida habían defraudado más veces de las que podía contar. En 2008, vio cómo sus padres casi perdían su casa en la crisis financiera. Su matrimonio había fracasado y había tenido dos embarazos inesperados. Le gustaba Obama y lo que representaba, pero, en realidad, ¿qué diferencia había supuesto en su vida el expresidente?

Cuando apareció Trump, de inmediato se sintió atraída por su carácter antitético, por su forma de decir las cosas, su asertividad. Era diferente y parecía cabrear a la gente, y eso le gustaba de él. Además, realmente, ¿qué tenía que perder?

Sabía lo mucho que molestaba a la gente cuando se enteraba, y en ambos períodos electorales había recibido muchas críticas por parte de sus compañeros de trabajo. Pero ella nunca había sido de esas personas que se guardan para sí mismas sus opiniones. Abría su corazón a cualquiera.

Así que, por supuesto, no fue ninguna sorpresa que cuando se conocieron Chinwe la odiara, y él jamás entendería su apoyo a Trump, al que consideraba racista y peligroso, y responsable de que su hijo adoptivo siguiera sin poder emigrar de Nigeria para vivir junto a él. Pero su amistad había avanzado hasta el punto de

poder bromear sobre ello sin ninguna animosidad real. La política puede polarizar en televisión y en la calle. En pleno zafarrancho de una sala de psiquiatría, no era más que una peculiaridad de la personalidad, otra cosa sobre la que bromear durante los últimos y eternos momentos del final de un turno de doce horas. De hecho, el día de las elecciones de 2016, Chinwe apostó cien dólares con Kim a que ganaba Hillary. Cuando quien se alzó con la victoria fue Trump, Chinwe se enfadó tanto que no dejó de «olvidarse» de pagar. Había llegado un punto en el que cualquier paciente «recurrente» que conociera la apuesta la mencionaba cada vez que era hospitalizado. Incluso entonces que hacía poco que Trump había perdido las elecciones y Chinwe había recuperado sus cien dólares, aquella derrota era un tema peliagudo que a Kim le gustaba sacar a relucir siempre que podía.

—Lo prometo —garantizó Kim, señalando el ordenador—. No tiene nada que ver con política.

Chinwe se echó por fin hacia delante en su asiento y prestó atención a la pantalla.

—¿WallStreetBets? —leyó, en la parte superior de la pantalla —. ¿Qué es, un sitio de apuestas?

Kim se rio.

—Supongo, más o menos. Pero no, es un foro. En Reddit.

—¿Escribes mensajes?

—Algunas veces, pero sobre todo los leo.

Hacía cinco años Kim había tropezado por casualidad con el subreddit WSB. Y, a decir verdad, había llegado allí por sus ideas políticas. Era usuaria de Reddit —la plataforma social que en el fondo no era más que una gigantesca sala de chat dividida en foros para casi todas las aficiones, posicionamientos políticos, creencias y filosofías que uno pueda imaginar— desde justo antes de las elecciones de 2016. Había llegado allí a través de Twitter, donde se había registrado en 2014. Y había entrado en Reddit sólo por Donald Trump. Había descubierto un foro dedicado a los seguidores de Trump llamado r/The_Donald, que prácticamente parecía un mitin de Trump de veinticuatro horas de duración al día, todos los días de la semana. Debido a la creencia de Reddit en

la privacidad personal —en claro contraste con sitios como Facebook— y a que los chats, aunque moderados, permitían a personas anónimas publicar casi todo aquello que quisieran, bajo reglas de contenido muy laxas, r/The_Donald se llenó desde el principio de diálogos excesivos e inconformistas, que mutaron con rapidez en un caótico hervidero de teorías de la conspiración, discursos cuestionables y una inmensa cantidad de ira verbalizada. A pesar de lo salvaje del foro, a Kim le encantó formar parte de una conversación con personas que, en cierto modo, pensaban como ella.

Desde el subreddit de Trump había encontrado el camino a WallStreetBets. No sabía mucho sobre la historia de WSB, pero se había enterado de algo a través de las publicaciones. Lo había fundado un consultor de tecnología de treinta años llamado Jaime Rogozinski, que había querido crear un foro para personas que no estuvieran cortadas por el patrón conservador que se asocia habitualmente con Wall Street para hablar de acciones, inversiones, ganancias y pérdidas. Desde sus comienzos, el sitio estuvo pensado para los amantes del riesgo. La idea de que Wall Street era un casino glorificado —que la gente a menudo compraba y vendía acciones de la misma manera que otros apostaban a los caballos, a las cartas o a la ruleta— no era exclusiva de WSB, pero puede que los usuarios que gravitaban hacia el subreddit estuvieran más dispuestos a decirlo en voz alta. A diferencia de muchos otros sitios dedicados a hablar de acciones, el foro de WSB era un lugar en el que tan a menudo como se jactaban de sus ganancias, la gente se deleitaba en la miseria de sus pérdidas —las malas compras que les hacían perder hasta la camisa.

Si bien Rogozinski había fundado WSB, acabó siendo expulsado del mismo foro que había creado cuando lo acusaron de intentar «monetizar el subreddit» en beneficio propio; acusaciones que él rebatió. En su lugar, varios moderadores habían intentado mantener el orden a lo largo de los años, una tarea constante en el salvaje oeste de uno de los pocos rincones verdaderamente anónimos de la web.

Cuando Kim se topó por primera vez con el sitio, el

moderador en ese momento era Martin Shkreli, un iconoclasta de los fondos de inversión de alto riesgo, conocido en los medios de comunicación como «Pharma Bro», que acabó en la picota por elevar el precio de los medicamentos a un nivel obsceno con el único fin de obtener beneficios y terminó en la cárcel por fraude bursátil. Shkreli era justo el tipo de personalidad descarada y franca hacia la que Kim se sentía atraída; incluso si no respetaba lo que representaba, le intrigaba su carácter impredecible y a menudo inestable.

No tardó en percatarse de que aunque no se componía sólo de idiotas y aficionados que hablaban sobre acciones, el sitio era una batalla campal. Muchos de los participantes eran operadores con experiencia y conocimientos; y leer sus publicaciones era como hacer un curso acelerado en bolsa. Además, Kim reconocía qué subyacía tras la constante conversación: un trasfondo de ira hacia las reglas que siempre parecían ir en contra de la gente normal como ella.

Empezó a visitar el sitio con mayor frecuencia, y solía leer el foro de WSB a altas horas de la noche, después de acostar a sus hijos. Le encantaba la sensación de formar parte de algo que le parecía peculiarmente conspirativo. El subreddit WSB planteaba preguntas que ella misma podría haber formulado:

«¿Por qué dejar Wall Street en manos de ejecutivos trajeados?»

«¿Qué habían hecho los ejecutivos trajeados por ella?»

«¿Y por qué demonios tienen que ser los ejecutivos trajeados los que se diviertan?»

—¿Qué significa esto? —preguntó Chinwe, pasando el dedo por la parte superior de la pantalla, leyendo la letra pequeña que había 1 centímetro por debajo del logotipo/mascota de WallStreetBets, la imagen de un operador de pelo rubio con gafas de sol, traje y corbata que parece sacado de un videojuego de los ochenta—: «Como si 4chan hubiera encontrado un terminal de Bloomberg».

Kim sonrió. 4chan era uno de los sitios más notoriamente sucios —en realidad, un tablón de anuncios— que tendía un puente entre la *dark web* y las redes sociales más populares. Un

terminal de Bloomberg era lo que los auténticos operadores de Wall Street utilizaban para sacar dinero a gente normal como ella.

—Es una especie de lema. WallStreetBets es un lugar para hablar de acciones, sobre comprar y vender.

—¿Te refieres a invertir?

—Algunas veces. Otras a apostar. En ocasiones se trata de la misma cosa. El caso es que en este sitio, todo vale. Cuanto más subversivo, mejor.

Chinwe siguió leyendo, y las arrugas sobre sus ojos se hicieron más profundas.

—Aquí hay mucha cosa mala.

Kim asintió. Los moderadores intentaban mantener el sitio relativamente limpio, pero cuando gran cantidad de personas anónimas publican cosas, a veces uno se encuentra con algo desagradable. Si Facebook era el modelo de red social, WallStreetBets tenía un fuerte componente antisocial. Los moderadores no parecían estar ahí para silenciar a nadie, sólo para mantener cierto civismo.

Cuanto más leía Chinwe, más inquieto parecía. Muchos de los mensajes utilizaban un lenguaje bastante desagradable. Y muchos otros contenían memes visuales —vídeos e imágenes— que podían llegar a ser subidos de tono. Pero a Kim le gustaba pensar que lo desagradable era una especie de cortina de humo, un mecanismo de autoselección que mantenía alejados a los «trajeados». A quienes trabajaban de verdad en los terminales de Bloomberg podían repugnarles el lenguaje soez y los memes pervertidos. Pero la gente normal que quería meter caña a los encopetados profesionales de las finanzas había encontrado un hogar en el foro de WSB.

—«Degenerados» —leyó Chinwe—. «Patanes.»

—Términos afectuosos. Es sobre todo autorreferencial. —Él la miró y ella se encogió de hombros—. Si sigues leyendo, verás que algunas personas son bastante refinadas.

Se inclinó junto a él y bajó por el foro hasta dar con una de las publicaciones. Se trataba de un examen a fondo de un determinado valor, un análisis de más de tres párrafos. Era el tipo

de investigación que, sin duda, había llevado horas, tal vez días, recopilar. Explicaba con precisión por qué el precio actual de una acción le parecía infravalorado y por qué estaba haciendo una gran compra.

Debajo del texto había una imagen, un pantallazo de la cuenta de mercado del usuario en cuestión que mostraba lo que había comprado.

Chinwe silbó.

—¿Va en serio? ¿Tanta pasta se ha gastado? ¿Y luego va y lo publica aquí? ¿Por qué hace algo así?

Kim se encogió de hombros. En cierto modo, lo que ocurría en el foro de WSB era increíblemente íntimo. Casi tanto como si esos desconocidos anónimos escribieran sobre su vida sexual. Se trataba de dinero de verdad, o al menos lo parecía, y el tipo estaba asumiendo un enorme riesgo. Y se lo estaba contando a Kim, estaba mostrándoselo, en directo. No hay nada más íntimo que eso.

—¿Y a través de esto puedes comprar acciones?

—No. Aquí se habla de ellas. Para comprarlas, hay que ir a otro sitio.

Metió la mano por debajo de la mesa y rebuscó en su bolso, situado en el suelo junto a sus zapatillas deportivas. Las mismas que llevaba todo el día con el uniforme. A veces, antes de ir a casa de su madre se ponía unos zapatos bajos, y en contadas ocasiones se calzaba unos tacones, cuando salía a tomar algo con alguna de las otras enfermeras, o si su mejor amiga, Angie, venía de Pasadena. Sin embargo, la mayoría de los días acababa demasiado harta de respirar a través de una mascarilla en el trabajo para desear ponerse una nueva, sentarse fuera de un restaurante y ver pasar a toda prisa a otras personas también con mascarilla.

«Además, ¿quién necesitaba una vida social cuando tenía una red antisocial?»

Colocó el teléfono en la mesa entre ella y Chinwe, y empezó a recorrer sus aplicaciones hasta encontrar la que buscaba. Entonces, con una uña ligeramente astillada dio un golpecito en la imagen, convirtiendo toda la pantalla en verde, salvo la pequeña pluma que flotaba a un cuarto de pantalla de distancia de la parte superior.

—¿Qué es esto? —preguntó Chinwe—. ¿Un videojuego?

—Mola mucho más que un videojuego. —Abrió la aplicación y vio cómo Chinwe ponía los ojos como platos—. Es Wall Street, Chinwe.

«Wall Street, simplificado y digitalizado, y tan reducido que cabía en un maldito bolso.»

Capítulo cinco

«Dios, odio los unicornios», pensó Emma Jackson mientras intentaba encontrar una posición cómoda sentada en el sofá ultramoderno del centro de la amplia sala de espera de la flamante, y moderna hasta el absurdo, oficina central en Menlo Park de una de las empresas de mayor crecimiento de Silicon Valley. Tarea difícil, teniendo en cuenta que el sofá era demasiado bajo y a Emma le llegaban las rodillas casi a los hombros. Nunca había pensado que un mueble pudiera ser pretencioso, antes de empezar a trabajar con empresas de internet de Silicon Valley, pero durante los seis años que llevaba ejerciendo en el sector en rápida expansión de la industria *fintech*, había visitado suficientes sedes para saber que cualquier cosa —y hablaba en serio cuando se refería a cualquier cosa— podía ser pretenciosa.

Los ventanales podían ser pretenciosos, como los enormes de 6 metros de altura que hacían las veces de pared y rodeaban la sala de espera abierta en la que estaba sentada. Los techos podían ser pretenciosos, como el abovedado de madera sobre su cabeza, con las vigas a la vista y tonos oscuros que habrían sido más apropiados para una finca de estilo ranchero o una elegante casa de playa que para el vestíbulo de una empresa tecnológica. Los patios podían ser espantosamente pretenciosos, como el que había al otro lado de aquellos ventanales, pavimentado con madera y adoquinado de piedra con un pozo para hacer fuego rodeado de una serie de plantas en macetas.

Aun así, respecto a la anterior sede de la empresa en Palo Alto —básicamente el armazón de un edificio que habían ocupado cerca de un centro comercial, a tiro de piedra de donde los dos jóvenes potrillos de unicornio habían sido compañeros de habitación en Stanford, antes de que les salieran los cuernos de arcoíris—, Emma

suponía que las oficinas de Menlo Park eran un paso adelante. Aquellas oficinas parecían un laberinto y, sin duda, su alquiler era más bajo; aunque cuando las había visitado a principios de 2016, de alguna manera Emma se había sentido igual de intimidada. Tal vez su sentimiento de incompetencia fuera provocado por los vastos murales que cubrían casi cada centímetro de las paredes de las oficinas originales. Dibujados en tonalidades verdes y plateadas por un artista con talento llamado Nigel Sussman, los murales del suelo al techo habían representado escenas ambientadas en el escenario ficticio del bosque de Sherwood y contaban la fantasiosa historia de Robin Hood y su alegre banda mediante personajes que eran todos ellos gatos.

Las nuevas oficinas de Menlo Park también tenían murales: más gatos, pero esta vez la alegre banda conducía coches, flotaba por el espacio y montaba en lanchas motoras. Emma tuvo que admitir que prefería el motivo original, al menos daba en el clavo; en cualquier caso, no acababa de entender el creciente encaprichamiento alimentado por internet con la especie felina.

Supuso que estaba siendo una estirada, mostrando su edad con sus opiniones anticuadas sobre unicornios y gatos. Sólo tenía treinta y nueve años, pero en ese momento se sentía una anciana. No ayudaba que debido a la arquitectura abierta de la sala de espera, no pudiera evitar observar a los dos jóvenes empresarios a los que había ido a ver, situados a unos 11 metros, a los que había pillado en medio de una sesión de fotos frente a una de las muchas partes de la pared infestada de gatos. Cuando ella llegó, el fotógrafo ya había empezado, y la sonriente asistente que la había conducido a la zona de espera le había ofrecido un café capuchino que había rechazado amablemente. Lo último que necesitaba Emma era intentar hacer malabarismos con un humeante capuchino mientras hacía equilibrios en el maldito sofá, como si fuera una artista del Circo del Sol. Por lo que no tenía nada que la distrajera de la visión de los dos hombres de aspecto increíblemente joven que adoptaban incómodas poses para el fotógrafo mientras un reportero les lanzaba una serie de preguntas inocuas.

Emma no estaba segura de para qué revista, periódico, blog o pódcast trabajaba el periodista: *BI-Magazine*, *The Wall Street Journal*, *Times*, qué narices, podría ser para *Cat Fancy*, la popular revista mensual norteamericana dedicada a gatos, dueños de gatos y criadores de gatos. Por el momento, a pesar de que el mundo en general todavía no los conocía, ni a su empresa en rápida expansión, era posible que los dos especímenes que hacían cabriolas frente a ella fueran las criaturas mágicas más codiciadas del valle.

Vlad Tenev y Baiju Bhatt no eran nombres notorios, pero su producto se estaba propagando por los hogares y las residencias de estudiantes a una velocidad exponencial, como un virus que hubiera nacido en un teléfono propulsado por polvos mágicos, un magnífico diseño y más que un poco de avaricia desencadenada. En tan sólo unos pocos años desde su creación, al conceder el poder de un banco de Wall Street en la palma de la mano de cualquier persona con un teléfono móvil, Robinhood iba camino de hacer realidad su promesa de poner patas arriba el sobrio sector de la banca personal directa al consumidor minorista. Sobre el papel, Robinhood podía parecer otra agencia de corretaje en línea —Schwab, Fidelity, E-Trade—, pero en la práctica era algo completamente distinto. Un giro disruptivo, ingenioso, como los de Steve Jobs, dirigido directamente a los mileniales y a los aficionados, un portal móvil al mercado de valores más profesional que todo lo anterior, tan utilizable y convincente como cualquier videojuego.

Emma observó cómo Vlad y Baiju se esforzaban por satisfacer cualquiera que fuera la visión que el fotógrafo intentaba transmitir. Vlad, sobre todo, aunque en realidad los dos, parecían entusiastas y accesibles. Con su pelo ondulado, la barba cubriéndole la mandíbula y una sonrisa tan encantadora como la del gato Cheshire de *Alicia en el país de las maravillas*, Baiju desprendía una energía cálida, intelectual y espiritual. Con ojos de cordero y un pelo largo y liso que más parecía el Príncipe Valiente que Robin de Locksley, Vlad era más bien un cachorro de perro o un animal de peluche. Por supuesto, los jóvenes eran dos buenos amigos que

compartían una visión, y socialmente no parecían ni de lejos tan torpes como sus currículos y su historia de origen podrían haber sugerido. Por otra parte, Emma llevaba el tiempo suficiente en el negocio para saber que una buena historia de origen tenía tanta base en la realidad como cualquier otro cuento de hadas. Aun así, todas las empresas unicornio tenían una, y la de Robinhood era de libro de cuentos y accesible como un bosque mágico lleno de gatos.

Desde que había llegado a la sala de espera, repartidas en respuestas del todo ensayadas —en su mayoría de Vlad— a las preguntas facilonas planteadas por el adulador periodista, Emma ya había oído muchas cosas sobre el mito de Robinhood. Sin duda, un cuento de hadas al estilo de Silicon Valley: Vlad y Baiju habían sido niños inmigrantes —Vlad, de Bulgaria, y Baiju, de la India— que se habían conocido en la Universidad de Stanford. Se habían hecho muy amigos por ser ambos hijos únicos de padres catedráticos y por estudiar un doble grado en Física y Matemáticas. En 2008, con la intención de convertirse en matemático, Vlad se matriculó en un programa de posgrado en la UCLA mientras que Baiju trabajó en una empresa de trading cerca de San Francisco. Cuando más tarde aquel mismo año se derrumbaron los mercados financieros debido a la caída del enorme banco de inversión Lehman Brothers, a instancias de Baiju decidieron hacer las maletas y perseguir el sueño americano. Se dirigieron al este con la idea de utilizar sus conocimientos matemáticos para crear una *start-up* de trading que ofreciera herramientas muy sofisticadas a los fondos de inversión de alto riesgo y a los bancos que estuvieran intentando remontar la crisis recurriendo a estrategias automatizadas para «negociar por delante del mercado» las órdenes, lo que convertía en miles de millones de dólares los centavos obtenidos en grandes volúmenes de pequeños márgenes.

Pero, según parece, a Vlad y a Baiju les inquietaba cada vez más la idea de que su empresa estuviera básicamente ayudando a los ricos a enriquecerse aún más. Cuando las desigualdades del mercado y la ira resultante se convirtieron en el movimiento conocido como Occupy Wall Street —una protesta masiva de jóvenes y personas enfadadas en su mayoría que salió a las calles

de Nueva York para luchar a favor del cambio—, los dos amigos empezaron a cuestionar su papel por ayudar a los fondos de inversión de alto riesgo y a los banqueros a pisotear a los operadores minoristas. Cuando uno de los mejores amigos de Vlad llegó a acusarle de «lucrarse» con la injusticia de los mercados, él y Baiju decidieron intentar utilizar lo que habían aprendido y la tecnología que habían desarrollado para equilibrar la balanza.

Escogieron el nombre de Robinhood por razones obvias. El objetivo del mítico personaje medieval Robin y su alegre banda de ladrones era redistribuir la riqueza robando a los ricos para darles a los pobres. Vlad y Baiju ratificaron su propia declaración de intenciones en estilo alegórico: en lugar de redistribuir la riqueza, «democratizarían las finanzas», proporcionando a los operadores minoristas a los que Wall Street se había pasado un siglo arrollando las herramientas necesarias para defenderse en igualdad de condiciones. El plan de Robinhood era simple y dual: ofrecer a la gente normal la posibilidad de operar sin comisiones y poner fin a los saldos mínimos. Además, desde el principio la empresa se construiría en torno al smartphone, en lugar del ordenador, porque si había algo que conocían y gustaba a los jóvenes, y en lo que confiaban, era esa pequeña pantalla brillante en la mano.

Emma parpadeó cuando se disparó el *flash* del fotógrafo, captando a Vlad y a Baiju en un momento de conversación tan casual como falsa. Por supuesto, a lo largo de toda la sesión, el móvil de Vlad permaneció fuera del bolsillo y, sin duda, con la aplicación Robinhood abierta.

Incluso en sus momentos de mayor hastío, Emma tenía que admitir que la aplicación era una preciosidad. Vlad y Baiju habían creado el portal con su público en mente. Era sencilla, elegante y adictiva; abrir una cuenta era tan fácil como iniciar sesión en Facebook, y una vez que se transferían fondos —cualquier cantidad — al perfil, se podía operar con acciones con sólo pulsar un botón. Uno busca el valor deseado y la aplicación te lleva a una sola página con toda la información que puedas necesitar: precio, un gráfico instantáneo en el que se muestra la evolución diaria, semanal, mensual y anual, volumen..., y un gran botón en la parte

inferior te suplica que operes. La combinación de colores es magnífica, y durante el proceso ofrece un montón de incentivos visuales, auditivos e incluso táctiles. Pero ¡si al hacer la primera compra llueve confeti en la pantalla! En opinión de Emma, no sólo habían igualado las condiciones al ofrecer al ciudadano medio una sofisticada herramienta de trading que cabía en el bolsillo, sino que habían convertido todo el mercado de valores en un videojuego muy jugable, y si había algo que encantase a los mileniales y a los universitarios que gravitaban hacia Robinhood y que entendieran en profundidad eran los videojuegos.

Emma sabía que la edad promedio de los usuarios de Robinhood —una base que en 2018 había superado los dos millones y que se multiplicaría por tres, para luego volver a duplicarse en los dos años siguientes— rondaba los treinta y dos años, pero la mediana era mucho más baja, en algún punto de la veintena. Y a Robinhood hay que reconocerle que quien pulsaba esos botones y veía volar el confeti era sobre todo Main Street, no Wall Street. Como habían prometido, habían «democratizado Wall Street». Pero Main Street no se percataba de que la democracia suele tener un coste. Cuando se iba un poco más allá, de manera gradual el cuento de hadas se diluía, y Robinhood dejaba de ser exactamente la pesadilla de los ricos como el mito llevaba a creer.

Mientras seguía esperando a que el fotógrafo y el periodista terminaran su trabajo, Emma cambió de postura deseando que no se le durmieran las piernas. Sin duda, las fotografías serían muy buenas, y el perfil de la revista, el artículo del periódico o la entrada de blog diría maravillas sobre la «disrupción», la «igualdad», tal vez incluso mencionaría la «equidad». Y todo eso sería cierto. Pero Emma sabía mejor que nadie que por mucho que doliera, ésa no era toda la historia. Porque, en realidad, lo menos obvio en la historia de la aplicación —lo que apenas aparecía en las resplandecientes historias y cuentos de hadas— era cómo ganaba dinero Robinhood.

¿Quién puede culpar a las revistas? «Pagar por el flujo de pedidos»[1] es una expresión complicada de entender, y no queda ni de lejos tan bien como «democratizar las finanzas». En palabras

simples, Robinhood podía ofrecer cuentas cero comisiones porque en realidad sus usuarios no eran sus clientes, sino que en esencia eran el producto. Robinhood agrupaba y vendía las operaciones de sus usuarios a los creadores de mercado —empresas financieras gigantes como Two-Sigma, Susquehanna, pero sobre todo Citadel— que podían analizar casi de inmediato el flujo de operaciones y beneficiarse al cobrar pequeñas comisiones a compradores y vendedores. Dado que los principales usuarios de Robinhood eran aficionados que realizaban operaciones arriesgadas —y que cada vez más se decantaban por jugadas más apalancadas y aún más osadas, como las opciones—, Robinhood podía imponer una prima a los creadores de mercado, cuyos beneficios subían aún más cuanto más volátil era el flujo de operaciones.

Así, las mismas personas que se habían lucrado con el software de trading de Vlad y Baiju, ahora se beneficiaban todavía más de la «democratización de las finanzas» de Robinhood. Emma no los culpaba por sus beneficios, ni tampoco culpabilizaba a Robinhood por el modo de llenar sus arcas. Al fin y al cabo, ella era una perspicaz profesional que trabajaba para un fondo. Y los usuarios de Robinhood podían operar sin comisiones, así que, en teoría, todos ganaban. Eran los momentos en los que la teoría chocaba con la práctica cuando las cosas se volvían un poco menos cristalinas.

Otro disparo de *flash*, reflejándose en los ojos casi de plastilina de Vlad, que durante un breve instante conectó su mirada con la de Emma, para luego apartar la vista con rapidez. Ella tampoco lo culpó por ello; estaba acostumbrada a esa reacción. Sin duda, su encuentro con Vlad y Baiju sería breve, y mucho menos divertido que una sesión de fotos. A diferencia del periodista, no estaba allí para hablar de democracia, de Occupy Wall Street ni de gatos disfrazados con trajes de época medieval. No era de Silicon Valley, sino de Chicago, y estaba allí para hablar de aspectos prácticos.

Y por más que Vlad no tuviera muchas ganas de hablar sobre el pago por flujo de órdenes, menos aún querría hacerlo sobre la especialidad de Emma. No porque implicara alguna verdad

incómoda difícil de digerir para el público sobre la forma en la que Robinhood ganaba dinero, sino porque para una persona ajena, a lo que ella se dedicaba era muy aburrido.

Ante cualquiera que le preguntara, Emma no tenía ningún problema en admitirlo: la compensación era la parte menos glamurosa del sistema financiero, y una que muy pocas personas entendían realmente, o querían entender. Como el pago por flujo de órdenes, tenía que ver con la fontanería que había por detrás del trading, y casi nunca se hablaba de ello en las empresas sofisticadas. Nunca se veía un artículo en una revista de moda que hablase sobre compensación, y nadie le pedía a Emma que posara delante de ningún mural.

Pero eso no significaba que lo que ella hacía fuera menos importante, ni que lo que había ido a hablar con Vlad y su equipo fuera menos imperativo.

No era la primera vez que Emma visitaba Robinhood para tratar el tema de la compensación; de hecho, cuando Robinhood abrió sus puertas, los jefes de Emma —a través de una de las empresas de su cartera, Apex Clearing— habían ayudado a poner en marcha el revolucionario corretaje, ocupándose de la parte «aburrida» del negocio para que los dos unicornios pudieran retozar desprovistos de preocupaciones por lo que pudiera estar fluyendo por las tuberías bajo sus pezuñas.

Aún recordaba aquella primera reunión, cuando sus jefes —Matt Hulsizer y Jenny Just, brillantes multimillonarios por derecho propio que habían edificado uno de los conglomerados *fintech* con mayor visión de futuro del mundo, si bien pasaba desapercibido— habían tratado de explicar, en los términos más sencillos posibles, por qué era vital que cualquiera que intentara crear un negocio en el espacio bancario debía entender la compensación a fondo. Durante aquella primera reunión, Emma ni siquiera había necesitado ver lo rápido que se le habían nublado los ojos a Vlad para saber que no comprendía sus palabras. Durante toda la presentación, el vicepresidente de desarrollo de negocios de Vlad había permanecido de pie sobre un monopatín, y cuando con cierta despreocupación Matt mencionó las normas de los «años treinta»

que indicaban cuánto dinero —aparte del dinero para operar que Robinhood recibía de sus usuarios— necesitaría la empresa para liquidar las operaciones con la cámara de compensación federal, el hombre había comentado: «¿El año 2030? Eso aún queda muy lejos».

Matt había explicado con diligencia que con lo de las normas de los «años treinta» se refería a la década de 1930. En los años treinta, cuando se establecieron muchas de las reglas relativas a la compensación de las operaciones bursátiles, los empresarios que querían entrar en el sector bancario no te recibían subidos a un monopatín ni tenían las paredes cubiertas de murales con gatos con arcos y flechas.

Todos los presentes estaban de acuerdo en que el diseño de Robinhood era brillante. Pero como Matt había expuesto en ese momento: «Vlad, eres Miguel Ángel, eres un artista, no un ingeniero. Y esto no es una pintura, ni una hermosa escultura. Esto es un edificio. La basílica de San Pedro. Si se cae, habrá gente que saldrá lastimada».

Pero desde el principio había sido evidente que los adultos de la sala no iban a conseguir hacérselo entender a los unicornios. Y no extrañó a nadie que un par de años después, creando su propia división de compensación para actuar como intermediario con la cámara de compensación federal que supervisaba todas sus operaciones, Robinhood tomara la decisión de gestionar internamente la compensación. Pensamiento mágico en estado puro: no acabas de entender algo que la gente te dice que es extremadamente importante, así que decides que tú puedes hacerlo mejor.

Entonces, dos años después, en nombre de su empresa, Emma había vuelto a Robinhood para ver si, tal vez, querían retomar la conversación. Pero al observar a los dos empresarios mientras terminaban su sesión de fotos —ninguno de los dos le dirigió más que una mirada, es posible que debido a que les despertaba el mismo interés que las plantas de fuera—, supo que no iban a escuchar nada de lo que les dijera. Iban a seguir haciendo las cosas a su manera.

No vio ningún monopatín tirado por ahí, pero estaba claro que los unicornios dirigían el bosque de Sherwood, que en realidad se parecía más al país de Nunca Jamás, desprovisto en todo momento de la supervisión de un adulto. Además, es posible que pensaran que ellos no habían creado su aplicación para la clase de adultos que querría supervisarlos. Y a pesar de su modelo de negocio y de la forma en la que ganaban dinero, se empeñaban en creer que tampoco habían creado Robinhood para los peces gordos en sus mesas de operaciones en Wall Street.

Emma tuvo que preguntarse: ¿exactamente para quién creían haber creado Robinhood?

Capítulo seis

Caledonia (Míchigan).

El pesado trabajo de las 14.00 horas.

A la vez que se inclinaba hacia atrás todo lo que el reposacabezas acolchado —y sus hombros doloridos— le permitían, Sara Morales estiró las cansadas pantorrillas en el reposapiés de vinilo de una silla reclinable en el tercer sillón de la peluquería Shiny Locks. Aunque todavía alcanzaba a ver la pantalla sin problemas, por mucho que la silla se reclinara hacia atrás, su teléfono descansaba con cuidado sobre el estómago, subiendo y bajando con cada cansada respiración. Sobre todo porque entonces su estómago era del tamaño de un pomelo demasiado maduro o de un melón cantalupo, si bien, sin duda, más grande que hacía una semana; en los últimos días, por momentos parecía estar creciendo. Sin embargo, a pesar de la barriga, las pantorrillas y el cansancio que parecía afectarle todos los días a esa hora —demasiado cerca del almuerzo para tomarse un tentempié y demasiado lejos de la cena para justificar una buena comida—, estar embarazada de cuatro meses tenía sus ventajas.

Nadie iba a decirle nada por tomarse unos minutos para sí misma en uno de los sillones vacíos del salón, y que debido a las finas divisiones plásticas que habían colocado a causa de la pandemia resultaba sorprendentemente privado. Las láminas de plástico color blanco lechoso a ambos lados eran lo bastante transparentes para no sentir claustrofobia, incluso en un espacio ocupado en su mayor parte por la silla, desde el reposapiés, situado a escasos centímetros de la pared de espejos que recorría todo el salón, hasta el reposacabezas, a escasos centímetros de un lavacabezas que no se había utilizado desde que el lugar había vuelto a abrir. Aunque el Centro de Control y Prevención, el

presidente, el gobernador o quienquiera que pareciera estar al mando esa semana en particular no estuviera de acuerdo, y la peluquería Shiny Locks tomara todas las precauciones imaginables, para Sara ir a la peluquería a peinarse, cortarse o teñirse el pelo era algo esencial. La clienta llevaba mascarilla, la estilista trabajaba con mascarilla y una pantalla facial, y todo era tan íntimo que parecía una mala primera cita. Pero las autoridades habían determinado que si tu cabeza se apoyaba en ese recipiente y fluía agua caliente, lo esencial se transformaba en algo lúdico, y eso era ir demasiado lejos.

Por supuesto, Sara no estaba en Shiny Locks por razones esenciales o recreativas; estaba allí por dinero. Apoyada en la separación de plástico, a pocos centímetros del sillón, estaba su escoba, que utilizaba para barrer los mechones brillantes a los que se refería el nombre de la peluquería, para que no se acumularan en peligrosos montículos que amenazaban con hacer tropezar al par de peluqueras que atendían al puñado de clientas de ingresos medios o moderados de Caledonia, a las que aún les importaba su aspecto, y que en el mejor de los casos eran cuatro en un día y entraban y salían del local como si estuvieran atracando un banco: enmascaradas, contando los minutos de aire compartido, utilizando el menor número de palabras posible para comunicar lo que necesitaban. A Sara no le habría sorprendido que la mayoría de ellas dejara en el aparcamiento el coche en marcha, con las botellas de desinfectante de manos apiladas y listas para usar.

Incluso a esas alturas del día, la escoba de Sara tenía tan pocos pelos como cuando Trevor, su marido, la había dejado en el trabajo esa mañana. En ese momento, a dos sillones de ella, sólo había una clienta que fingía leer una revista que había traído de casa, como si todo fuera de lo más normal, mientras su estilista le ponía extensiones baratas en el pelo. Lo que significaba que antes de volver a necesitar la escoba, Sara tenía mucho tiempo libre. Tiempo de sobra para su nueva actividad —algo que cada vez le ocupaba más horas muertas, y que parecía superar con creces su tiempo de trabajo—, marcada por el brillo verde casi de neón que procedía de su teléfono móvil.

Aunque sabía que había sido en algún momento del año anterior, Sara no recordaba muy bien cuándo había descargado la aplicación de Robinhood y había abierto su cuenta de trading. Al igual que muchos otros, suponía que había sido ese loco foro de Reddit el que la había llevado a la profesional agencia de corretaje en línea. No recordaba que antes de tropezarse con WallStreetBets le hubiera interesado nunca el mercado de valores. Pese a haber cursado en la universidad algunas asignaturas de economía, nunca le había entusiasmado el mundo de las finanzas. Durante los primeros meses de 2020, como muchas otras personas, se había topado por pura casualidad con el foro de WSB.

En aquel momento, la planificación de su boda había consumido casi todo su tiempo. En realidad, la boda de sus sueños, la que debía haberse celebrado a finales de año. Unos doscientos invitados, toda su familia, una iglesia llena de velas y flores, su padre llevándola al altar mientras todo el mundo sonreía, lloraba y aplaudía en pie. Una recepción en el salón de baile de un hotel si bien no de lujo, sí muy cerca, con aperitivos, barra libre y una banda de música en directo. Su boda soñada, que nunca llegó a celebrarse, por la COVID-19, por el año 2020, por lo que sea.

Pero en aquel momento no había forma de saber lo que se venía encima, así que había pasado la mayor parte de su tiempo libre indagando en internet en sitios especializados en bodas. Fue un doble salto mortal, de fotos de bodas lujosas y fuera de su presupuesto en Pinterest a publicaciones en Facebook, lo que al final la llevó a un foro de Reddit dedicado a los arreglos florales. Una noche cualquiera, mientras Sara leía una acalorada discusión sobre los discutibles méritos de los tulipanes frente a los lirios, se fijó en un breve hilo que criticaba otro subreddit no relacionado. Las publicaciones hablaban de lo perverso y asqueroso que podía ser ese otro foro, de cómo parecía estar dominado por jóvenes que se calificaban a sí mismos de «retrasados», «autistas» y «patanes», y utilizaban un lenguaje soez y memes guarros para exponer las cuestiones que trataban de plantear. Sara se había hartado lo suficiente de tulipanes y lirios para echar un vistazo.

Cuando entró por primera vez en el foro de WSB, tampoco le

gustaron ni una pizca algunas de las expresiones utilizadas en él. No le hacía ninguna gracia la palabra *retrasado*, y no estaba segura de si lo que la gente publicaba —la locura de carteras que mostraban pérdidas y ganancias— era real o pura mentira simulada. Pero, sin lugar a dudas, sintió el espíritu comunitario que había en WSB de una manera que no había visto en ninguno de los otros sitios que había visitado. Y si bien la mayoría de los usuarios eran hombres, estaba segura de que una buena parte de los participantes era más diversa, más parecida a ella, de lo que las críticas señoritas del foro sobre flores podrían haberse imaginado.

Aun así, Sara dudaba de que hubiera vuelto a visitar el foro de WSB de no ser por la COVID-19. Habría estado demasiado ocupada, porque se suponía que 2020 era su año. No sólo por la boda, sino por todo. Iba camino de cumplir treinta años, estaba a punto de casarse, a su prometido le acababan de ofrecer un nuevo trabajo como director de informática en una pequeña *start-up* de Denver (Colorado). Ella y Trevor habían hecho muchísimos planes. Habían encontrado y alquilado la casa adosada perfecta, con vistas a las montañas y un corto trayecto hasta su oficina. Habían elegido la fecha de la boda —el 6 de octubre—, e incluso habían escogido las invitaciones: de color blanco roto, con flores en las esquinas y una tarjetita que los invitados tenían que cumplimentar con la elección de pollo o pescado.

Debería haber habido una tercera opción —COVID-19—, porque todos los planes que habían concebido se habían esfumado en cuanto llegó la pandemia. En lugar de mudarse a Colorado, se encerraron en casa como todo el mundo. Tres meses de limpiar todos los alimentos, de ducharse después de ir a la farmacia, de usar mascarilla e incluso guantes. Sara había visto cómo amigas que iban a casarse en marzo y mayo cancelaban sus bodas una tras otra. Y con cada cancelación, ella y Trevor se habían mirado, sabiendo lo que ninguno de los dos quería admitir, sabiendo que octubre no quedaba lo bastante lejos.

Nunca llegaron a enviar las invitaciones. Peor aún, la *start-up* de Denver perdió su fuente de financiación, y en lugar de una casa adosada con vistas a las montañas, acabaron alquilando una

pequeña de dos habitaciones en Caledonia; más cerca de Detroit, donde ambos se habían criado. Trevor había logrado encontrar un nuevo empleo en el sector de la informática —nada del otro mundo, trabajando en la parte administrativa de un conglomerado de dispositivos médicos— y Sara había aceptado el trabajo de barrer el suelo de la peluquería para contribuir con los gastos. Shiny Locks no era nada especial, sólo el tipo de cadena de peluquerías típica de una ciudad pequeña o de un centro comercial, ni sucia ni glamurosa; apenas un lugar en el que sacarse algunos dólares con una escoba. En cuanto a trabajo se refería, tenía planes más ambiciosos. Había buscado algún puesto de diseñadora gráfica en Denver, disciplina que había estudiado en la universidad; pero, de momento, era más importante contribuir a la economía familiar con lo que pudiera.

Cancelar la boda de sus sueños y optar en su lugar por una pequeña ceremonia en el jardín de casa de sus padres había sido un trago amargo. Pese a que el día fue soleado, y su padre la llevó al altar, sólo unos pocos familiares y amigos cercanos habían acudido a presenciar el acto. Y si bien Sara lamentó no poder celebrar la boda soñada, poco después descubrió la maravillosa noticia de que estaba embarazada. Por mucho que hubiera perdido en 2020, por mucho que la pandemia le hubiera quitado, sentía que le habían dado algo mucho más grande. Sabía que todo cambiaría cuando llegara el bebé. Sería como un nuevo comienzo.

Pero hasta entonces, mientras veía crecer su barriga, todavía bastante aislada de amigos y familiares, barría pelo. Tenía a Trevor; pero por mucho que lo quisiera, a veces tampoco él bastaba.

En muchos sentidos, el foro de WSB había llenado ese vacío. Sabía que era absurdo; que unos desconocidos en una plataforma publicaran y hablaran de acciones al azar en un lenguaje soez no debería resultar significativo para nadie con un par de neuronas, pero en ese momento, lo que Sara sentía sobre todo era expectación: por el bebé, por que las cosas mejoraran, por encontrar algún día un trabajo diferente y recuperar su vida social. ¿Tan malo era pasar unas horas al día perdida en esa batalla

campal sin sentido, dando votos positivos a la compra de acciones arriesgadas y negativos a insultos y zascas estúpidos?

Aun así, tras varias semanas en las que su adicción al sitio era cada vez mayor, se dio cuenta de que no se lo había mencionado a nadie, ni siquiera a Trevor. No estaba segura de lo que habría pensado su marido, ya que en casa él era el encargado de las cuestiones financieras —facturas, impuestos, las pocas inversiones que habían conseguido sufragar— y casi nunca trataban el tema del dinero. Ni siquiera recordaba que alguna vez hubieran llegado a mencionar la bolsa de valores, simplemente era algo de lo que no hablaban.

Así que no es que hubiera mantenido a propósito en secreto su interés por el foro de WSB, pero le gustaba el hecho de que fuera algo suyo, algo que hacía y que nadie tenía por qué saber. No tenía ni idea de qué pensaría Trevor si alguna vez llegaba a enterarse; pero podría señalar al menos lo mucho que estaba aprendiendo. Sobre Wall Street, finanzas y acciones.

Y no es que estuviera comprando acciones. En todo caso, todavía no. Pero al leer el subreddit, al observar a esa gente que sólo conocía por sus nombres en pantalla apostar a lo grande en posiciones arriesgadas, había caído en la cuenta de que tenía unos sentimientos muy profundos sobre Wall Street, es probable que se remontaran a su infancia en los suburbios de Detroit, donde vivía la clase trabajadora. Como todo el mundo que conocía, su padre había trabajado en el sector automovilístico —era director de envíos de un proveedor de piezas de automóviles—, así que había vivido en primera persona la carnicería de 2008. Los padres de muchos de sus amigos se habían visto obligados a prejubilarse, y habían acabado perdiendo sus casas y mudándose. Y, como todo el mundo, había leído en los periódicos los artículos sobre el rescate de los grandes bancos de Wall Street, seguido por las de las propias empresas automovilísticas —después de que todos esos amigos de su familia hubieran perdido sus empleos y sus casas— y nunca le había parecido muy justo.

Se había enfadado y se había sentido muy decepcionada, y había crecido con una sana desconfianza hacia el Gobierno. Parecía

que los organismos creados para proteger a la gente normal como ella no hacían su trabajo. Parecía que a los únicos que protegían de verdad era a los ricos, a los bancos, a las empresas automovilísticas, a la gente que ya cobraba grandes sueldos y que nunca había tenido mucho de que preocuparse. Si bien tenía sólo poco más de veinte años, había visto de todo: la desaparición de planes de pensiones, el mercado inmobiliario yéndose al carajo, personas que trabajaban duro siendo engañadas a diestro y siniestro.

Comprendía el trasfondo de rabia que veía claramente en las publicaciones de WSB. Aunque algunas de las personas que participaban en el foro estaban allí sólo para apostar en busca del subidón que les producía correr riesgos, muchas otras intentaban pronunciarse con su dinero. Compartían información entre ellas porque se veían alineadas contra Wall Street, comprometidas con una especie de guerra de clases tribal contra los ricos, los favorecidos que habían puteado a gente normal como Sara durante toda su vida.

Cuando estos mismos usuarios la remitieron a Robinhood —una aplicación que le proporcionaba las mismas herramientas financieras que los banqueros habían utilizado durante tantos años para burlar al sistema a su favor—, se sintió lo bastante intrigada para bajársela en el móvil. Incluso había movido a la aplicación un poco de dinero: unos cuantos miles de dólares del presupuesto de su boda que nunca había llegado a utilizar junto con parte del cheque COVID-19 —su «estímulo»— que había recibido del gobierno: 1.200 dólares..., como si eso fuera a suponer alguna diferencia significativa en su vida. Un par de meses de alquiler, un par de letras del coche y luego volvería al punto de partida, a barrer el pelo en una peluquería mientras esperaba a que naciera su bebé.

Tal vez pudiera hacer algo de verdad. Quizá esos usuarios locos, deslenguados y degenerados de WallStreetBets fueran por el buen camino.

Recostada en la silla, pasándose una mano por la barriga, del tamaño de un pomelo o de un melón cantalupo, mientras navegaba

por la aplicación de Robinhood, mirando los gráficos de las acciones sobre las que había leído en WSB, se preguntaba si sería tan malo probar suerte.

No se puede estar más lejos de una mesa de operaciones de Wall Street que la peluquería Shiny Locks en Caledonia (Míchigan). Pero con la información que obtenía en el foro de WSB, junto con las potentes herramientas de la aplicación de Robinhood, justo bajo las yemas de sus dedos, por una vez las probabilidades no parecían estar en su contra, el terreno de juego no parecía tan injusto.

Sacudió la cabeza y apagó el teléfono. No estaba lista para dar el siguiente paso. Todas esas poderosas herramientas, su nueva comunidad de jugadores y guerreros de clase..., seguía esperando a que algo la llevara al límite. Hasta entonces, se contentaba con mantenerse al margen; le bastaba con tener esa salida a sus frustraciones con el mundo que le había tocado en lugar del que había esperado. Al menos entonces contaba con ese secreto, que era todo suyo.

Volvió a meterse el teléfono en el bolsillo de la falda, se levantó de la silla reclinable y de nuevo centró su atención en la escoba.

Capítulo siete

«Tío, todo el mundo cree que estoy loco, y yo creo que lo están todos los demás...»

Keith Gill se echó hacia atrás en su silla *gaming* House Lannister, se llevó las manos detrás de la cabeza, se apretó el nudo del pañuelo y sintió cómo el sedoso material se le clavaba en la piel. Le temblaba todo el cuerpo, su pecho subía y bajaba bajo otra de sus características camisetas estampadas con la imagen de un gato atigrado en pleno salto, las garras y las mandíbulas abiertas, un felino lo bastante loco y hambriento como para devorar todo el maldito mundo.

Mientras miraba el escritorio, Keith estabilizó el pulso asegurándose de tener todas las herramientas de su operación al alcance de la mano. Los gráficos, los blocs de notas, la bola 8, las cartas Uno. Ese día había algo nuevo: un plato de *tenders*, o tiras de pollo recién preparadas. Cuando Keith las metió en el horno, Caroline pensó que eran para su hija, y había puesto los ojos en blanco al ver que en lugar de eso se había llevado la bandeja con él por la puerta que conducía al sótano.

«Llevo años negociando con valores *deep value*, pero nunca había visto un sentimiento bajista tan fuerte...»

Aunque dudaba de que durante esa transmisión en directo en particular fuera a comer alguna de las *tendies* —el término era habitual en el tablón de WSB para simbolizar las ganancias obtenidas en *stonks*,[1] otra expresión de WSB basada en memes; un guiño autocrítico a la opinión general de que cualquiera que siguiera o diera consejos sobre acciones a través de un subreddit del subsuelo de internet se asemejaba a esos chavales que comiendo lápices de colores suelen sentarse al final de la clase en secundaria—. Los últimos días no habían sido los mejores de su

vida precisamente, y si bien Keith seguía siendo optimista —quizá, como de costumbre, de forma ilusoria—, lo más probable es que cuando volviera con Caroline de pasar la tarde en el parque, a su hija le quedasen unas cuantas tiras de pollo, o *tendies*.

El portátil de Keith ya estaba abierto y encendido delante de él, si bien aún no había pasado a las imágenes que utilizaría para la transmisión en directo de ese día, que estaba a punto de empezar en unos minutos. En cambio, su ordenador estaba abierto en el foro de WSB. Durante las últimas semanas se había vuelto muy diligente con sus publicaciones en el frenético foro de valores, añadiendo frecuentes actualizaciones de su cartera de trading e integrando sus vídeos de YouTube y su Twitter. En general, sus publicaciones eran muy simples: una captura de pantalla de su cuenta de trading, con una lista de todas sus posiciones, incluidos su valor total en dólares, así como sus ganancias y pérdidas diarias. En los últimos meses, sus publicaciones se habían simplificado aún más debido a que, pese a tener algunos valores objetivos en su arsenal, en esos momentos su cuenta giraba prácticamente en torno a un solo valor de mercado. Un único y solitario activo en el que había tomado una posición en largo de forma obsesiva e increíble, tanto mediante la compra de acciones como de opciones de venta, lo que le permitía apalancar su cuenta bancaria hasta niveles bastante extremos.

«Espero que en la segunda mitad del año la narrativa cambie, cuando los inversores empiecen a buscar formas de actualizar la consola y a ver lo mismo que yo...»

Keith no se había propuesto enamorarse de un solo valor. Había empezado despacio —más como una infección que como una obsesión— casi dieciocho meses antes, cuando las transmisiones en directo eran más una idea en la cabeza que algo que involucrara cámaras y tiras de pollo. Pero entonces tenía que admitir que estaba completamente enamorado, y más que eso, que mantenía una relación, tan profunda y verdadera como cualquier relación que hubiera tenido en la vida real. Relación que llevaba un tiempo compartiendo diligentemente a través de sus transmisiones y publicaciones.

«Como siempre hago después de la lectura de datos, mañana publicaré la actualización. No será algo bonito, y todos se burlarán de mí como siempre...»

Al principio, y durante mucho tiempo después, en su mayoría sus dictámenes habían sido recibidos con burlas. También tenía que admitir que había sido algo justo. Por más que fuese un hombre adulto con un pañuelo en la cabeza y una camiseta con un gato estampado, y no un operador en una mesa de Wall Street ni en su falso cubículo en Mass Mutual, no era, por definición, un aficionado. Comprendía que no todo el mundo iba a revisar los gráficos que había compilado, la investigación que había llevado a cabo, y ver con facilidad lo que a él le parecía tan obvio. Tenía la formación suficiente para saber que la selección de valores era tan mágica como matemática. Sin duda, había una delgada línea entre la genialidad y el delirio, y Keith no estaba del todo seguro de en qué lado se encontraba él. Puede que las burlas no anduvieran muy desencaminadas; tal vez su juicio estaba tan nublado por el amor que veía algo que en realidad no estaba ahí.

«Pero espero que GME se recupere como lo hizo después de las dos lecturas de resultados anteriores...»

Cuando en julio de 2019 empezó a comprar acciones de GameStop, cuyo símbolo bursátil es GME, se había sentido bastante solo en su opinión de que la empresa estaba significativamente infravalorada. Claro, una franquicia física de treinta y cinco años, con más de cinco mil quinientas tiendas especializadas en consolas de videojuegos, en la venta y reventa de juegos físicos, productos electrónicos relacionados y en juguetes extravagantes y contraculturales, como los muñecos de Pickle Rick y las figuras de acción de Fortnite, no estaba en la lista de favoritos de nadie en una época en la que todo se estaba digitalizando. Continuando con una tendencia de años, sólo en la primera mitad de 2019 las ventas de la compañía habían caído más del 13 por ciento. Esto había coincidido con un carrusel giratorio de liderazgo, con no menos de cinco CEO nombrados en los últimos doce meses. La caída de las ventas, la falta de liderazgo, la escasa o nula estrategia de futuro, no era de extrañar que el precio de las acciones hubiera rondado

los 4 y 5 dólares cuando Keith había empezado a centrarse en la compañía, y aún menos extraño que estuviera prácticamente solo.

Pero su interés inicial no había sido sólo por inconformismo. Había aplicado su estrategia de investigar en profundidad GameStop, y había empezado a ver cosas que tal vez otros habían pasado por alto. No se trataba de una operación poco fiable; GameStop había sido una de las primeras empresas en el sector de los videojuegos, un segmento de la industria minorista que en 2019 se había disparado hasta alcanzar más de 150.000 millones de dólares, y que no mostraba signos de desaceleración, ya que cada vez más personas pasaban más tiempo en línea. GameStop no había sabido aprovechar su base de clientes ni su ventaja de haber sido la primera empresa en la industria para superar sus debilidades en tanto que tienda física, pero eso no significaba que no pudiera cambiar. Como muchos otros negocios antes que él —Blockbuster, Borders, Blackberry, por nombrar algunas—, había gestionado mal el paso al mundo en línea, pero eso no significaba que no estuviera a tiempo de hacerlo.

Keith tampoco podía descartar el factor emocional que lo llevó a GME: ¡joder, como a mucha gente de su generación, le encantaba GameStop! Qué narices, en ese mismo momento estaba sentado en una silla *gaming*; había crecido jugando a los videojuegos, y algunos de sus mejores recuerdos tenían que ver con las horas pasadas deambulando por los pasillos de GameStop en el centro comercial Westgate de Brockton, eligiendo algún videojuego que él y su hermano devoraban durante un fin de semana, sólo para regresar a la tienda el lunes y devolverlo. En aquella época no te quedaba más remedio que comprar un juego físico en una tienda física —algo que los chavales más jóvenes verían de la misma forma que a un velocirraptor—, pero Keith no creía que aquella experiencia pudiera llegar a reproducirse en línea. Era una sensación que no te abandonaba nunca.

Puede que Blockbuster ya no tuviera sentido, pero eso era porque lo que había vendido ya no tenía sentido. El mundo de los videojuegos era cada vez mayor; las consolas, cada vez más sofisticadas; la comunidad de jugadores cada vez más fuerte.

Además de eso, Keith creía que había un incentivo adicional para elegir un valor como GameStop, empresa que todos pensaban que estaba al borde de la quiebra. Había tanto dinero alineado en el lado negativo —tantas posiciones cortas— que si de alguna manera Keith tenía razón, la subida podría ser mucho más rápida que la bajada.

En su trabajo como educador financiero, había pasado bastante tiempo desglosando el acto —y a veces el arte— de las ventas en corto, de forma que los clientes menos entendidos pudieran comprenderlo. Cuando un operador creía que una compañía tenía problemas y que sus acciones estaban sobrevaloradas, podía «tomar prestadas» acciones, venderlas, y cuando las acciones bajaban como habían predicho, volver a comprarlas a un precio inferior, devolverlas a quien se las había dejado prestadas y embolsarse la diferencia. Si GameStop cotizaba a 5 dólares, podías pedir prestadas cien acciones, venderlas por 500 dólares; cuando la acción llegase a 1, volver a comprar las cien acciones por 100 dólares, devolverlas y embolsarte 400 dólares. Hay que pagar una pequeña comisión al prestamista por las molestias, pero se obtiene un sustancioso beneficio.

¿Qué pasaría si las acciones subieran en lugar de bajar? ¿Qué pasaría si GameStop encontrara la manera de capitalizar sus millones de clientes nostálgicos, que invierten miles de millones en videojuegos cada año? ¿Y si las acciones subieran a 10 dólares en lugar de bajar a 1?

Lo que pasaría es que el vendedor en corto estaría realmente jodido. Habría tomado prestadas esas cien acciones y las habría vendido a 5 dólares. Ahora la acción valdría 10, pero todavía tendría que devolver sus cien acciones. Comprarlas en el mercado a 10 significaría desembolsar 1.000 dólares. Peor aún, cuando pidió prestadas las acciones, acordó un plazo para devolverlas. Tenía un cronómetro en la cabeza, así que tenía que elegir entre comprar en esos momentos las acciones a 10, perdiendo 500 dólares en la operación, o esperar un poco más, con la esperanza de que antes de agotar el plazo las acciones volvieran a bajar.

¿Y si esperaba y las acciones seguían subiendo? Tarde o

temprano, tendría que comprarlas de nuevo. Si tenía la responsabilidad de devolver esas cien acciones, incluso a 15 dólares, a 20... En teoría, no había límite a lo que podía perder.

Lo que significaba que si de alguna manera GameStop empezaba a subir, las personas que habían invertido en corto en la compañía empezarían a sentir la presión de comprar; cuanto más subieran las acciones, más fuerte sería esa presión. A medida que los inversores a corto comenzaran a cubrirse, comprando acciones para devolverlas a sus prestamistas, las acciones subirían aún más.

En la jerga financiera, a esto se lo denominaba *short squeeze*, o estrangulamiento de posiciones cortas. No ocurría a menudo, pero cuando lo hacía, podía ser espectacular. En 2008, una sorpresiva opa sobre el fabricante de coches alemán Volkswagen por parte de su rival Porsche hizo que el precio de las acciones de Volkswagen se multiplicara por cinco, convirtiéndola brevemente en la empresa más valiosa del mundo en dos rápidos días de negociación, ya que los fondos de venta en corto tuvieron problemas para cubrir sus posiciones. Del mismo modo, una batalla entre dos titanes de los fondos de inversión de alto riesgo —Bill Ackman, de Pershing Square Capital Management, y Carl Icahn— condujo a un estrangulamiento del fabricante de suplementos —y presunta empresa piramidal— Herbalife, que según se informó costó a Ackman 1.000 millones de dólares. Puede que el primer *short squeeze* que tuvo amplia repercusión se remonte a un siglo atrás, a 1923, cuando el magnate de las tiendas de autoservicio Clarence Saunders diezmó con éxito a los vendedores en corto que habían atacado su emergente cadena de tiendas de comestibles Piggly Wiggly.

Como tantas personas estaban apostando contra GameStop —y en general contra el comercio minorista físico—, la posición en corto general era enorme, casi cómica. En momentos concretos de los últimos seis meses, había oscilado entre el 50 y el 100 por ciento del capital flotante, lo que significaba que casi todas las acciones de GameStop existentes habían sido tomadas en préstamo y vendidas por vendedores en corto, todos los cuales tenían la obligación, en algún momento en el futuro, de volver a comprar

esas acciones.

¿Y si Keith tenía razón y las acciones subían en lugar de bajar? Sería como ver a los inversores tratando de salir de un edificio en llamas a través de una única y estrecha puerta. Las acciones se dispararían.

En calidad de educador financiero, Keith sabía que la venta en corto podía ser una de las jugadas más arriesgadas del mercado. Había que estar realmente seguro de que una acción fuera a bajar, ya que las ganancias eran limitadas, pero las pérdidas podían ser, en teoría, infinitas. El hecho de que tantos inversores competentes estuvieran vendiendo GameStop en corto podía significar que la acción era realmente un fracaso; pero también que el valor estaba lleno de combustible para cohetes, y que no haría falta mucho para iniciar el proceso de ignición y enviarlo directamente a la Luna.

Así que Keith había comprado. Al principio, unas pocas; pero en especial en la era de Robinhood, comprar acciones era adictivo. Unos miles de dólares se convirtieron con rapidez en una apuesta total de 53.000 dólares en acciones directas y opciones de compra. Keith era lo bastante cultivado para entender el riesgo inherente de las opciones; comprar opciones no era tan peligroso como vender en corto, ya que el potencial de pérdida era limitado porque siempre se podía dejar que las opciones expiraran. Se pagaba una cuota por el derecho a comprar un determinado número de acciones a un precio determinado en una fecha determinada. Vendidas en bloques de cien acciones, la tarifa se basaba en la demanda, que guardaba relación con hacia dónde pensaba la gente que se dirigía el precio de la acción. Como la cuota que se pagaba por esos bloques de cien acciones era una fracción del precio fijado, uno se podía apalancar en una posición muy grande con una cantidad de dinero relativamente pequeña. Si el precio subía, podías ganar mucho; si bajaba, tus opciones no valían nada, pero sólo perdías lo que habías invertido en un principio.

El 80 por ciento de las opciones compradas por operadores minoristas como él caducaban sin valor; pero cuando se tenía poco con lo que trabajar, no había mejor manera de apuntar alto. Considerando que tenía una hija de dos años, una casa y una

esposa, 53.000 dólares era mucho dinero. Era tanto dinero como el que ganaba su padre en un año cuando era más joven. Pero aun cuando la acción rondaba los 5 dólares, Keith estaba segurísimo de haber encontrado un valor que otros habían pasado por alto.

La primera vez que publicó algo sobre GameStop en WallStreetBets, las respuestas habían variado entre la diversión y la abierta hostilidad. Eso siguió siendo así hasta agosto de 2019, cuando Keith se levantó un jueves y encontró que las acciones se habían disparado hasta un 20 por ciento. Como se vio después, Michael Burry —el famoso inversor y gestor del fondo de inversión de alto riesgo que había predicho el desplome inmobiliario de 2008 y que había aparecido en la película *La gran apuesta*, de Michael Lewis y Adam McKay— había escrito una carta al consejo de administración de GameStop en la que revelaba que su Scion Asset Management había comprado el 3 por ciento de las acciones disponibles de la empresa —2.750.000 acciones—, y creía que GameStop estaba en mucha mejor forma de lo que todos pensaban. En una entrevista con el semanario financiero estadounidense *Barron's*, Burry había señalado además que Sony y Microsoft iban a lanzar consolas —y ninguna de las dos empresas había abandonado aún la unidad de disco físico, aunque una parte importante de los jugadores había empezado a comprar sus juegos en forma de descargas digitales—, lo que atraería más clientes a GameStop, y que la situación de GameStop «parecía peor de lo que en realidad era».

La compra de Burry no sólo impulsó el precio de las acciones, sino que galvanizó a una parte de la comunidad del foro de WSB, o al menos les hizo ver que Keith podría no estar loco de remate. El foro de WSB tenía cierta afinidad con Burry. El inversor se identificaba como alguien con síndrome de Asperger, en el espectro autista, y los subversivos que a menudo en sus comentarios se referían a sí mismos como «autistas», se reconocían en su estrafalario personaje en la película, interpretado por Christian Bale. En cierto modo, la autocrítica era un mecanismo de defensa y una forma de señalar a la comunidad como una antítesis de la corriente principal: WSB no estaba poblado por Amos del

Universo financiero, sino por «retrasados» cuyas esposas tenían un amante.

Tras la carta de Burry y el consiguiente efecto en el mercado, la estrella de Keith comenzó a subir en el foro de WSB. Esa tarde, junto a su publicación habitual, escribió:

> Hey, Burry, muchas gracias por aumentar mi costo base.

Cuando un usuario que se hace llamar Techmonk123 respondió:

> Hostia puta, tío. ¿Qué te hizo invertir 53K en GameStop?

Keith respondió:

> El hecho de que vale bastante más que 8 $/acc. y de que hay numerosos catalizadores que podrían desencadenar una reversión a un valor razonable en los próximos 18 meses.

Había duplicado con creces su inversión inicial y contaba con un saldo de más de 113.000 dólares, pero los escépticos seguían superando ampliamente a los conversos. Sus vídeos de «Roaring Kitty» aún tenían menos de quinientas visualizaciones.

Más de 100.000 dólares, y Keith sabía que podría utilizar ese dinero para hacer cambios en su vida. Tal vez comprar una casa en lugar de alquilarla, viajar a alguna parte. Pero con Burry dentro, no estaba dispuesto a vender.

Otro escéptico había publicado: «Te estás dejando llevar por la esperanza y los sueños en lugar de escuchar al mercado». Y en ese momento, Keith sólo pudo responder con sinceridad: «¿Por qué sugieres que mi tesis se basa en “esperanzas y sueños” y no en un análisis legítimo?».

Con el paso de los meses, Keith no había modificado su punto de vista ni había vacilado en sus creencias. Incluso antes de que GameStop se viera obligada por la pandemia a cerrar todas sus tiendas en Estados Unidos, y de que anunciaran sus pésimas cifras de ventas durante las vacaciones de 2019, Keith había seguido publicando con diligencia sus estados de cuenta, mucho más llenos

de rojo que de verde, mientras volvía a perder casi todo el dinero que había ganado.

Cuando alguien que se hacía llamar «brutalpancake» cuestionó su determinación:

> Hombre, hay *deep value*..., y luego hay un cadáver putrefacto. Para mí, esto empezó a apestar hace tiempo.

Keith respondió con lo que se convertiría en un lema personal:

> Hay *deep value*, y luego hay la hostia de *deep value*.

No hay duda de que una parte de Keith sabía que lo que estaba haciendo era una locura. Era un hombre adulto sentado en el sótano de su casa, llevaba un pañuelo atado a la cabeza, vestía una camiseta con un gato estampado y contemplaba una bandeja llena de tiras de pollo. Un hombre adulto con un canal de YouTube bajo el nombre de «Roaring Kitty», y que publicaba en un subreddit con el alias DeepFuckingValue.

Esa parte racional de él lo sabía: el amor puede ser peligroso. La creencia que te impulsaba hacia delante podía convertirse en lo que te mataba.

Pero incluso si eso fuera cierto, no sería el primer hombre adulto destrozado por el amor.

Capítulo ocho

—Suena a refresco.

Mientras examinaba la trampa de agua situada a unos 11 metros por delante de ellos, las líneas alrededor de los ojos del padre de Jeremy se entrecruzaron al entornarlos con dramatismo, añadiendo años a su aspecto aún juvenil. Incluso con su incipiente calvicie y las pocas canas que se extendían por las ondas de lo que le quedaba de pelo a ambos lados, Andrew Poe no parecía un hombre a punto de cumplir los cincuenta. Pero cuanto más hablaba, menos probabilidades había de que alguien lo confundiera con cualquier cosa que no fuera un padre de mediana edad.

—O tal vez un programa de la televisión brasileña. ¿Seguro que lo dices bien?

—Golpea de una vez, anda. Los dos sabemos que va a ir a parar al lago.

Su padre dirigió por fin su atención a la pelota que tenía frente a las botas y que descansaba en un trozo de hierba cubierta de escarcha. Agarró el palo de golf con ambas manos y se inclinó torpemente hacia delante para acercar la cabeza del palo al suelo. El palo era demasiado corto para sus más de 1,80 metros de estatura, y en el metal tenía una ligera curvatura justo debajo de la empuñadura. Ya estaba así cuando lo compraron en la venta de garaje de un vecino durante la última visita de Jeremy a la casa de sus padres, alrededor del Día de Acción de Gracias. El vecino había intentado venderles el juego completo, junto con una bolsa llena de arañazos, pero el padre de Jeremy había considerado que un palo y un puñado de bolas eran más que suficiente para empezar. Después de todo, ninguno de los dos sabía jugar al golf.

—YOLO —dijo el padre, preparándose para golpear—.

Aunque suena bastante bien.

Con mayor torpeza aún, levantó el palo por encima del hombro, sin duda el movimiento de un hombre que no había recibido una lección de golf en su vida. A pesar de tratarse de un campo público a finales de diciembre, y de que el suelo estuviera cubierto de escarcha, ninguno de los dos tenía nada que hacer en el sexto hoyo de un campo como el Sugar Mountain County Golf Club. También había nieve amontonada junto al hoyo situado al otro lado del lago parcialmente congelado, pese a que teniendo en cuenta las probabilidades que tenían de que la bola se acercara, bien podría haber estado al otro lado de Carolina del Norte.

Con todo, era agradable estar al aire libre con su padre, en especial porque eran las vacaciones de Navidad. Por lo general, no solía nevar tan pronto; puede que también eso tuviera que ver con la pandemia. Como nadie iba a ninguna parte, quizá el calentamiento global se hubiera detenido y Sugar Mountain, en Carolina del Norte, estuviera camino de otra glaciación.

El largo viaje de Durham a casa de sus padres en la localidad turística de las montañas Blue Ridge había sido a la vez divertido y molesto; el tráfico había sido escaso, el paisaje, toda una belleza a lo largo de las tres horas de trayecto en línea recta por la US 421, pero durante gran parte del recorrido, Jeremy se había visto obligado a escuchar a su hermano parlotear sobre su vida en la residencia universitaria. Estaba claro que en la universidad Casper se lo estaba pasando mejor que Jeremy, a pesar de todas las restricciones, razón por la cual se había asegurado de que ambos utilizaran la mascarilla durante la mayor parte del viaje, y de que se harían una prueba y guardarían cuarentena cuando volvieran al campus. Después de todo, se lo debía a su burbuja.

Pero fuera, en el campo de golf con su padre, Jeremy podía sentirse casi normal. No llevaba mascarilla, porque soplaba la brisa y su padre mantenía una distancia prudente, y además alrededor no había nadie. Lo que seguro era algo bueno, porque no llevaban precisamente ropa de golf. Vaqueros, sudaderas, chaquetas, Jeremy calzaba unas zapatillas deportivas mientras que su padre llevaba unas extrañas botas forradas de piel que había comprado en la

tienda de un casino indio americano al oeste de Asheville. Y lo que es peor, sólo tenían un palo para los dos, que su padre bajó de repente para ejecutar un potente *swing*, conectando con la bola y enviándola hacia delante en un espantoso ángulo, más parecido a un batazo de línea típico del béisbol que a un arco que desafía la gravedad. Antes de descender en la superficie helada, la pelota recorrió la mitad del lago. Dos rebotes y un salto, y luego se hundió en el agua.

—Eso no se puede enseñar —aseguró su padre.

A pesar del feo golpe, Jeremy sabía que su padre era más atlético que él o su hermano, que habían heredado la esbelta constitución de su madre. Antes de decidirse por el fútbol en la universidad, Andrew Poe había practicado varios deportes en el instituto. Aunque entonces era un poco más redondo en la parte central de lo que Jeremy recordaba de su infancia, se había mantenido en buena forma pese a los años. Pero ver un poco de peso extra en su padre no molestaba a Jeremy, sino todo lo contrario. La mayor parte del tiempo olvidaba que su padre seguía acudiendo al oncólogo cada dos meses para hacerse una revisión rutinaria. Dudaba de que alguna vez dejara de preocuparse por cualquier cambio que notara en su salud o apariencia.

—Seguro que has estado practicando mientras yo estaba en la universidad —dijo Jeremy mientras le quitaba el palo a su padre. Luego metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacó otra pelota de golf y la dejó caer delante de sus zapatillas deportivas.

—Pues claro —respondió su padre—. Desde que nos mudamos he venido todas las mañanas con tu madre. Así que eso de YOLO ¿es una especie de lema?

Comprobando su peso, Jeremy golpeó el suelo con la cabeza del palo.

—Se trata más bien de una estrategia financiera. Uno investiga. Profundiza en los fundamentos. Sopesa los riesgos y las oportunidades de obtener beneficio. Y luego lo apuesta todo.

Jeremy levantó el palo por encima del hombro, apuntó y golpeó con todas sus fuerzas. La cabeza del palo no alcanzó la pelota por 15 centímetros, y él estuvo a punto de caerse por la

inercia. Sonreía cuando al final recobró el equilibrio.

Tenía que admitir que sonaba un poco ridículo. YOLO, acrónimo que responde a la expresión «You Only Live Once» [sólo se vive una vez], parecía el tipo de tautismo que se puede leer en un libro de autoayuda que te insta a no preocuparte por las cosas pequeñas y a reservar ese viaje a Ibiza o a derrochar dinero en una nueva chaqueta de piel. Pero como enfoque de inversión, rozaba lo profano. Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba Jeremy en el foro de WSB, más se convencía de que para los jóvenes normales como él, atrapados en ese momento irregular en el tiempo y que se enfrentaban a un terreno de juego históricamente desigual, detrás de aspirar a algo grande había una lógica perversa.

A Jeremy no le extrañaba que en las últimas semanas una gran facción del foro de WSB se hubiera galvanizado en torno a la filosofía del trading; en concreto, la representada por una de las estrellas en auge en el sitio, un usuario que se hacía llamar DeepFuckingValue. Desde que descubrió las publicaciones de DFV sobre GameStop, Jeremy había pasado muchas horas viendo las transmisiones en directo del tipo en YouTube, que subía a internet bajo el nombre de «Roaring Kitty», y tenía que admitir que el chaval era muy carismático. DFV era inteligente, abierto con su investigación y explicaba la lógica detrás de sus operaciones en términos fáciles de entender. No parecía tratar de engañar a nadie ni contar con ningún motivo oculto. Simplemente le encantaba GameStop y había decidido adoptar una postura YOLO con respecto a la empresa, apostando todo el dinero del que disponía a que las acciones iban a dispararse a lo grande.

Y por increíble que parezca, esa apuesta no se había evaporado como el 90 por ciento de las actualizaciones GME YOLO que Jeremy había seguido en el sitio. De hecho, a DFV le había ido asombrosamente bien. Aunque la suerte de las acciones había cambiado un poquito a mejor después de que en el verano de 2019 Michael Burry hubiera anunciado su interés en la empresa, las cosas habían empezado a ir bien de verdad hacía un par de meses, cuando a finales de agosto una notificación a la Comisión de Bolsa y Valores (SEC) había llamado la atención de DFV y de sus

seguidores en YouTube, así como en el foro de Reddit. El 28 de agosto, un empresario y casi multimillonario llamado Ryan Cohen notificó a la SEC que había adquirido discretamente el 10 por ciento del flotante de la compañía —nueve millones de acciones— a unos 8 dólares por acción. Basado en la creencia de que GameStop podía cambiar las cosas, Cohen había invertido 76 millones de dólares; pero a diferencia de DFV, que en el fondo no era más que un tipo en internet al que le gustaban los gatos, Cohen era un genio del comercio electrónico. Diez años atrás había fundado una empresa en línea de alimentos para mascotas llamada Chewy, con un capital inicial de 15 millones de dólares, la había convertido en un negocio de 250 millones de dólares de ingresos y la había vendido a PetSmart por 3.350 millones de dólares. Cuando en 2019 Chewy salió a bolsa, su valor se disparó a más de 43.000 millones de dólares.

La inversión de Cohen en GameStop había sido un importante catalizador para la acción, cuyo valor se multiplicó por cinco a lo largo de los dos meses siguientes. Subida que hizo que DFV dejara de ser una voz más en WSB para convertirse en una de sus leyendas.

Jeremy prácticamente había memorizado el vídeo que el tío había publicado apenas dos días antes, el 25 de diciembre, Navidad, señalizando la loca carrera que había emprendido con el valor. Publicado en su cuenta de «Roaring Kitty» y titulado *LESSSSSSSSSSGOOOOOO*, DFV parecía inusualmente abrumado. Seguía llevando su característico pañuelo rojo, pero en lugar de una camiseta con un gato, llevaba una negra con el lema GAME OVER en fuente de videojuego, un guiño a casi todos los videojuegos de los años ochenta y noventa, que terminaban con esas maravillosas e inevitables palabras.

DFV comenzaba diciendo: «Hola, ¿qué tal todos? ¡Saludos!», para luego ir directo al grano: su inversión de 53.000 dólares en GameStop se había convertido en más de un millón de dólares de beneficios. DFV parecía tan sorprendido por el giro de los acontecimientos como cualquier otra persona. No era más que un tipo normal y corriente: «Desde luego, no conduzco un Lambo,

alquilamos esta casa que podéis ver aquí, para nosotros como familia ha sido una desenfrenada aventura, y me ha divertido mucho haberla podido compartir con vosotros estos últimos dos meses». Jeremy encontraba increíble presenciar algo así, que no parecía ser resultado de una apuesta afortunada y que había dado sus frutos. Parecía realmente la culminación de una estrategia.

—Verás —Jeremy comenzó a explicarle a su padre mientras volvía a adoptar un facsímil razonable de una postura de golf—, la idea es que si uno es un gran banco de Wall Street, o un ricachón en una mansión, puede permitirse diversificar su cartera. Eliminar el factor riesgo, aspirar a rendimientos regulares y sólidos. Pero cuando eres un mindundi normalito con una hipoteca o un préstamo universitario, o con letras del coche por pagar...

—El tal Roaring Kitty.

—Exacto. Cuando eres alguien como, bueno, como nosotros, diversificar es sólo una forma de mantenerse a flote. Ganar un poco aquí y allá no te lleva a ninguna parte. Cuando al final vendes tus posiciones, continúas teniendo los mismos problemas que antes. Sigues llevando la misma vida, con las mismas facturas por pagar...

—¿Facturas? ¿Quién paga las facturas?

Jeremy se rio. Sabía que era un privilegiado: su padre aún le enviaba un cheque todos los meses para cubrir los gastos de manutención y matrícula. Antes de la COVID-19, había trabajado a tiempo parcial haciendo ciencia de datos para un profesor y ayudar así a cubrir su préstamo estudiantil, pero entonces vivía básicamente del subsidio de desempleo de sus padres. Sabía que había mucha gente en el foro de WSB cuya situación era mucho peor que la suya. La pandemia había azotado con dureza a la comunidad, y muchos estaban sin trabajo. Lo que para Jeremy hacía más comprensible que estuvieran dispuestos a intentar utilizar el poco dinero con el que contaban para cambiar las cosas, y no sólo de forma incremental, sino monumental.

—Ya sabes lo que quiero decir —replicó Jeremy—. Así que en lugar de escuchar a los asesores financieros que escriben columnas en el periódico *USA Today* o que te hablan con desprecio en la CNBC, uno hace su propia investigación, luego profundiza todo lo

que puede y se lanza de cabeza. Te metes a lo grande hasta el final.

Jeremy volvió a golpear con el palo, que esta vez sí dio a la pelota. En lugar de dirigirse hacia el lago, la bola salió disparada hacia la derecha y cayó justo en un pequeño montón de nieve. Jeremy sacudió la cabeza y buscó otra bola en el bolsillo.

—Lo pillo —aseguró su padre—. Diversificar es para los vejestorios. No para los niños del fondo de la clase. Con los lápices de colores.

Jeremy enarcó las cejas. Sin duda su padre había prestado atención al menos a algunos de los correos electrónicos y conversaciones telefónicas que había mantenido con Jeremy durante la semana anterior a las vacaciones de Navidad; tal vez incluso había pasado algún tiempo en el foro de WSB, echando un vistazo a los mensajes de DFV — titulado cada uno de ellos «GME YOLO Update»— y a las respuestas, quizá incluso a algunos de los ridículos memes. Jeremy estaba seguro de que su padre no habría entendido muchas cosas o, mejor dicho, de que habrían escapado a su sensibilidad. Las escenas de *El planeta de los simios* o *Star Wars*, por no hablar de los vídeos de gente bebiendo pis tras perder una apuesta sobre una acción, no iban a convencer a su padre de que el subreddit era un lugar al que acudir para obtener un buen asesoramiento financiero. Pero como Jeremy había tratado de explicar, el foro funcionaba en el idioma de los de su generación. Si Jeremy hubiera vivido su último año universitario en una época normal, estaría hablando con sus amigos en bares, en fiestas de las diversas residencias de estudiantes, puede que incluso en fraternidades. En cambio, socializaba a través de internet, en una fraternidad llamada WallStreetBets.

En ese entorno, YOLO era algo que tenía mucho sentido. Y Jeremy había llegado a creer que invertir YOLO en GameStop lo tenía aún más. No sólo por lo que Roaring Kitty le decía sobre el potencial de la acción; Jeremy podía ver que los fundamentos de la empresa tenían problemas, y había pocas razones para creer que sus directivos tuvieran la fortaleza suficiente para enderezar el barco. Qué diablos, Jeremy sabía lo anticuada que resultaba la actual encarnación de GameStop para cualquiera que en los

últimos años hubiera visitado alguna de las muchas franquicias de la empresa. Entrar en GameStop era algo así como tropezar con el equivalente a una venta de garaje: artículos desparramados sin ningún sentido del orden, videojuegos usados apilados junto a peluches y mercancía aleatoria relacionada con el entretenimiento. Deambular por ese laberinto de estanterías resultaba desconcertante y a veces aterrador; una fila de peluches color fucsia podía acabar de repente con una horripilante criatura roedora sosteniendo una motosierra llena de sangre.

Y si de alguna manera uno encontraba lo que buscaba, pagar siempre era una aventura. Había cola a todas horas, y con seguridad se movía como un témpano de hielo; a menudo los dependientes parecían tan necesitados, solitarios y hambrientos de conversación como el típico cliente de la franquicia.

Aun así, Jeremy creía que GameStop podía cambiar. Creía que Ryan Cohen iba a ayudar de verdad a la compañía; y la comunidad de WSB estaba empezando a unirse en torno a GME. Cada vez eran más los que seguían las operaciones de DFV, y Jeremy percibía que eso era algo poderoso, grandioso. Algo que quería que también su padre entendiera.

Jeremy sabía que su padre tenía tanto de YOLO como cualquier miembro del foro de WSB. Aún recordaba a la perfección el día en el que llegó a casa temprano de su trabajo en un bufete de abogados de nivel medio situado en las afueras de Raleigh, donde Jeremy había vivido hasta los siete años, y anunció a la familia que quería dejarlo todo y comprar un barco. Como se había quejado su jefe en el bufete, justo en los mejores años en lo que respecta a la posibilidad de generar ingresos, se había llevado a la familia al mar, primero a Florida y luego a las Bahamas, a disfrutar de una vida que transcurría entre islas mientras los niños estudiaban en el barco, tirados sobre la lona de un catamarán.

A los siete, ocho, nueve años, Jeremy había llevado esa vida loca e idílica, preguntándose si a su padre se le había ido la olla o había tomado la mejor decisión del mundo. Hasta que a los diez años, su padre le sentó junto a su hermano y les contó el secreto que ocultaba desde que habían dejado atrás Carolina del Norte.

Cáncer, en los riñones, y agresivo.

Aquella noche, Jeremy se había conectado a internet y había profundizado en lo que su padre le había explicado. Ya entonces era bueno con el ordenador, robando todo el wifi disponible cada vez que el catamarán navegaba a poca distancia de un puerto o de un barco más grande y técnicamente equipado. Incluso la profundidad de la investigación de un niño de diez años le decía que las probabilidades de que su padre se curara no eran muchas. Para empeorar las cosas, el momento del diagnóstico de cáncer de su padre había coincidido con el colapso financiero de 2008; el mercado caía en picado. Así que su padre no sólo había dejado su trabajo, que probablemente habría perdido de todos modos, sino que había contemplado la posibilidad de morir y dejar a su mujer con dos niños pequeños. Así que habían vendido todas sus acciones y su casa, y se habían trasladado a vivir en un barco.

Felizmente, Jeremy había tenido suerte; contra todo pronóstico y mediante la cirugía y el tratamiento, su padre había conseguido sobrevivir al cáncer y recuperar su salud y gran parte de su cuenta bancaria. Había vuelto a ocupar un puesto en el ámbito jurídico y hacía poco habían comprado la casa de Sugar Mountain. Pero en el proceso había aprendido importantes lecciones, sobre lo rápido que pueden cambiar las cosas, lo injusta que puede ser la vida y cómo arriesgarse y hacer alguna locura es a menudo la mejor opción.

—¿En cuánto estás pensando? —preguntó el padre de Jeremy, y éste pudo notar el cambio en su voz. A pesar de los memes, ¿quizá le había llegado algo del foro? ¿Michael Burry, el creciente interés a corto plazo, el inquebrantable optimismo de DFV? O tal vez creía que por fin había llegado el momento de dejar que Jeremy pilotara el barco.

—Tengo unos seis mil dólares en mi cuenta de la universidad —respondió Jeremy.

—Eso es para libros. Y comida.

—Ambas cosas están sobrevaloradas.

—Jeremy.

Jeremy volvió a golpear con el palo su segunda bola, y esta

vez le dio justo en el centro. La pelota se elevó en un arco razonable y fue a caer directamente al lago. Su padre le dio una palmadita en la espalda, y el contacto le sentó bien, porque a finales de 2020, casi cualquier tipo de contacto sentaba bien.

—Tal vez yo también compre algunas —comentó su padre—. YOLO, ¿verdad?

Y entonces sonrió y le quitó el palo de las manos.

Capítulo nueve

El subidón de adrenalina pilló a Kim por sorpresa cuando levantó el dedo del botón digital naranja con forma de píldora situado en la esquina inferior derecha de la pantalla de su teléfono. Permitiendo que la sensación la invadiera, dudó un instante. En el momento en el que se sentó a la mesa de su pequeña y funcional cocina se sentía agotada por otro largo turno de trabajo que acababa de terminar hacía unos minutos; apartó una pila de libros de texto de su hijo mayor, Brian, y estuvo a punto de volcar una de las últimas construcciones de Lego de su hijo pequeño, Kyle, algo parecido a un submarino o a un megalodón, según si lo que sobresalía de la parte superior era una aleta o un periscopio. En ese momento, el cansancio había abandonado por completo su cuerpo. Estaba a punto de hacer algo fuera de lo común, emocionante y quizá un tanto disparatado.

«¡Y qué bien sentaba!»

Miró más allá de la mesa, a través de su pequeña sala de estar, hacia el pasillo que conducía a las habitaciones de sus hijos en el otro lado del apartamento. Eran poco más de las nueve de la noche, uno de esos escasos y milagrosos momentos en los que la casa estaba en silencio. Kim sabía perfectamente que sus hijos seguían despiertos. Seguro que Brian había sacado el iPad de su escondite bajo el colchón —¿por qué los chavales de quince años piensan que sus madres no saben que ocultan cosas bajo el colchón?— y lo más probable era que Kyle estuviera con una linterna bajo las sábanas trabajando en la construcción de algo con palitos de helado, su obsesión de entonces, o tal vez jugando con la Estrella de la Muerte de Lego que le había regalado para su último cumpleaños, y que había adquirido en algún sitio web de China por una décima parte de su precio en Estados Unidos. Alegando

que estaba generando en el pobre niño «expectativas inalcanzables» o alguna tontería por el estilo, su ex se lo había echado en cara, pero Kim había dejado pasar el comentario sin oponer mucha resistencia. Las cosas estaban bien con su ex; en realidad, por una vez, las cosas iban bastante bien con los dos padres de sus hijos, lo que ocurría con tanta frecuencia como un eclipse lunar completo, así que no había querido hacer ni decir nada que agitara las aguas. Su vida ya era lo bastante complicada para tener que discutir con antiguos amores.

Además, dadas las circunstancias no le iba tan mal. Su piso tenía tres habitaciones, un lavavajillas nuevo, las ventanas daban a un patio tranquilo y la urbanización que la rodeaba era en su mayoría de nueva construcción, lo que significaba que todavía las cosas no se estaban desmoronando. Sus vecinos eran agradables, la mayor parte profesionales que la respetaban porque llegaba a casa vestida con el uniforme de enfermera y sus hijos no encendían fuegos en los pasillos.

En realidad, eran unos chavales estupendos que habían sacado el mayor provecho de lo que podría haber parecido una situación bastante disfuncional. Brian dividía su tiempo entre su casa y la de su padre, y todos hacían lo imposible por llevarse bien. Ella y el padre de Brian no habían ido a juicio, porque técnicamente nunca habían estado casados.

Se conocieron en el primer año de universidad, en Penn State; Kim había practicado esgrima, y el padre de Brian era miembro del equipo de lacrosse. Habían congeniado enseguida, y antes de acabar el curso ya pasaban todas las noches juntos.

El día después de que Kim llegara a casa para las vacaciones de invierno de su segundo año, se dio cuenta de que algo no iba bien y se hizo la primera prueba de embarazo. Tener un bebé a los diecinueve años no había formado parte de los planes de ninguno de los dos, pero antes de volver a vivir con sus padres para tener al bebé, Kim se las había arreglado de alguna manera para terminar su segundo año en Penn State. Cuando en otoño se reincorporó a la Universidad Estatal de California, las cosas entre ella y su ex se habían enfriado. Entonces se dio cuenta de que iba a tener que

apañárselas sola y buscarse la vida por su cuenta.

Cuando seis años después entró en escena el padre número dos, ella cuidaba de un niño precoz al tiempo que empezaba a trabajar como enfermera. Todo empezó con una solicitud de amistad en Facebook de uno de los compañeros de lacrosse de su ex, que al parecer siempre había estado colado por ella. Unos cuantos mensajes inocentes se convirtieron en una relación, que luego la llevó a hacer un viaje espontáneo a Massachusetts para recoger todas sus cosas, incluidos dos perros y dos chinchillas, y atravesar el país hasta California. Unos meses más tarde celebraron una boda en el jardín, y su hijo llevó los anillos. Poco después llegó Kyle. Pero con el padre número dos las cosas empezaron a torcerse pronto, lo que llevó al divorcio, a muchas citas en los juzgados, a más de un cheque de manutención no pagado y a que ella acabara siendo un cliché andante: madre soltera de dos hijos, con un montón de deudas y una buena cantidad de sueños rotos.

Pero en esa época, cuando Kyle era un poco mayor, la relación con el padre número dos había mejorado mucho, y su carrera de enfermera se había encargado de gran parte de su deuda. No siempre podía contar con la pensión alimentaria de los niños, pero sus dos hijos se habían adaptado bien a la situación y eran felices. Estaba ocupadísima con ambos, y su casa solía ser un desastre. Brian acostumbraba pasar el rato en su habitación, pero con sus proyectos, Kyle tenía la habilidad de apoderarse de cualquier espacio. Los palos de helado podían tragarse un dormitorio y un paquete de globos podía apoderarse del comedor; sin embargo, las cosas habían mejorado mucho desde que aceptó que su casa era un campo de batalla en la que ella siempre tenía las de perder.

No obstante, cuando se quedaba a solas después de que los niños apagaran las luces, los momentos de relajamiento parecían pequeños milagros, y ese instante en particular lo parecía aún más porque lo había estado esperando desde que había fichado en el trabajo.

Sabía que podía ser una persona obsesiva, que tenía tendencia a dejarse llevar por las cosas, y antes ya había tenido muchas

aficiones. La esgrima en el instituto y en la universidad; a los veinte, el afán de superación personal que la había llevado a sumergirse durante un año en las enseñanzas de Tony Robbins —incluso había asistido a algunos de sus retiros de fin de semana, aprendiendo a identificar sus necesidades, concentrar su energía y tomar decisiones que condujeran a un cambio real— y, por supuesto, Trump. Asimismo, espoleada por su mejor amiga, Angie, que la había engatusado para que se inscribiera en una organización benéfica llamada Daughters of the American Revolution [Hijas de la revolución estadounidense], cuyo principal requisito para ser miembro era encontrar a un pariente directo que hubiera sido un verificado patriota estadounidense, había pasado meses indagando en su origen familiar. Kim había encontrado un montón de parientes que cumplían los requisitos, incluido un tío tatarabuelo que había llevado un mosquete, aunque no estaba segura de que alguna vez hubiera apuntado a alguien.

Cuando algo se le metía en la cabeza, sabía cómo ahondar en el tema en cuestión.

Pero lo que ocurría entre ella y el foro de WallStreetBets era algo de un nivel totalmente diferente. Lo que había empezado como una forma divertida de pasar las horas muertas en el trabajo y en casa, navegando por los mensajes, aplaudiendo las buenas compras de acciones y burlándose de las pérdidas atroces, se había transformado en un pasatiempo activo. No sólo publicaba en el subreddit —sobre todo preguntas acerca de tácticas financieras y valores concretos—, sino que tras leer algunos mensajes en especial persuasivos, incluso se había mojado y había comprado un puñado de acciones a través de su cuenta de Robinhood. Nada serio; como Robinhood no exigía requisitos de cuenta, había podido invertir varios cientos de dólares en distintos valores bursátiles. Y aunque había perdido la mayor parte, la emoción había sido innegable.

Entonces estaba dispuesta a ir aún más lejos, porque como todo el mundo en el foro de WSB, en las últimas semanas había observado algo que parecía único y significativo.

No sabía mucho sobre GameStop. Por supuesto, a su hijo mayor le encantaba, porque pasaba la mayor parte del tiempo

jugando a los videojuegos. Y pese a que se lo descargaba casi todo directamente de internet, le seguía pareciendo divertido pasearse por una tienda dedicada al tipo de gente que conoce la diferencia entre Fortnite y Roblox. Pero a Kim no le importaba tanto GameStop, la empresa; porque se encontraba completamente atrapada por GME, el meme «stonk».

Había empezado con las publicaciones y las transmisiones en directo de DFV. Los había revisado como si estuviera investigando su propia ascendencia, buscando a un patriota, buscando lo que fuera que había hecho que Roaring Kitty se enamorara tanto del valor que estaba dispuesto a meter lo que tenía que ser la mayor parte de su dinero en una gran apuesta. Ella había escuchado cómo le hablaba de Michael Burry y Ryan Cohen, y de su apoyo a la empresa. Había tomado notas mientras hablaba del interés en posiciones cortas, y de lo que podría significar para una acción tener casi todas las acciones en corto. Y asombrada había observado cómo había convertido esa apuesta de 53.000 dólares en una fortuna de un millón de dólares.

Lo que pasaba con el modo de funcionar del foro de WSB es que no se trataba de una figura altiva y poderosa en la televisión que hablaba a un público, o de un «experto» que lanzaba términos que ella jamás esperaría comprender. DFV no era más que otro patán, un retrasado más que hablaba sobre esa locura en la que creía.

Kim disfrutaba de cada minuto y quería participar como fuera. Sabía que parte de lo que la impulsaba era el FOMO (acrónimo en inglés de Fear Of Missing Out), el miedo a perderse algo que ya había convertido en millonario a un tipo normal con un corte *mullet* y una fijación por los gatos. Y entendía que los largos e interminables mensajes de diligencia debida que a menudo acompañaban a los comentarios de DFV no la convencían tanto como el culto a la personalidad que se había desarrollado en torno a él y a su actitud YOLO.

Una vez que había decidido unirse al juego, sólo era cuestión de elegir el momento oportuno y la cantidad que podía invertir, si no de forma responsable, al menos sin comprometer la situación

familiar. En general, era una persona bastante frugal, todavía conducía su Honda de 2006 con más de 370.000 kilómetros. Compraba toda su ropa y la de sus hijos en tiendas de segunda mano. Utilizaba religiosamente los cupones y sólo compraba en rebajas. También tenía a través de su trabajo un plan de pensiones 403(b), que contaba con una pequeña cantidad para su jubilación. Todo estaba invertido en algunos ETF de Vanguard seguros y, a pesar de la caída provocada por el coronavirus, seguía aguantando.

Como ya había perdido unos 400 dólares en acciones aleatorias sobre las que había leído en el foro de WSB, tenía que ser prudente y había ingresado 5.000 dólares en una cuenta de trading. Era una suma importante, pero se había decidido por esa cantidad por dos motivos. Estaba segura de que podrían sobrevivir a la pérdida de todo el dinero; y si DFV tenía razón y GameStop podía —suponía ella que en el mejor de los casos— duplicar su valor desde los 16 dólares por acción, ganaría lo suficiente para pagar la ortodoncia de Brian.

Su plan era empezar con cien acciones. En comparación con algunas de las publicaciones que había leído en el subreddit, se trataba de una miseria; pero para ella era una suma enorme, y cuando por fin colocó el dedo sobre el botón de compra, sintió el momento en cada célula de su ser.

Pese a que el mercado de valores ya había cerrado, la cuenta de Robinhood parecía tan emocionada como ella. El teléfono vibró en su mano, y a pesar de que no le cayó confeti —semanas antes ya se había deleitado con ese espectáculo al comprar la birria de valores—, sí disfrutó de un buen subidón de dopamina en las venas. Al día siguiente por la mañana, cuando abriera el mercado, Robinhood lanzaría sus flechas hacia Citadel o Two Sigma o Susquehanna, y Kim estaría bien encaminada.

Capítulo diez

Por mucho que se esforzaran en adornar la consulta —la jungla de macetas con plantas junto a la puerta, los brillantes pósteres de islas griegas blanqueadas por el sol en las paredes, el agradable hilo musical que salía de los altavoces ocultos tras montañas de instrumental, el potente sistema de ventilación que no lograba enmascarar el característico olor antiséptico de cualquier lugar que fuera remotamente médico—, Sara no podía sacudirse de encima la ansiedad que siempre parecía invadirla en lugares como ése.

Aunque su marido la esperara fuera, en el coche, debido a las estrictas medidas contra la COVID-19 de Míchigan, y la enfermera, con su uniforme azul claro, mascarilla y protector facial, presuntamente sonriera y fuera una persona cálida que hablaba como si fuera la cosa más rutinaria del mundo, Sara no podía evitar sentirse muy vulnerable. Estar tumbada en una camilla rodeada de máquinas y de una extraña con mascarilla ya era bastante surrealista; además, lo hacía con la camisa levantada para dejar al descubierto su vientre desnudo, cada vez más del tamaño de un melón cantalupo y menos el de un pomelo, con tendencia a pasar al de un melón corriente y dirigiéndose directamente al volumen de una maldita sandía.

A la enfermera se le unió enseguida un ginecólogo, que entró en la estancia vestido con bata y guantes como si fuera a dirigir una orquesta. Los mofletes del hombre quedaban ocultos bajo la mascarilla, pero detrás de las gafas, sus ojos se iluminaron, y eso por sí solo hizo que Sara se sintiera un poco más tranquila. Al mirarlo, imaginando la sonrisa que no podía ver, supo que se estaba comportando como una tonta; aquello no era más que una visita rutinaria, y ella era joven, estaba sana y embarazada.

Cada día más.

El médico le dio un amistoso apretón en el hombro y luego se dirigió a la máquina situada junto a la cama para mirar la pantalla. La máquina estaba de espaldas a ella, pero podía ver el resplandor verdoso reflejado en uno de los carteles brillantes de la pared, píxeles parpadeantes que surfeaban las olas que jugueteaban frente a la costa amalfitana.

El médico le dijo algo a la enfermera, que se acercó a la camilla y luego ayudó a Sara a levantarse la camisa un poco más arriba del estómago.

—Esto está un poco frío —advirtió la enfermera mientras echaba una especie de gel transparente en la barriga de Sara.

Entonces se hizo a un lado y el médico se acercó a ella sujetando un pequeño dispositivo conectado a un largo cable. Con más fuerza de la que Sara esperaba, lo colocó contra la piel del estómago. Se encogió ante la presión; luego el médico movió el dispositivo, oprimiendo aquí y allá. Volvió a mirar la pantalla, así que también Sara lo hizo; seguía sin poder verla por completo, pero con el movimiento del médico se había inclinado un poco más hacia ella. Ahora podía distinguir líneas borrosas y entornó los ojos para tratar de darles sentido. Él seguía moviendo el aparato, obviamente en busca de algo. También hacía clic en varios botones de un teclado bajo la pantalla. Deseando que encontrara lo que fuera que estaba buscando, Sara contuvo la respiración, pero también luchaba contra las repentinas ganas de reír y orinar al mismo tiempo provocadas por la presión. No pasaría nada por reírse, pensó, pero esperaba de verdad no orinarse en la camilla. Sería muy embarazoso.

El médico dejó de moverse, y por la forma en la que se arrugaron sus ojos, Sara imaginó que su sonrisa se ensanchaba. Señaló con la cabeza a la enfermera, que pulsó otra tecla del teclado. Se escuchó un ruido que llenó la habitación. Un pum, pum, pum.

—¿Eso es…? —preguntó Sara.

El médico asintió y señaló un punto de la pantalla. Entonces Sara podía verlo: un pequeño saco de movimiento, el corazón latiendo. Y luego, cerca, la cabeza, o lo que ella creía podía ser la

cabeza, y una pequeña mano estirándose.

—Es precioso —aseveró.

No podía creer que estuviera viendo a su bebé. Niño o niña, aún no lo sabía, y no estaba segura de querer saberlo. Pero estaba mirando a su hijo o hija. Esa criatura iba a salir al mundo en cuestión de meses. ¿Seguiría siendo un lugar de mascarillas y cuarentenas? Lo único de lo que Sara estaba segura era de que para ella ese pequeño latido significaba que nada iba a ser igual, y por eso estaba inmensamente agradecida.

Deseó que Trevor estuviera allí, junto a ella, apretando su mano. Pensó en él, solo en el coche; era probable que preocupado, pese a que sin duda también estaría atendiendo llamadas de trabajo, una tras otra; hacía días que volvía de la peluquería a una casa vacía, preparaba la cena para ella y dejaba la parte correspondiente a su marido en un táper en la nevera. Lo comprendía, y la pequeña criatura que aparecía en la pantalla del otro lado de la consulta hacía que lo entendiera aún más. Si bien el año 2020 se estaba acercando con rapidez a su fin, para ellos las cosas aún no eran fáciles.

Cuando el médico pulsó otra tecla del teclado, congelando la pantalla, sus pensamientos se vieron interrumpidos.

—¿Quieres un recuerdo? —le preguntó.

Cuando Sara respondió que sí, el doctor se dirigió a una sala contigua en la que una máquina diferente imprimiría la foto. La enfermera le dio a Sara un montón de papel para que se limpiara la barriga y se marchó tras el médico, dejándola sola.

Hizo lo que pudo con la pegajosidad de la piel, y volvió a bajarse la camisa sobre la abultada barriga. Todavía sola en la habitación, no estaba segura de si debía levantarse de la camilla; en su lugar, decidió esperar y sacar el teléfono del bolso, que había dejado en una silla lo bastante cerca para llegar a él. Estuvo a punto de enviar un mensaje de texto a su marido y luego a su madre para hablarles de ese pequeño cacahuete y de los latidos del corazón y de la mano, pero en lugar de eso acabó en un lugar familiar, uno que debería haberle parecido del todo inapropiado por encontrarse en una consulta médica, tumbada en una camilla,

con la imagen congelada de su bebé en una pantalla cercana; pero de alguna manera, a ella no se lo parecía.

Desde hacía varias semanas, el foro de WSB se había convertido en un segundo hogar, tan presente en su vida como lo habían sido Facebook o Instagram. Le hacía sonreír y, últimamente, también le hacía pensar. Porque algo nuevo estaba sucediendo, algo espectacular e increíble.

Había leído todas las publicaciones de DFV. Cómo no hacerlo si había llegado a la cima del foro y tenía gran cantidad de seguidores. También había visto algunas de sus transmisiones en directo, aunque, ¿quién tenía tiempo para ver un discurso de cinco horas sobre GameStop, por muy carismático que fuera el tipo? Había leído asimismo muchos de los comentarios sobre lo que había estado diciendo, tanto en YouTube como en WallStreetBets.

Era obvio, mucha gente estaba comprando, y el valor había subido a cerca de 20 dólares por acción; que, juzgaba ella, era el precio objetivo original de DFV cuando empezó a hablar de la infravaloración de la empresa. Pero Sara no creía que la subida de las acciones tuviera mucho que ver con las noticias que él había publicado, ni con el interés de ese extraño tipo de *La gran apuesta*, ni siquiera con el empresario de alimentos para mascotas amigo de los memes.

Sospechaba que estaba sucediendo algo mucho más profundo.

Sola en la consulta, a la espera de que volviera el médico, curioseó en la pantalla de WallStreetBets hasta dar con una publicación que había marcado como favorita, y que había visto por primera vez al leer hacia atrás a través de varios hilos de comentarios para tratar de entender mejor lo que estaba pasando. Ésa era una de las cosas geniales de Reddit, y de internet en general. Como dice el refrán, no se escribe con lápiz, sino con bolígrafo, y una vez que se deja caer algo en ese éter, por inocuo que sea, puede llegar a tener vida propia.

Por supuesto, el vídeo tipo meme publicado el 27 de octubre en el foro de WSB por alguien que se hacía llamar Stonksflyingup había sido todo menos inocuo. La publicación, «GME Squeeze and the Demise of Melvin Capital» [GME *squeeze* y la muerte de Melvin

Capital], era un vídeo extraído de la miniserie de televisión *Chernóbil*, sobre el accidente de un reactor nuclear en Rusia que había causado una catástrofe internacional. Stonksflyingup había añadido subtítulos propios al vídeo, equiparando lo que creía que iba a ocurrir con algo llamado Melvin Capital —al parecer, un gran fondo de inversión de alto riesgo de Wall Street con una posición corta enorme en GameStop— con el accidente de Chernóbil; cómo la batalla entre las posiciones largas de GameStop y las cortas de Wall Street acabaría con Melvin estallando en una ardiente explosión nuclear.

En el foro, el vídeo se había convertido de inmediato en toda una sensación. Al repasar los cientos de comentarios, Sara pudo ver que Melvin Capital no había sido elegida al azar para el vídeo. La furia contra Wall Street que tanta gente en el subreddit había enunciado en tantos memes, comentarios y diatribas diferentes, tenía entonces un foco, un rostro.

Por lo que Sara había leído, Melvin Capital había llamado la atención del foro a principios de otoño, tras presentar la documentación de la Comisión de Bolsa y Valores (SEC), el denominado formulario 13-F, en la que había revelado oculta entre otras operaciones en apariencia rutinarias una posición corta en opciones de GameStop. Pero como el formulario era público, y los miembros del foro de WSB habían estado lo bastante motivados —y aburridos— para escudriñar todas las notificaciones a la SEC que pudieran encontrar, en busca de cualquier cosa que tuviera que ver con GameStop, con el 13-F Melvin se había convertido sin querer en un chivo expiatorio perfecto. Para el foro de WSB, de repente Melvin representaba todo lo que odiaban de Wall Street. Una firma multimillonaria, respetada y dirigida por ejecutivos trajeados, que buscaba beneficiarse de las carencias de una empresa muy querida, aunque mal gestionada.

Sara podía verlo en los mensajes que seguían al vídeo: algo había cambiado de verdad. La gente ya no compraba GameStop sólo para intentar ganar dinero. De hecho, muchos de los comentarios decían todo lo contrario: para tratar de fastidiar a Melvin, para atacar lo que representaba, la gente estaba dispuesta

a perder hasta el último céntimo que hubiera invertido en GME, incluso contenta de hacerlo.

GME ya no era una acción cualquiera. Era un signo, un meme, y simbolizaba algo oscuro y sorprendente, muy del momento.

Tumbada allí, notándose todavía vulnerable en aquella camilla con su bebé creciendo en su interior, Sara comprendía ese momento porque lo estaba viviendo. Lo sentía en el alma.

La burbujeante rabia y confusión irresoluta y el maldito aburrimiento de millones y millones de personas encerradas en casa, perdiendo su trabajo y viendo cómo sus cuentas bancarias disminuían, sin tener voz ni voto, y entonces, joder, un fondo de inversión de alto riesgo toma una posición corta en GameStop y, bueno, ¿cómo no va a hacerlo? Porque puede que GameStop ya no tenga mucho sentido cuando todos estamos viendo cómo se desarrolla el apocalipsis, pidiendo los alimentos en la tienda de comestibles en línea Instacart, la cena en la plataforma DoorDash y el papel higiénico en Amazon. Y no había duda de que antes de todo esto, como cualquier otro negocio del sector de venta al por menor, GameStop ya agonizaba; nadie había llorado por Blockbuster, Borders o por la cadena de tiendas de música Tower Records. Así que los fondos como Melvin iban a hacer ese tipo de apuesta y a volverse aún más ricos, y nos iban a quitar otra cosa más. Pero —proclamaba el grito de guerra— quizá esta vez no tenía que ser así. Quizá por una vez podían hacer algo, detener algo, tener voz, marcar la diferencia.

GME no era sólo GameStop; era un grito de guerra.

Cuando el ginecólogo volvió a entrar en la consulta, Sara cubrió con rapidez el teléfono con la palma de la mano ocultando la pantalla.

Todavía no se había unido a la batalla de GameStop; seguía siendo una mirona, una observadora. Pero día a día se estaba armando de valor. Su cuenta de Robinhood aún no le había lanzado confeti, pero sabía que tarde o temprano estaría preparada.

El médico se acercó al lado de la camilla en la que Sara estaba tumbada y, para que ella pudiera verla, sostuvo en alto la

fotografía que acababa de imprimir de la ecografía. La foto era oscura, en su mayoría tonos azules y verdes, pero podía distinguir con claridad la forma de su bebé, diminuto, creciendo en su interior.

Sara sintió que estaba a punto de romper a llorar; no sabía si estaba feliz o triste, pero por primera vez en mucho tiempo se sentía fuerte. El mundo era injusto, y el pasado año había sido muy duro. Pero entonces parecía estar a punto de escribir su propio camino hacia delante, y puede que por una vez llegara a saber qué se sentía al estar en el lado ganador.

Tal vez, por fin, había llegado su turno.

Capítulo once

«Ganar no es una cosa de alguna vez; es una cosa de todo el tiempo.»

Aunque Gabe Plotkin estaba bien instalado en su casa de alquiler en Florida —después de que el 13 de marzo Melvin Capital cerrara sus oficinas en la avenida Madison y de que la COVID-19 iniciara su andadura mortal por el mundo entero—, cada vez que cerraba los ojos se veía de nuevo en Manhattan, moviéndose por los pasillos vacíos de su empresa, pasando por las salas de reuniones de alta tecnología con paredes de cristal y los despachos de diseño austero, las mesas de operaciones y los centros de archivo vacíos. Nada de todo aquello le parecía bien, ni siquiera en su imaginación.

«No se gana de vez en cuando, no se hacen las cosas bien de vez en cuando. Se hacen bien todo el tiempo.»

Sabía qué era lo que andaba mal porque era imposible ignorarlo: el silencio. Para él, eso era una de las peores cosas de este año pandémico. Incluso antes de cambiar Nueva York por Florida, le había molestado hasta el infinito lo condenadamente silencioso que estaba todo. Las calles de la ciudad, veintidós pisos por debajo de sus oficinas, que deberían haber estado atestadas de coches, taxis y autobuses compitiendo entre sí por abrirse un hueco, tocando el claxon y lanzando maldiciones en el congestionado tráfico de una soleada, pero gélida, tarde de martes. Las aceras, que deberían haber estado repletas de una oleada tras otra de gente; turistas cargados con bolsas de las tiendas de lujo de la avenida Madison, ejecutivos y ejecutivas con traje y bolsas de ordenador portátil, mochilas e incluso algún maletín, todos hablando por teléfono o parando un taxi a gritos mientras esquivaban a los vendedores de perritos calientes y los carritos de

comida halal. También la plaza situada justo delante de las puertas giratorias de cristal de su edificio debería estar abarrotada de feligreses blandiendo cafés y carísimas ensaladas preparadas con destreza en torno al jardín de esculturas de Christie's, iluminada y resplandeciente a medida que se acercaba la noche.

«Ganar es un hábito.»

En cambio, el silencio. Como las oficinas de Melvin, las calles, las aceras y la plaza estaban prácticamente vacías. Aunque los traumáticos primeros días de la pandemia que había azotado Nueva York como un huracán de categoría 5 —quién podía olvidar las noches llenas de sirenas de ambulancia o las terribles imágenes de hospitales desbordados por pacientes muy enfermos— habían pasado a ser una llovizna aburrida y agotadora de momentos cargados de ansiedad, tanto de optimismo como de interminable temor, aún no había regresado el trasiego que hacía especial a Nueva York.

Como en la mayoría de las empresas de la ciudad, gran parte de los empleados de Melvin seguían trabajando virtualmente, pese a que cuando el negocio de las finanzas lo hacía del todo necesario, en ocasiones algunos entraban y salían a toda prisa de las oficinas. Pero aparte de algún visitante infrecuente, las oficinas seguían siendo una carcasa vacía; todos los despachos de todos los rascacielos seguían siendo cascarones vacíos, como barcos fantasmas que flotaban el uno al lado del otro en un vasto mar sin viento.

Ese silencio, así como la distancia que existía entonces entre Gabe y sus operadores, era para él del todo antinatural. Con su gestión de miles de millones de dólares, habitado por treinta y tantos operadores y su personal auxiliar, Melvin no era sólo un fondo de inversión de alto riesgo. Era una familia formada por las mentes más inteligentes, trabajadoras y consumadas del negocio, seleccionadas cuidadosamente por Gabe y sus socios, que compartían un único y noble propósito.

«Ganar es un hábito.»

Todavía imaginando que se movía por sus oficinas, las poderosas palabras flotando detrás de sus ojos, Gabe apretó la

mandíbula. Cuando uno entraba en la mayoría de las empresas de Wall Street con miles de millones de dólares en sus libros, era recibido por millones de dólares en obras de arte que colgaban de las paredes: Basquiat, Picasso, Warhol, Koons. A veces, uno hablaba con un gestor de carteras y justo detrás de su escritorio, por encima de su terminal Bloomberg, había una mancha de color valorada en treinta millones de dólares.

Pero desde el principio Gabe había construido Melvin Capital para ser diferente. Cuando una persona entraba en Melvin, no veía cuadros; veía citas inspiradoras. En el momento en el que lanzó la compañía había sólo una pared de citas; ahora las había por todas partes. A Gabe no le habían costado nada, pero para él significaban más que cualquier Picasso.

En especial en momentos como aquél —cuando no era sólo la pandemia lo que había ocasionado que su mundo se volviera extraño y antinatural, y que el suelo enmoquetado de su oficina pareciera tambalearse bajo sus pies— podía recurrir a las brillantes palabras de gente como Vince Lombardi, el famoso y difunto entrenador de los Packers y una de las figuras con más victorias acumuladas de la historia del deporte, para mantenerse centrado en el resultado final. Desde el principio, las palabras de Lombardi habían captado la filosofía del fondo que Gabe esperaba crear: para tener éxito de verdad, un operador tenía que entender que había que trabajar duro todos los días y hacer siempre las cosas bien, de la manera correcta. La constancia estaba por encima de los beneficios rápidos, y no había atajos.

Gabe no sólo había estado obsesionado desde niño con Lombardi, sino que había estado enganchado a todo tipo de deporte: fútbol, baloncesto y, sobre todo, béisbol. Así que no era de extrañar que a menudo comparara lo que ocurría en el mundo del trading con lo que sucedía en el campo de juego. Algunos de sus primeros recuerdos tenían que ver con la lectura de la sección de deportes del periódico dominical y la memorización de todas las estadísticas de cada jugador. Una vez, Gabe se había pasado un viaje por carretera para ver un partido de los Red Sox con su padre y sus amigos, corrigiéndoles cuando se equivocaban con las

estadísticas. Para otros niños, incluso para aquellos que amaban el béisbol y el baloncesto tanto como Gabe, esas estadísticas no eran más que números. Pero Gabe siempre había sabido que atesoraban poder. Combinados de la manera correcta, los números actuales y los números pasados predecían los números futuros. Y predecir los números futuros era la principal —y puede que única— actividad de un fondo como Melvin.

En general, los fondos de inversión de alto riesgo eran más de trastienda que de sala de juntas. A pesar de que podían ser inmensamente grandes, operaban en secreto y eran reacios a mostrar sus cartas a menos que estuvieran legalmente obligados a ello. Una de las pocas veces que un fondo como Melvin permitió a la gente conocer su estrategia fue cuando se constituyó. Melvin había llegado a Wall Street como un fondo de inversión que combinaba las posiciones cortas y largas en acciones —un destacado enfoque de inversión que se remontaba a muchos años atrás—, construido en torno a una intensa investigación, una modelización que podía incluir cientos de empresas, seguidas literalmente durante años, analizadas en profundidad hasta la piedra angular de sus sedes, y un equipo de profesionales del trading que incluía a los mejores y más brillantes de Wall Street.

Desde el principio, Melvin había sido un éxito. En 2015, cosecharon un 47 por ciento de beneficios, situándose como el segundo fondo del sector con mayor éxito. En 2017, generaron un 40 por ciento. A un 2018 malo le siguió un estupendísimo 2019, cuando se consolidaron como uno de los mejores fondos de inversión de alto riesgo de la ciudad. Habían hecho crecer un capital de 1.000 millones de dólares —200 de los cuales habían sido invertidos por Steve Cohen, el anterior jefe de Gabe— en un fondo que en aquel momento valía más de 12.500 millones de dólares, combinando posiciones largas y cortas en una amplia variedad de valores. Durante el primer año de Melvin, Gabe se centró en empresas de consumo, sobre las que en S.A.C. había demostrado ser un experto. Sus posiciones incluían Amazon, Foot Locker, Del Frisco's, Dick's Sporting Goods; y desde el inicio había tomado posiciones largas, invirtiendo 900 de sus 1.000 millones de

dólares bajo su gestión.

En tanto que fondo que combinaba las posiciones cortas y largas, también se había visto obligado a tomar posiciones cortas —apostar contra las empresas—, lo cual era una táctica que para la mayoría de los expertos en finanzas no suscitaba controversia alguna. La idea era que cuando una empresa obtenía malos resultados, o estaba mal gestionada, o pertenecía a un sector que estaba siendo sobrepasado, o simplemente tenía probabilidades de fracasar, tomar una posición corta no sólo era algo lógico, sino que protegía el mercado al señalar las acciones sobrevaloradas, evitaba el fraude al actuar como control contra la gestión dudosa y pinchaba posibles burbujas. Los vendedores en corto también añadían liquidez y volumen a las acciones, ya que estaban obligados a recomprarlas en algún momento en el futuro. Sí, los vendedores en corto se beneficiaban cuando las empresas fracasaban, pero normalmente un vendedor en corto no apostaba por la quiebra de una compañía, sino por que el precio de la acción acabara corrigiéndose hacia su valoración real.

A veces, sin embargo, un operador tomaba una posición corta porque la empresa en cuestión iba a fracasar de verdad. Tal vez debido a que pertenecía a un sector en vías de desaparición, su dirección parecía del todo incapaz o no estaba dispuesta a dar un giro y tenía graves problemas fundamentales en su financiación y que parecían imposibles de superar.

A la hora de identificar este tipo de empresas, Melvin Capital se había convertido en un auténtico experto. Aunque, en general, la mayoría de las inversiones de Melvin eran en largo, muchas de sus posiciones cortas habían dado excelentes resultados. En su primer año de actividad, se comunicó que Melvin había obtenido el 70 por ciento de sus beneficios de sus posiciones cortas. Y fue entonces, desde el comienzo mismo de su fondo, cuando Gabe Plotkin había echado un primer vistazo pormenorizado a GameStop y había decidido tomar una posición corta.

En aquel momento había sido una decisión fácil y sin complicaciones. En 2014, el valor cotizaba a 40 dólares por acción. Gabe no había sido el único en adoptar semejante posición: dado lo

que ocurría con el comercio minorista y con las franquicias sobreextendidas ubicadas en centros comerciales, muchas empresas de Wall Street anticiparon lo que estaba por suceder. GameStop tenía un modelo de negocio arcaico —vender videojuegos nuevos y usados en tiendas físicas, mientras el mercado estaba siendo superado por las descargas digitales a través de internet— y parecía carecer de estrategia de futuro. Tenían algo de dinero y de inventario, así como una magnitud interesante, claro. Pero para sobrevivir, tendrían que reinventarse para el mundo digital. La mayoría creía que las consolas de videojuegos del futuro no iban a utilizar cartuchos físicos, ni CD, para pasarse a internet. Era un negocio en decadencia, y parecía que iban a arder hasta los cimientos.

Y lo que es arder, lo había hecho, exactamente como Gabe y gran parte de Wall Street habían pronosticado: desde 40 dólares por acción hasta llegar a alrededor de 4 dólares. Aun así, el interés en corto no había disminuido; de hecho, había aumentado. GameStop había demostrado que, al menos en lo que concernía al mercado, lo que se le daba bien era el fracaso. Incluso cuando la industria del juego se disparaba, los beneficios de GameStop disminuían.

Luego llegó la pandemia. El comercio minorista de los centros comerciales, que ya se encontraba en una frágil situación, se fue a pique. Si bien se podría argumentar que durante una pandemia mundial, apostar contra una querida franquicia típica de centro comercial era éticamente dudoso, la lectura basada en las matemáticas que Melvin había hecho de la situación no hizo más que reforzarse. En 2020, aun cuando la industria del juego tuvo su mejor año debido a que los clientes encerrados en sus casas jugaron a los videojuegos las veinticuatro horas del día, GameStop siguió perdiendo dinero: declararon pérdidas por valor de 215,3 millones de dólares, la acción llegó a 3,31 dólares; además de las pérdidas de 2019, de 470,9 millones de dólares o de los 5,38 dólares por acción.

Las probabilidades de que GameStop se recuperara no habían hecho más que empeorar. Asimismo, el valor no había dejado de

caer hasta llegar a 2,57 dólares por acción, para luego volver a rondar los 5 dólares. Aun así, las posiciones cortas siguieron acumulándose.

Igual que en 2014 la venta en corto de GameStop había parecido la operación más obvia, Gabe podría haber supuesto que en 2020 añadir más opciones de venta a su posición, para apalancarse en unos beneficios aún mayores en caso de que la empresa finalmente se hundiera, sería igual de incontrovertible. Aunque a los fondos de inversión de alto riesgo les gustaba mantener sus estrategias en secreto, tampoco era en especial preocupante que las posiciones en opciones tuvieran que ser declaradas en un formulario 13-F a la SEC —lo que significaba que se harían públicas—, ¿por qué iba a causar problemas una declaración 13-F que indicaba posiciones que incluían hasta 91 empresas diferentes, práctica habitual en el sector?

Desde luego, no podría haber predicho que un grupo de personas anónimas que se reunían en un subreddit llamado WallStreetBets de repente elegirían a Melvin como representante de todos los vendedores en corto que tenían a GameStop como objetivo. Tampoco podía imaginar que en WSB, en Discord —otra red social frecuentada por la gente de Reddit— y también en mensajes enviados directamente a su empresa, él mismo acabaría siendo objeto de comentarios, burlas e incluso amenazas.

Al principio, las conversaciones en las redes sociales en torno a GameStop habían sido en gran medida inocuas. Las publicaciones habían sido ocasionales, en su mayoría aisladas, y versaban sobre todo acerca de lo mucho que gustaban las acciones a los inversores minoristas particulares y de que estaban ganando dinero invirtiendo en ellas. Pero a medida que el otoño dio paso al invierno, el tenor de las publicaciones comenzó a cambiar.

Los mensajes se volvieron cada vez más personales y específicos, como el infame vídeo de Chernóbil, en el que se predecía el estallido de la empresa de Plotkin. Si bien Gabe entendía que el foro de WSB traficaba con humor negro y licencias dramáticas, era difícil encontrarle la gracia a muchas de las cosas que de repente estaban sucediendo en torno a GameStop y la

posición corta de Melvin, y en concreto en torno al propio Gabe. Algunos de los comentarios que había visto estaban impregnados de antisemitismo y odio —«Está clarísimo que necesitamos un segundo holocausto, los judíos no pueden seguir saliéndose con la suya»—; él mismo había empezado a recibir textos igual de racistas y despectivos. Mientras que antes las publicaciones en las redes sociales se referían en gran medida a comprar acciones de GameStop porque a los usuarios les gustaba el valor, la narrativa había pasado a ser otra, a comprar acciones de GameStop como forma de atacar la posición corta de Melvin Capital. Además, en muchos de esos comentarios se percibía con facilidad un subtexto que presentaba al propio Gabe como una especie de figura maligna que había que destruir.

Gabe no era de piel fina. Se había hecho a sí mismo en Wall Street, lugar famoso por su blasfemia, sus obscenas personalidades y su filosofía de luchar o morir. Aunque en público mantenía un perfil bajo, era conocido por muchos en la industria por ser agradable en extremo, un buen tipo, que también podía ser agresivo e intenso. Y sería mentira si se describiera a sí mismo como una persona impávida; tenía el espíritu competitivo de un deportista, y como decía la cita de Lombardi, uno hacía las cosas bien todo el tiempo.

Pero los comentarios de odio y racistas, y los despiadados memes que predecían la caída de su empresa, eran difíciles de ignorar. Todo lo contrario, eran el tipo de cosa que podía encender el espíritu competitivo de alguien que participaba en el juego al nivel que lo hacía él.

No le entusiasmaba que la mafia de Reddit conociera su posición corta, pero eso no cambiaba el hecho de que se trataba de la jugada correcta. Las acciones habían subido desde su meseta de 5 dólares, a pesar de que eso no transformaba los principales indicadores de la empresa. Seguía siendo un negocio tambaleante en un sector moribundo. Los números estaban a favor de Gabe, y si había algo en lo que había aprendido a confiar era en los números.

No sólo continuó creyendo en la jugada a corto, sino que en los primeros días aumentó su posición: 600.000 acciones

adicionales mediante opciones de venta para el último trimestre de 2020, por un valor de unos 130 millones de dólares. Esto se sumó a las acciones en corto, por lo que el 13-F y cualquier documento público sólo revelaban la punta del iceberg. Nadie podía saber realmente la magnitud de la posición corta que había tomado Gabe, sólo que en esta única apuesta entonces arriesgaba una parte significativa de su fondo.

Otras empresas habrían considerado arriesgada esa decisión; invertir en corto significaba que las pérdidas potenciales eran infinitas. Y el volumen en corto de GameStop era inmenso —mucho más allá de la apuesta de Melvin—; se informaba de que se acercaba al 140 por ciento del capital flotante. Parecía algo contradictorio que tal cosa fuera posible, que se pudiera vender un 40 por ciento más de acciones de las que realmente existían. Pero Gabe podía tomarlo como una prueba más de que su opinión era sólida. Había tanta gente en Wall Street que sabía que esa empresa iba a caer que estaba dispuesta a tomar prestadas más y más acciones para vender en corto, tantas que prácticamente la mitad se tomaban prestadas más de una vez.

Ningún número de airadas publicaciones en Reddit podría cambiar el hecho de que el dinero inteligente estaba en el lado de la posición corta. Era poco probable, si no imposible, que un valor pudiera desconectarse de sus fundamentos simplemente por el empuje de los operadores minoristas.

WallStreetBets no estaba poblado por profesionales, sino que en su mayoría eran aficionados, jugadores, qué coño, se autoproclamaban «retrasados», «patanes» y «degenerados», términos que molestaban a Gabe y que él nunca utilizaría. Algunos de ellos parecían estar haciendo una verdadera diligencia debida, pero ¿realmente creían que podían separar a un valor de una empresa, convertir de alguna manera una acción en una especie de símbolo, como el bitcoin o el doge?

Quizá en lo más recóndito de su mente, Gabe sabía que lo que le impulsaba no eran del todo los números, sino también su naturaleza competitiva. Él mismo nunca reconocería algo así, pero muchas otras personas en la industria sí: Gabe era un ganador, y

esos mierdecillas que soltaban coléricos memes en Reddit desde el sofá de sus casas eran unos perdedores. Y estaban a punto de aprender una lección muy dolorosa.

Cualquiera que fuera el valor de la acción, iba a bajar. GameStop era un cubito de hielo que se derretía. El tablón de WSB podía publicar todo lo que le diera la gana; podían hablar todo lo mal que quisieran, al fin y al cabo, eso formaba parte de todos los deportes. Pero Gabe Plotkin sabía que el tiempo estaba de su lado.

Un cubito de hielo en proceso de derretirse siempre acaba igual, en un gran charco de agua.

SEGUNDA PARTE

¡Nos gusta la acción! ¡Nos gusta la acción!

JIM CRAMER

¡Gamestonk!

ELON MUSK

Capítulo doce

11 de enero de 2021

La bota izquierda de Keith Gill tocó el hielo negro, la suela resbaló en la superficie exenta de fricción y envió su pierna izquierda hacia delante en un extraño ángulo que lo habría llevado a parar directamente a la acera de no haber tenido en la suya la mano enguantada de su hija, que no dejaba de reírse mientras él utilizaba su peso para recuperar el equilibrio. Keith también se reía, pero no sólo porque el paseo matutino alrededor de la manzana acabara de convertirse en un espectáculo circense. A pesar de que el acto de equilibrio de consultar las noticias de la bolsa mientras guiaba a su hija por las mal paleadas aceras de Wilmington era tan traicionero como cualquier competición que hubiera disputado, seguía mirando la pantalla del teléfono que sujetaba en la otra mano.

Leer un reportaje financiero, con archivos de la SEC, en poco menos de 8 centímetros de pantalla era aún más difícil que mantener el equilibrio en esa marca especial de hielo de Nueva Inglaterra. Supuso que durante su viaje de Navidad a casa de su familia podría haberse comprado un móvil nuevo; pero tener dinero de sobra en su cuenta bancaria era una experiencia reciente y extraña. La idea de que podía permitirse algo tan benigno como un móvil nuevo era a la vez emocionante y aterradora. Todo seguía pareciendo un giro imprevisto de los acontecimientos, aunque estaba seguro de que era el resultado de una investigación a fondo y de la diligencia debida.

Hacía un mes que Keith Gill se había convertido oficialmente en millonario. Era el primero de su familia que podía decir eso, y lo había conseguido gracias a una arriesgada operación YOLO. La

mayor parte seguía siendo sobre el papel —sin embargo, habría que actualizar la frase, porque quién demonios usaba papel todavía —, pero los 53.000 dólares que había invertido en GameStop se habían convertido en una cifra de siete dígitos.

Mientras se estabilizaba y utilizaba el pulgar para consultar con detenimiento el reportaje, esbozó una sonrisa aún más amplia. Si bien Keith no había alterado mucho su vida, al menos no todavía, un millón de dólares era una cantidad capaz de cambiarle la vida a una persona. Aun así, durante su visita a casa por Navidad por fin había explicado a su familia en qué había estado metido. Pese a que puede que siguieran pensando que estaba loco, todos le habían apoyado. Su madre sólo le había preguntado si lo que hacía era ilegal. Con paciencia, él le había explicado que, por improbable que parezca, ganar dinero con un solo valor era una de las cosas más legales y, para ser sinceros, patrióticas que podía hacer una persona. El hecho de que hubiera estado hablando en línea de su operación —*ad nauseum*—, con cualquiera que quisiera escucharle, no lo hacía menos legal.

Y era cierto, sus transmisiones en directo de Roaring Kitty se habían transformado en algo más que los segmentos de pocos minutos que había previsto en un principio, entonces eran sesiones maratonianas que se prolongaban hasta altas horas de la noche. La más larga había durado más de siete horas, aunque cualquiera que hubiera aguantado hasta el final tenía que estar más loco que Keith. Además, su público había aumentado; en aquel momento era uno de los usuarios más populares del subreddit WSB, y cada vez que publicaba una de sus GME YOLO Update estaba seguro de recibir un aluvión de comentarios. No sólo tenía seguidores, sino también discípulos, y era obvio que un buen número de ellos estaba comprando GameStop. Pero él creía —o al menos quería creer— que todos compraban siendo conocedores de los problemas y dificultades que podían llegar a tener que enfrentar. Con frecuencia siempre había dejado claro que el mercado de valores era arriesgado, y que su estilo YOLO lo era aún más. La enorme cantidad de flotante en corto de GameStop era prueba de que la mayoría de los expertos seguía creyendo que el valor era malo.

Keith no lo veía del mismo modo. Su tesis en aquel momento sobre las acciones era bastante simple: no podían quedar muchas malas noticias más, era más probable que trascendieran las buenas. Y con una presión en posiciones cortas tan inmensa, por parte de Melvin y otros, cada buena noticia haría subir su precio. Un 140 por ciento de acciones en corto significaba que si el valor comenzaba a subir, los vendedores en corto estarían enganchados a 80 millones de acciones, y en existencia había más bien 60 millones. Según podía deducirse del subreddit, parecía que una parte no despreciable de esas acciones estaba en «manos de diamante»[1] como Keith, que preferían vender a sus abuelos que sus acciones de GameStop.

Keith dibujó una sonrisa aún más amplia. «¿Enamorarse de una acción?» Ya se había casado, había tenido hijos y planeaba la boda de sus nietos. Por eso era tan excepcional la noticia que acababa de llegar a su teléfono, y por la que casi había acabado en el suelo.

El anuncio había llegado por parte de GameStop, y lo habían difundido los medios financieros: Ryan Cohen y un par de miembros de su equipo de Chewy se incorporaban al consejo de administración de GameStop. Cohen ya poseía una participación significativa en la empresa: además del 5 por ciento del capital flotante revelado por primera vez en su presentación en agosto, había aumentado su participación al 10 por ciento en noviembre, una posición valorada en ese momento en más de 79 millones de dólares. A esa suma de acciones le había seguido una agresiva carta dirigida a la dirección de la empresa en la que señalaba todo lo que habían estado haciendo mal y exigía que se centraran en los juegos en línea, aumentaran su presencia electrónica y probaran algunas estrategias innovadoras, como entrar en los deportes electrónicos, el *streaming* y las aplicaciones móviles. En aquel momento, GameStop no se había mostrado demasiado receptiva a ningún alborotador externo. Pero la noticia de ese día suponía dar un giro de 180 grados; Ryan Cohen era el caballero de brillante armadura que llegaba para salvar la empresa, y en su transmisión en directo esa noche, Keith comería tiras de pollo y bebería

cerveza, porque que Cohen estuviera en la junta directiva significaba que había una posibilidad real de que ayudara a la compañía a reinventarse, de la misma manera que había reinventado el negocio de alimentos para mascotas.

Keith empezó a caminar más rápido, por lo que entonces su hija tuvo que sortear el hielo para seguirle el ritmo. Vio en su teléfono que al conocerse la noticia, el valor ya se acercaba a 20 dólares por acción. No estaba seguro de que pudiera alcanzar un nuevo máximo de doce meses —a finales de diciembre había girado en torno a 21 dólares por acción—, pero, aun así, tenía mucho potencial al alza.

En la cabeza de Keith cobró vida la visión del comienzo del legendario *short squeeze* sobre el que se jactaban sin parar en el subreddit WSB, aun así, no quería adelantarse a los acontecimientos. Había tratado de mantenerse al margen de las líneas argumentales más agresivas del sitio, las que enfrentaban a los creyentes de GameStop con los fondos de inversión de alto riesgo, en particular las que hacían que todo el asunto se hubiera convertido en algo personal entre él y Melvin Capital. No sabía nada de Melvin Capital, ciertamente no conocía a Gabe Plotkin y estaba bastante seguro de que se movían en círculos muy diferentes. Si alguna vez Plotkin hubiera pasado en coche por Brockton, lo más probable era que lo hubiera hecho con las ventanillas subidas y las puertas bloqueadas.

Pero con *short squeeze* o sin él, Keith creía que GameStop, la empresa que ya le había hecho millonario, estaba a punto de volver a disfrutar de una buena época.

Miró a su hija y comprobó que seguía riéndose porque casi se había caído. Un día, cuando fuera lo bastante mayor para entenderlo, se lo explicaría. El ímpetu era una ola que podía arrasar al atleta más estable.

Capítulo trece

13 de enero de 2021

«Esto me va a doler más a mí que a ti», pensó Kim mientras la técnica —todo sonrisas bajo la mascarilla— se acercaba a ella aguja en mano. Kim se había subido hasta el hombro la manga del uniforme de enfermera y se encontraba en una de las pequeñas cabinas con cortina ubicadas al fondo de la zona de enfermería, que a veces utilizaban para dispensar medicamentos. Ese día el lugar era tan privado como una estación de tren. La cortina estaba abierta y todo el personal de enfermería, junto con los celadores, estaba allí reunido para observar. Chinwe tenía el teléfono en la mano y dos de las chicas utilizaban un iPad para capturar la imagen, que luego imprimirían y colocarían en el tablón de anuncios, justo al lado de la foto que habían tomado hacía semanas del andador incrustado en lo que había quedado de pared, y que entonces colgaba con el cómico título: «Evaluación aprobada».

—Si me convierto en cocodrilo, iré a por todos vosotros.

La aguja entró y, por suerte, Kim no sintió nada. Saludó con el otro brazo, recibiendo un puñado de aplausos. El acto resultó sorprendentemente emotivo; Kim nunca había tenido demasiado miedo a la COVID-19 —la trataba todos los días e incluso había hecho turnos en la sala de COVID-19 del piso superior—, aun así, era un momento muy significativo.

Nunca hubo ninguna duda de que ella sería la primera del personal en vacunarse. A pesar de ser profesionales de la medicina y de haber visto en primera persona el sufrimiento causado por el virus, entre sus colegas había una sorprendente cantidad de indecisos. Pero Kim creía que era responsabilidad suya influir en los demás con su proceder. Si observarla dando el primer paso

hacía que uno solo de ellos se sintiera más cómodo para que todo volviera a la normalidad, no le importaba ser el conejillo de Indias del hospital.

Dio las gracias a la especialista, ocupada en poner una tirita en el lugar de la inyección. Luego se levantó y sonrió.

Cuando Kim pasó junto a ellos camino de la sala de descanso, Chinwe y Kamal siguieron aplaudiendo. Sabía que tenía que quedarse por allí cerca quince minutos, pero supuso que la salita era más que suficiente. Seguiría estando a tiro de piedra si le empezaban a crecer la cola o las uñas. Mientras se marchaba, luchó contra el impulso de darle un abrazo a Chinwe; demasiado pronto, pensó, aunque si la vacuna era tan buena como decían, quizá la expresión «distanciamiento social» desaparecería en breve del vocabulario de todos. Kim se moría de ganas de que no fuera más que otro recuerdo lingüístico compartido. Junto con «aplanar la curva», «rastreo de contactos» e «inmunidad de grupo».

Mientras atravesaba las puertas dobles, sacando ya su teléfono del bolsillo del uniforme, Kim añadió para sí misma: «Y tal vez incluso el término "GameStop"». Los veinte minutos que había pasado esperando a que le pusieran la vacuna había sido el máximo tiempo que había pasado ese día sin echar un vistazo a su cuenta de Robinhood o a WallStreetBets; pero estaba lista para sumergirse de nuevo en la locura ahora que tenía quince minutos libres antes de volver a casa con sus hijos.

Cuando llegó a la tranquilidad de la sala de descanso, donde se dejó caer en su silla habitual de la mesa redonda junto a la puerta, se había sumergido por completo en la pantalla del móvil. Alguien había llevado dónuts para celebrar la vacuna, una variada y colorida selección que se alzaba como una metrópoli espolvoreada sobre un par de bandejas de plástico de cafetería. Pero por muy tentadores que fueran, los dulces no podían competir con lo que Kim estaba viendo en su teléfono.

En un solo día, su inversión en GameStop se había duplicado: el precio se había disparado por encima de los 31 dólares por acción. Kim ya había leído muchos de los comentarios en WallStreetBets, e incluso había visto algunas de las últimas

transmisiones en directo de Roaring Kitty; sabía todo sobre la incorporación de los chicos de Chewy a la junta directiva de GameStop. Pero no creía que por sí solo un cambio en la dirección de la compañía pudiera explicar lo que estaba aconteciendo con las acciones. En su vida había tenido un millón de jefes, y por muy brillantes o innovadores que se considerasen, nunca habían supuesto una gran diferencia en su día a día.

Por muchas bolsas de comida para perros que hubieran vendido, un trío de nuevos miembros en el consejo de administración no iba a hacer que el valor se duplicara. Pero ahí estaba, en números brillantes y gráficos en rápido aumento. Kim había ganado más de 1.600 dólares en las últimas veinticuatro horas.

Al pasar de WallStreetBets a su cuenta sintió cómo se acaloraban sus mejillas; estaba tan absorta que no advirtió a Chinwe cerniéndose de repente sobre su hombro.

—¿Han encontrado otro montón de papeletas bajo un puente?

Se sentó a su lado mientras se frotaba la tirita en el hombro con una mano, cogía un dónut de mermelada y azúcar en polvo con la otra y le daba un mordisco tan delicado que habría recibido algún comentario sarcástico por parte de Kim de no haber estado de tan buen humor.

—Mejor que una caja llena de papeletas.

Le mostró el teléfono y los ojos de Chinwe se abrieron como platos.

—¿31,40? ¡Imposible!

—Creo que está sucediendo.

—Lo de Melvin Capital.

Chinwe le echó la misma mirada que le había dirigido la última vez que habían mantenido esa misma conversación, apenas un día antes. Había tratado de encontrar diferentes maneras de explicar lo que los usuarios de WallStreetBets creían que estaba a punto de suceder, sobre todo porque ella misma había intentado entenderlo. Supuso que no pasaba nada por volver a probarlo, al fin y al cabo, todavía tenía que esperar un rato hasta poder marcharse a casa. La clave era encontrar una forma de hacerlo

sencillo.

Mientras observaba cómo Chinwe atacaba con cautela el dónut, se quedó pensando un momento y sonrió.

—Digamos que ese dónut es una acción de GameStop —comenzó a decir.

—¿Tiene que ser este dónut precisamente?

—Sí, así es. Y digamos que el precio de mercado actual de ese dónut es de cinco dólares. Y yo soy Melvin Capital. Creo que ese dónut es una basura. Así que lo tomo prestado.

Le quitó el dónut de la mano. Él la miró, pero ella siguió sonriendo.

—Llegamos al acuerdo de que tengo que devolverte el dónut en un par de días...

—Kim.

—Así que vendo el dónut en el mercado, por cinco dólares, el precio actual.

Devolvió el dónut a la bandeja.

—Ya le he dado un mordisco —se quejó Chinwe.

—Y espero —continuó explicando Kim—. Pensando en volver a comprarlo cuando baje el precio y devolvértelo, embolsándome la diferencia. Pero digamos que el precio no baja. Porque a otras personas les encantan estos dónuts, y han empezado a comprarlos como locos. —Y comenzó a sacar dónuts de la bandeja, dejándolos a un lado—. Y a comprarlos y comprarlos. Quizá surja alguna noticia, algo sobre que los dónuts curan la COVID-19. El precio sube un poco más. Y la gente sigue comprándolos. —Con los dónuts amontonados a ambos lados, ahora la bandeja estaba medio vacía—. Y puede que los compradores no sean los típicos amantes de los dónuts. Tal vez pasan el rato en algún extraño subreddit hablando de cómo los ricos, que llegan a la tienda de dónuts antes de tiempo, llevan toda la vida quedándose con los que saben mejor y puteándolos. Sobre cómo esta vez no permitirían que estos ricos los atropellen.

Tomó más dónuts de la bandeja.

—Pero todavía te debo el dónut que te pedí prestado. No sólo yo, sino todos mis amigos de Wall Street. Todos han tomado

dónuts prestados. Algunos de ellos empiezan a comprarlos de nuevo para saldar su deuda al ver los indicios y comprender la situación.

Tomó un par de dónuts más y los dejó a un lado.

—Lo que hace que el precio suba aún más rápido. Pero ahora mis amigos no tienen opción. Como yo, todavía tienen que devolver esos dónuts.

Siguió tomando dónuts hasta que sólo quedó uno, el de mermelada que había tomado prestado a Chinwe.

—El precio de los dónuts se ha puesto por las nubes, pero muchos de nosotros todavía no nos hemos cubierto. ¿Qué crees que pasará cuando todos tratemos de conseguir ese último dónut a la vez?

—No lo hagas —advirtió Chinwe.

—Sabes que tengo que hacerlo.

Kim estrujó al dónut, que empezó a rezumar mermelada por todos lados. Chinwe suspiró.

—Pero es peor que eso —explicó Kim—. Porque mis amigos y yo no sólo tomamos prestados todos los dónuts de la caja, sino que tomamos más de los que había en ella. Si esto sigue así, muy pronto los vendedores en corto intentarán hacerse con dónuts que ni siquiera existen.

Chinwe estiró el cuerpo, tomó un nuevo dónut sin aplastar y lo colocó fuera del alcance de Kim.

—Y ahora ¿qué? —preguntó—. ¿El precio sigue subiendo hasta el infinito? —La enfermera se encogió de hombros. Chinwe negó con la cabeza—. Has duplicado tu dinero. Eso es bueno. Deberías vender.

—¿Es que no me escuchas? Los dónuts...

—No estamos hablando de dónuts.

A lo largo de los años que llevaban trabajando juntos, habían mantenido muchas conversaciones sobre sus finanzas, acerca de lo duro que podía ser su trabajo, sobre lo difícil que era planificar un futuro con el sueldo de un enfermero. Y visto lo visto, ella sabía que él tenía razón. Había ganado 1.600 dólares, y aunque no bastaba para pagar la ortodoncia de Brian, esa cantidad de dinero

podía cubrir muchas facturas.

Sin embargo, cuando uno veía que el precio seguía subiendo, cuando leía todos los comentarios en WSB, la sensación era que se estaba produciendo el *short squeeze*, o por lo menos que estaba a punto de producirse. Si las manos de diamante permanecían firmes...

—No puedes vencer a esos tipos —aseguró Chinwe, como si le leyera la mente—. Esto es un casino, y ellos son la casa. Encontrarán la manera de ganar. Siempre lo hacen.

Chinwe solía ser el que le decía a ella que tuviera fe.

—David venció a Goliat —respondió finalmente.

—Esto no es David contra Goliat. Es David contra Goliat, y el primo de Goliat y el mejor amigo de Goliat.

Kim negó con la cabeza.

—Nosotros también somos muchos.

Chinwe volvió a suspirar y regresó a su dónut. Kim lo observó dar otro pequeño mordisco. Sabía que su compañero sólo quería ayudarla, pero él no veía lo mismo que Kim. Se había trazado la línea de combate.

Era fácil pensar en WallStreetBets como un lugar de reunión inconexo y caótico para tontos y jugadores, porque así es como a menudo se presentaban ellos. Pero Chinwe no lo entendía: los tontos y jugadores se habían unido por una causa común, y esa clase de unidad era muy poderosa. La ira era un importante factor de motivación, mucho más que la codicia. Kim lo había comprobado en las elecciones de 2016, y la ceguera de Chinwe ante esta realidad le había costado a su amigo 100 dólares. Melvin Capital y sus colegas de Wall Street estaban demostrando ser igual de ciegos, subestimando gravemente el ejército al que se enfrentaban.

Kim no tenía intención de vender. En todo caso, estaba pensando en comprar más.

—Goliat se creía el héroe de la historia —dijo mientras miraba a Chinwe comer su dónut—. Hasta que la piedra le impactó en la cara.

Capítulo catorce

19 de enero de 2021

There once was a stock that put to sea,
The name of the stock was GME,
The price blew up and the shorts dipped down,
Hold my bully boys hold.

Soon may The Tendieman *come,*
To send our rocket into the sun,
One day when the trading is done,
We'll take our gains and go...[1]

Mientras la imagen de un velero de tres mástiles sobre un fondo negro ondulaba sincronizada con la saloma que ya había memorizado, a pesar de que se había topado con ella esa misma mañana, y que había sido publicada en WallStreetBets por un usuario que se hacía llamar quigonshin, Jeremy tenía los ojos cerrados y sus pies descalzos golpeteaban la alfombra bajo el escritorio. No es de extrañar que entre el creciente ejército de Reddit, *The Tendieman* se hubiera convertido en viral; el propio Jeremy luchaba contra el impulso de hacer clic en el meme y escucharla por enésima vez, y si no hubiera estado en medio de una cita en ese mismo momento, habría cedido al impulso.

Para ser justos, describir como «cita» el último intento de Jeremy de entablar una conexión con una persona del sexo opuesto sería un acto extremo de licencia creativa. Pero aunque no hubiera implicado una videollamada por Zoom y una horrible conexión inalámbrica por parte de la joven, que se estrellaba además con la evidente preocupación de Jeremy por las otras ventanas que

seguían abiertas en su ordenador portátil —en particular, WallStreetBets y su cuenta de trading—, el encuentro también habría sido un desastre.

A Jeremy las citas siempre se le habían dado bastante bien. Sobre todo en el mundo físico, en el que se había convertido en un maestro en descifrar las señales que indicaban que un encuentro no iba bien. Era capaz de leerlas como si estuviera descifrando su propio código Da Vinci. Pequeñas cosas, como la forma en la que el teléfono de su cita acababa en la mesa junto al plato para que ella pudiera ver los mensajes de sus amigos. O el modo en el que buscaba al camarero en el restaurante prácticamente en el mismo momento en que llegaba el postre. La mayoría de las veces, podía resultar lo bastante encantador para conseguir volver a quedar una segunda vez, pero a veces tenía que estar preparado para el discurso que acababan soltándole entre la cuenta y el Uber de vuelta a casa: sobre lo genial que era encontrar a alguien con quien poder simplemente hablar, alguien que, estaban seguras, acabaría siendo un gran amigo...

Pero en este año de Zoom, resultaba exasperadamente difícil saber qué estaba pensando una persona en realidad. Antes de empezar a reproducir en su cabeza la saloma sobre GameStop, Jeremy había contado una docena de silencios incómodos; pero durante los chats virtuales los silencios incómodos eran algo normal, y era difícil distinguir la auténtica incomodidad de los fallos de red inalámbrica y de las veces que se le daba sin querer a *mute*. Si bien ambos eran demasiado educados para balbucir alguna buena excusa y terminar la conexión, en realidad hasta que empezó a notar que los ojos de su cita se desviaban hacia cualquier otra cosa que estuviera abierta en su propio ordenador, no supo con certeza que lo principal que tenían en común era su desinterés por continuar con la conversación.

Jeremy suponía que él tenía la mayor parte de la culpa. Había conocido a Teresa —la guapa compañera de clase de pelo color azabache que entonces ocupaba un cuadrado en la pantalla de su ordenador portátil, que había desplazado hacia la esquina inferior izquierda, lo más cerca de la tecla «Esc» que permitía el diseño de

su ordenador— al final de su primer año. Salía con un conocido en común de una de las clases de Estadística de Jeremy, que había terminado por trasladarse a una universidad del noreste. Después de eso, ella y Jeremy habían entablado una amistad más profunda que los había llevado a quedar algunas veces hasta bien entrada la noche en un restaurante local, compartiendo apasionantes conversaciones sobre «sesgos de probabilidad», «analítica» y «reversión de la media». No era exactamente como en la película *Casablanca*, pero tras perder el contacto durante el verano entre primero y segundo, Jeremy siempre se había preguntado si por el camino había surgido alguna chispa perdida.

Ya tenía la respuesta. Fue Teresa la que una semana antes se puso en contacto con él, invitándolo a tomar una copa para reconectar. Por intrigado que estuviera, Jeremy se negó a quedar en persona y le propuso una llamada por Zoom. Había sido un desastre desde el principio. Sin estadísticas de primero en las que apoyarse, tenían muy poco de que hablar. Además, para Jeremy el momento no podía haber sido peor. Habría sido quedarse corto decir que estaba preocupado por lo que estaba pasando con GameStop y por su cuenta de trading. Ya antes de la llamada de Zoom, desde que se había despertado de un sueño irregular a las cinco de la mañana se había pasado todo el día pegado a la pantalla del portátil, y pensaba quedarse detrás del escritorio hasta que el hambre o alguna otra función corporal igualmente importante lo apartara a rastras de allí.

She had not been two weeks from shore,
When Ryan Cohen joined the board,
The captain called all hands and swore,
He'll take his shares and hold.

Soon may The Tendieman *come,*
To send our rocket into the sun,
One day when the trading is done
We'll take our gains and go...[2]

Creía que la canción y su letra captaban el sentimiento de esperanza que recorría el subreddit WSB. Ahora que dedicado en cuerpo y alma a GameStop se sentía como si estuviera en el frente, alineado con el resto de los degenerados en la batalla que obviamente acababa de empezar, Jeremy formaba parte de esa pandilla.

Había hecho su primera compra de acciones poco después de aquel día en el campo de golf con su padre. Doscientas acciones a un precio medio de 15,44 dólares, por 3.088 dólares; sin comisión, por supuesto. El 4 de enero, había añadido otras ciento cincuenta acciones a 19,20 dólares, por otros 2.880 dólares. Una inversión total de casi 6.000 dólares. Por lo que había leído en WallStreetBets, eso le situaba cerca del medio del pelotón, muy lejos de leyendas como DFV, pero como un guerrero leal en la lucha.

Y así era exactamente como Jeremy había empezado a considerar su operación: no como una inversión, ni siquiera como una operación YOLO con la que aspirar a lo más alto, como se lo había descrito a su padre. Una vez dado el salto y compradas las acciones, se había alineado emocionalmente con la comunidad de WSB en su afán por enfrentarse a Wall Street.

Abriendo los ojos, y haciendo todo lo posible por concentrarse en el chat de Zoom que ocupaba el mínimo espacio posible en el portátil, Jeremy se preguntó qué habría pensado Teresa si le hubiera hablado de WallStreetBets y del hecho de que entonces formase parte de este movimiento que giraba en torno a una tienda de videojuegos y a un tipo de YouTube que llevaba un pañuelo en la cabeza. Puede que hubiera oído hablar de GameStop: las noticias ya se estaban abriendo paso en la prensa económica, y sólo era cuestión de tiempo que llegaran a los principales medios de comunicación. Aunque todavía se discutía si estaba empezando un verdadero *short squeeze*, la actividad del valor había sido una locura: Jeremy había visto cómo hacía sólo unas horas el precio alcanzaba los 43 dólares, lo que significaba que ahora sus acciones valían más de 15.000 dólares. Había duplicado con creces su inversión.

Pero si a Jeremy le iba bien en GameStop, a su padre le iba aún mejor. Después de su conversación en el campo de golf, su padre había decidido unirse a él y había comprado 1.000 acciones a un precio medio de 17 dólares. Comparada con la que Jeremy había arriesgado, era mucha pasta: una inversión de 17.000 dólares que en ese momento valía 43.000 dólares. Jeremy sabía que le iba a costar mucho convencer a su padre para que conservara las acciones. Cada vez que Jeremy sacaba a relucir la expresión «manos de diamante» su padre se reía; estaba claro que no abordaba ese asunto con el mismo fervor emocional que él. Lo cual, según su padre, no estaba mal.

Jeremy era el primero en admitir que debía tener cuidado en no dejarse llevar. Ya le estaba costando mucho concentrarse en sus tareas universitarias y en los últimos días había faltado a dos reuniones para estudiar con su «burbuja». Había empezado y abandonado más de una vez su último problema planteado, pero el álgebra lineal no tenía el mismo atractivo que la guerra que estaba ayudando a librar contra Wall Street.

Tal vez la chica de su Zoom ya hubiera oído hablar un poco de la batalla en cuestión; si esa misma mañana había puesto la CNBC o había leído algún hilo de negocios en Twitter, por ejemplo, se habría hecho una idea completa de cómo veía el otro bando lo que estaba sucediendo. A pesar de que el precio todavía era de este mundo, 43 dólares, los de traje y corbata ya habían empezado a contraatacar. Puede que la voz conservadora más irritante de entre las que atacaban a la gente de Reddit fuera de momento la del aficionado a las ventas en corto y activista Andrew Left, que dirigía una empresa llamada Citron Research. Esa misma mañana, justo después de que abriera el mercado y de que GameStop comenzara a subir, la empresa de Left había publicado un tuit en el que se anunciaba que al día siguiente harían una transmisión en directo: «Las 5 razones por las que los compradores a estos niveles de GameStop $GME son los pringados de esta partida de póquer. Acciones de nuevo en 20 $ rápidamente. Entendemos las posiciones cortas mejor que tú y te lo explicaremos».[3]

Como era de esperar, en WallStreetBets el tuit había

impactado como un cartucho de dinamita. Según el estilo de su medio, la comunidad se unió de inmediato en contra de Citron y Left. Memes despiadados, ataques personales, burlas, nada estaba prohibido. Si bien Jeremy no aprobaba algunas de las tácticas más sombrías empleadas por quienes veían a Citron a la altura de Melvin, un enemigo al que había que destruir, estaba claro que Citron tenía poco respeto por los inversores minoristas de WSB. Para Jeremy, no era más que un tipo vomitando su opinión, que no era más válida que la de DFV. La CNBC le había proporcionado un megáfono, pero lo único que consiguió fue movilizar a la oposición. Al final del día, el alboroto en línea era tan intenso que Citron canceló su transmisión en directo, alegando después que su *feed* de Twitter había sido hackeado.

Jeremy no estaba de acuerdo con los brutales ataques personales lanzados contra Left, pero entendía la respuesta natural de la comunidad de WSB al ser tachados de «pringados», en especial mientras el valor batía un nuevo récord. Además, ¿por qué iban a escuchar a Left en lugar de a DFV? ¿Porque había ido a una universidad mejor? ¿Porque trabajaba en un despacho en Manhattan en vez de en un sótano en algún lugar de Massachusetts?

Pero aunque Teresa hubiera estado siguiendo el tema GameStop, Jeremy nunca tendría la oportunidad de deslumbrarla con su cuenta de trading, porque la joven ya estaba poniendo como excusa que su portátil estaba a punto de quedarse sin batería. Jeremy no estaba seguro de quién de los dos había sido el más rápido a la hora de abandonar la cita, pero en la imagen congelada del rostro de su excompañera de clase, que permaneció en pantalla sólo un instante más, pudo observar que ella compartía su sensación de alivio.

Before the news had hit the market,
WallStreetBets came up and bought it,
With diamond hands they knew they'd profit,
If they could only hold.

Soon may The Tendieman *come,*
To send our rocket into the sun,
One day when the trading is done,
We'll take our gains and go...[4]

Ya había desterrado el Zoom a su carpeta de aplicaciones cuando un nuevo sonido le advirtió de que todavía no iba a poder volver a WallStreetBets, a las salomas y a las diatribas anti-Citron. Un rápido vistazo a su teléfono móvil le indicó que justo en el momento que menos ganas tenía de hablar con él, su hermano estaba haciendo FaceTime. Por supuesto, Casper sabía que la llamada terminaría pronto y en fracaso. Después de todo, durante gran parte de sus años de formación habían crecido compartiendo 13,4 metros de eslora de un catamarán.

A regañadientes, Jeremy aceptó la llamada sólo para ver a Casper con una amplia sonrisa en la cara bajo su mata de pelo rubio rojizo.

—La has vuelto a cagar, ¿verdad?

—Cierra la boca, capullo.

—Ésa es la clase de actitud que las ahuyenta. ¿Has probado a ser amable?

Jeremy se acercó a la pantalla para desconectar, y Casper agitó las manos frente a su cámara.

—Espera, tío..., era broma. En realidad, no te llamo para hablar de lo inepto que eres con las mujeres. Papá me ha enviado un mensaje de texto. Sobre GameStop.

A Jeremy se le encogió el estómago.

—No ha vendido, ¿no?

Hubo una breve pausa que Casper aprovechó al máximo.

—No. Pero le dije que debería hacerlo. Y tú también. ¡A 43 dólares por acción! ¡Joder, tío, eres rico!

Jeremy exhaló.

—No sabes lo que dices. Esto no ha hecho más que empezar.

Jeremy ya había discutido con Casper varias veces sobre GameStop; para empezar, durante el largo viaje de vuelta de las vacaciones de Navidad. Casper había creído que Jeremy estaba

loco y le había echado la bronca por hacer que su padre también invirtiera.

—¿Ahora eres un experto?

—No —dijo Jeremy—. Soy un retrasado. Soy el rey de los retrasados.

Su hermano no se impresionó en absoluto.

—Joder, tío, ¿de verdad crees que las empresas de Wall Street que están invirtiendo en corto no saben lo que hacen?

Aunque le había dado muchas vueltas al tema, Jeremy no creía que su hermano quisiera realmente una respuesta. Aparte de que se trataba de una de las empresas más respetadas de Wall Street, no sabía gran cosa sobre Melvin Capital. Y se suponía que Gabe Plotkin era un operador estrella, preparado por Steve Cohen, uno de los hombres más temidos en el sector financiero. Plotkin era inteligente, quizá más inteligente que todos en el subreddit WallStreetBets. Pero Jeremy creía que Plotkin no entendía a qué se enfrentaba.

Decidió explicarlo en términos que su hermano pudiera entender. Casper no invertía en acciones, pero había jugado mucho al póquer, tanto con sus amigos del instituto como en línea. Sabía cómo apostar y lo que significaba pasarse por creerse demasiado listo.

—Los de Melvin tienen un par de ases. Salen dos seises y otro as en el *flop*. Melvin está seguro de ganar con su *full* de ases y seises. Lo que no ven es que nosotros tenemos una pareja de seises, así que tenemos póquer. Melvin y las otras empresas de Wall Street están haciendo la jugada correcta, están invirtiendo en corto en una empresa que, según ellos, es un dinosaurio. Pero van a perder. Y son tan arrogantes, están tan acostumbrados a ganar, que no pueden aceptarlo.

Digiriendo lo que acababa de oír, su hermano hizo una pausa y luego miró a la cámara.

—Supongo que no vas a vender.

—Puede que no lo haga nunca.

—Eso es una estupidez. Es GameStop. Su valor de mercado ya es...

—Y eso es lo que ni tú ni Wall Street entendéis. Seguís pensando que el valor de mercado significa algo. Sonáis como Citron, yendo a la CNBC a decirme por qué soy el pringado de WSB. No entendéis qué está pasando aquí en realidad.

—Jeremy.

—El mundo entero está jodido —continuó Jeremy. Sintió que se acaloraba, que sus emociones fluían—. Todos estamos atrapados en casa, en nuestros sofás y en nuestras camas, y estos tipos de Wall Street, como Citron y Melvin, nos miran desde sus casas en la playa y sus áticos. Ellos tienen equipos de analistas, complicados algoritmos matemáticos y mogollón de fondos, y nosotros ¿qué tenemos?

Casper volvió a hacer una pausa.

—Joder, tu cita debe de haber ido fatal...

—Tenemos GME —acabó de decir Jeremy.

Y entonces sí tocó la pantalla y desconectó.

GME. No GameStop.

Aspirar a lo más alto una vez en la vida.

Capítulo quince

22 de enero de 2021

Orlando (Florida).

Una soleada y hermosa tarde de viernes.

Diez minutos antes del cierre del mercado.

Por primera vez desde el desayuno, Jim Swartwout se tomó un respiro, y a través de las ventanas de su despacho, que hacía esquina en la sede de Robinhood en Lake Mary (Orlando), posó su mirada en el vaivén de las hojas de una palmera lejana. Respirando sin más, en profunda sintonía con esas ondulantes hojas falcadas, dejó que transcurrieran en silencio los últimos compases hasta la campana de cierre. Se dirigía al final de uno de los días más inusuales —que coronaba una de las semanas más inusuales— de su año y medio en la advenediza empresa de corretaje de Silicon Valley.

Para ser justos, si algo podía decirse de las oficinas filiales de la empresa en la soleada y hermosa Lake Mary es que allí casi nunca ocurría nada inusual. La principal razón por la que se había abierto la sede en ese árido trocito de tierra, a poco más de 30 kilómetros de la I-4 desde el centro de Orlando, era para evitar la acción. Lake Mary no sólo era tranquila, era deliciosamente comatosa, un rico entramado de hermosas casas situadas en torno a reservas naturales, lagos, carriles bici, restaurantes al aire libre, tiendas de ropa y buenos sistemas escolares, cuyo principal atractivo era su proximidad con el aeropuerto y que se alzaba bajo la sombra del mayor destino turístico del planeta. Esa sombra tenía orejas de ratón, pero, aun así, Lake Mary era un lugar maravilloso para formar una familia, y un lugar bastante extraño en el que situar el centro neurálgico de la empresa más rompedora y

disruptiva en fintech.

Por supuesto, la decisión de abrir una sucursal entre las palmeras y los canales infestados de caimanes del norte de Florida tuvo mucho que ver con los complejos cálculos de costo-beneficio que acompañan a una rápida y vertiginosa expansión. Robinhood estaba creciendo tan rápido y contratando a tantas personas que tenía sentido que se expandiera, geográficamente, mucho más allá de Menlo Park. Pronto se anunciarían planes para abrir oficinas en Nueva York y Seattle, pero la filial de Lake Mary fue la primera. El anuncio se hizo en 2017, con el estimulante objetivo de contratar a 200 empleados. Era un pequeño paso en comparación con los miles de personas que trabajan en un banco de inversión medio en el montón de rascacielos situados en el bajo Manhattan, donde Jim había trabajado con anterioridad, o para el caso, los 77.000 que trabajaban bajo el brillo del Castillo de Cenicienta en el Reino Mágico al final de la carretera. Pero para una *start-up* de Silicon Valley dirigida sobre todo a los mileniales con unos pocos miles de dólares de ingresos apenas disponibles para jugar en bolsa un viernes cualquiera por la tarde, era impresionante.

La sede de Lake Mary no era menos extraordinaria; quizá no tan digna de revista como la de Menlo Park, pero sí fresca y moderna, con salas de reuniones y oficinas de vanguardia y, por supuesto, con un montón de ventanas. Tenía un mural similar al de Menlo, con sus gatos y referencias a Sherwood, pero en el de Lake Mary el bosque había sido sustituido por una bahía con muelles llenos de lanchas, tumbonas, piratas felinos y caimanes con gafas de sol. La cámara siempre estaba preparada para cuando Vlad y Baiju visitaran la sede, aunque los dos unicornios no pasaban por Lake Mary con demasiada frecuencia.

Jim no se quejaba —y quién podría lamentarse viviendo tan cerca de Space Mountain—, pero como ocurre con la mayoría de las empresas tecnológicas con sede en el valle cuyos tentáculos llegan más allá de las fronteras del estado de California, lo habitual era que las filiales de Robinhood no estuvieran en primera línea. Era fácil pensar en el funcionamiento de Lake Mary como en algo oculto detrás de una cortina geográfica. El propio Jim solía ser una

voz al otro lado del teléfono —o, más recientemente, una cara al otro lado de un Zoom—, alguien a quien sólo se oía, o se veía, cuando las cosas iban mal. Pero Jim sabía que Robinhood no era como otras empresas tecnológicas de Silicon Valley, porque no era sólo una empresa tecnológica. El equipo de Jim en Lake Mary —que ya contaba con setenta personas, y desde que se había incorporado en junio de 2019 crecía día a día— desempeñaba una posición clave para el negocio que Robinhood estaba desarrollando, parte de la razón por la que Robinhood pronto valdría mucho más que la valoración de 4.000 millones de dólares que se había barajado recientemente en las páginas de numerosos periódicos financieros.

Aun así, estar en el centro de lo que Robinhood pretendía ser —el «fin» de su *fintech*— no significaba que el puesto de Jim en la empresa pudiera describirse como algo en especial llamativo, ni que él mismo fuera tan vivaz y resplandeciente como Vlad o Baiju, que parecían haber sido ingeniosamente diseñados para alguna futura portada de la revista *Forbes*. Tampoco ayudaba el hecho de que la función para la que Jim había sido contratado en un principio —jefe de compensación— fuera el tipo de título que uno pudiera explicar con facilidad en una cena. No es que hubiera muchas cenas y fiestas en Lake Mary, pero si Jim se hubiera presentado vestido de Goofy o con orejas de roedor, al menos la gente habría tenido alguna idea de a qué se dedicaba. Ahora que era presidente de la empresa y director de operaciones, resultaba un poco más fácil describirse a sí mismo tomando unos cócteles; no obstante, cuando iba al meollo del asunto todavía parecía que hubiera entrado por voluntad propia en una especie de programa de protección de testigos financieros.

Jim no había empezado en el sector de la compensación. Antes de pasarse al lado empresarial y tecnológico del negocio, había sido operador en Wall Street. Dirigió en 1999 la mesa de operaciones de E-Trade, una de las primeras empresas de corretaje en línea, y tras convertirse en director de operaciones de esa empresa, pasó a ocupar un puesto similar en Scottrade, para luego ser presidente de trade-MONSTER. Además, a lo largo de los años

había trabajado en numerosas instituciones financieras y entrado y salido de muchas *start-ups*. Pero, por un par de razones, formar parte de Robinhood era una situación de ensueño.

Al haber creado su propia plataforma de compensación utilizando una tecnología totalmente nueva basada en la nube, situándose de manera directa en la intersección de la tecnología y las finanzas, Robinhood era única entre sus iguales. Asimismo, la misión de Robinhood era única e inspiradora; la empresa no sólo estaba orientada a la obtención de beneficios y era rentable, sino que a Jim le parecía moralmente buena. Robinhood quería crear condiciones de igualdad abriendo el trading a los ciudadanos medios, muchos de los cuales nunca habían tenido la oportunidad de invertir en acciones. Cuando Robinhood comenzó a operar, el 50 por ciento de las acciones estaba en manos del 1 por ciento más rico; el hecho de que la simplificación de una plataforma de negociación aportara equidad a los mercados era algo netamente positivo.

Pero por muy lustrosa y reluciente que fuera la plataforma, Jim sabía que la verdadera magia residía por debajo del brillo, en la fontanería que hacía que Robinhood funcionara. Esas tuberías eran el ámbito de Jim. Robinhood estaba reinventando el mercado de valores para los mileniales y la generación Z, pero lo último que los jóvenes querían ver o pensar era en la fontanería que hacía que todo funcionara. A veces, al observador externo podría parecerle que una actitud similar se extendía hasta Menlo Park. No se podía estar más lejos de Silicon Valley, sin tocar el océano, que en Orlando. Postura que tenía sentido, ya que uno puede mantener una agradable conversación con el fontanero mientras le arregla el fregadero, pero no suele invitarlo a cenar después.

Pero esa última semana —que había culminado en esa loca tarde de viernes— había sido uno de esos raros momentos en los que el fontanero se había quedado a la cena, al menos hasta que llegara el plato principal. En las últimas horas, Jim había hablado por teléfono con Menlo Park varias veces. Lo que estaba ocurriendo en el mercado, y en particular en Robinhood, no era una emergencia, pero sí preocupante; más que eso, era extraño.

Porque a diferencia de otros problemas del mercado que surgen de vez en cuando, relacionados con la compensación y la atención del capital, esta situación no tenía que ver con diversas operaciones inusuales en torno a un gran número de los trece mil valores comprados y vendidos por los clientes de Robinhood. Esa situación giraba principalmente en torno a un solo valor.

Como jefe de compensación y entonces director de operaciones, Jim se había enfrentado a una buena cantidad de circunstancias difíciles relacionadas con los clientes y el trading. Había tenido que sortear un par de baches, algunos antes de unirse a la compañía —como la supuesta confusión, allá en el año 2018, relacionada con las regulaciones bancarias de las cuentas de ahorro de Robinhood—, y problemas más recientes, como una multa de 65 millones de dólares de la SEC por una presunta falta de comunicación de la empresa sobre sus prácticas de pago por flujo de órdenes. Pero, con diferencia, el momento más difícil se había producido sólo siete meses antes, cuando un universitario de veinte años llamado Alexander Kearns se había suicidado tras ver en su cuenta de Robinhood un saldo negativo temporal de más de 730.000 dólares. En realidad, Kearns no había sido responsable de la inmensa pérdida, resultado de varias opciones de venta complicadas —y puede que no llegara a darse cuenta de que el saldo negativo desaparecería en breve con un crédito en su cuenta —, pero estaba claro que la confusión del momento pesó demasiado en el joven. En parte, como destacó la revista *Forbes*, la lectura de la nota de suicidio de Kearns decía: «¿Cómo un joven de veinte años sin ingresos ha podido conseguir que le asignaran un apalancamiento por valor de casi un millón de dólares?».

Para todos en Robinhood fue un momento trascendental, emotivo y trágico, que además apareció en todos los medios y cobró fuerza en muchas redes sociales. En el período que siguió, Robinhood hizo cuanto estuvo en su mano para asegurarse de que un malentendido como ése no volviera a suceder: mejoró los mensajes del sitio relacionados con el trading de opciones, realizó cambios en su interfaz y amplió su contenido educativo, en especial en lo referente a las opciones y al trading de márgenes.

Semejante tragedia nunca debería haber ocurrido, y Jim y el resto de la dirección de la empresa pensaban hacer cuanto estuviera en su mano para intentar proteger a sus clientes en el futuro.

Pero Jim sabía que herramientas de trading tan poderosas como las opciones —que otorgaba a los usuarios la posibilidad de apalancarse— siempre conllevarían cierto nivel de riesgo. Y por definición, el margen —que permitía a los clientes aprobados comprar acciones con dinero prestado— daba a los operadores la posibilidad de invertir más dinero del que tenían. Por bonito que parezca, el *day trading* —las operaciones bursátiles de compra y venta de activos en las que se entra y sale el mismo día— no es un videojuego, es la vida real, y tiene implicaciones en la vida real.

Como jefe de compensación, el trabajo de Jim consistía en gestionar ese riesgo, no sólo por el bien del cliente, sino también por el de la compañía en general, y en sintonía con las normas establecidas por el Gobierno y el sector bancario, algunas de las cuales se remontan a una época anterior a que palabras como *aplicación*, *nube* o *en línea* tuvieran alguna relación con el mundo de las finanzas.

Si Jim hubiera vuelto a esa cena imaginaria e intentara explicar a qué se dedicaba, habría tratado de simplificar las cosas: la compensación implica todo lo que ocurre entre el momento en el que alguien inicia una operación —por ejemplo, compra o venta de acciones— y el momento en el que esa operación se liquida, lo que significa que las acciones cambian de mano oficial y legalmente.

La mayoría de las personas que utilizaban servicios de corretaje en línea creían que esa transacción ocurría al instante; querías diez acciones de GME, le dabas a un botón y comprabas diez acciones de GME, que de repente aparecían en tu cuenta. Pero eso no es lo que sucedía en realidad. Uno pulsa el botón de compra, y tal vez Robinhood encuentre tus acciones de inmediato y las ponga en tu cuenta; pero la operación real tarda dos días en completarse, por esa razón, en la jerga financiera se conoce como «compensación T + 2».

Durante la cena, para Jim lo normal a esas alturas de la conversación habría sido que los demás comensales lo miraran con

ojos vidriosos, aunque él sólo estaría empezando. Una vez iniciada la operación —una vez que en el teléfono se le da al botón de compra—, el trabajo de Jim consistía en ocuparse de todo lo que pasaba en ese mundo intermedio. En primer lugar, tenía que facilitar la búsqueda del socio opuesto para la operación; que era donde entraba el pago por flujo de órdenes, ya que Robinhood agrupaba sus operaciones y las «vendía» a un creador de mercado como Citadel. A continuación, era trabajo del corredor de compensación garantizar que la transacción fuera segura. En la práctica, Robinhood tenía que asegurar sus operaciones a las diez de la mañana de cada día de mercado, haciendo un depósito en efectivo a una cámara de compensación sujeta a reglamentación federal, algo llamado Depository Trust & Clearing Corporation, o DTCC. Ese depósito se basaba en el volumen, el tipo, el perfil de riesgo y el valor de las acciones negociadas. Cuanto más arriesgadas fueran las acciones, es decir, cuanto más probable fuera que algo saliera mal entre la compra y la venta, mayor tenía que ser el depósito.

Por supuesto, casi todo esto se hacía a través de ordenadores: en 2021, y sobre todo en un lugar como Robinhood, se trataba de un sistema automatizado casi en su totalidad. Cuando los clientes compraban y vendían acciones, los ordenadores de Jim ofrecían una recomendación del tipo de depósitos que podía esperar tener que hacer en función de los requisitos establecidos por la SEC y los reguladores bancarios; todo ello de forma simple y ordenada, y con sólo pulsar un botón.

Si llegados a este punto de la conversación, alguno de los compañeros de mesa de Jim siguiera todavía despierto, podría haberle explicado la locura de semana que acababa de pasar en términos que tal vez entonces pudiera entender. Puede que incluso la cosa se animara, ya que todo tenía que ver con un valor del que se empezaba a hablar en los medios de comunicación más generalistas.

Decir que lo que estaba pasando con GameStop no tenía precedentes sería quedarse cortos. En la última semana, el precio de las acciones se había vuelto a duplicar con creces, y a primera

hora de esa tarde había alcanzado un máximo intradía de 76,76 dólares, para luego cerrar hacía un momento a 1 centavo por encima de los 65 dólares. Tal comportamiento del precio no era algo inaudito, pero GME lo había hecho con un volumen diario y una volatilidad difíciles de creer. Sólo ese día, más de 194 millones de acciones habían cambiado de manos, ocho veces la media habitual del valor. En el lado de las opciones, la acción había sido aún más volátil: al final de la tarde se habían negociado 913.000 opciones de compra. Un contrato que expiraba ese día, con un precio de ejercicio de 60 dólares, se había convertido en la opción más negociada de todo el mercado bursátil, con una subida de precio de casi el 3.000 por ciento.

La volatilidad general de GME había sido tan demencial que la cotización de las acciones se había detenido ya al menos cuatro veces, y todo ello después de que la acción hubiera duplicado su valor la semana anterior. GameStop, una compañía cuya época dorada databa probablemente de hacía una década, se había convertido en la empresa más negociada del mundo.

Jim veía la CNBC y leía *The Wall Street Journal* —que incluso se distribuía en Orlando—, por lo que estaba al tanto de la batalla que se estaba librando entre los inversores minoristas que se comunicaban entre sí en WallStreetBets, y las empresas de Wall Street que habían tomado una enorme posición en corto de GME. Por supuesto, había seguido el espectáculo de Twitter cuando Citron Research había publicado su tuit tachando de «pringados» a los operadores de Reddit.

Desde que publicaron el tuit, hacía tres días, según Andrew Left y Citron, el episodio había tomado un cariz aún más feo. En una carta que Left había publicado ese viernes en Twitter, había anunciado que ya no volvería a hacer ningún comentario público sobre GameStop, alegando que él y su familia habían sido acosados por «una turba enfurecida propietaria de estas acciones», que había «pasado las últimas 48 horas cometiendo múltiples delitos».

> Lo que Citron ha experimentado en las últimas 48 horas es poco menos que vergonzoso y un triste comentario sobre el estado de la comunidad inversora... Somos inversores que anteponemos la

> seguridad y la familia, y es nuestro deber retirarnos de un valor cuando creemos que esto se ve comprometido.

Además, en un vídeo publicado en YouTube, Left añadió que «nunca había visto un intercambio de ideas de gente tan enfadada por el hecho de que alguien se uniera al otro extremo de una operación».

Era evidente que lo que estaba pasando con GameStop no era normal; en décadas, Jim nunca había visto nada parecido en Wall Street. Sin duda, el componente emocional de lo que ocurría alimentaba el caos que estaba viendo en la parte de la compensación de la ecuación. Los volúmenes, la volatilidad, todo ello representaba patrones de negociación anormales, porque la negociación que se estaba llevando a cabo estaba impulsada por motivos de negociación anormales. Se suponía que los mercados eran racionales, pero no había nada de racional en que la gente quisiera tanto a una acción para acosar a la familia de alguien que se había posicionado en el otro extremo de la operación.

Sin embargo, a pesar de la extrañeza del mercado y del caos bursátil, Jim estaba seguro de que en el lado de la compensación todo estaba bajo control. Los sistemas automatizados habían actuado como se suponía debían hacerlo; desde hacía varias semanas, sus sistemas habían elevado los requisitos de margen en torno a GameStop para eliminar de la ecuación parte del riesgo. Cuando las cosas comenzaron a enloquecer, todavía se podía comprar a descubierto GameStop en Robinhood, pero sólo al 50 por ciento de la tasa habitual. Con el tiempo, esa cifra pasaría al cien por cien, lo que significa que ya no era posible comprar GameStop con margen. Este tipo de control podría molestar a algunos clientes, pero no se trataba sólo de proteger los requisitos de depósito de Robinhood —que se basaban en parte en los perfiles de riesgo de las operaciones—, sino también de proteger a los propios usuarios de la plataforma.

Jim creía que gran parte de sus obligaciones entrañaba velar por esos clientes, los usuarios de Robinhood. Las operaciones sin comisiones y los requisitos de las cuentas cero comisiones no eran

más que una parte de la situación; por mucho que beneficiara a Robinhood, el pago por flujo de órdenes también suponía un ahorro de costes aún mayor para los clientes, porque las operaciones fluían a través de creadores de mercado en continua búsqueda de liquidaciones mejores y más eficientes. Por eso, la mayoría de las operaciones de Robinhood se hacían por mediación de Citadel, la enorme firma financiera con sede en Chicago fundada por Ken Griffin, que ahora gestionaba el 40 por ciento de todas las operaciones minoristas, precisamente porque eran los mejores en lo suyo. A través de Citadel, la estrategia del pago por flujo de órdenes de Robinhood había ahorrado a sus clientes 1.000 millones de dólares sólo en el último año, al encontrar las mejores ofertas de compra y venta y completarlas de la manera más eficiente.

Por supuesto, los entresijos del pago por flujo de órdenes eran tan complicados como las minucias de la compensación. En definitiva, Jim y Robinhood estaban decididos a mantener contentos y seguros a sus inversores minoristas. A veces, esto significaba inclinarse mucho en una u otra dirección. Mientras continuara la volatilidad en GameStop, habría que hacer esfuerzos como limitar las operaciones a crédito. Aunque a algunos usuarios pudiera parecerles restrictivo, a veces lo mejor para todos era un poco de restricción.

Minutos más tarde, cuando al fin el mercado cerró ese día, Jim volvió a centrar su atención en el ordenador de su mesa. El gráfico de precios de GameStop ocupaba la mayor parte de la pantalla y era impresionante. Sin duda alguna, el cierre a 65,01 dólares habría hecho ganar un montón de pasta a muchos clientes de Robinhood; puede que algunos hubieran logrado millones. Pero la semana había acabado y el fin de semana estaba a la vuelta de la esquina. Jim tenía la certeza de que las mentes más tranquilas y racionales acabarían imponiéndose. Siempre lo hacían.

Esa idea, la de que los mercados son racionales por definición, se remonta a mucho tiempo atrás, al siglo XVIII. Y si bien a lo largo de los años muchos acontecimientos han puesto en entredicho esa lógica —burbuja tras burbuja, algún que otro contratiempo en el

mercado, el crac de 2008—, al final, la gente tendía a actuar según le convenía más. Compraban cuando veían valor y vendían cuando intuían que las cosas estaban a punto de ir en sentido contrario.

Es probable que todo lo que se decía sobre los *short squeezes* no fuese más que pura palabrería. A los operadores aficionados les encantaba hablar del asunto cada vez que un valor subía con malos fundamentos. Pero en realidad, casi nunca se producían. Puede que en la última década hubiera sucedido quince veces.

Como siempre, Jim seguiría haciendo su trabajo con diligencia, vigilando los depósitos de compensación, asegurándose de que todo siguiera funcionando bien. No estaba demasiado preocupado. La razón por la que nadie dedicaba mucho tiempo a preocuparse por el tipo de acontecimientos con pocas probabilidades de producirse que la gente denominaba «cisne negro»[1] —y que, sin duda, podían ser un desastre— era que ocurrían, como mucho, una vez en la vida.

Y en un lugar como Lake Mary, a 30 kilómetros al norte de Orlando, aún menos que eso.

Capítulo dieciséis

25 de enero de 2021

No pienso vender hasta que GME lo pete a 1.000 dólares...

—A lo mejor habría que ponerte las correas a ti. Creo que os habéis vuelto todos locos.

El chico sonreía bajo el largo flequillo rubio que le colgaba sobre la frente. Los brillantes mechones enmarcaban su rostro delgado en tanto miraba la pantalla del teléfono de Kim. Colocando las correas de velcro del tensiómetro alrededor de su brazo flacucho, ella le devolvió la sonrisa. El joven se llamaba Jake y no era ningún niño —tenía veinte años y estudiaba primero en la universidad—. Había tragado tanta mierda a lo largo de su corta vida, que tenía arrugas bajo los ojos verdes y una sarcástica elevación en la comisura de los labios, incluso cuando no sonreía.

Kim había colocado su teléfono en el asiento de al lado sin caer en la cuenta de que lo había dejado abierto en el subreddit WallStreetBets. Pensó en apagarlo, en esconderlo de nuevo en el bolsillo de su uniforme, pero luego decidió que no había nada de malo en dejarlo donde estaba. Además, mirando a Jake, con su camiseta retro estampada con uno de esos viejos mandos de Atari y sus zapatillas Converse, supuso que estaría tan interesado en lo que ocurría en GameStop como cualquier otra persona. Le recordaba a uno de los chavales del *skate park* con los que a veces quedaba su hijo mayor después del colegio; a Kim siempre la habían puesto un poco nerviosa, pero Brian insistía en que no eran malos chicos, sólo diferentes, y a ella siempre le había parecido bien lo diferente.

—Nadie necesita ninguna correa —aseguró Kim apretando el tensiómetro—. Y sabes que aquí no utilizamos la palabra *loco*, Jake.

Mientras ella empezaba a bombear aire en el manómetro, el chico puso los ojos en blanco. Durante el último año había llegado a conocer bastante bien a Jake, ya que era uno de sus muchos pacientes habituales. La pandemia había sido dura para los chavales de su edad, sobre todo para quienes por la razón que fuera ya sabían lo que era estar al borde del abismo. La pandemia los había aislado aún más, alejándolos de sus rutinas, a veces atrapándolos en casa con sus padres, que a menudo no entendían del todo los desequilibrios químicos o los traumas psicológicos o lo que fuera que los hacía diferentes.

—Puede que tú no la utilices. Yo la uso sin parar. Y si eso no es una locura, no sé lo que es.

Señalaba la publicación de un usuario de Reddit que se hacía llamar dumbledoreRothIRA y que aparecía en la parte superior de la pantalla. Kim no necesitó leerla: ya la había visto y leído muchos de los comentarios que había suscitado, incluso había votado a favor de algunos. Ahora que tenía acciones de GME, entendía perfectamente el sentimiento: GME a 1.000 dólares podía parecer una locura para los no iniciados, pero para los que habían pasado la mayor parte del fin de semana anterior escudriñando WallStreetBets, leyendo un comentario tras otro de gente que gritaba sobre sus manos de diamante, personas de todo tipo que habían comprado y luego publicado sus cuentas de trading allí mismo, en el subreddit, para que cualquiera pudiera verlas, tenía todo el sentido del mundo.

Asegurándose de que la cortina que rodeaba la pequeña zona de exploración estuviera bien cerrada, miró hacia atrás por encima del hombro. Si alguno de los médicos pasara por allí y la viera compartir su teléfono con un paciente, se metería en un buen lío; pero entonces estaba dispuesta a correr el riesgo. Qué diablos, era tan fascinante lo que ocurría detrás de la pantalla que ese día casi había pasado de ir a trabajar.

Antes de empezar su turno, había permanecido treinta minutos dentro del coche en el aparcamiento detrás del hospital, simplemente curioseando WSB. Era difícil de creer, pero el cierre del viernes en el que GME había superado los 65 dólares por

acción sólo había sido el principio. El fin de semana no había frenado en absoluto el cohete. Y parecía que el resto de la comunidad de WSB había pasado los dos últimos días igual de frenética que Kim, consumida por los pensamientos de lo que podría suceder.

Cuando esa mañana por fin abrió el mercado, fue como destapar una olla a presión: las acciones se habían disparado a 96,73 dólares. Y eso había sido sólo el principio. Cuando durante su descanso para comer Kim abrió Robinhood para comprobar el valor, GME se había acercado a un máximo intradiario de 159,18 dólares. Desde entonces había bajado, pero hacía treinta minutos acababa de cerrar a 76,79 dólares. Más de 10 dólares por encima del cierre del viernes, e incluso entonces seguía subiendo en las operaciones posteriores a la hora de cierre, tal vez para volver a su máximo diario.

Era difícil de creer, pero a la hora del almuerzo, las 100 acciones de Kim valían casi 16.000 dólares. En ese momento valían 7.679 dólares. Si las vendiera, podría pagar sin problemas la ortodoncia de Brian.

Pero no tenía intención de vender ni una sola acción.

—Mira a este pavo —dijo Jake, tocando la pantalla con un dedo—. Debería estar amarrado, fijo.

Kim miró hacia donde señalaba Jake; había navegado hasta un enlace en el foro que le había llevado a un clip publicado en Twitter. Kim reconoció enseguida al hombre del vídeo porque lo seguía desde hacía tiempo: David Portnoy, director de una empresa llamada Barstool. Barstool había comenzado siendo una revista, y luego un sitio web dedicado a los deportes, pero se había transformado en un leviatán de internet que se dirigía principalmente al tipo de hombre que alguna vez se había suscrito a *Sports Illustrated*, *Maxim* y *Playboy*. Portnoy era una figura electrizante: frenético, temperamental, un hombre común con acento bostoniano y un cariz demagógico que a menudo publicaba en vídeo reseñas de pizzas y, a veces, de acciones. Desde el principio, a Kim le gustó Portnoy, porque a pesar de que en realidad no era como ella —él era un multimillonario con legiones

de seguidores— sí parecía dirigirse a ella.

Portnoy, sin afeitar y con una camiseta blanca, hablaba a la pantalla: «No tengo ningún problema con lo que pasó con GameStop —comenzaba el vídeo—. WSB ha llevado a GameStop a la Luna, siendo las posiciones cortas estranguladas. Estoy seguro de que la vieja guardia se va a quejar y lloriquear, bua, bua... ¡Cállate!... ¡Renovarse o morir! WallStreetBets no va a ir a ningún sitio. Reddit no va a ir a ningún sitio. Robinhood no va a ir a ningún sitio... Forma parte del juego. Adivina qué, en el fútbol americano, al principio el pase adelantado no existía..., nuevos operadores, nueva estrategia... Se trata del casino más grande del mundo... La única diferencia es que ahora la gente de WallStreetBets también puede jugar... ¿Crees que los grandes bancos no inflan el precio y venden? ¡Venga ya! No se puede tener todo en esta vida... ¡Y la gente lloriqueando sobre la leche derramada!».

Si no hubiera tenido las manos ocupadas con el manómetro, Kim habría aplaudido. Portnoy tenía toda la razón del mundo. Lo había visto en los comentarios, las principales noticias de negocios se habían llenado de tipos de Wall Street «lloriqueando sobre la leche derramada» por lo que estaba pasando con GameStop. Era como si no pudieran soportar que un grupo de aficionados de un foro de Reddit hubiera puesto fin al control que ejercían sobre el mercado.

—No está equivocado —dijo Kim, todavía bombeando aire—. Es un ordinario, pero no está equivocado.

—¿También vas a votar por él?

Kim le dio al manómetro un bombeo extrafuerte.

—No sería mucho peor que cualquier otra persona.

Pero Jake ya había pasado de la diatriba de Portnoy a otra publicación en el foro de WSB. Usando sus dedos para ampliar una imagen en la pantalla, el chico silbó bajito.

Kim reconoció de inmediato la actualización GME YOLO más reciente de DFV y la imagen de su cuenta de trading. No era de extrañar que Jake hubiera silbado; las cifras de esa cuenta eran realmente asombrosas.

—¿Es dinero de verdad?

Kim asintió. La inversión inicial de 53.000 dólares de DFV se había disparado. Según su cuenta, tenía 50.000 acciones de GameStop, a 76,79 dólares, esas acciones estaban valoradas en 3.839.500 dólares. Además, a un precio de ejecución de 12 dólares por acción, había adquirido 800 opciones de compra de GME del 16 de abril. Esas opciones de compra valían ahora la friolera de 5,2 millones de dólares. DFV también había acumulado efectivo de sus opciones anteriores, lo que le daba un valor total de cuenta de casi 14 millones de dólares.

No era de extrañar que DFV se hubiera convertido en el usuario más famoso del foro de WSB, ni que sus vídeos de YouTube tuvieran ahora cientos de miles de visualizaciones. Del mismo modo, tampoco resultaba sorprendente que en todos los medios de comunicación, ya no sólo en los programas y redes especializados en el mundo de los negocios y finanzas, sino en todas partes, se hablara de la historia de GameStop. DFV —que era uno de ellos, un «retrasado» más, un «degenerado» más— había ganado 14 millones de dólares a la vez que clavaba una estaca en el corazón de Wall Street. En la mente de Kim no había duda, los inversores a corto eran presa del pánico —tenían que serlo—, y si esto no era un *squeeze* en toda regla, votaría a los demócratas lo que le quedara de vida.

Uno de sus memes favoritos, que se había viralizado en el foro cuando GME se disparó en bolsa, había sido extraído de una aparición de Jim Cramer, el seleccionador de valores, inversor y una de las estrellas de la CNBC, que durante el creciente alboroto había acudido a la cadena unas cuantas veces para tratar de analizar lo que estaba sucediendo. Durante la aparición, Cramer había resumido la aparente estrategia de trading en WSB —a diferencia de los algoritmos de Wall Street, que entrañan sofisticadas operaciones matemáticas, meses de investigación y analistas muy bien remunerados— y desbarrado: «¡Nos gusta la acción! ¡Nos gusta la acción!».[1] La frase se había convertido en un grito de guerra no sólo porque fuera simple y fácil de utilizar en un meme, sino porque realmente abarcaba todo lo que DFV llevaba diciendo desde hacía más de un año a todo el que quisiera

escucharlo.

Pero ya no se trataba sólo de DFV a solas en su sótano; ni siquiera se trataba sólo de un grupo de frikis en un foro de Reddit. Esa mañana, antes de marcharse a trabajar, mientras echaba un vistazo al móvil en la mesa de la cocina, su hijo mayor, Brian, se había inclinado sobre ella y había visto su cuenta de trading. La había mirado con los ojos muy abiertos.

—Mamá, ¿tienes acciones de GameStop? —había preguntado.

—Sí, señor —respondió ella—. Y las compré cuando estaban a 16 dólares.

Nunca había visto a su hijo tan emocionado. Se había puesto de inmediato a enviar mensajes de texto a todos sus amigos para contárselo, e incluso llegó a mostrarle una de las respuestas: «¡Joder, tío, qué pasada! Dile que la próxima vez compre Dogecoin».

Kim sabía que aquello era una tontería, pero le encantaba escuchar algo así en boca de su hijo; conseguir puntos *cool* por parte de un adolescente era casi tan bueno como recibir elogios de Jim Cramer y David Portnoy. Lo cierto es que estaba muy orgullosa de sí misma.

Mientras comprobaba las cifras del manómetro y las añadía a la ficha de Jake, se dio cuenta de que seguía sonriendo. Chinwe llevaba toda una semana —y fin de semana, a través de mensajes de texto y correos electrónicos— diciéndole que vendiera sus acciones de GME, pero ella se había mantenido firme. Estaba decidida a conservarlas. Chinwe sólo pensaba en aquello que era mejor para ella, pero no entendía que ahora Kim formaba parte de algo, de algo real, e iba a llegar hasta el final.

—Mil dólares por acción —comentó Jake mientras seguía mirando su teléfono—. Y dicen que a mí se me va la olla.

—Nadie dice nada de eso —respondió Kim mientras empezaba a quitar el velcro del brazo de Jake—. Además, que se te vaya la olla un poquito no tiene nada de malo. A veces ayuda a pasar el día.

Observó cómo seguía echando un vistazo a la pantalla. ¿Mil dólares por acción? Quizá Jake estaba en lo cierto; tal vez se les

estaba yendo la olla a todos.

A DFV se le había ido tanto que había llegado a ganar 14 millones de dólares. Y Kim estaba a su lado, con sus 100 acciones, librándose alegremente de la basura que una y otra vez le había deparado la vida.

Si lo que estaba ocurriendo con GameStop era el resultado de una gigantesca ida de olla compartida —que un grupo de personas normales pudiera vencer de verdad a Wall Street—, entonces a Kim le parecía bien cerrar los ojos y dejarse llevar por la sensación de que ya no estaba claro qué era real, qué era posible y qué era realmente

sólo

puro delirio...

Capítulo diecisiete

Doce horas después

Doce metros bajo la superficie de Hawthorne (California), un enclave de clase trabajadora a unos 25 kilómetros de Los Ángeles.

Un túnel recién perforado que cuenta con un sistema de suspensión electrodinámica y motores de inducción lineal, así como con una cápsula Hyperloop parcialmente construida, un ventilador de entrada y un compresor axial.

Mientras recorría la pista de pruebas del Hyperloop, de 3,6 metros de altura y 1,6 metros de longitud, Elon Musk —CEO y rey de la tecnología de Tesla; CEO, director técnico y principal diseñador de SpaceX, entusiasta de Dogecoin, proselitista de Bitcoin, en algún momento el hombre más rico del mundo y expresidente de la Federación Galáctica de Planetas— se movía deprisa, sus piernas parecían ir a mil revoluciones por minuto. Luchando por tomar aire en el entorno de presión reducida del tubo subterráneo, respiraba con dificultad a pesar de que el innovador neuralink integrado en su cerebelo compensaba de inmediato la falta de oxígeno lanzando mensajes a través de sus vías neuronales para modificar de continuo sus necesidades circulatorias y respiratorias.

Acelerando a medida que avanzaba, Elon bordeó la cápsula de pasajeros a medio construir y se lanzó con una voltereta de combate, golpeó con los hombros el suelo liso entre los rieles magnéticos y acabó en cuclillas. En el mismo movimiento, levantó el lanzallamas de gran tamaño marca The Boring Company —«No es un lanzallamas»—,[1] con la válvula del depósito de propano acoplada al cañón blanco y negro ya abierta y el gas fluyendo, en tanto un dedo se dirigía al encendido y otro acariciaba el gatillo.

Justo delante, a unos 2,5 metros del túnel donde estaba agachado, Elon pudo ver cómo la gigantesca máquina perforadora se levantaba sobre sus ruedas traseras como un insecto cibernético y empezaba a avanzar, moviéndose pesadamente hacia él. En ese breve segundo en el que pulsó el encendido del lanzallamas dejando salir el propano, pero antes de que su dedo presionara el gatillo, Elon supo que esa vez por lo menos habían tenido suerte. A pesar de lo aterradora que parecía la máquina perforadora, la inteligencia artificial que entonces habitaba su sistema informático interno sólo había tomado conciencia esa misma mañana, poniendo en marcha el software antiautoconciencia de la inteligencia artificial que el propio Elon había instalado. Unas horas más habría sido demasiado tarde, porque la inteligencia artificial ya habría adquirido conocimiento suficiente para comprender realmente qué era, dónde estaba, por qué estaba allí y a quién tenía que destruir.

Pero el software había funcionado, y Elon había llegado al túnel a tiempo. Por supuesto, en tanto que uno de los empresarios más poderosos y queridos del universo conocido, Elon podría haber delegado la tarea en uno de sus muchos escuadrones de la muerte antiinteligencia artificial; pero era el tipo de CEO al que le gustaba hacer las cosas por sí mismo. Como es bien sabido, cuando su compañía de coches eléctricos tuvo problemas de producción con su sedán Model 3, durmió en el suelo de la planta de montaje y llevó la misma ropa durante cinco días seguidos. Del mismo modo, si una inteligencia artificial estaba a punto de cobrar vida en uno de sus túneles de prueba Hyperloop, el encargado de resolver el problema era él.

Apoyó el lanzallamas en el hombro, apuntó el cañón hacia la perforadora autoconsciente y, permitiendo que la cosa avanzara hacia él hasta estar al mejor alcance del arma, contó milisegundos. Con la mirada fija en los brillantes diodos de control de la máquina, que parpadeaban en rojo como los ojos de una bestia satánica, apretó el gatillo.

Una ráfaga de llamas salió disparada hacia delante envolviendo la tuneladora. La inteligencia artificial emitió un grito

enfermizo, al fundirse en el aire sobrecalentado de butano, los engranajes se revolvieron. El armazón exterior de la máquina empezó a combarse, y Elon apretó el gatillo con más fuerza, viendo cómo las llamas se elevaban, parpadeantes, anaranjadas, hambrientas.

«Santo cielo, qué espectáculo tan bonito.»

Seis horas más tarde, Elon se despertó con el suave zumbido de su cámara hiperbárica y parpadeó con fuerza para ahuyentar los últimos restos de un sueño nebuloso y perturbado. Un segundo parpadeo y volvió a activar su enlace neural, utilizando su conexión inalámbrica para encender las luces del techo del inmenso búnker de mando, así como para poner en marcha el viejo tocadiscos que tenía en la mesita de café junto a la cámara. A través del grueso plexiglás se filtró una suave música de violín, y Elon sintió que sus cansados músculos empezaban a relajarse. La mayoría de las veces prefería escuchar pop electrónico o los clásicos de Sinatra, pero después de una noche de lucha contra una inteligencia artificial, la música clásica de cuerda le parecía la mejor opción.

Volvió a parpadear y la parte superior de la cámara se abrió con un siseo. Apartando la manta Mylar para estirar las piernas, se levantó y se sentó. El movimiento le provocó una punzada de dolor en el hombro derecho que le sorprendió. Por lo general, el lanzallamas no tenía mucho retroceso, así que tal vez tenía que practicar más su voltereta de combate. Con otro parpadeo, envió un ligero torrente de dopamina por la telaraña de nervios de su deltoides, sofocando el dolor.

Salió de la cámara y atravesó el búnker en dirección a la zona de la cocina, escondida en una curva natural de la pared de granito tallado que tenía enfrente. Bajo sus pies descalzos sintió cálido el suelo de piedra, una de las muchas ventajas de tener un búnker subterráneo secreto que se calentaba mediante un sistema de ventilación geotérmica. Sabía que un lugar así —otro centenar de metros por debajo del túnel de pruebas, conectado por un

Hyperloop más secreto aún y totalmente terminado con su puerto espacial abovedado, aún más secreto y totalmente acabado, a 3 kilómetros de la costa— era muy de «villano de James Bond»; lo que no importaba, porque la mayoría de lo que la gente decía o escribía sobre él era inexacto o inventado. Además, había algo muy satisfactorio en participar en el despliegue publicitario que rodeaba a su éxito. Si Elon Musk no tenía un búnker subterráneo, dormía en una cámara hiperbárica y luchaba con un lanzallamas contra una inteligencia artificial, entonces, ¿quién demonios lo hacía? ¿Bezos? ¿Buffett? ¿Gates?

Al pensar en Bill Gates disparando un lanzallamas, Elon sonrió a la vez que llegaba a su cocina y se dirigía directamente a la licuadora, que ya estaba funcionando a toda potencia en la esquina de una encimera de formica junto a la nevera de doble puerta. Cuando la licuadora terminó su ciclo, Elon levantó el cilindro de la base y miró el líquido verde rojizo de su interior.

Todavía no se había acostumbrado a la manera en la que la mezcla brillaba cuando reaccionaba con el oxígeno del aire, ni al olor, decididamente alienígena. Por supuesto, tenía sentido, ya que el vegetal con forma de calabaza del que procedía el líquido no era de California, ni siquiera del gran estado de Texas, donde pronto iba a trasladar algunas de sus operaciones, ni tampoco de la Tierra. Lo habían traído en la última misión ultrasecreta de SpaceX. Y no en uno de los muchos viajes de sus publicitados cohetes reutilizables que iban a cambiar la industria aeroespacial. Esta misión en particular había incluido la nave espacial aún más sofisticada alojada en otro búnker subterráneo cercano, la que tenía el Probability Engine, que Elon había «tomado prestada» poco después de haber sido elegido presidente de la Federación Galáctica. Sin el Probability Engine, habrían pasado al menos unos cuantos años más antes de que Elon hubiera sido capaz de responder a la vieja pregunta: ¿hay vida en Marte? Entonces lo sabía con certeza: sí, y a pesar de su aspecto, sabía muy bien.

Tomó un sorbo de la batidora y luego utilizó su neuralink para encender la pantalla de plasma del ordenador, que dominaba gran parte de la pared al otro lado de la nevera. Lo primero que

apareció fue el sitio al que había echado un vistazo la noche anterior al llegar a casa tras su contienda con la inteligencia artificial. En cuanto vio a la pequeña mascota, el rubio operador de bolsa con gafas de sol, la sonrisa de Elon dobló su tamaño.

Que la persona que en algún momento fue el hombre más rico del mundo tuviera afinidad con un grupo de gente que se autodenominaban «retrasados» y «patanes» sólo habría sorprendido a quienes no conocieran bien a Elon, y no sólo su personalidad de entonces, sino también su historia empresarial.

Elon siempre había sido un soñador con pasión por la disrupción. A los veinticuatro años lanzó con su hermano su primera *start-up*, una compañía de software llamada Zip2, que cuatro años más tarde vendió por más de 300 millones de dólares. Apenas un año después, ayudó a fundar PayPal, que poco después eBay compró por 1.500 millones de dólares. Ese mismo año, lanzó SpaceX, y dos años más tarde ayudó a construir Tesla en calidad de CEO y principal arquitecto del producto. Pero a diferencia de muchos CEO y empresarios muy ricos, Elon no se limitaba a dirigir las cosas, sino que las construía, y aunque tenía muchísimo dinero, no se movía por eso, sino por el deseo de mejorar el mundo y la vida en él, o debajo de él o a 283,7 millones de kilómetros por encima de él.

Valiéndose de su neuralink para escudriñar los comentarios en el foro de WallStreetBets, le salieron al paso ciertos nombres, palabras y temas: *Melvin Capital*, *short squeeze*, *Wall Street vs. Main Street*, y en la boca del estómago sintió como un fuego.

Elon no sólo se identificaba con los «retrasados» y «patanes» en lo filosófico —porque estaban uniéndose tras una empresa que amaban, tratando de sobrevivir a este loco año pandémico—, sino que también conectaba con ellos en lo personal, compartiendo su animosidad por un adversario básicamente mutuo. Tan cierto como que una inteligencia artificial plenamente consciente podría diezmar el mundo, ese enemigo había estado a punto de destruir al propio Elon, o al menos a su empresa insignia.

Casi tanto por las diatribas públicas de Elon Musk —sobre todo a través de Twitter— como por cómo había afectado a los

resultados de la empresa, la batalla de Tesla con los vendedores en corto era bien conocida. Desde 2012, esos vendedores en corto —una amalgama de estereotípicos ejecutivos de Wall Street bajo la apariencia de fondos de inversión de alto riesgo multimillonarios y de «analistas»— iban a por Tesla y Elon.

Con Tesla, Elon había intentado mejorar el mundo mediante la fabricación de un coche que no quemara combustibles fósiles, uno que algún día condujera de forma autónoma. Crear algo revolucionario siempre resultaba arriesgado y difícil; para muchos vendedores en corto, parecía que las empresas que se arriesgaban y trataban de hacer cosas difíciles eran meras vías para obtener beneficios.

Elon era plenamente consciente de las justificaciones que los vendedores en corto utilizaban para excusar sus filosofías destructivas: que sólo identificaban los puntos débiles y el fraude, dando voz a problemas que los consumidores tenían derecho a conocer, protegiendo el mercado en su conjunto. Pero cualquiera que hubiera estado alguna vez en el otro extremo del delirio de las ventas en corto entendía la realidad. Los inversores a corto no se limitaban a apostar a que una acción iba a bajar y a esperar, hambrientos, como buitres, para poder picotear el cadáver. Con frecuencia ayudaban a empujar esos valores a la baja, no sólo con sus acciones, sino a través de historias negativas y hostilidad pública. Los gigantescos bancos empleaban ejércitos de analistas que podían devaluar una acción en cualquier momento; y por mucho que los bancos declararan que los analistas guardaban relación con la parte inversora del negocio, era fácil ver que había mucha connivencia.

Cuando en 2018 se hicieron públicos los problemas de producción de Tesla relativos a su Model 3, los inversores a corto se unieron y asestaron un golpe tras otro. La batalla pública más prominente que Tesla libró con ellos tuvo que ver con David Einhorn, magnate de los fondos de inversión de alto riesgo y fundador de Greenlight Capital. Einhorn no sólo había tomado una enorme posición corta en Tesla, sino que en varias cartas escritas a sus inversores había desacreditado personalmente a Elon Musk.

Todo comenzó en el verano de aquel mismo año, después de que un impulso en las acciones de Tesla hiciera que el fondo de Einhorn perdiera dinero en su posición corta. Elon se había burlado de Einhorn en un tuit: «Qué tragedia. Enviaré a Einhorn una caja de *shorts* cortos para que se consuele en este difícil momento». Como informaron la CNBC y otros medios, en una de sus cartas trimestrales a sus inversores, Einhorn contratacó:

> Nos preguntamos si las técnicas de incremento de la producción para apoyar tuits autocomplacientes son formas económicamente eficientes de aumentar la producción, o si los clientes estarán contentos con la calidad de un coche producido a toda prisa para demostrar algo a los inversores a corto... Lo más destacado del trimestre es que Elon Musk parece errático y desesperado.

Pero eso no fue más que el principio. En su siguiente carta trimestral, Einhorn comparó a Tesla con Lehman Brothers, el banco que quebró.

> Al igual que Lehman, creemos que la decepción está a un paso de alcanzar a TESLA... El errático comportamiento de Elon Musk sugiere que él también lo ve del mismo modo.

Como informó Bloomberg en su momento, Einhorn prosiguió acusando a Tesla de que nunca sería capaz de cumplir con el objetivo de bajo precio que habían elegido para el Model 3, y que en realidad el propio Elon estaba intentando que lo despidieran.

> Abandonar no es una opción, porque evita que el señor Musk alegue haber podido solucionar el problema de haberse quedado.

Al igual que sus hermanos ideológicos del foro WallStreetBets, Elon se había tomado la batalla como algo personal, y no se había limitado a enfadarse con los inversores a corto, sino que al parecer le había asqueado la práctica de Wall Street de apostar por el fracaso de otros. En otro tuit, había llegado a cambiar el nombre de la SEC: «The shortseller enrichment commission» [comisión de enriquecimiento de los inversores a corto].

En aquel momento, viviendo en las fábricas y supervisando personalmente los arreglos necesarios para cumplir con su

programación y sus precios, Elon trabajaba día y noche para solucionar los problemas de producción de Tesla. Pero no importaba lo mucho que trabajara, ni el futuro que intentara construir: a los inversores a corto sólo les importaban los beneficios. A las cartas dirigidas a los inversores les siguieron artículos en periódicos financieros en los que se cuestionaba la tecnología de Tesla, su línea de producción, cualquier objetivo contra el que pudieran disparar. Se barajaron previsiones de precios bajos para las acciones de la empresa tan ridículos como 10 dólares por acción, mientras que el valor cotizaba a más de diez veces esa cifra, basándose sobre todo en la deuda de la empresa. No sólo subestimaban la tenacidad de Elon y su tecnología, no entendían que vendía algo más que un producto, que intentaba diseñar un sueño.

Pero los inversores a corto no obtenían ningún beneficio de los sueños; se ganaban la vida con las pesadillas. Según Tesla, en el punto álgido de la batalla los inversores a corto comenzaron a jugar sucio; un vídeo viral en el que se veía cómo se incendiaba una batería de Tesla dio lugar a múltiples artículos sobre los peligros del coche eléctrico, y en particular del Model S de Tesla. No importaba ni era noticia que los Tesla tuvieran estadísticamente diez veces menos probabilidades de incendiarse que un coche de gasolina. Sumando su voz a la controversia, una revista de economía publicó un artículo en el que un empleado supuestamente descontento afirmaba que en el Model 3 también había baterías defectuosas. Aunque no se confirmó en absoluto, la prensa siguió poniéndose las botas con la cuestión.

A Elon lo llenaba de alegría haber vencido a los inversores a corto, que entonces Tesla cotizara por encima de 880 dólares por acción y que ya nadie hablara de la explosión de ninguna batería; pero nunca llegaría a olvidar el trauma que le habían causado los inversores a corto que habían ido a por él. Cuando veía el foro de WSB y comprobaba la furia de los comentarios, dirigidos sobre todo a Melvin Capital —que, casualmente, había formado parte de la brigada de inversores a corto en contra de Elon y Tesla— y a Andrew Left, de Citron —que había ayudado a librar aquella

batalla contra él—, también él se llenaba de rabia.

Lo había tuiteado antes, y lo decía en serio: «Lo que hacían los vendedores a corto "debería ser ilegal"». Los beneficios deberían obtenerse cuando los soñadores tuvieran éxito, y era innecesario e inmoral beneficiarse cuando los sueños de alguien no llegaban a cumplirse.

No tenía ninguna duda de que lo que estaba presenciando con GME era un *short squeeze* en acción. El día anterior —lunes, 25 de enero—, la acción había cerrado a 76,79 dólares. Estaba a punto de abrir a 88,56 dólares. Muy pronto, Melvin y el resto de esos malditos inversores a corto iban a tener que apresurarse a cubrir posiciones. Y siempre y cuando la chusma de WallStreetBets se mantuviera firme, esas acciones serían muy difíciles de encontrar, e increíblemente caras.

Elon dio otro sorbo a su mezcla de berenjena marciana, o calabaza, o como quiera que decidiera llamarla finalmente, y pensó en esos inversores a corto pagando las consecuencias de sus acciones. Todavía no estaba seguro de cómo iba a involucrarse, pero sí sabía que la posibilidad de que guardara silencio era casi nula.

Muchos de sus inversores —y detractores— deseaban que en Twitter fuera menos bocazas. Lo que no entendían era que Twitter —y las otras redes sociales disponibles— no era sólo una tecnología que se utilizaba para comunicarse, como el teléfono o el correo electrónico. Era un puente de unión, una conexión, entre personas —no entre individuos concretos, sino entre todos—, y cuando cerraba los ojos, incluso sin el neuralink, Elon no estaba solo en sus pensamientos. Podía ver todos esos millones y millones de pantallas.

Una revolución impulsada por todas esas pantallas no iba a parecerse a las del pasado. Iba a moverse mucho más rápido, y sería mucho más descarnada. La gente sentada en los rincones oscuros de internet, mirando a través de esas pantallas, estaba enfadada y conectada. Elon Musk no era más que otro nodo en esa red furiosa y antisocial, pero cada nodo podía multiplicarse, una y otra vez, y por eso, ese día, quizá por primera vez en la historia de

la humanidad, una sola carga explosiva en esa red social podía oírse en el mundo entero.

Capítulo dieciocho

26 de enero de 2021

Medio día después, martes por la tarde. A unos minutos del cierre del mercado.

Precio de GME: 147,98 dólares.

Es probable que a Gabe Plotkin se le pudieran ocurrir una docena de desastrosas historias de Wall Street que hubieran terminado con un tipo vestido con un traje de 3.000 dólares avanzando a toda velocidad por el parqué al grito de: «¡Vende, vende, vende!». En cambio, muy pocas concluían con el banquero gritando lo contrario.

Pero ése era exactamente el sentimiento que circulaba en media docena de importantes bancos, mientras se destapaba la caja de los truenos, el huracán golpeaba el bajo Manhattan y la central nuclear entraba en estado crítico. En las empresas de toda la ciudad que habían tomado posiciones cortas en GameStop —y en Melvin Capital quizá más que en cualquier otro lugar, como lo había sido durante la semana anterior al día 26—, la palabra del día era *COMPRA*.

«¡Compra, compra, compra!»

Gabe vivió a cámara lenta los caóticos minutos que precedieron a la campana de cierre. Era difícil creer que se hubiera llegado a ese punto, y como Michael Jordan cuando estaba en juego un partido importante, él hacía todo lo posible por aparentar calma y control. Pero en esa situación, ningún triple evitaría la catástrofe, ningún mate increíble y acrobático podría cambiar el resultado, porque, según parecía, alguien se había llevado la canasta.

¿Se había equivocado en su razonamiento? ¿Podía un grupo

de operadores minoristas vagamente conectados sacar a una acción de sus fundamentos y provocar un *short squeeze* de lo que en esencia era, desde la perspectiva de los inversores a corto, puro humo? ¿O acaso estaba ocurriendo algo aún más perverso? Estaba claro que en WallStreetBets se habían coordinado —al menos en publicaciones y comentarios específicos— para atacar las posiciones de Melvin; todas sus posiciones cortas, no sólo GameStop. Pero, aun así, ¿bastaba eso para hacer que un valor se disparase hasta ese punto?

Gabe nunca lo diría en voz alta, tal vez ni siquiera se atrevería a pensarlo para sí mismo, pero lo más probable era que esos «pringados» de WallStreetBets, esos fracasados minoristas sentados en sus sofás, con sus cheques COVID —sus «estímulos»—, no fueran más que la mitad de la historia. Habían agotado gran parte de las acciones disponibles de GME, pero, aun así, había algo más, que tal vez implicaba sofisticadas opciones de compra, puede que más dinero invertido además de aquel del populacho minorista. Ciertamente, lo que estaba ocurriendo parecía organizado. Y nadie podía estar en desacuerdo: el precio de GameStop ya no guardaba ninguna relación con el valor intrínseco de la empresa.

Sea lo que fuera lo que estaba sucediendo, la presión se había vuelto tan grande que ya no había otra opción. Gabe, y todos los demás operadores de Wall Street que hubieran hecho cálculos y tomado posiciones cortas, tenía que cubrirse lo más rápido posible. Lo que significaba comprar acciones de todas las manos débiles —personas incapaces de aguantar la tensión— que los inversores a corto pudieran encontrar.

Sin duda, Gabe había subestimado —en realidad, ni siquiera había identificado— a la competencia. Tampoco había tenido en cuenta las emociones: que el rencor, la venganza y la ira eran motivadores viables, y que amplificados un millón de veces por una red social —acorralados y explotados por poderosas fuerzas invisibles—, estos motivadores podían mover montañas además de mercados.

Si esto hubiera ocurrido durante un período normal, Gabe

podía imaginar con facilidad cómo se habría vivido la situación en la planta 22. Los jóvenes empleados a su cargo habrían permanecido frente a sus teléfonos y ordenadores, gritando, maldiciendo, puede que incluso lanzando cosas. Algunos habrían estado enfadados; la mayoría, aterrorizados, por las pérdidas que se acumulaban por segundos, y quizá por su propia estabilidad laboral. No se despedía a la familia, pero por norma general, el primo Billy no perdía 1.000 millones de dólares antes del desayuno.

Era terrible pensar en lo que estaban pasando sus empleados y socios de Melvin, incluso en sus casas, trabajando virtualmente, gritando a las pantallas en dormitorios adicionales, áticos y cuartos de juego modificados. Melvin estaba en proceso de sufrir una de las mayores derrotas de la historia de Wall Street. Aunque nunca quedaría del todo claro cuánto llegó a perder con GameStop, fuentes como *The Wall Street Journal* y la CNBC informarían de que Melvin había perdido hasta un 53 por ciento de su valor total. Melvin había comenzado el año con unos 12.500 millones de dólares de capital, lo que significaba que si la información era exacta, la empresa había perdido más de 6.500 millones de dólares. Principalmente en GameStop, pero también en muchas de sus otras posiciones cortas, contra las que también había ido la comunidad de WallStreetBets: compañías como AMC, BlackBerry y Bed Bath & Beyond.

Era difícil no tomarse lo que estaba pasando como algo personal. No había ninguna razón detrás de la meteórica subida de la mayoría de estos valores —todos ellos con fundamentos cuestionables—, más allá de que estuvieran siendo utilizados como armas arrojadizas contra los inversores a corto de Wall Street. GameStop se había convertido en la acción más negociada de todo el mercado estadounidense, por delante de Apple, Microsoft y Tesla; mientras la empresa seguía registrando pérdidas, su valoración había pasado de 350 a 10.000 millones de dólares en sólo un año, gran parte de ese incremento en los últimos tres días de mercado. Incluso Michael Burry, cuyo interés a largo plazo había ayudado a iniciar el repunte, había calificado la actual

negociación de «antinatural, demente y peligrosa».

Burry era el ejemplo perfecto de que el relato no era tan sencillo como la prensa había avanzado, que esto era algo más que una batalla entre los inversores a corto institucionales como Melvin y la plebe de WallStreetBets. Gabe sabía que los inversores minoristas, con sus cheques COVID, podían estar alimentando la corriente, pero el verdadero dinero estaba arriba, surfeando esas furiosas olas. Y parecía que en las últimas horas todo el mundo estaba tratando de disfrutar de la diversión.

Puede que la voz más importante en sumarse al caos del día fuese la de Chamath Palihapitiya, exfundador y jefe de un fondo llamado Social Capital, que como era bien sabido había cerrado en 2017 después de que un episodio de introspección personal hubiera llevado al multimillonario a cuestionarse qué era en verdad importante para él. En 2018, en un pódcast presentado por Kara Swisher y Teddy Schleifer, intentó explicar su decisión. Como informó en aquel momento el sitio de opinión estadounidense Vox:

> Venía explorando por qué, después de la acumulación de todas estas cosas —más empresas en las que había invertido, más recaudación obtenida, más notoriedad, más apariciones en televisión, más esto, más aquello, más todo—, ¿por qué no soy más feliz? De hecho, soy menos feliz. Y, de hecho, creo que he torpedeado algunas relaciones clave para mí, en las que he creado relaciones hipertransaccionales en muchas áreas de mi vida... A todas las personas que trabajaron conmigo y cuyo dinero tomé, de nada, joder. Hicimos el trabajo que se nos pidió. Pero igual que Michael Jordan tomó la decisión de retirarse para dedicarse a jugar al béisbol, yo he elegido retirarme y dedicarme a jugar al béisbol. Puedo volver al baloncesto, pero la decisión es mía. No soy tu esclavo. Sólo quiero que quede claro. Puede que hace doscientos años el color de mi piel te hubiera confundido, pero no soy tu esclavo.

Al parecer, la elección de retirarse y jugar al béisbol también le había dejado tiempo para unirse a la contienda de GameStop firmemente posicionado del lado del populacho de WSB. Durante la jornada bursátil, tuiteó que había adquirido opciones de compra de GameStop. Más tarde, enarbolando la bandera de WSB aún más

alto, acudió a la CNBC.

En su aparición, Palihapitiya contó que se había pasado la noche entera leyendo el foro de WallStreetBets, y que consideraba que lo que el mundo estaba viendo era «una pugna realmente importante contra el *establishment*». No denigró a la comunidad WSB como aficionados, sino todo lo contrario: «Animaría a cualquiera que no se tome este asunto en serio a entrar en WSB y leer el foro». No sólo creía que algunas de las publicaciones se basaban en una buena investigación de los fundamentos, sino que entendía por completo la pasión que había unido a la comunidad. «Mucha gente vio cómo en 2008 Wall Street asumió un riesgo y abandonó a los minoristas poseedores de las acciones sin valor bursátil o *bag holders*; estos chavales vieron cómo sus padres perdían sus hogares y trabajos cuando ellos estudiaban en la escuela primaria y secundaria... ¿Por qué a ellos se les rescató y nadie apareció a ayudar a mi familia?»

Palihapitiya no creía que el caos del mercado fuera una aberración momentánea: «Este fenómeno minorista ha llegado para quedarse». Para él, era una reacción natural a los juegos que Wall Street llevaba años practicando en detrimento del inversor medio.

«Una persona normal miraría GameStop y diría: "¿Cómo puede tener un 136 por ciento de interés corto?", "¿Cómo se puede tener un índice de interés corto del 40 por ciento más de acciones de las que realmente existen en el mundo?". Ése es el juego al que han estado jugando durante años..., y ese juego se ha acabado.»

Palihapitiya fue entonces directamente a por Melvin: «La razón por la que esta jugada de GameStop ha causado tanto dolor es porque Melvin estaba en la cima de la jerarquía. Gabe Plotkin es uno de los gigantes de mi época..., pero al final del día..., cuando la negociación se vuelve en su contra, va en contra de todos ellos..., los inversores de tendencia e impulso, capital organizado y libremente afiliado..., como WSB..., pueden estar en pie de igualdad». Estaba diciendo, a pesar del poder de Melvin, por una vez el inversor minorista «no tiene por qué ser el *bag holder*».

Retratar a Palihapitiya como otro guerrero cultural «manos de diamante», en sintonía con la chusma de WallStreetBets, supondría

componer un mal encuadre; en teoría, había liquidado sus opciones de compra en GameStop antes de la entrevista de la CNBC, e iba a donar medio millón de dólares de lo ganado a The Barstool Fund, de David Portnoy, fundación de ayuda a las pequeñas empresas. Además, hacía poco había anunciado en Twitter y en otros medios que se iba a presentar como candidato a gobernador de California; aunque una semana después se retractó de su candidatura, era evidente que su «retirada del baloncesto» no significaba que no siguiera disfrutando de tener de vez en cuando unos cuantos focos, *flashes*, cámaras y micrófonos apuntando en su dirección.

Pero Gabe comprendía que las fuerzas alineadas contra él y Melvin iban mucho más allá del foro de WallStreetBets, que incluso con 2,5 millones de miembros y en aumento seguía firmemente alojado en el sótano de internet. GameStop ya no era una tambaleante empresa del sector de venta al por menor, era una idea, no sólo una posición financiera, sino una cuestión moral, de repente Gabe se encontraba en el lado equivocado.

En realidad, ya no había otra salida. Por mucho que a Gabe le hubiera gustado esperar un día más, para ver si el pensamiento racional volvía de alguna manera al mercado y amainaba la tormenta, sabía que los riesgos se acumulaban a cada momento. Las acciones subían cada vez más sin parar, y como había predicho Palihapitiya, las cosas no iban a volver a la normalidad en un futuro cercano, si es que alguna vez lo hacían.

De hecho, las cosas estaban a punto de empeorar mucho mucho más.

Según lo que Gabe explicó a Andrew Ross Sorkin —del programa «Squawk Box» de la CNBC—, y que Sorkin contó un día después, cuando ocho minutos después del cierre del mercado apareció en las pantallas de teléfonos y ordenadores portátiles de todo el mundo aquel extraño y escueto tuit de Elon Musk que incendió el mercado, Gabe ya se había desprendido con enormes pérdidas de su inmensa posición corta. Enviado a sus 42 millones de seguidores, el tuit de Musk —que simplemente decía

«¡Gamestonk!»—, seguido de un enlace al foro de WallStreetBets, había golpeado el mercado con la fuerza de un cañonazo; la acción se había disparado de inmediato un 60 por ciento, y no mostraba ningún signo de parar. No se sabía hasta dónde podía llegar, pero la cifra de 1.000 dólares que se había difundido en WSB ya no parecía una quimera.

El teléfono pesaba como el plomo contra la oreja de Gabe, sentado a su escritorio. Las conversaciones que había mantenido a lo largo de los últimos días de esa semana fueron de las más difíciles de toda su carrera. No importaba la cara que pusiera en público, ni lo que dijeran sus portavoces, en la cabeza de los colegas y competidores de Gabe no cabía duda de que aquél era un momento existencial: Melvin Capital estaba al borde del abismo, y ante ese abismo, Gabe tendría que enfrentarse al desastre.

Incluso ante semejante locura, Plotkin pensaba seguir adelante. De hecho, dos días antes, el 25 de enero, había llegado a un acuerdo que sólo podía ser considerado con visión de futuro y que incluso ante tanta confusión mejoraba los libros de Melvin.

En los cuentos de hadas y en las películas, la gente siempre habla de los tratos con el diablo como si fueran algo malo; pero en Wall Street, hacer tratos con diablos es algo tan habitual como los trajes de Canali y las corbatas de Ferragamo. No había muchos ángeles, y a menudo eran los demonios los que sabían cómo hacer las cosas.

Igual que Gabe no había tenido más remedio que desprenderse de su posición corta, a pesar de sus protestas en sentido contrario, existía la sensación generalizada de que tampoco había tenido elección sobre lo que debía pasar a continuación. Ya había perdido mucho dinero; otros fondos y medios de comunicación especializados en finanzas, mercados, negocios y economía susurraban la bancarrota —a lo que Gabe respondía asegurando que aquello era una tontería—, pero sin duda la firma había sufrido una hemorragia.

Y Gabe sabía, mejor que nadie,
que la única cura para las hemorragias
era más sangre.

Capítulo diecinueve

Mientras pulsaba el botón de desconexión en la pantalla de su teléfono móvil y se echaba hacia atrás para contemplar mejor el acuerdo que había cerrado el lunes anterior y lo que podía hacer (aunque definitiva, absolutamente y bajo ninguna circunstancia haría), casi seguro que Ken Griffin —CEO, director de sistemas de información y fundador del mastodonte de Wall Street Citadel, con 38.000 millones de dólares bajo gestión y a través del cual, mediante la filial Citadel Securities, fluye el 40 por ciento de todas las operaciones bursátiles minoristas que se realizan en los mercados estadounidenses— no estaba sentado en un enorme trono blanco de marfil hecho de calaveras y de restos esqueléticos, blanqueados y pulidos, de los muchos enemigos que había derrotado en su camino a la cima de la industria financiera.

De haber existido semejante trono —que seguro que no—, habría sido justo el tipo de cosa para entrar en ambiente para tal contemplación, aun teniendo en cuenta la gran cantidad de dinero que habría tenido que desembolsar para trasladar el maldito objeto desde la sede de Citadel en Chicago hasta su base temporal pandémica en Palm Beach (Florida).

Si Ken hubiera pasado gran parte de la mañana retorciéndose contra los extraños huesos de las costillas que sobresalían de dicho trono, también habría notado lo húmedo que estaba su salón del trono para esa época del año: Palm Beach era más templado que Miami y hacía más viento, aunque seguía siendo Florida. Pero Ken y Citadel no habían tenido muchas opciones. La pandemia se había desatado con rapidez, y la empresa había necesitado un lugar preparado, disponible y adecuado para la que quizá fuese la empresa más poderosa de Estados Unidos. Puede que algunos enarcaran las cejas cuando la empresa ocupó todo un hotel Four

Seasons, casi todas las habitaciones, salones de baile y armarios, creando una de las burbujas más grandes y seguras del mundo entero, que contenía no sólo a los empleados de Citadel y sus familias que los acompañaban, sino a todo el personal del hotel, desde la cocina hasta la seguridad, todos juntos en cuarentena durante la mayor parte del año. Pero la maniobra había permitido a Citadel seguir prestando servicio a sus clientes a lo largo de toda la pandemia sin tener el menor contratiempo; y cuando se estaba en el centro del mayor sistema financiero de la historia del mundo, la continuidad era importante.

En 2008 se dijo a menudo que había un puñado de bancos de inversión demasiado grandes para quebrar, porque prestaban servicios a la economía estadounidense a tal extremo que si se iban a pique amenazaban con hacer caer el sistema. En el caso de Citadel, a veces parecía lo contrario: la economía estadounidense existía para dar servicio a Citadel.

El camino de Ken hacia el dominio mundial había comenzado en Boca Ratón (Florida), no muy lejos de donde su empresa esperaba a que pasara la pandemia. A principios de los años ochenta, en el instituto ya dominaba la programación informática, y a los dieciséis años lanzó su primera empresa de venta por correspondencia de software didáctico. Tras matricularse en Harvard en 1986, pasó a dedicarse a las operaciones bursátiles; y en 1987, a la avanzada edad de diecinueve años, creó su primer fondo de inversión con 265.000 dólares que reunió de amigos y familiares. El más listo de los listos, tuvo su primer encontronazo con la autoridad cuando la universidad le recordó las normas que prohibían a los estudiantes dirigir un negocio desde el dormitorio. Tal vez la llamada de atención por parte de la universidad tuviera algo que ver con la enorme antena parabólica que colocó en el tejado de Cabot House para poder recibir mejor las cotizaciones bursátiles. Pero Ken evitó que se lo cerraran por un tecnicismo, ya que su empresa había sido constituida en Florida. A la vez que se beneficiaba de las ineficiencias del mercado de bonos, en muy poco tiempo ganó una fortuna en la caída del mercado de finales de 1987 al invertir en corto en empresas como Home Shopping

Network. Su valentía y sus habilidades llamaron la atención del famoso inversor de Chicago Frank Meyer, de Glenwood Capital. Cuando tres años después Ken se graduó en la universidad, Meyer le ofreció un millón de dólares y una oficina en la Ciudad del Viento.

Durante su primer año de trabajo tras graduarse en la universidad, Ken obtuvo un beneficio del 70 por ciento, lo que le dio la confianza necesaria para emprender por su cuenta. Se le ocurrió el nombre *citadel* [ciudadela] porque creía que «connotaba» fuerza en tiempos de «volatilidad». Lo más probable era que también sea casualidad que se trate del tipo de nombre capaz de infundir «terror» en el corazón de «millones».

Desde el principio, Citadel se construyó en torno a los puntos fuertes de Ken: las matemáticas, la programación informática, la creencia en la tecnología y, según algunos, un temperamento supuestamente feroz. Durante las dos décadas siguientes, su fondo creció hasta superar los 10.000 millones de dólares de gestión, administrado desde un rascacielos del centro de Chicago, con una sala de operaciones de la que solía decirse que era tan segura como Fort Knox, custodiada por innumerables controles de seguridad y repleta de subordinados sin alas ni garras, pero que probablemente temblaban y se acobardaban ante la visión del líder, con su trono lleno de calaveras o sin él. La supuesta —*SUPUESTA*— reputación de Citadel en cuanto fábrica de explotación financiera con puertas giratorias, donde los operadores estaban bien remunerados, pero trabajaban con el miedo constante a ser sacrificados, se extendió por todo el sector, dando lugar a uno de los ejemplos más famosos sobre cómo airear los trapos sucios de Wall Street. Como informó en 2007 la revista *Fortune*, Dan Loeb, de la compañía Third Point Partners, un brillante líder de fondos por derecho propio con una predilección por las cartas envenenadas, supuestamente escribió en un correo electrónico enviado al propio Ken:

> Creo que la desconexión entre tu organización autoproclamada «de buena a grandiosa, al estilo de Jim Collins»[1] y la realidad del gulag que has creado es bastante ridícula. Estás rodeado de aduladores, pero incluso tú debes saber que tus empleados te desprecian y están

resentidos. Supongo que lo sabes porque he leído los contratos de trabajo que haces firmar.

Aun así, Citadel prosperó hasta la épica crisis financiera de 2008, cuando, quizá por primera vez, Ken recordó que a pesar de lo poderoso que se estaba volviendo y de lo bien encaminado que estaba para reunir los anillos de la Tierra Media, forjar el Anillo Único y gobernarlos a todos, no era —por el momento— invencible.

Al igual que la mayoría de los fondos y bancos de inversión de Wall Street, Citadel se vio muy afectado por el colapso financiero de 2008. En un momento dado, el fondo de Ken llegó a caer más del 50 por ciento, perdiendo 8.000 millones de dólares de valoración, lo que hizo que Ken tomara la singular medida de «echar la compuerta» a su fondo, impidiendo que los inversores retiraran su dinero mientras él soportaba la tormenta. En 2017, en una entrevista con Julie Siegal realizada durante una partida de Uno, Ken explicó entre otras cosas lo que había ido mal y lo cerca que había estado de perderlo todo. Cuando el banco de inversión Lehman quebró, los mercados monetarios cortaron de inmediato todo préstamo; en ese momento, Citadel estaba muy apalancada —casi 8 a 1, según ciertas fuentes— y vivía de su capacidad de acceder al crédito. Cuando el grifo se cerró, Citadel se encontró sin nada. Como dijo Ken en la entrevista, su «mayor error fue no percatarse de lo frágil que se había vuelto el sistema bancario estadounidense». Mientras su empresa se tambaleaba, la CNBC aparcó furgonetas de televisión frente a sus oficinas de Chicago con la esperanza de ser los primeros en documentar la inevitable bancarrota de Citadel. Para Ken, «fueron los peores días de mi carrera. El peor momento fue cuando Morgan Stanley se vio atrapada entre la espada y la pared. Te ibas a casa un viernes, y si el lunes no abrían, lo más probable es que estuvieras fuera».

Pero, milagrosamente, Ken y Citadel sobrevivieron. Ken no previó los rescates que salvaron a gran parte del sector antes de que pudiera derrumbarse por completo. Y aunque la terrible experiencia había sido «increíblemente humillante», Ken había

aprendido una valiosa lección: «No actúes como un banco si no eres un banco». Además, se había dado cuenta de que tenía que pensar en grande. La fragilidad de la economía estadounidense casi había acabado con él. No bastaba con que los muros de Citadel fueran tan fuertes e impenetrables como su nombre implicaba; la propia economía tenía que ser igual de sólida.

Durante la siguiente década, se esforzó por situar a Citadel en el centro del mercado de valores, utilizando la superioridad de su empresa en matemáticas y tecnología para vincular el trading al flujo de información. Al aprovechar sus habilidades «algorítmicas» para leer «por delante del mercado», Citadel Securities, la división de trading y creación de mercado de su empresa, fundada en 2003, creció a pasos agigantados. Como podía predecir más rápido y mejor que nadie hacia dónde se dirigían las operaciones, podía sacar ventaja a los grandes bancos en el volumen de operaciones, ofreciendo mejores tarifas y obteniendo al mismo tiempo inmensos beneficios en los márgenes de diferencia entre compras y ventas. En 2005, la SEC aprobó una normativa que obligaba a los brókeres a buscar intermediarios como Citadel que pudieran ofrecer el mayor ahorro a sus clientes; en parte gracias a esta medida de la SEC, la organización de Ken pudo crecer hasta convertirse en el intermediario más eficaz, y por tanto dominante, a la hora de hacer trading, en especial para los inversores minoristas, que proliferaban en sintonía con las numerosas empresas de corretaje en línea que en el decenio posterior a 2008 brotaron como setas.

Antes de que los bancos más grandes se dieran cuenta de lo que les había sucedido, Citadel Securities alcanzó escala mundial; después de eso fue imposible competir con ellos. La eficiencia de Citadel y su capacidad para ganar miles de millones con los diferenciales entre ofertas y demandas —multiplicados por millones y millones de operaciones— hizo posible la existencia de empresas como Robinhood, con sus cuentas cero comisiones. Citadel podía beneficiarse de ser el creador de mercado más eficiente y barato de la calle. Robinhood podía beneficiarse ofreciendo cero comisiones a sus usuarios. Y los inversores minoristas, en sus sofás, en sus cocinas y en sus dormitorios se

beneficiaban porque entonces podían negociar acciones con las mismas herramientas que sus homólogos de Wall Street.

«Ganar, ganar, ganar.»

Aun a pesar de la humedad de Palm Beach, que formaba pequeñas gotas en las calaveras incrustadas en el trono de Ken —si es que tal trono existía; que es seguro que no—, la pandemia no había hecho más que mejorar el meteórico enriquecimiento y ascenso al poder de Citadel, ya que las cuarentenas y el cierre de oficinas, bares, restaurantes y todo lo demás habían llevado las ganancias por trading de Citadel a un máximo de casi 7.000 millones de dólares. Sin duda, la empresa volaba más alto que nunca, con un incremento en los beneficios de más del 67 por ciento. El propio Ken entró en el número 28 en la lista *Forbes* de personas más ricas del mundo, con un patrimonio neto de más de 16.000 millones de dólares.

Pero el hecho de que Ken tuviera el mundo —y, podría decirse, la economía estadounidense— a sus pies, no significaba que el pavimento fuera siempre liso. La llamada que acababa de finalizar era en verdad prueba de que todavía podían ocurrir cosas que ni siquiera él —con todos sus algoritmos y subordinados, y sus anillos omnipotentes forjados por elfos— podría haber pronosticado.

A Ken le habría resultado muy difícil no simpatizar con Gabe Plotkin por lo que había tenido que pasar esos últimos días. Pese a que Gabe había trabajado para Ken sólo durante un breve período, cuando el operador estrella aún tenía veinte años, antes de aterrizar en el negocio de Steve Cohen, Griffin sabía que era uno de los mejores en el negocio, y lo que le estaba sucediendo a Melvin podría haberle pasado prácticamente a cualquiera de Wall Street. Según consta, a través de sus propias inversiones, también Citadel había perdido dinero en la debacle de GameStop —lo que, sin duda, ya era el comienzo de un *short squeeze*—. Aunque Ken, de nuevo supuestamente, no tenía nada parecido a la exposición de Steve Cohen, de Point72, su compañero, a veces rival y anterior jefe de Gabe; había perdido lo suficiente para haberse enfadado un poco de no llevar un año pandémico tan fantástico, quizá incluso

para haber arrojado a la hoguera a algunos subordinados, o hervido la piel de algunos competidores y añadido sus fémures a los reposabrazos de su trono.

Pero también en este momento de pérdida había una oportunidad, incluso las masacres de Wall Street podían tener un lado positivo. Si bien Gabe no lo había admitido en la CNBC, Melvin Capital estaba herida y en peligro, algo parecido a lo que había sufrido Citadel tras la caída de Lehman. Lo que significaba que había lugar para que un amigo generoso —o un par de amigos — interviniera.

Por supuesto, había formas más indirectas de que alguien tan influyente como Ken —CEO de una empresa tan poderosa como Citadel, que por casualidad se encontraba en el centro de las mismas operaciones minoristas, y que efectivamente era la columna vertebral del corretaje en línea a través de su simbiosis de pago por el flujo de pedidos que habían llevado al *short squeeze* de GameStop— pusiera un dedo en la balanza. Pero eso era algo que Ken y Citadel nunca, bajo ninguna circunstancia, NUNCA, sin importar lo que la gente pensara, sin importar quién lo dijera, sin importar cuántos congresistas o analistas de internet o usuarios de Reddit o periodistas de noticias falsas o entusiastas de Wall Street de andar por casa sugirieran la idea, nunca, nunca, nunca, NUNCA, y de nuevo NUNCA, iba ni siquiera a contemplar, y mucho menos a hacer.

Pese a lo que la gente piensa, los casinos de Las Vegas no hacen trampas ni de lejos, por la sencilla razón de que no lo necesitan. Las matemáticas están de su lado. Lo mismo puede decirse de empresas como Citadel y, en menor medida, de Wall Street en general. El juego se inclina a su favor, y no necesitan romper las reglas porque éstas han sido diseñadas para ellos.

Seguro que como Morgan Stanley en 2008, Melvin Capital, de Gabe Plotkin, debía de estar contra las cuerdas. Pero eso no hacía que Gabe dejara de ser el chico de oro, un ganador, y no había nada que le gustara más a Ken que hacer negocios con ganadores. No podía —y no quería— hacer nada que fuera poco ético para inclinar la balanza a favor de Wall Street, pero sí podía extender

un cheque a Melvin Capital.

Al fin y al cabo, lo de firmar cheques era algo que a Ken se le daba muy bien. Por ejemplo, batiendo el récord de la casa más cara jamás comprada en Estados Unidos, en enero de 2019 se había gastado 238 millones de dólares en un apartamento en Nueva York. También había adquirido una mansión en Londres por 122 millones de dólares, una casa de 100 millones en los Hamptons y una finca de 130 millones cerca de Mar-a-Lago, prácticamente a tiro de piedra de donde ahora vivía, en Palm Beach. Y extendía cheques de caridad de cantidades tan importantes como las que se gastaba en casas: en total, había donado casi 700 millones de dólares a organizaciones benéficas relacionadas con el arte y la educación, incluida una donación de 125 millones de dólares a la Universidad de Chicago. También gastaba generosamente en arte, como los 100 millones de dólares que pagó por un Basquiat, 300 millones por un Willem de Kooning, 60 millones por un Cézanne y 80 millones por un Jasper Johns. A saber cuánto llegó a gastarse en su segunda boda, que tuvo lugar durante dos días en Versalles y que incluyó una recepción en la villa privada de María Antonieta. A Ken también le gustaba extender cheques a los políticos, tanto de derechas como de izquierdas, aunque al parecer con mucha más frecuencia a los de derechas. Y según se dice, se había gastado una pequeña fortuna en evitar que se publicaran fotos de sí mismo en la prensa e internet, lo cual en parte era la razón por la que resultaba tan difícil saber, con seguridad, si había alguna posibilidad de que realmente estuviera sentado en un trono hecho de calaveras, mientras pensaba en el cheque que estaba firmando a nombre de Melvin Capital, de Gabe Plotkin.

Ken no era el único en dicho acuerdo; Steve Cohen, cuya aterradora reputación rivalizaba con la de Ken, iba a asumir a cambio de una «participación no revelada» en la empresa en el futuro una parte menor de lo que acabaría siendo una inyección de 2.750 millones de dólares en Melvin Capital. Según se informa, Ken y Steve no eran amigos; después de que hasta cinco gestores de cartera de Cohen abandonaran el barco para trabajar en Citadel,

Cohen había reaccionado mal, negándose a estrechar la mano de uno de los gestores que se marchaban, su rivalidad había llegado incluso a la prensa.

Pero dejando la rivalidad a un lado, a Ken le parecía un buen negocio. Tal vez pensó que siendo Gabe una estrella, sin duda, se recuperaría de lo que podría considerarse un caso de «cisne negro» y volvería a su costumbre de obtener toneladas de beneficios en posiciones cortas y largas muy sólidas. Con los miles de millones adicionales en fondos, Melvin debería ser capaz de volver a ponerse en pie. Y en su inversión Ken obtendría unas condiciones extremadamente ventajosas.

Sin duda, tal «rescate» —aunque Plotkin se opondría con vehemencia a dicho término— contribuiría al creciente relato en Reddit, Twitter y en los principales medios de comunicación, de que algo se estaba cociendo, de que el amiguismo y el favoritismo de Wall Street encontrarían el modo de detener la revuelta de WallStreetBets. Pero Ken Griffin no tenía miedo a Reddit o a Twitter. Si bien esta historia empezaba a parecerse a una especie de versión milenaria de la Revolución francesa, asaltar la Bastilla era una cosa; asaltar Wall Street otra bien distinta. Ken lo sabía todo sobre María Antonieta, al fin y al cabo, se había casado en su pueblo. Por muy fastuoso que fuera su estilo de vida, ella nunca tuvo 30.000 millones de dólares bajo gestión.

Los hombres poderosos como Ken no incumplían las normas para conseguir lo que querían, porque, igual que los casinos de Las Vegas, no lo necesitaban. Como le había enseñado 2008, las reglas no estaban ahí para proteger a las personas, estaban ahí para proteger el sistema. La gente de Reddit creía que significaba que la única forma de ganar era intentar derribar ese sistema. Lo que no sabían era que había un camino más sencillo hacia la victoria.

No se derribaba el sistema, te convertías en el sistema.

Y una vez que uno era el sistema, las reglas estaban ahí para protegerte.

Capítulo veinte

27 de enero de 2021

Diez de la mañana.

Treinta minutos después de la apertura del mercado.

Precio de GameStop: la asombrosa cifra de 354,83 dólares.

Mientras pasaba distraídamente los dedos por la pantalla de su portátil, Sara pensó: «Hicieron falta dos mil años de progreso científico y un miniapocalipsis, pero quizá los expertos se habían equivocado. Tal vez la Tierra era realmente plana».

Mientras los reordenaba al azar, sus uñas bailaban sobre la docena de cuadrados de unos 5 centímetros que había en la pantalla. Cada cuadrado presentaba una mujer captada en un pequeño y colorido fragmento de su vida. Sara veía cocinas, salones y terrazas y, en uno de los casos, el asiento delantero de un coche, algo de gama media y feo, probablemente estadounidense.

No sólo porque era la primera vez que se reunían de esa manera anormal e inhumana, sino por compartir un momento que no debía ser así, todas las mujeres sonreían y parecían ansiosas. Un momento tridimensional, que no debía ser captado por una tecnología a la que por desgracia le faltaba una dimensión.

Desde el recuadro central, especialmente colorido porque había elegido un fondo en lugar de una imagen general de su casa, una especie de balcón con vistas a una ciudad europea estratificada que Sara, aunque hubiera estado prestando plena atención, no habría sabido cuál era, intervino la moderadora: «Hablemos de la lactancia materna. Como en casi todo, no hay respuestas erróneas».

Sara estaba segura de que había muchas respuestas incorrectas. Una docena de mujeres embarazadas en una sala de estar, compartiendo miedos, esperanzas y sorpresas entre pequeños

sándwiches y agua Perrier, era limitador; las mismas mujeres en un chat de Zoom —una vez desaparecida la ansiedad y sin el filtro del contacto humano real— podían llevar la conversación prácticamente a cualquier lugar.

Aun así, Sara sabía que estaba siendo injusta. Unos cuantos días atrás, había esperado la reunión con ganas. Hasta entonces, sólo conocía a las mujeres por sus nombres de pantalla en un foro de Reddit para madres primerizas, y le había hecho ilusión poner cara a los nombres.

En el momento en el que se inscribió, no esperaba que algo mucho más inmediato compitiera por su atención. Debería haberlo cancelado, pero sabía que cuando su marido llegara a casa del trabajo le preguntaría por la fiesta en Zoom, y llevaba demasiado poco tiempo casada para empezar a mentir, aunque fuera un poco.

Pero tampoco estaba preparada todavía para decirle la verdad.

Desvió la mirada de la pantalla del portátil a su teléfono, colocado en la encimera de la cocina, a unos metros de su taburete. La encimera era de imitación mármol y estaba impecable, una de esas brillantes extensiones a medio camino entre la «isla» y la mucho menos elegante «barra». La cocina circundante, que también rodeaba a Sara, no era ni muy grande ni muy moderna, pero entraba mucha luz por los grandes ventanales situados sobre el fregadero, y ella siempre mantenía todo muy limpio. Desde luego que era un coñazo llegar a casa tras pasar todo el día barriendo la peluquería para volver a pasar la escoba, pero su marido trabajaba hasta mucho más tarde que ella, y a Sara le gustaba el orden.

Lo que hacía aún más sorprendente que en ese momento le intimidara tanto el caos de su teléfono.

Desde que Elon Musk había publicado su rebelde tuit —«¡Gamestonk!»— y el precio de GME se había disparado, el foro de WallStreetBets llevaba quince horas en plena erupción. A pesar de no haber adquirido aún ninguna acción, Sara apenas había dormido; en cuanto su marido se quedó frito, se puso a mirar el foro, y lo había leído de forma intermitente a lo largo de toda la

noche y de la mañana.

No era de extrañar que el tuit de Musk hubiera llevado al foro al borde de la histeria. No sólo había vinculado el tuit a WallStreetBets para 42 millones de seguidores; para la gente de Reddit, que lo adoraba por su éxito, su actitud antisistema y su estilo de comunicación disruptivo, ya era una figura icónica. Muchos creían que en realidad era uno de ellos, un «autista», un «patán», un «retrasado». Y, por cierto, sabía lo que era luchar contra los inversores a corto de Wall Street y ganar.

Desde el tuit de Elon Musk, GME no había dejado de subir. Cuando sólo unos momentos antes de que comenzara su reunión por Zoom, Sara vio que el valor abría por encima de 350 dólares, había vuelto de inmediato al foro de WSB para seguir la acción. La CNBC y el resto de las cadenas financieras eran para personas que trabajaban en escritorios y llevaban corbatas o vestían trajes de negocios; la gente como Sara se informaba a través de personas como ella, en las redes sociales.

Las publicaciones entraban tan rápido que era difícil seguirlas. El sentimiento subyacente era bien claro, había dejado de estar relegado al subtexto. La revolución estaba en pleno apogeo.

De un usuario que se hacía llamar HoosierProud:

> Voy ganando una cantidad de cinco cifras. Incluso si se desploma y sólo acabo llevándome 100 dólares, descansaré feliz sabiendo que he ayudado a derribar a estos cabrones. No os equivoquéis, se merecen todo lo que les pase. Todos ellos acosaron a una compañía en dificultades durante una pandemia para empujar el precio de las acciones hacia abajo y tratar de que GameStop quebrara mientras ellos ganaban miles de millones. Que se jodan. Que se jodan hasta el infinito.

Y otro, que se hacía llamar HerculesxMulligan:

> ¡Estos tipos de los fondos de inversión de alto riesgo no se enteran de nada! Con cada vídeo y tuit que publican en el que arremeten contra las redes sociales y Reddit, cavan un agujero aún más profundo. En lo fundamental, esto va a cambiar para siempre la forma en la que se negocian las acciones. Se equivocan si piensan

que sus pérdidas van a detenerse con GME.

Y Flyingrubberduck:

> GME alcanzará los 1.000 dólares cuando caduquen las opciones a corto del viernes. ¡Debemos desangrar los fondos de inversión de alto riesgo y redistribuir la riqueza entre nosotros, los normales! ¡Demostramos al mundo que se equivocaban al llevar a TSLA a los 2.700 dólares! ¡¡¡¡¡Con Elon Musk y BlackRock venceremos al 1 por ciento!!!!!

Y otra de Xeronlaw, dando en el centro de la diana:

> Oh, soy plenamente consciente de que tal vez acabe siendo un *bag holder*. Pero si es para meter caña a esos cabrones de Wall Street que llevan tanto tiempo jugando con el sistema a nuestra costa, valdrá la pena.

Era indudable que el movimiento había ido mucho más allá de DFV y de sus GME YOLO Update. Sara no conocía la cifra exacta, pero había leído que en las últimas doce horas, el propio foro de WSB había sumado millones de nuevos miembros; en un mes, la comunidad tendría más de nueve millones de participantes. Además, un pujante segmento del subreddit también había poblado la red social Discord, donde hablaban de GME, señalaban a Melvin y a los otros inversores a corto de Wall Street, daban voz a las docenas de teorías, conspiratorias y de otro tipo, de lo que podría ocurrir a medida que avanzara la semana.

Lo loco era que hasta entonces, todo lo que los «patanes retrasados» habían dicho que iba a pasar había acabado por ocurrir de verdad. En el lado positivo, el *short squeeze* estaba claramente en vigor, y Melvin, Citron y los de su calaña habían salido en desbandada, o lo estaban haciendo, para cubrir sus posiciones. En el lado negativo, se tenía la clara sensación de que los medios financieros conservadores estaban haciendo girar la historia en contra de la comunidad Reddit, preguntando una y otra vez si lo que hacían era legal, o si se trataba de algún tipo de colusión, o incluso de una gran estafa. Pensando que tarde o temprano alguien poderoso iba a interferir e intentar aprobar alguna ley sobre el

trading minorista, muchos de los miembros del foro seguían advirtiendo de la inminente intervención del Gobierno. La sensación —manifiesta, nada sutil— era que Wall Street no iba a permitir que eso continuara, y que el Gobierno era de alguna manera una extensión de Wall Street.

Sara no sabía si algo de eso era cierto. Pero no había duda de que los fondos de inversión de alto riesgo estaban nerviosos. Y la comunidad de Reddit parecía más decidida que nunca.

Casi sin quererlo, pasó del foro de WSB a su aplicación Robinhood. Un momento después, estaba mirando GameStop: ese precio asombroso, y debajo de él una maravillosa flecha verde que apuntaba hacia arriba, y debajo de eso, un gráfico aún más verde, como una cordillera cubierta de bosques. El volumen de operaciones diario era también inmenso y por momentos aumentaba. Se vio a sí misma mirando el atrayente botón de «Trade» que había a la derecha del volumen. Todo lo que tenía que hacer era pulsarlo y Sara pasaría a ser parte de la acción.

Sabía que por haber esperado tanto había perdido mucho. Pero, en realidad, ¿qué podía perder por entrar tarde? Si los «retrasados» y «patanes» seguían teniendo razón, si mantenían sus manos de diamante, las acciones podían subir muchísimo más. Incluso si Wall Street encontraba la forma de contraatacar, si el Gobierno intervenía, si Sara perdía, al menos podría decir que había formado parte de algo grande, de los pequeños jodiendo a la élite. «Jodiendo a los peces gordos que estaban ganando una fortuna con una pandemia mundial, mientras la gente moría y aún más personas perdían su empleo.»

Quería involucrarse en cuerpo y alma. Y sería algo suyo, sólo suyo. Lo guardaría en secreto, hasta que tal vez un día, cuando su hijo o hija creciera, pudiera contárselo. Se reirían juntos de los ridículos memes, y tal vez Sara lograra mostrarle cómo una vez, sólo una vez, los pequeños habían resistido unidos y habían ganado.

No tenía mucho dinero en su cuenta de Robinhood; tal como estaba el precio y con lo rápido que se movía, sólo podía permitirse un puñado de acciones. Aun así, era algo.

Olvidado por completo el carrusel de rectángulos de embarazadas, tocó con el dedo el botón de «Trade». Una fracción de segundo después, la pantalla le pedía que introdujera una cantidad de dinero. Mientras pulsaba uno tras otro los números, respiraba con dificultad.

Diez acciones, a un precio objetivo de 354 dólares. Total: 3.540 dólares.

Después de revisar el importe y comprar las acciones, empezó a temblar; aunque puede que fuera el teléfono. El confeti era un bonito detalle adicional, y Sara experimentó algo así como fuegos artificiales por toda la columna vertebral.

Por fin había entrado en el juego.

Capítulo veintiuno

No respondas a este correo electrónico, por favor. Sólo léelo.

NO VENDAS NADA. Si tocas CUALQUIER cosa en mi cuenta, es probable que acabe con un aneurisma y muera. Aunque vaya ganando 10 millones, NO TOQUES MI CUENTA. Aunque vaya perdiendo 50.000 dólares, no toques mi cuenta. LA RESPONSABILIDAD DE GANAR O PERDER ES MÍA. Sólo quería aclararlo porque la cosa va a enloquecer, y cuando las cosas enloquecen, tú haces cosas precipitadas. Si tocas mi cuenta, me deberás diez veces las ganancias que pierda. Estas palabras son extremas, pero dados tus hábitos pasados de vender por impulso sin llevar a cabo ninguna investigación previa, son también necesarias porque me preocupa que hagas algo así con la tonelada de dinero que voy a ganar.

Por favor, no respondas a este correo electrónico... NO ESTOY VENDIENDO, JODER. Si respondes, me distraeré más y en estos momentos eso es lo último que quiero.

Te quiero mucho. También amo el dinero. Pero a ti te quiero más. Sólo me muestro contundente porque las cosas ya son bastante difíciles de gestionar desde un punto de vista emocional, y necesito saber que nadie se interpondrá en el camino. No me importa que en el papel los beneficios bajen 100.000 dólares en un día. Pero me estresaré y enfadaré si la gente me fastidia con el tema o trata de vender por mí.

Por favor, no respondas a este correo electrónico.

Con cariño,
Jeremy

Mientras leía, releía y volvía a leer el correo electrónico que acababa de mandar y que aparecía en la parte superior de la pantalla, a Jeremy le temblaba todo el cuerpo, sentado en cuclillas

en lo alto de la estrecha escalera que conducía al cuarto piso de su edificio de apartamentos, acunando el portátil con ambas manos. En cuanto le dio a «Enviar», se había arrepentido de ello; en parte, culpaba de la crudeza de sus palabras y de las firmes exigencias que acababa de formular a la falta de sueño, ya que llevaba dos noches seguidas dando vueltas, leyendo de manera intermitente el foro de WallStreetBets y Discord y revisando su cuenta de trading para ver si había novedades y movimientos después de la hora de cierre. Sin embargo, en el fondo sabía que había algo más que el agotamiento, o incluso la sensación de pánico que sentía con respecto a la muy real posibilidad de que su padre asumiera el control de su cuenta y vendiera sus acciones de GME.

Muchas veces en su vida, Jeremy había lidiado con problemas de ansiedad, y más de una vez había acabado siendo una batalla perdida. Al principio de su segundo año en la universidad tuvo que tomarse un tiempo para centrarse, y recordaba con claridad lo mal que podían ponerse las cosas: palpitaciones, insomnio, dolores de cabeza, confusión cerebral. Entonces temblaba, pero en aquel entonces los temblores podían llegar a ser tan fuertes que el acto de curiosear el foro de WSB habría sido imposible. Dos años atrás, había sido la presión de la universidad y la ansiedad social las que lo habían dejado fuera de combate; eran preocupaciones normales que experimentan la mayoría de los universitarios, pero debido a cierto toque de personalidad, a la química del cerebro o a algún trauma de infancia —y suponía que el cáncer de su padre destacaba como factor coadyuvante—, para él las cosas podían acabar en una vertiginosa espiral ascendente. A veces, su propio estado emocional le hacía sentir como si estuviera jugando a uno de esos viejos juegos de simulador de vuelo que hacían furor cuando era niño; una vez que el avión empezaba a girar, era muy difícil nivelar las alas antes de tocar suelo.

Esto era diferente, porque la ansiedad no era el resultado de dificultades, problemas sociales, traumas personales o cosas que fuesen mal. Notaba todo el cuerpo en tensión porque las cosas iban demasiado bien.

La última vez que había consultado GME, hacia el mediodía,

el precio rondaba los 380 dólares por acción. Lo que significaba que, en ese momento, las acciones de GameStop de su cuenta valían más de 130.000 dólares.

Para alguien de su edad era una fortuna increíble. Había convertido el dinero de los libros de texto en unos ahorros que podían cambiarle la vida, y debería haber estado bailando alrededor de la piscina fuera del complejo de apartamentos, con el electro-pop japonés a todo trapo. De hecho, cuando le había llegado el mensaje de su padre, que al parecer había vendido sus mil acciones el día anterior, cuando habían alcanzado los 100 dólares, había estado a punto de celebrarlo con su Kanako Itō a punto.

En un momento de mayor tranquilidad, Jeremy podría haber comprendido que lo que había hecho su padre tenía bastante sentido. Como Jeremy, había comprado las acciones a unos 17 dólares, por 17.000 dólares, y ahora las había vendido por 100.000 dólares. Era una ganancia increíble, y cualquier inversor debería alegrase de obtener un rendimiento de seis veces lo invertido. Pero a Jeremy no le había parecido una obtención de beneficios prudente; por el contrario, se lo había tomado como una traición. No sólo a Jeremy, sino a todo el movimiento. Se lo había explicado a su padre tan bien como había podido: estaban librando una batalla contra Wall Street, y la única forma de ganar de verdad era conservando sus acciones. En el momento en el que esas manos de diamante comenzaran a debilitarse, todo se derrumbaría y luego colapsaría.

Estaba claro que su padre no lo había entendido así. Para él, esto no era más que otro juego de valores. Habían tenido suerte y era el momento de recoger las ganancias. Además, Jeremy temía que su padre fuera más allá de vender sus propias acciones. Si creía que Jeremy estaba portándose como un tonto, que estaba perdiendo el control, podía intervenir. Cuando en segundo Jeremy dejó la universidad, su padre se hizo cargo de sus cuentas bancarias porque él no había estado en condiciones de hacer frente a cosas como el alquiler, las cuotas del préstamo estudiantil y la matrícula. Lo que a todas luces significaba que su padre estaba

facultado para hacerse cargo de nuevo.

La parte lógica de su cerebro le decía que estaba siendo paranoico. Tras recibir el mensaje, había llamado de inmediato a su padre para exigir una explicación. Su padre le había dicho que había vendido mientras miraba la CNBC; una entrevista en el canal le había hecho creer que Melvin Capital había cubierto por completo su posición corta, lo que significaba que tal vez el *short squeeze* podía terminar tan rápido como había empezado. Literalmente, Jeremy le había gritado: nadie en el foro de WSB creía que eso pudiera ser cierto. La cantidad de acciones en corto, o *short float*, seguía siendo astronómica, y la cantidad de dinero que Melvin había tenido que aportar era igual de estratosférica. Eso era una guerra; incluso la CNBC se había convertido en un arma.

Al vender anticipadamente, su padre había perdido cientos de miles de dólares. Más que eso, había mostrado debilidad, había capitulado, entregado sus acciones a los inversores a corto para que se salvaran de la quiebra.

En cuanto colgó el teléfono, Jeremy se había sentido fatal —había utilizado un montón de palabrotas, le había hablado a su padre como no lo había hecho nunca antes— y sabía que su padre se arrepentía de la venta, o al menos de haber perdido la fortuna que le habría proporcionado esperar un día más. Además, su padre se había disculpado por faltar a su palabra; la promesa que al comprar las acciones había contraído con él, la promesa de que no las vendería hasta que lo hiciera Jeremy. Aun así, a Jeremy le costaba ver más allá de su ira y su miedo. Aunque se libre principalmente en tu propia cabeza, la confusión de la batalla puede ser un lugar aterrador.

Jeremy cerró el portátil y volvió a subir las escaleras hacia el apartamento de Karl, su mejor amigo. Esa tarde ya llegaba con retraso al grupo de estudio con su burbuja, y mirar fijamente el mensaje que acababa de enviar a su padre no iba a ayudarle a estabilizar sus alas ni a estar cerca de aterrizar ese avión.

En su lugar, en su mente elaboró un plan. Iba a ir a su burbuja de estudio e iba a hacer todo lo posible por no comprobar

el precio de las acciones ni pensar en GME. Ya había eliminado una orden de venta con límite que había colocado esa mañana por la irrealista cifra de 5.000 dólares, y entonces su objetivo sería simplemente mantener sus acciones durante todo un año.

Entre las muchas publicaciones que había leído al revisar ese día el foro de WSB, se había fijado más de una vez en la GME YOLO Update de DFV. La cuenta de ese tío se había vuelto legendaria: al cierre del día anterior, 26 de enero, sus acciones y opciones combinadas superaban los 22 millones de dólares. Jeremy calculaba que ese día, en esos momentos, valían cerca de 50 millones de dólares. Una auténtica fortuna; y con todo, DFV no vendía.

Y si DFV no vendía, Jeremy tampoco.

—Vale, empecemos con el vector 1-0-1, y añadamos..., ¿Jeremy? ¿Sigues con nosotros?

Dos horas más tarde, al oír su nombre Jeremy levantó la vista justo a tiempo para ver cómo el nacho hacía piruetas por el aire en dirección a su cabeza. Le dio de lleno entre los ojos, rebotó en su frente y fue a parar a la peluda alfombra que ocupaba toda la pequeña sala de estar, en la que estaba sentado con las piernas cruzadas frente a un montón de libros de álgebra lineal. Justo enfrente, Karl sonreía como un idiota, con la mano metida en un cuenco lleno de más proyectiles triangulares comestibles, con su desgarbado cuerpo sentado en un gran puf. La novia de Karl, Josie, sentada a su lado, llevaba un vestido floreado, algo que no tenía mucho sentido en enero, pero que alegraba el apartamento de la pareja, porque casi todo lo demás que tenían, desde ese puf hasta la alfombra, pasando por el par de sofás pegados a la pared y las cortinas que cubrían la mayor parte de las puertas correderas de cristal que daban al balcón, era de distintos tonos de gris.

Jeremy no estaba seguro de por qué a sus amigos les gustaban tanto los colores apagados; eran dos de las personas más alegres y amables que había conocido en su vida, estaban muy enamorados, tenían previsto pasar la vida juntos y, por lo general, rebosaban de

energía. Más allá de la lucha libre, que en el instituto Karl había practicado a nivel competitivo, y del yoga, que ambos cultivaban a diario, estaban obsesionados con todo lo relacionado con el *fitness*. El dormitorio y los armarios estaban llenos de equipos de entrenamiento: colchonetas de estiramiento, pelotas de yoga, mancuernas y bandas elásticas de resistencia; prácticamente cualquier cosa que pudiera hacerte más fuerte o delgado. Pero, aun así, los únicos destellos de color en el piso de la cuarta planta provenían del vestido de Josie y del bol de salsa casera junto al arsenal de nachos de Karl.

Sentado a la izquierda de Josie en un puf más pequeño, incluso Michael vestía un lúgubre chándal —pantalones y sudadera con capucha a juego— que no era exactamente gris, pero sí lo bastante verde oscuro como para considerarlo como tal. Aunque si se detenía a pensarlo, en Michael ese tono tenía sentido; por mucho que Jeremy se hubiera hecho muy amigo del colega de Matemáticas y Psicología de pelo desgreñado y sin afeitar, la personalidad de Michael podía ser tan chispeante como el problema de álgebra lineal que Karl tenía a medio resolver cuando dio a Jeremy con el nacho en la frente.

Por otra parte, Jeremy no podía estar seguro de cuán aburrido era en particular el problema de álgebra lineal; sin embargo, desde una perspectiva más amplia sería como elegir entre esos diversos tonos de gris: Jeremy era estudiante de matemáticas, y hasta él encontraba aburrida la mayor parte del álgebra lineal. Pero en ese momento, Karl podría haber estado mostrando al grupo imágenes de superrobots mecanizados, y Jeremy hubiera seguido igual de distraído.

Al ver las miradas de preocupación de sus amigos, Jeremy se dio cuenta de que se había equivocado al pensar que podría pasar la sesión de estudio sin que ninguno de ellos advirtiera el estado en que se encontraba. Después de mascullar cualquier cosa durante la charla que habían mantenido antes de empezar, apenas había contribuido y, de hecho, las pocas veces que había intervenido se había equivocado en los problemas de matemáticas, con errores que Michael no habría cometido ni en sueños.

Y no era sólo el grupo de estudio. Hacía días que Jeremy tenía problemas en todas sus clases. No había entregado a tiempo ninguno de sus deberes de Estadística, y se había saltado dos sesiones de Zoom de Psicología. A medida que se aproximaba el período de exámenes de invierno, se estaba quedando cada vez más rezagado, y sabía que se acercaba peligrosamente al desastre. Si seguía así, si su estado mental se deterioraba aún más, iba a suspender varias asignaturas.

—¿Estáis siguiendo toda esa mierda de GameStop?

Los ojos de Jeremy se abrieron como platos, y de inmediato prestó atención. Mientras Karl celebraba su perfecto ataque con nachos, Michael había sacado el móvil y leía los titulares de las noticias para pasar el tiempo.

—Al parecer, anoche Elon Musk tuiteó algo al respecto. La gente está loca. Quiero decir, ¿GameStop? La empresa está valorada ahora en 25.000 millones de dólares, tío. Es casi lo que vale Chrysler. Todo por un foro de Reddit.

Jeremy abrió la boca, pero al final se contuvo. No era extraño que Michael supiera lo de GameStop; cualquiera que viera la televisión, leyera los periódicos o abriera Twitter, sabía de qué iba el tema. Se hablaba de GameStop en todas partes, incluso en los monólogos de los presentadores de los programas nocturnos de entrevistas. No obstante, a Jeremy le resultaba muy raro que sus mundos colisionaran.

Aunque ninguno de esos mundos parecía real: una burbuja por culpa de la COVID-19, tres personas juntas por un absurdo suceso de cisne negro, hablando acerca de un segundo acontecimiento de cisne negro igual de improbable...

—Pero creo que está a punto de pasar algo gordo —añadió Michael—. Y no va a ser bonito.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Jeremy.

Josie y Karl se quedaron mirándolo fijamente, puede que por el tono de su voz. Pero él seguía concentrado en Michael, que continuaba leyendo el teléfono móvil.

—Acaban de cerrar los servidores de WallStreetBets en Discord. Lo han cerrado por completo, creo que de forma

permanente.

—¿Qué? —Jeremy sintió cómo subía el calor de sus mejillas —. ¿Quién ha sido?

Michael se encogió de hombros.

—Aquí dice que la compañía lo ha prohibido por incitación al odio.

—¿Incitación al odio? —preguntó Josie—. ¿A quién odian?

—«Debido al contenido ocasional que viola nuestras directrices de la comunidad, entre otros, la incitación al odio, la glorificación de la violencia y la difusión de información equivocada, el servidor de WallStreetBets lleva un tiempo en el radar de nuestro equipo de Confianza y Seguridad.» ¡No parece mal momento! «Hoy hemos decidido retirar el servidor y su propietario de Discord.»

—¡Esto es una locura! —exclamó Jeremy—. ¿Pueden hacer algo así, sin más? ¿Por qué ahora?

—La cosa se pone peor —anunció Michael—. Parece que también han bloqueado WallStreetBets. Aquí dice que el sitio va a ser privado de forma temporal y que va a estar cerrado a nuevos usuarios.

—¿Por qué? —quiso saber Jeremy, sacando a toda prisa del bolsillo su propio teléfono.

—Dicen que hay demasiada gente uniéndose al mismo tiempo. El último día, unos tres millones de nuevos usuarios.

Mientras echaba un vistazo a la página, Jeremy apenas escuchaba. Debido a que ya era miembro, todavía tenía acceso, pero Michael tenía razón: por un tiempo WallStreetBets iba a dejar de funcionar temporalmente.

—Me parece muy sospechoso —dijo Michael.

Casi sonreía. Pero Jeremy no le veía la gracia por ningún lado. Sin Discord, y WallStreetBets con grilletes…

—Discord cae debido al lenguaje soez…, ¿justo ahora? —cuestionó Michael—. ¿Mientras el valor está disparado? ¿Por qué no hace una semana? ¿O hace un mes? ¿Y luego, lo del foro de WSB? No me parece una coincidencia. Parece más bien un primer ataque.

Jeremy le miró.

—En realidad, se trata de una estrategia bastante habitual —explicó Karl—. Quiero decir, en la guerra. Se elimina la comunicación del enemigo. Si no pueden hablar entre sí, no pueden organizarse. Y ahí es cuando les das de lleno.

Jeremy se levantó de la alfombra sin decir nada y se dirigió a la puerta. Los demás se quedaron mirando cómo se iba, después de un rato, Josie le siguió.

—¿Estás bien? ¿Algo sobre lo que quieras hablar?

Jeremy no sabía qué decir. Discord había desaparecido, no se podía utilizar WallStreetBets..., no creía en las conspiraciones, pero el momento parecía extremadamente sospechoso. Sin duda, Discord llevaba un tiempo recibiendo quejas sobre la «incitación al odio», o como quisieran llamarlo. Ciertamente, el foro de WSB había lidiado con el lenguaje malsonante desde su creación. Y claro, se estaban registrando un mogollón de personas —millones—, pero Reddit era un sitio enorme, con cientos de millones de usuarios. ¿Por qué no podía WSB gestionar unos cuantos millones de cuentas? ¿Era acaso el preludio de un cierre mayor? ¿Un presagio del cierre de todo el subreddit WSB?

¿En verdad podía tener algo que ver con los poderosos fondos de Wall Street, y sus esfuerzos por acabar con el *short squeeze*? ¿Podía ser una especie de primer ataque?

Wall Street era poderoso. Firmas como Melvin Capital y Citadel disponían de miles de millones de dólares. Jeremy y sus compañeros eran débiles y pequeños, en comparación con Melvin, como hormigas. Pero eran millones y millones, una auténtica legión de hormigas. Tantas hormigas juntas podían derribar casi cualquier cosa.

No obstante, si no podían comunicarse, si no podían unirse...

¿Y si de verdad se trataba de un primer ataque? Si tú fueras Wall Street y acabaras de dar ese primer golpe, ¿qué harías después? Jeremy no tuvo que terminar la idea, lo acababa de hacer Karl hacía un momento.

«Ahí es cuando les das de lleno.»

«Y les das con fuerza.»

Capítulo veintidós

28 de enero de 2021

Poco después de las cinco de la mañana.

Vlad Tenev se despertó sobresaltado con un bombardeo de tecnología en pánico: en la mesilla de noche, el teléfono móvil vibraba y parpadeaba, el ordenador portátil sonaba de forma desesperada mientras recibía uno tras otro una lluvia de correos electrónicos; tal vez, sonaba incluso un teléfono fijo perdido en algún lugar de su enorme casa californiana, situada a un corto trayecto en coche, bicicleta o monopatín de las oficinas de Robinhood en Menlo Park.

Ahuyentando los últimos vestigios de sueño, Vlad se frotó los ojos. No recordaba qué había soñado —sin duda algo relacionado con la democratización de las finanzas y las condiciones de igualdad, o tal vez con la energía renovable, el agua potable, un ingreso mínimo vital—, pero lo más probable era que tuviera que ver con gatos, y quizá incluso con GameStop, porque cuando se había ido a dormir la noche anterior, todo el mundo, en todas partes, hablaba de GameStop.

Con la esperanza de sofocar el ataque electrónico antes de que despertara a su mujer y a su hijo pequeño, se dio la vuelta en la cama y cogió el teléfono. Había tomado la determinación de sacar unas horas cada mañana para su joven familia, pero dirigir una empresa en rápido crecimiento significaba que no podía aislarse por completo del mundo exterior. Si el meteórico ascenso de Robinhood le había enseñado algo, era que lo malo puede suceder muy rápido; uno cerraba los ojos y nunca sabía qué ni cuánto iba a cambiar antes de volver a abrirlos.

Aun así, los mensajes —de Orlando, de entre todos los lugares

— que Vlad vio parpadear en la pantalla del móvil le pillaron por sorpresa. Antes de darse cuenta, se levantó de la cama y cruzó a toda prisa la alfombra en dirección a su ordenador.

De los mensajes y correos electrónicos, pasó con rapidez a un Google Hangout, donde ya le esperaba un grupo de sus empleados de mayor rango. Por supuesto, Jim en Orlando y unos cuantos ejecutivos de los departamentos de compensación, trading y asuntos jurídicos. Jim llevaba la voz cantante, no sólo porque tenía la experiencia necesaria para entender qué demonios estaba pasando, sino porque ya llevaba unas horas lidiando mentalmente con el desastre.

Jim había recibido la primera llamada de su jefe de tesorería hacía más de tres horas, a las 5.50 de la mañana, hora de la Costa Este, lo cual, en sí mismo, había sido extraño. Por norma general, cada mañana a las 5.30, Jim recibía información sobre los requisitos de capital, que llegaban todos los días exactamente a las 5.11 de la Costa Este desde la NSCC, una división de la DTCC, el organismo regulado por el Gobierno federal encargado de supervisar las operaciones de Robinhood y el proceso de compensación de dos días que tenía lugar entre cada operación minorista. Al entrar la llamada con veinte minutos de retraso, Jim se había preguntado si había ocurrido algo; pero no podría haber previsto que fuese algo tan inimaginable que su propio equipo había dedicado tiempo extra a tratar de averiguar si era real o un error de software.

Después de pasar veinte minutos haciendo llamadas para asegurarse de que la cifra que había enviado la agencia de compensación era correcta, Jim les había hecho volver a comprobarla. Luego él mismo había llamado y había hablado con su enlace en la NSCC, y sólo una vez que había confirmado, y vuelto a confirmar, el número, se había puesto en contacto con Menlo Park.

Vlad se quedó mirando la cifra que ahora dominaba una parte de la pantalla del ordenador y sacudió la cabeza: 3.700 millones de dólares.

En el Hangout, poniendo palabras a lo que todos seguían

pensando, alguien dijo: «Esto no puede ser verdad».

Pero la cifra había sido comprobada una y otra vez. De la noche a la mañana, la NSCC había solicitado —mejor dicho, exigido— 3.700 millones de dólares para cubrir sus requisitos de capital para las operaciones actuales realizadas a través de la cuenta de corretaje de Robinhood.

Mientras contemplaba lo que significaba la cifra y cómo, por el amor de Dios, había podido la NSCC llegar a esa cantidad, Vlad intentó tranquilizarse. Aunque la curva de aprendizaje había sido muy pronunciada, a esas alturas conocía bastante bien los conceptos básicos sobre cómo funcionaba la compensación: cuando un cliente compraba acciones en Robinhood —por ejemplo, GameStop— a un precio específico, la orden se enviaba primero a la empresa de corretaje de compensación interna de Robinhood, que a su vez enviaba la operación a un creador de mercado para su ejecución. A continuación, la operación se trasladaba a una cámara de compensación, que la supervisaba hasta su liquidación.

Durante este período, la propia operación debía estar «asegurada» contra cualquier circunstancia adversa, como algún tipo de colapso sistémico o el incumplimiento de las obligaciones por alguna de las partes; no obstante, en realidad en los mercados regulados esto parecía extremadamente improbable. Provisoriamente, el dinero del cliente se apartaba en una caja fuerte intocable; durante los dos días que tardaba la agencia de compensación en verificar que ambas partes eran capaces de ofrecer lo acordado, la agencia de corretaje, Robinhood, debía asegurar la operación con un depósito; dinero propio, independiente del dinero que el cliente hubiera proporcionado, que se utilizaba para garantizar el valor de la operación. En lenguaje financiero, esta «garantía» se conoce como VaR, o valor en riesgo.

Para una sola operación de un activo simple, habría sido relativamente fácil saber cuánto tendría que depositar la agencia de corretaje para asegurar la situación; el riesgo de que algo saliera mal sería pequeño, y el valor total fácil de calcular. Si GME cotizaba a 400 dólares por acción y un cliente quería diez acciones, había 4.000 dólares en riesgo, más o menos una cantidad nominal

debida a los pequeños caprichos de las fluctuaciones del mercado durante el período de dos días antes de la liquidación. En una situación tan sencilla, además de los 4.000 dólares de la orden de compra del cliente, que permanecían guardados en esa caja fuerte, se podría pedir a Robinhood que pusiera algo más de 4.000 dólares.

A medida que se añadían capas a la situación de la negociación, el cálculo de los requisitos de depósito se complicaba. Una sola operación tenía un riesgo inherente bajo; multiplicada por millones de operaciones, el perfil de riesgo empezaba a cambiar. Cuanto más volátil la acción —en precio o volumen—, más arriesgada se volvía la compra o la venta.

Por supuesto, la NSCC no hacía estos cálculos a mano, sino que utilizaba sofisticados algoritmos para procesar las múltiples entradas procedentes de la operación —tipo de acción, volumen, volatilidad actual, lugar en el que encaja en la cartera de la agencia de corretaje en general— y emitir una «recomendación» sobre el tipo de depósito que protegería la operación. El proceso estaba totalmente automatizado; la agencia de corretaje cruzaba continuamente su actividad de contratación bursátil con el sistema federal de compensación, y mientras el mercado estaba abierto, recibía los requisitos de depósito actualizados con una frecuencia de quince minutos. Para las operaciones previas a la apertura del mercado durante la semana, esa cifra llegaba a las 5.11 de la mañana, hora de la Costa Este, normalmente justo cuando Jim, en Orlando, estaba terminando de tomar su café de la mañana. Entonces, Robinhood tenía hasta las 10 de la mañana para satisfacer el requisito de depósito para el siguiente día de negociación, o se arriesgaba a incurrir en mora, lo que podría llevar a un cierre inmediato de todas las operaciones.

Por lo general, el requisito de depósito se acercaba mucho a los dólares «gastados» en las operaciones; un número casi igual de compras y ventas en el perfil negociador de una agencia de corretaje reducía su riesgo global, y si bien la volatilidad era algo común, en particular durante la última media década, incluso un período de liquidación de dos días iba acompañado de un nivel

aceptable de confianza en el que nadie dejaría de cumplir con sus operaciones.

En este sentido, durante la semana anterior —incluso con el increíble volumen de negociación que se produjo en los llamados valores «meme», en especial GME—, los requisitos de depósito de Robinhood habían sido altos, pero comprensibles. El 25 de enero, al inicio de la jornada el requisito de depósito había sido de 125 millones de dólares. El día 26, a medida que el volumen y el precio de GameStop se disparaban, el requisito de depósito de Robinhood había llegado a los 291 millones de dólares, una cifra significativa, más allá de todo lo que habían visto antes, aunque aún manejable. Incluso después del tuit de Elon Musk, y de los alocados volúmenes y precios de la acción que se habían producido de inmediato, el requisito de depósito de Robinhood con la NSCC había bajado a los 282 millones de dólares.

La cifra que Vlad observaba en esos momentos era una magnitud superior a la exigida por el depósito hacía apenas veinticuatro horas: 3.700 millones de dólares. Parecía... una obscenidad.

Cuando les presentaron la cantidad, una vez que consiguió cerrar la boca del asombro, Jim indagó cómo la NSCC había llegado a semejante, e impresionante, número. Tras hablar con su enlace en la agencia, desglosó el cargo en dos partes. El algoritmo de la NSCC había tenido en cuenta todos los *inputs* de riesgo de los volúmenes de negociación y la volatilidad del día anterior, y había obtenido un VaR de 1.300 millones de dólares, a los que había añadido un «cargo por exceso de capital» de algo más de 2.200 millones de dólares. Este cargo adicional se había sumado porque el cargo original de VaR superaba con creces el capital neto de Robinhood. Por consiguiente, la opción original de compra de valores era tan grande que Robinhood no tenía efectivo disponible para cubrirla, lo que había tenido un efecto multiplicador: un cargo adicional para cubrir el riesgo de que Robinhood no pudiera cubrirlo. En ese momento, Robinhood tenía cerca de 700 millones de dólares depositados en la NSCC, lo que le dejaba un déficit de unos 3.000 millones de dólares.

Lógicamente, Vlad entendía cómo los ordenadores de la NSCC podían haber llegado a un requisito de depósito tan grande; no sólo las operaciones minoristas entraban con una volatilidad de volumen sin precedentes, sino que casi todas procedían del lado de la compra. No había forma de compensar parte del riesgo con operaciones de venta; y dado que en sí mismo GameStop era un valor intrínsecamente arriesgado, con una enorme cantidad de acciones posicionadas en corto, el riesgo global creció de forma exponencial.

Aun así, Vlad nunca había visto ni imaginado nada parecido. Para comparar, el mayor cargo especial que Robinhood había recibido antes de la NSCC había sido de 25 millones de dólares. Entonces, además de su VaR de 1.300 millones, la NSCC pedía 2.200 millones de dólares adicionales.

Una vez que Jim confirmó que los números no eran un error, que los cargos eran reales y que sólo tenían hasta las diez de la mañana para materializar tremendo depósito, con rapidez la pregunta pasó a ser: ¿qué podían hacer?

Ante todo, a pesar de lo que pudiera pensar, decir o publicar cualquiera después del hecho, o gritar en Twitter, Reddit o Clubhouse, Vlad creía que su principal responsabilidad era para con los usuarios de Robinhood. De acuerdo con este pensamiento, consideró que la única opción descartable era no cumplir con los requisitos de depósito, ya que eso llevaría a un potencial cierre, y significaría que esos usuarios no podrían comprar ni vender nada, mucho menos GameStop.

Salvo que fracasaran, la siguiente opción era reducir de algún modo ese depósito; al menos a una cantidad factible de cubrir con el efectivo existente de Robinhood y sus líneas de crédito. Robinhood disponía para ello de menos de cinco horas. Era imposible que fueran capaces de recaudar 3.000 millones de dólares en ese tiempo.

Pero eso no significaba que la situación fuera desesperada.

Como todos los demás, Vlad había pasado los últimos días viendo el espectáculo de GameStop; y a pesar, de nuevo, de lo que todo el mundo pudiera decir después, se sentía filosóficamente

alineado con los inversores minoristas. No había creado Robinhood para los fondos de inversión de alto riesgo o los ejecutivos de Wall Street; lo había hecho para que la gente normal pudiera competir con los fondos de inversión de alto riesgo y los ejecutivos de Wall Street. Y a tal efecto, había tenido éxito: sus 20 millones de usuarios tenían una edad media de entre 28 y 31 años, con un tamaño de cuenta media de sólo 3.500 dólares. Esto contrastaba marcadamente con E-Trade, cuyo tamaño de cuenta media era de 100.000 dólares. La base de Robinhood estaba formada por personas normales y corrientes, que se sentaban en el sofá de su comedor y en dormitorios universitarios, encontraban dinero en efectivo entre los cojines, junto a viejos trozos de pizza y llaves perdidas, y lo invertían en las «stonks» que les gustaban. Stonks como GameStop.

Cuando gente como Mark Cuban, el multimillonario y estrella de la televisión, tuiteó, como lo había hecho el día anterior: «Tengo que decir que me ENCANTA lo que está pasando con #wallstreetbets. Todos esos años de operadores de alta frecuencia liderando a los operadores minoristas, ahora la velocidad y densidad de la información y la negociación minorista está dando ventaja a los pequeños. Incluso mi hijo de 11 años operó con ellos y ganó $». Vlad bien podría haber aplaudido junto con él. No conocía personalmente al operador aficionado que en Reddit se hacía llamar DFV, y que había ganado una fortuna tras acometer su propia y diligente investigación sobre la empresa, pero precisamente para permitir historias de éxito como la de DFV habían creado Robinhood.

Así que sólo después de mucha agonía interna, conmovedora y profundamente espiritual, y tras muchas discusiones con sus representantes en la NSCC, Vlad y su equipo llegaron a la única conclusión que creyeron factible: tenían que reducir el perfil de riesgo que había llevado al obsceno requisito de depósito. Para ello, restringirían la negociación de un puñado de valores; en concreto, durante un tiempo no permitirían que los usuarios de Robinhood compraran más acciones de GameStop ni de los otros trece valores meme que estaban causando tantos estragos.

No era una decisión fácil de tomar, pero sí totalmente lícita: Robinhood tenía derecho a restringir la negociación de cualquier valor bursátil por cualquier motivo, y debido a lo que estaba sucediendo en el mercado esa semana, otras agencias de corretaje se verían obligadas a actuar del mismo modo. Al restringir la compra —y no la venta— de una acción, Robinhood no consideraba que de por sí estuviera perjudicando a sus usuarios. Sus operadores podían seguir vendiendo sus acciones de GameStop, sólo que no podían comprar más. Después de todo, ¿cómo se puede perder dinero por no poder comprar una acción de un valor que con toda probabilidad debía de estar muy cerca de su máximo?

Cerrar el lado de la compra de una acción parecía la medida perfecta, porque durante la sesión de bolsa reduciría de inmediato el perfil de riesgo, lo que proporcionaría a la NSCC una nueva entrada a su algoritmo; de hecho, la solución era tan sencilla que bastaba literalmente con pulsar un botón —en concreto, el que Vlad tenía justo delante de él en el cuadro de mando de Robinhood — que haría que dejara de funcionar la posibilidad de compra, y enviaría a la vez un correo electrónico instantáneo y automatizado informando a los usuarios. Un sistema operativo —que, bueno, quizá se debería haber «excepcionalizado»— que podía solventar su problema en cuestión de minutos.

De hecho, eso fue lo que sucedió; una vez tomada la decisión de suspender la compra de acciones de GameStop, la NSCC volvió a solicitar a Robinhood un requisito de depósito actualizado. Les eximieron por completo del cargo de 2.200 millones de dólares por exceso de capital, y pidieron un requisito de depósito neto de unos 1.400 millones de dólares en total. De inmediato, Robinhood añadió algo más de 700 millones de dólares a los poco menos de 700 millones que ya tenía depositados, y cumplió con todos sus requisitos de ese día.

Reflexionando sobre lo que acababan de hacer, Vlad se echó hacia atrás, puede que más que ajeno a lo que podría venir después. Por supuesto, impedir en ese preciso momento que 20 millones de usuarios pudieran comprar acciones de GameStop

tendría consecuencias. Pero ¿no habría sido infinitamente peor el impacto de que cerraran Robinhood, de que esos mismos 20 millones de clientes no pudieran vender sus acciones en caso de que el valor de GameStop comenzara a irse a pique?

Robinhood había cumplido con su requisito de depósito. Aunque se podría objetar el lenguaje, la medida que estaban tomando tenía más que ver con el cumplimiento que con la «liquidez»; Robinhood tenía mucha liquidez. El enorme requisito de depósito no estaba relacionado con el margen, el apalancamiento ni las opciones, ya que a medida que avanzaban las semanas, Robinhood ya había restringido esas maniobras. La palabra *liquidez* no se aplicaba realmente; era uno de esos términos tipo «¡Te he pillado!» utilizados por los periodistas para señalar a un culpable. No se podía culpar a Robinhood de los vaivenes de la compensación T + 2, ni de un suceso de cisne negro que había provocado un cargo de 3.700 millones de dólares.

De ningún modo se podía culpar a Vlad ni derivar teorías conspirativas sin fundamento de lo que podría describirse con facilidad como el resultado de una serie de sucesos lógicos, si bien coincidentes.

La posición corta de Melvin había estallado en un *short squeeze* porque los inversores minoristas en WallStreetBets habían tenido a GameStop como blanco, habían comprado y comprado y comprado, causando un gran volumen y la volatilidad del precio. Debido a esa volatilidad, de repente Robinhood, a través de la cual una gran parte de esos inversores minoristas habían comprado sus acciones GameStop, se había enfrentado a un requisito de depósito enorme y se había visto obligado a cerrar la posibilidad de comprar GameStop.

Se podría argumentar, es cierto, que al clavar un alfiler en el *short squeeze*, esto a su vez detendría la subida del precio de las acciones de GameStop y permitiría potencialmente que los fondos de inversión de alto riesgo se cubrieran.

También es cierto que Citadel —que POR CASUALIDAD gestionaba la mayor parte de las operaciones de Robinhood y POR CASUALIDAD proporcionaba a Robinhood la mayor parte de sus

beneficios a través de su mecanismo de pago por el flujo de pedidos— tenía entonces un interés financiero en Melvin Capital, fondo al que más se asociaba con esas posiciones cortas, y que acababa de ayudar a levantar —NO A RESCATAR— Melvin de su precaria situación financiera mediante una inyección de 2.750 millones de dólares en efectivo junto con Steve Cohen.

Y también era cierto que todo esto, por una CASUALIDAD AÚN MÁS INSÓLITA, había sucedido justo después de que se silenciaran o limitaran, al menos de manera temporal, los gritos de guerra de GameStop en Discord y WallStreetBets.

Pero desde la perspectiva de Vlad, todo esto era meramente circunstancial. Tal vez sus usuarios no estuvieran contentos, pero en realidad lo que Robinhood había hecho había sido por su propio bien; no importaba cómo lo viera la gente, ni cuántas coincidencias y teorías conspirativas pudieran acumularse.

En el futuro, el trabajo de Vlad no consistiría en pontificar sobre teorías conspirativas o coincidencias improbables, sino simplemente en asegurarse de que algo así no volviera a suceder nunca más.

TERCERA PARTE

No soy un gato.

KEITH GILL

¿Qué es una estrategia de salida?

KEITH GILL

Capítulo veintitrés

28 de enero de 2021

Tres minutos antes del cierre del mercado.
Wilmington (Massachusetts).

Mantener a los clientes informados durante la volatilidad de los mercados

Nuestra misión en Robinhood es democratizar las finanzas para todos. Estamos orgullosos de haber creado una plataforma que ha ayudado a gente común, de todos los orígenes, a forjar su futuro financiero y a invertir a largo plazo.

Supervisamos continuamente los mercados y realizamos cambios cuando es necesario. A la luz de la reciente volatilidad, vamos a restringir las transacciones de ciertos valores únicamente al cierre de posiciones, entre ellas $AMC, $BB, $BBBY, $EXPR, $GME, $KOSS, $NAKD y $NOK. Para determinados valores también hemos aumentado los requisitos de margen...

Mientras sus pensamientos se arremolinaban como un violento ciclón tras sus ojos, Keith Gill no sabía cómo había acabado tumbado, mirando al techo, en el suelo de su sótano; pero parecía el lugar indicado para sobrellevar los últimos minutos de la jornada bursátil más loca que había vivido en toda su vida, quizá una de las más locas de la historia de Wall Street.

Keith aún no acababa de descifrar lo que había presenciado. Sabía que en eso no estaba solo; no estaba solo. Una de las pantallas de su escritorio estaba abierta en la página del foro de WallStreetBets, que había vuelto a ser totalmente público y que en esos momentos era en su mayor parte el relato de una erupción

volcánica de ira, teorías de la conspiración y desesperación; casi todo giraba en torno a Robinhood, y podía resumirse en uno de los muchos tuits con los que había tropezado Keith al curiosear el sitio por la mañana. Lo había publicado otro *youtuber*, cuyo nombre de usuario en Twitter era @OMGitsBirdman:

> Una aplicación llamada «Robinhood» robando a los pobres para dárselo a los ricos, no hay forma de inventar algo así.

Keith había leído la entrada del blog de Robinhood —y recibido su correo electrónico— al mismo tiempo que todos los que tenían una cuenta en la agencia de corretaje en línea; y si bien lo más probable es que fuera el resultado de una función automatizada que implicaba una enorme lista de correo, le había parecido dirigida directamente a él.

> Vamos a restringir las transacciones de ciertos valores...

En opinión de Keith, deberían haber salido fuera y decirlo abiertamente. Los millones de clientes de Robinhood ya no podían comprar GameStop a través de la aplicación, junto con otra media docena de acciones meme; básicamente, todo aquello en lo que Melvin Capital y sus colegas de Wall Street habían tomado una posición corta y estaban tratando de cubrir.

Y no sólo Robinhood había restringido la compra de GME; muchas de las otras agencias de corretaje en línea, como E-Trade, Interactive Brokers, Webull, TD Ameritrade y Schwab, habían aprobado varios grados de restricciones propias, pero la característica que los unía era que todas ellas se dirigían directamente al mismo grupo de operadores: gente normal que invertía desde el sofá, o el sótano de su casa. Los mismos que compraban GameStop ya no podían comprar GameStop.

> Como agencia de corretaje, tenemos muchos requisitos financieros, incluidas las obligaciones de capital neto de la SEC y los depósitos de la cámara de compensación. Algunos de estos requisitos fluctúan en función de la volatilidad de los mercados, y en el entorno actual pueden ser considerables. Estos requisitos existen para proteger a los inversores y a los mercados...

De inmediato, tanto en el foro de Reddit como en Twitter en general, el anuncio de Robinhood —a través de un blog y un correo electrónico— pareció sospechoso; por mucho que trataran de formularlo como si se tratara de una maniobra clínica, no emocional y perfectamente aceptable, desde fuera parecía un claro intento de sofocar el *short squeeze* en curso. Sólo se había cerrado a los inversores minoristas, y sólo se había cerrado la parte de compra de GME; las instituciones eran libres de seguir cubriendo, lo que ahora podían hacer de forma controlada. Sin la presión de millones de usuarios de Reddit comprando, y aunque los inversores a corto siguieran cubriendo posiciones, no había forma de que las acciones no acabaran bajando.

Keith lo había vivido todo en tiempo real. Antes de la apertura del mercado, GME había superado por un momento los 500 dólares por acción —a mitad de camino del loco precio objetivo de 1.000 dólares que se había predicho en el foro de WSB — y parecía del todo imparable. Entonces, Robinhood había suspendido las operaciones de compra, lo que fue como un escopetazo directo al *short squeeze*. Las acciones se desplomaron más de un 40 por ciento, abriendo a 265 dólares por acción. A partir de ahí, había sido una montaña rusa: la acción llegó a bajar hasta los 112,25 dólares para luego volver a subir con dificultad hasta los 193,60 dólares del cierre, hacía unos minutos. Si había alguna duda sobre si se podía señalar directamente a Robinhood y a las otras agencias de corretaje en línea sobre por qué al parecer había implosionado el *short squeeze*, sólo había que examinar los volúmenes de negociación diarios. Con el lado de la compra efectivamente suprimido, el volumen de acciones negociadas había caído a casi la mitad del volumen del día anterior; en comparación con el lunes y el martes de esa misma semana, el volumen había descendido dos tercios.

Robinhood y las demás agencias de corretaje ya habían empezado a indicar que pronto levantarían el pie del freno; ahora que se habían cumplido sus «requisitos de capital», en breve Robinhood permitiría que se reanudara cierto nivel de compra. Pero, aun así, las restricciones seguirían vigentes. Los usuarios de

Robinhood sólo podrían comprar un número muy limitado de acciones de GameStop —durante algún tiempo, tan sólo una acción —, lo que realmente hacía pensar que la empresa estaba haciendo todo lo posible para acabar de forma definitiva con el repunte alcista.

Desde su guarida en el sótano, Keith lo había observado todo con una extraña sensación de distanciamiento. Todavía le costaba pensar en ello como algo en lo que estuviera involucrado, y mucho menos como algo de lo que hubiera sido responsable. Le gustaba pensar en sí mismo como un espectador inocente; no fue la primera ni la única persona que compró GameStop, pero algunos podrían decir que lo que había empezado había escalado hasta convertirse en un movimiento. Según creía, todo lo que había hecho era tratar de educar a la gente a través de sus transmisiones de YouTube y sus publicaciones en WSB. Había sido honesto de principio a fin, no había aconsejado a nadie que hiciera nada, siempre había dejado claro que la gente tenía que llevar a cabo su propia investigación y que el mercado era intrínsecamente arriesgado.

¡Vaya si se había quedado corto! Estaba a punto de publicar su GME YOLO Update, e incluso con los ojos cerrados podía ver el brillo rojo de sus pérdidas en un solo día. Al cierre del día anterior, su cuenta valía más de 44 millones de dólares; sólo ese día se había incrementado en más de 20 millones. Ese día, antes de que abriera el mercado, había alcanzado un máximo de más de 50 millones de dólares, y luego, cuando Robinhood había echado el cierre a la posibilidad de compra, en cuestión de minutos Keith había perdido prácticamente la mitad. Aún entonces, apenas se había recuperado; la actualización mostraría un valor de su cuenta de trading de poco más de 33 millones de dólares, una pérdida de casi 15 millones de dólares en un día.

Como el humo que se disipa en un fuerte viento, se habían desvanecido 15 millones de dólares. Sin embargo, seguía atesorando una enorme fortuna, cantidad suficiente no sólo para cambiarle la vida, sino que podía ser generacional. Si lo administraban bien, los hijos de sus hijos tendrían en la vida un buen colchón. Podría cumplir un sueño que tenía desde la infancia:

construir una pista de atletismo cubierta en Brockton, su ciudad natal.

Era consciente de que numerosas personas del foro de WSB habían salido mucho más lastimadas que él. Pocas habían adquirido GameStop a un precio cercano a los 5 dólares por acción; la inmensa mayoría había comprado una vez comenzado el *short squeeze*, y muchas lo habían hecho cerca de su máximo. Estaban perdiendo dinero; y eso parecía muy injusto.

Incluso el mismo foro de WallStreetBets había recurrido a Twitter para expresar su consternación ante el giro de los acontecimientos. Esa mañana se había publicado un tuit de los moderadores:

> Los inversores particulares están siendo privados de su capacidad de operar en @RobinhoodApp
>
> Mientras tanto, los fondos de cobertura y los inversores institucionales pueden seguir operando con normalidad.
>
> ¿Cómo se llama un mercado que elimina la capacidad de compra de los inversores minoristas para salvar a los inversores institucionales a corto?

Y era evidente que el enfado ya no se limitaba a la comunidad de WSB, sino que se había desencadenado también en el mundo real y con rapidez se estaba extendiendo por la cultura dominante. En todas las modalidades de las redes sociales había voces que censuraban lo que parecía ser otra vez el año 2008: el rescate de Wall Street mientras las grandes instituciones utilizaban su poder para pisotear a los pequeños. Pero gracias a las redes sociales, entonces los pequeños tenían voz y muchos muchos defensores; no sólo celebridades de YouTube o multimillonarios esotéricos, sino también miembros muy importantes del Gobierno.

En respuesta a un tuit de *Motherboard* —la *newsletter* sobre tecnología de VICE— acerca de la situación, la congresista demócrata Alexandria Ocasio-Cortez había respondido en su cuenta de Twitter:

> Esto es inaceptable. Ahora necesitamos saber más sobre la decisión

> de @RobinhoodApp de impedir que los inversores minoristas compren acciones, mientras que los fondos de inversión de alto riesgo pueden negociar libremente las acciones como mejor les parezca. Como miembro del Comité de Servicios Financieros, apoyaría una audiencia si fuera necesario.

Extrañamente, su tuit dio lugar a que el senador Ted Cruz escribiera: «Totalmente de acuerdo».

En la CNBC, Elizabeth Warren, excandidata presidencial y senadora de Massachusetts, criticó a la Comisión de Bolsa y Valores por no intervenir: «Necesitamos una SEC que tenga reglas claras sobre las manipulaciones del mercado y las agallas de intervenir y hacer cumplir esas reglas».

Y la representante Maxine Waters, presidenta de la Comisión de Servicios Financieros de la Cámara de Representantes, fue un paso más allá y solicitó que hubiera una audiencia sobre la situación. ¡Una audiencia en el Congreso! ¿Qué significaba eso? Keith había leído sobre ellas en el periódico, había visto fragmentos en las noticias y en internet. Personas importantes sentadas en largas mesas rodeadas de abogados respondiendo por turnos a las preguntas que les hacían los individuos más poderosos del país. ¿Cómo podían crear una comisión de investigación sobre lo que estaba sucediendo en ese momento? ¿A quién podrían llamar a declarar? A los de Robinhood, seguro; ¿tal vez a la gente de Melvin? ¿A quién más? ¿A un universitario que en un subreddit se hace llamar buttplug59? ¿Al hijo de once años de Mark Cuban? ¿A un tipo con un corte de pelo *mullet* y un pañuelo en la cabeza que hacía transmisiones en directo en YouTube?

Costaba imaginar lo que podría lograr una audiencia de ese tipo. Si el objetivo era tratar de sintetizar la injusticia de lo que parecía estar sucediendo, y la furia que había inspirado semejante momento, sería más fácil simplemente seguir durante unos minutos el Twitter de David Portnoy, el magnate de Barstool Sports. Parecía haber continuado en su rol de hablar en nombre de la multitud del subreddit WSB, en una avalancha de nuevas y desquiciadas publicaciones de vídeo que había subido a internet esa misma tarde. Vestido con una camiseta blanca y desvariando ante la

cámara como si acabara de escapar de un hospital psiquiátrico, había dejado claro desde el principio cuál era su postura como accionista de GME:

«Todos los de Wall Street que hayan estado involucrados en el crimen perpetrado hoy tienen que ir a la cárcel».

A partir de ahí, la cosa no había hecho más que empeorar:

«La forma en la que han engañado, robado, desvalijado a la gente de a pie que ha invertido con Robinhood y otras cuentas de etrade... al decir: "Ey, están arrollando a los fondos de cobertura, se están llevando por delante a los multimillonarios, así que no vamos a dejar que operéis con ciertas acciones". Lo cerramos. Ya no se pueden comprar esas acciones, sólo se pueden vender. Vamos a hacer caer esas acciones para que todos nuestros amigos multimillonarios de fondos de cobertura puedan salir y no acaben sin nada... Uno de los robos más notables, ilegales e impactantes de la historia, delante de todos..., en tu cara, te han puesto un arma en la boca... Robinhood, criminales, ¡CÁRCEL! Ken Griffin, Citadel, ¡CÁRCEL! Steve Cohen, el dueño de los Mets, ¡CÁRCEL! ¡Os están robando! ¡Os están desvalijando! Es criminal».

Más tarde ese día, cuando Steve Cohen objetó que le hubieran incluido en la alineación de Portnoy de malos actores, la diatriba de Portnoy se volvió un tanto personal. Poco antes de las dos de la tarde, Cohen respondió en Twitter:

> Oye, Dave, ¿qué problema tienes conmigo? Sólo intento ganarme la vida, como tú. Encantado de que lo hablemos en privado.

Pero Portnoy no estaba dispuesto a echarse atrás. Su respuesta fue tan rápida que estaba repleta de errores tipográficos:

> Paso de hablar en privado. Ahí es donde pasa toda la mierda. Has rescatado a Melviin porque es tú chico junto con Citadel. Creo que has tenido mucho que ver con los hechos delictivos de hoy para salvar los fondos de cobertura a costa de la gente común. ¿Lo niegas categóricamente?

Redactada apropiada y cuidadosamente, la respuesta de Cohen manifestaba consternación:

> ¿A qué te refieres? Niego categóricamente esa acusación. No he tenido nada que ver con lo que ha pasado hoy. Dicho sea de paso, si quiero hacer una inversión adicional con alguien estoy en todo mi derecho en aras del interés superior de mis inversores. Cálmate un poco.

Un poco más tarde, a las 15.13 horas, Portnoy se había tranquilizado, pero no libraba de culpa ni a Cohen ni a ninguno de los demás:

> Por cierto, no creo en absoluto a @stevenacohen2. Pero no tengo forma de demostrar nada. Por experiencia propia sé que donde hay humo suele haber fuego.

Keith entendió que Portnoy estaba expresando lo que todo el mundo en WSB estaba pensando. Portnoy había invertido mucho más dinero en GME que la mayoría de ellos, pero sus sentimientos podrían proceder de cualquiera de los millones de miembros del foro que estaban viendo cómo se desplomaba el precio de las acciones: «Voy a perder 2 millones de dólares en esto. No voy a vender. Me comeré los 2 millones. Me los comeré con patatas. No pienso vender porque vender es lo que esos malditos idiotas quieren que haga. No lo voy a hacer. Prefiero ir a la quiebra...».

Era el mantra de las manos de diamante, pero Keith entendía mejor que nadie que cuando la otra parte parecía ser capaz de cambiar las reglas con sólo tocar un botón, «holdear»[1] era mucho más difícil. Keith no habría ido tan lejos como Portnoy: no acusaba a Cohen, ni siquiera a Citadel, de tener nada que ver con las acciones de Robinhood. Pero eso no significaba que Portnoy fuera el único en expresar la opinión de que algo sospechoso estaba ocurriendo. El clamor y las teorías de la conspiración habían llegado a ser tan fuertes que la propia Citadel respondió, a la CNBC, con auténtica legalidad:

«Citadel Securities no ha dado instrucciones ni ha hecho que ninguna agencia de corretaje detenga, suspenda o limite la negociación o se niegue a hacer negocios de otro modo. Citadel Securities sigue centrada en proporcionar continuamente liquidez a nuestros clientes en todas las condiciones del mercado».

Pero eso no iba a tranquilizar a nadie que observara el caos del mercado y se preguntara por qué demonios no podían comprar acciones de GME mientras que los fondos de inversión de alto riesgo como Melvin sí podían hacerlo. A pesar de lo fría que habían hecho parecer la decisión en su correo electrónico y entrada del blog, Robinhood no podía haber tomado semejante determinación a la ligera. Habían provocado un daño incalculable a su reputación; en las distintas tiendas de aplicaciones —Apple, Google, etc.—, ya había miles de personas poniendo a parir a la compañía, concediéndole sólo una estrella tras otra. Muchas más amenazaban con abandonar la aplicación y llevarse su dinero a otra parte.

Las reacciones negativas no se limitaban a críticas, comentarios y tuits de los usuarios de Robinhood; según el sitio web multimedia estadounidense CNET, ya se había presentado una demanda en el Distrito Sur de Nueva York, y amenazaban y se planeaban varias más. Muchos querían que Robinhood pagara un alto precio por limitar la negociación en GameStop, lo que planteaba aún más la pregunta: ¿estaban respondiendo a un aviso de requisito de depósito de la corporación nacional de compensación? ¿O en realidad estaba ocurriendo algo nefario?

Tumbado en el suelo de su sótano, para Keith eran pensamientos estimulantes. Se había enamorado de un valor, y ahora había multimillonarios, personas influyentes de internet, congresistas y senadores de Estados Unidos gritándose unos a otros por toda la red. Quería mantenerse al margen de la contienda, preservar puros sus pensamientos y centrarse en el *deep*, *deep value*, pero era difícil ignorar la pregunta que Portnoy y otros se hacían: ¿por qué las coincidencias parecen beneficiar siempre a las personas que están en el poder?

Al mismo tiempo, Keith estaba decidido a aguantar hasta el final. Cuando nadie lo escuchaba, le había gustado GameStop a 5 dólares por acción, y seguía gustándole a casi 200 dólares.

Robinhood no podía restringir para siempre la posibilidad de compra. Citadel, Melvin y Cohen tenían dinero y poder, trajes caros y oficinas en Wall Street; Keith tenía un póster de un gato en

la pared y un pañuelo alrededor de la cabeza.

A pesar de esa GME YOLO Update que estaba a punto de publicar, con todos esos ceros alineados y los puntos entre ellos, Keith había empezado sin nada. Y cuando uno empieza sin nada, no tiene nada que perder.

Capítulo veinticuatro

29 de enero de 2021

Un día más tarde, a 1.100 kilómetros al sur.

El leve golpeteo en la puerta llevaba más de cinco minutos sonando antes de que Jeremy levantara la cabeza del escritorio, donde la había dejado en algún momento entre el cierre del mercado y el *Makise Kurisu Ending* de *Steins;Gate*, su parte favorita de la serie de novelas visuales interactivas *Science Adventure*, a la que había jugado tantas veces que, aunque todos los diálogos estaban en japonés, estaba bastante seguro de entender gran parte, si no todo, lo que sucedía. Aun así, el emocionante manga y los sutiles giros de la narrativa —que se inclinaba en gran medida por temas como la naturaleza relativa del tiempo, la disociación que se produce en los momentos de trauma y el peligroso efecto que incluso la acción más pequeña y aparentemente insignificante puede tener en el futuro— no eran rivales para la ola de agotamiento mental inducido por el estrés que al final lo había superado mientras observaba cómo pasaban los últimos salvajes minutos del día bursátil más salvaje de la semana más salvaje de los últimos tiempos de Wall Street.

Con la cabeza todavía a centímetros de la mesa, los ojos cerrados, la imagen tras sus párpados era la de su cuenta de trading, no la del juego manga, que seguía en movimiento en una ventana del portátil. GME acababa de cerrar a 325 dólares por acción, por debajo de un máximo diario de 413,98 dólares, pero todavía muy por encima de la caída que se había producido después de que el día anterior Robinhood detuviera la compra de las acciones. Si bien a esas alturas ya se habían levantado la mayoría de las restricciones —según la prensa económica,

Robinhood estaba en proceso de recaudar la friolera de 3.400 millones de dólares en tres días para cubrir cualquier futuro problema de depósito—, el valor no había vuelto a amenazar con tocar de nuevo el techo de los 500 dólares. Pese a ello, la cuenta de Jeremy mostraba un esplendoroso beneficio de seis cifras.

Debería estar saltando, haciendo calistenia, bailando pop japonés; pero por fin apenas fue capaz de abrir los ojos y mirar enfadado la puerta de su apartamento mientras los golpes se volvían más insistentes.

—¡Vete! —gritó, lo que sólo pareció conseguir que la persona que estaba al otro lado de la puerta mostrara mayor determinación. Eso desveló a Jeremy quién estaba interrumpiendo su reclusión autoimpuesta.

Lo que también significaba que no tenía muchas opciones. Casper no iba a largarse hasta que la puerta, o Jeremy, cediera y le dejara entrar.

Jeremy suspiró, luego se levantó del escritorio y pasó por delante de los montones de ropa sucia, cajas y media docena de bolsas de comida a domicilio y una metrópoli de botellas vacías de Gatorade, agua y refrescos que cubría toda la superficie disponible entre él y la entrada.

Sólo alcanzó a abrir la puerta hasta la mitad antes de que Casper entrara empujando con dos pesadas bolsas de la compra en los brazos. Las dejó en el sofá, entre dos cajas vacías de pizza, y luego miró el desorden.

—Me gusta mucho lo que has hecho con este sitio. Me muero de ganas de verlo en la portada de la revista *Enclaustrado en casa*.

Deseando que su hermano siguiera al otro lado, Jeremy cerró la puerta.

—¿Qué quieres, Casper?

—Controlar tu bienestar, colega.

—¿Te envía papá?

Casper negó con la cabeza. Rodeó el sofá y apartó lo suficiente una de las bolsas de la compra para poder sentarse.

—No. Karl me ha mandado un mensaje diciendo que ayer por la noche te saltaste la sesión de estudio. Y Michael dice que hoy no

has ido a clase, ni ayer tampoco.

Jeremy se frotó los ojos. Había ignorado los mensajes de texto y los correos electrónicos de sus amigos, así que debería haber imaginado que alguno de ellos se pondría en contacto con Casper. Sabía que habían ido a su apartamento para ver qué le pasaba, pero él había tenido la música a todo volumen durante gran parte del día.

—Y me he dado cuenta de que no has movido el coche desde la semana pasada. Lo que significa que también has faltado a tu prueba de COVID-19.

Jeremy soltó una palabrota. Se había olvidado por completo del tema. Casper y él compartían el mismo coche, que permanecía estacionado en un garaje a dos manzanas del piso de Jeremy. Las plazas no estaban asignadas y solía estar lleno, por lo que el coche nunca acababa aparcado en el mismo sitio. Por supuesto, Casper se había percatado: la mente del chaval parecía un archivador.

Por la forma en la que miraba el apartamento de Jeremy, no cabía duda de que estaba calculando el tiempo que llevaba allí encerrado; cuántas comidas había pedido, cuántas clases por Zoom se había saltado. Conociendo a Casper, ya habría visto la pila de libros de texto en su escritorio, todavía en la misma posición que la semana anterior; sin abrir, porque Jeremy llevaba días sin apenas hacer ningún trabajo de clase.

Una y otra vez, Jeremy se había prometido que dejaría de mirar GameStop, que dejaría de leer el foro de WSB; que como de todos modos pensaba aguantar un año, las fluctuaciones diarias no eran más que un ruido que podía ignorar. Pero cada vez que intentaba concentrarse en otra cosa —como en una serie de problemas— descubría que sus ojos volvían a mirar el móvil o el portátil, y entonces regresaba al foro o a su cuenta de Robinhood.

Había estado mirando la pantalla cuando Elon Musk tuiteó «¡Gamestonk!», y había visto cómo el precio se disparaba en una vertiginosa espiral ascendente después de la hora de cierre. Trece horas más tarde, cuando el valor superó los 500 dólares por acción y el valor de su cuenta había alcanzado los 175.000 dólares, seguía conectado. Y cuando Robinhood había publicado la entrada en su

blog y se había desatado el infierno, había estado en el foro de WallStreetBets leyendo los comentarios.

Un día después, la acción se había recuperado de mala gana, pero no cabía duda de que el *short squeeze* había quedado interrumpido. Se desconocía si podría recuperar su posición, si quedaban suficientes posiciones cortas y suficientes manos de diamante que se opusieran a ellas para enviar de nuevo la acción a la estratosfera. Pero no había duda: Jeremy ya no podía mirar hacia otro lado. Ni siquiera su amado anime podía competir con el drama que estaba aconteciendo en GME.

—Sé que no es una chica —dijo Casper sacando con cautela un resto de pizza sobre el que se había sentado—. Así que ¿qué cojones pasa, tío?

Jeremy miró más allá de su hermano en dirección al portátil. Casper le siguió la mirada. Aunque el anime seguía siendo lo más brillante de la pantalla, incluso desde el otro lado de la estancia eran igual de reconocibles su cuenta de trading abierta y el foro de WSB.

—Por el amor de Dios, ¿aún no has vendido? Te dije que vendieras, joder.

—Ya, me dijiste que vendiera a 20 dólares. Y luego me dijiste que vendiera a 30. Y luego a 100, como papá.

—¿Y en qué punto está ahora?

Jeremy volvió a atravesar la sala hasta la mesa.

—Ha cerrado alrededor de 325.

Hubo una pausa.

—¡Joder, tío!

Casper se levantó del sofá y siguió a Jeremy, que ya se estaba dejando caer en la silla del escritorio.

—O sea —dijo Casper—, joder. Eres rico. O lo serías si vendieras.

—No voy a vender.

No había sido intención de Jeremy sonar tan duro. El corazón le latía más rápido de lo necesario y sentía que sus manos se cerraban en un puño. No sabía qué era lo que le enfadaba tanto. Era consciente de que su hermano sólo estaba preocupado por él.

Pero Casper no entendía lo que estaba pasando. No se pasaba horas en el foro de WSB, día y noche, leyendo los gritos de guerra, siendo reforzado en su pensamiento por la camaradería. No entendía que Jeremy formaba parte de una comunidad, más que eso, parte de una tribu.

Jeremy había visto algunas publicaciones de personas que habían vendido —gente que había recogido ganancias porque tenía miedo, o se sentía engañada por lo que había hecho Robinhood, o creía que de una forma u otra Wall Street iba a encontrar una manera de ganar—, y realmente se había sentido traicionado, como le pasó cuando vendió su padre. Entendía que no estaba siendo justo: no conocía a esas personas, no sabía a qué tipo de dificultades se enfrentaban y qué significaba para ellas ganar cientos de dólares, o miles, o decenas de miles con sus acciones. Pero de verdad había creído que los que aún aguantaban estaban juntos en eso.

—Si nos mantenemos unidos como comunidad, si seguimos aguantando —explicó entonces con la voz más calmada—, el valor subirá.

—Puede que sí. Y puede que no. Tal vez vuelva a bajar a 40 dólares, o a 20 dólares, o a 10 dólares. Pero lo que sí sé es que si sigues así, vas a perder los pocos amigos que dices tener. Y fijo que vas a suspenderlo todo.

—Los hermanos sois impresionantes —respondió Jeremy.

Casper sonrió. Luego sacudió la cabeza.

—Puedes fingir que haces esto porque formas parte de algún movimiento, de alguna comunidad que te importa, y quizá sea cierto. Pero te conozco, Jeremy, lo que significa que sé cómo van a acabar las cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Chapas de botella, colega.

Ahora inclinado sobre su hombro mientras leía el foro de WSB, Jeremy volvió a mirar a su hermano. Chapas de botella. Era un recuerdo de la época del barco, cuando eran dos chavales que no se tenían más que el uno al otro, porque nunca había otros niños cerca. Habían inventado numerosos juegos y competiciones

para mantenerse ocupados.

Jeremy no estaba seguro de cuál de los dos había empezado a coleccionar chapas de botella, pero casi de inmediato se había convertido en un deporte: ver quién conseguía aumentar su colección con las mejores y más exóticas. En cada isla en la que se detenían, los dos se adelantaban a sus padres, recorriendo las calles, las cunetas y las aceras en busca de esas pequeñas motas circulares de metal.

En pocas semanas, ambas colecciones crecieron de forma impresionante: llenaron las cajas de zapatos vacías de su madre, las cajas de trastos sin usar de su padre, incluso los cubos de plástico que habían utilizado para limpiar la lona de la cubierta. Y entonces llegaron a las Bahamas, para pasar un mes en Nassau.

Ese primer día en la isla, Jeremy y su hermano salieron en busca de más chapas. Una hora después y bajo un sol abrasador, seguían sin encontrar ninguna nueva para su colección. En la calle —dos niños de siete y nueve años—, Casper se dio cuenta de repente de que estaban frente a un bar. Parecía un lugar sórdido, tenía un cartel de cerveza de neón en la ventana. Jeremy le había dicho a su hermano que debían volver al barco, pero Casper sólo le había echado una mirada y había entrado corriendo en el tugurio.

Jeremy había querido seguirle, pero se quedó clavado donde estaba. Puede que tuviera miedo; tal vez pensó que se trataba de una pérdida de tiempo. Casper tenía siete años y no tenía dinero. Pero, para sorpresa de Jeremy, al cabo de un momento su hermano volvió a salir corriendo con una enorme sonrisa en la cara. En la mano llevaba una botella de Red Stripe. No sólo había conseguido la chapa ganadora, sino toda la cerveza.

—Mira —dijo Casper—. Yo estaba equivocado y tú tenías razón. Has conseguido tu *short squeeze*. Has ganado más de 100.000 dólares. Y ahora lo vas a perder todo. Porque, y lo digo de la manera más amable posible, los del foro sois una panda de pringados. Y los tipos a los que os enfrentáis son tiburones. Ellos ganan, eso es lo que hacen. Ahora mismo estáis arriba, pero seguiréis aguantando a la vez que caéis hasta abajo del todo. —Jeremy miró fijamente a su hermano—. ¿Crees que a Melvin

Capital le importa una mierda la comunidad, o algún «movimiento»? ¿Crees que a Citadel le importa a quién le corresponde el «turno»? Os cortarían el cuello a todos, bailarían sobre vuestra sangre y se largarían sin pensarlo dos veces. Ellos son ganadores. Tú eres un desastre. Y por eso sé que con esta victoria vas a perder.

Casper echó una última mirada al foro de WSB, luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Mientras pensaba en Melvin, en Citadel y en las chapas de botella, Jeremy observó cómo se marchaba.

Cuando su hermano se fue y se quedó solo en el apartamento, Jeremy se dio cuenta de que Casper tenía razón.

Cuarenta y ocho horas después, mientras se cernía sobre la pantalla del teléfono, situado junto al teclado del ordenador, Jeremy estaba de nuevo en el mismo lugar, pero entonces de pie, con todo el cuerpo temblando. Tenía el pelo alborotado y la música llevaba rato sonando. Esta vez no escuchaba a Kanako Itō, sino a Zwei, más tecno-rock que pop, los espectaculares *riffs* del bajo de Megu se fundían con la voz de Ayumu, ondas sonoras que se estrellaban contra las paredes del piso de Jeremy, quien después del fin de semana más largo y difícil de toda su vida contaba los minutos para que abriera el mercado.

Una vez tomada la decisión de vender, se había obligado a mantenerse lejos del ordenador. Desde el momento en el que se marchó su hermano hasta pasada la medianoche del viernes, había permanecido tumbado en el sofá, con los ojos cerrados, dispuesto a pensar en otra cosa que no fuera GameStop.

El sábado dio varios paseos por los terrenos del complejo de apartamentos. Se había sentado junto al lago a observar cómo los pájaros se perseguían en el cielo grisáceo. Abrigado para protegerse del frío de pleno invierno, incluso había colocado una silla reclinable de plástico junto a la piscina y se había instalado allí, con la esperanza de que no pasara nadie conocido, pero sabiendo que si lo hubieran hecho, habría evitado a esas personas.

Y no sólo por la COVID-19; Jeremy sabía perfectamente que parecía un lunático, ya que en su interior sentía que estaba a punto de volverse loco.

El sábado por la tarde, y a pesar de todos sus esfuerzos, acabó de nuevo delante de la pantalla del ordenador. Como esperaba, la mayor parte de lo que había visto en el foro de WSB eran manos de diamante que se apoyaban unas a otras para seguir con fuerza a lo largo de la semana siguiente. Un par de publicaciones eran realmente inspiradoras. Tal vez la más vívida era un mensaje del usuario SomeGuyInDeutschland que contenía un vídeo de alta resolución de un enorme cartel publicitario en vertical que alguien había comprado en Times Square, en el que sobre un gráfico de acciones similar al de Robinhood, simplemente se leía «$GME GO BRRR». El cartel —que con el «BRRR» pretendía reproducir el sonido que hace una máquina de imprimir dinero— se convirtió con rapidez en la principal publicación del foro y en la segunda de Reddit en general. Otro mensaje que conectó con Jeremy a un nivel más personal fue una imagen publicada por un usuario que se hacía llamar Parliament, y que contenía personajes de *Las tortugas ninja*. En uno de los fotogramas, aparecía el maestro Splinter, el mentor roedor de las tortugas, llevando de la mano a una de las tortugas de niño. En el segundo fotograma, se veía a la misma tortuga como un adulto musculoso guiando a Splinter, ya envejecido y humillado. Superpuesto en ambos fotogramas, la palabra *millennials* en la tortuga, y *GameStop* en Splinter.

Jeremy entendió el meme de inmediato; jugaba con su sentido de la nostalgia, con el hecho de que una vez GameStop fue el lugar al que había rogado a sus padres que le llevaran, un sitio en el que había podido pasar horas leyendo revistas de juegos, la descripción en el reverso de las cajas de videojuegos o jugando a las demos. Entonces le tocaba a Jeremy devolver a la empresa su agradecimiento y su amor.

Pero por encima de todos los demás, el meme que a Jeremy le llegó directo al corazón fue publicado por un usuario llamado jeepers_sheepers; se trataba de una escena de un minuto modificada mediante subtítulos de la película de animación *El*

gigante de hierro. En la escena, el robot gigante volaba al espacio para proteger de un misil a la Tierra y a un niño. A través de los subtítulos, la historia se leía de forma diferente: el niño era ahora toda la gente común que poseía acciones de GameStop, las manos débiles dispuestas a vender; el gigante de hierro representaba las manos de diamante de WSB. Y el misil a Melvin Capital. El gigante vuela alto para proteger al niño, haciendo estallar el misil, y tras la explosión resultante podía leerse: «Quiebra».

Tras ver el vídeo una y otra vez, mientras esperaba a que pasara ese tortuoso fin de semana y volviera a abrir el mercado, Jeremy se dio cuenta de que se sentía como el crío, y de que la comunidad de WSB le protegía.

Jeremy deseaba formar parte de la historia, y quería seguir aguantando como el resto; sentía que si vendía decepcionaría de verdad a todas esas personas que no conocía, y que nunca conocería. Pero su hermano tenía razón: Jeremy no era un tiburón. Ni siquiera sabía cómo ganar correctamente. Con el tiempo, acabaría convirtiendo esa victoria en una pérdida.

Además, racionalizó para sí mismo, muchas de esas manos de diamante en WSB habían entrado mucho más tarde que él; a 100 dólares, a 200 dólares, incluso a 300 dólares y más. Tenían diferentes puntos de anclaje. El suyo era de menos de 17 dólares. ¿Apuntar alto? *Había llegado altísimo*.

Y entonces pensaba demostrarle a su hermano que se equivocaba. Iba a ganar.

Mientras contaba los últimos minutos hasta las nueve y media de la mañana, dejó que le inundara el tecno-rock, y entonces colocó el dedo en el botón de vender de su cuenta de Robinhood.

Un total de 350 acciones —que había comprado a una media de algo más de 17 dólares— vendidas a 314,22 dólares por acción: 109.977 dólares.

Jeremy se apartó del escritorio. Y entonces todo su cuerpo comenzó a moverse, sus esqueléticos brazos y piernas sacudiéndose al ritmo de la música japonesa, como las extremidades de una marioneta cuyos hilos se hubieran enredado en un ventilador de techo.

Hecho. Estaba fuera. Estaba bailando.

Y seguiría haciéndolo hasta que al final paró el rato suficiente para llamar a su hermano y contarle lo que acababa de hacer, y luego a su padre para disculparse.

Más tarde bailaría un poco más.

Capítulo veinticinco

Tres días después

Hubo un breve momento de ingravidez mientras el Delta Airbus A220 de angosto fuselaje rebotaba y saltaba a través de las últimas nubes de tormenta que se habían acumulado de forma bastante repentina sobre el aeropuerto internacional de Phoenix-Sky Harbor. Cuando los motores aumentaron su potencia y la cápsula plateada que la rodeaba atravesó el espeso dosel de nubes y se adentró en el cielo matutino espectacularmente claro y azul, Kim sintió cómo la presión la echaba hacia atrás en su asiento.

Mientras observaba cómo se alejaban las nubes a través de la fría ventanilla ovalada de cristal situada a su izquierda y sentía cómo se le aceleraba el corazón en el pecho, Kim respiraba con dificultad detrás de la mascarilla. Nunca antes le había preocupado volar; en los últimos cinco años había hecho ese viaje una docena de veces, y era lo más parecido a dar un salto que permitía el transporte aéreo moderno. Por lo general salía de Phoenix poco después de desayunar y llegaba a casa a tiempo para entrar a trabajar a la hora del almuerzo. Pero como todo lo demás en este año de COVID-19, lo que acostumbraba ser una rutina entonces parecía algo raro.

Las mascarillas, la comprobación de la temperatura en la puerta de embarque, el hecho de que no hubiera nadie sentado en el asiento del medio junto a ella..., bueno, al menos eso era una mejora, pese a que estaba segura de que sería la más provisional de las nuevas normas. Ya había leído que algunas aerolíneas habían empezado a ocupar ese valioso, aunque arcaico, espacio a bordo. A Kim sólo le sorprendía que hubieran tardado tanto. Ni siquiera un virus mortal podría resistir mucho tiempo la reducción del margen

de ganancias de las aerolíneas. Como siempre, había que alimentar la máquina.

Ahora que habían sobrepasado las nubes, Kim se apartó de la ventanilla. Su bandeja seguía subida y bien guardada, el portátil en el suelo bajo el asiento de enfrente, pero su teléfono estaba en el bolsillo. Resistió el impulso de sacarlo porque la señal del cinturón de seguridad continuaba encendida y el avión seguía subiendo, lo que significaba que probablemente la conexión inalámbrica no funcionara todavía. Además, el mercado sólo llevaba abierto unos minutos.

Aun así, dolía estar atrapada en uno de los pocos puntos de desconexión que quedaban en el planeta, en especial teniendo en cuenta todo lo ocurrido en los últimos días. Las turbulencias ni siquiera empezaban a describir lo que había vivido desde que Robinhood había cerrado el grifo y amortiguado el *short squeeze*. Por lo que sabía, cuando su vuelo de regreso a casa desde Phoenix alcanzara altitud de crucero, su cohete lunar se iba a parecer más bien a la primera estación espacial estadounidense Skylab, cuyos restos acabaron poco más que en un cráter en el desierto a 9.000 metros por debajo de donde ella estaba sentada.

Por pura casualidad, había estado volando en un avión similar en dirección contraria el 28 de enero cuando Robinhood había puesto freno a GameStop, que entonces rondaba su máximo de 500 dólares por acción. A pesar de que llevaba casi un año deseando pasar la semana en Phoenix junto a su mejor amiga, Angie, aquella mañana había estado a punto de cancelar su viaje.

Los días previos al devastador movimiento de Robinhood habían sido como un sueño inaudito. Debido a las 100 acciones de GameStop que había comprado por unos 1.600 dólares, había visto cómo su cuenta pasaba de los 5.000 dólares de valor inicial a 50.000.

Cuando en los intercambios previos a la apertura del mercado aquel jueves, hacía justo una semana, la acción había tocado los 500 dólares, parecía que nada iba a detener la subida. El *short squeeze* que le había explicado a Chinwe estaba por fin en pleno apogeo, y un precio de 1.000 dólares ya no parecía una fantasía.

En su cabeza, el propósito inicial de pagar la ortodoncia de Brian se había convertido en la posibilidad de pagar su casa. Tal vez incluso de comprarse un coche nuevo. Qué narices, cualquier cosa parecía posible.

Y en el trabajo, la mayoría de sus compañeros lo habían celebrado con ella. Algunas de las chicas incluso habían seguido su ejemplo, comprando a 200 y 300 dólares por acción; una de las enfermeras del turno de noche, que se había enterado de la buena fortuna de Kim, había comprado dos acciones ese miércoles por la noche, a más de 340 dólares. Para personas que ingresaban lo que ellas ganaban, se trataba de una decisión arriesgada; pero, de nuevo, ¿con qué frecuencia una enfermera de un hospital psiquiátrico tiene la oportunidad de obtener ganancias suficientes para cambiar su vida?

Entre sus amigos, sólo Chinwe se había seguido mostrando escéptico, o como él decía, realista.

«Goliat no ha hecho más que empezar», insistía cada vez que la veía en la sala de descanso.

Kim le había pedido en todas las ocasiones que se tranquilizara; aunque al final, a última hora de la noche del miércoles, su colega la convenció de que pusiera una orden de venta de sólo cinco de sus acciones. Incluso después de la terrible maniobra de Robinhood, se las había arreglado para retirar poco más que su inversión inicial, dejando las 95 acciones que le habían quedado para atravesar la montaña rusa que llegó después.

Ese día 28, cuando se dirigió al aeropuerto, había creído de verdad que al aterrizar en Phoenix sería una mujer rica.

El avión se inclinó hacia la izquierda para luego enderezarse. La luz del cinturón de seguridad se apagó con un tilín, seguido del suave tono del piloto que les aseguró que iban en un vuelo corto y tranquilo de vuelta a California. Otra rareza era lo silenciosa que parecía la cabina. Quizá tuviera que ver con las mascarillas, o con la ansiedad compartida. En los aviones, todo el mundo se ponía siempre un poco nervioso, pero entonces la gente parecía tener más miedo de los gérmenes invisibles que volaban con ellos en el aire enlatado que de la posibilidad de caer en picado y estrellarse.

Kim no tenía miedo de ninguna de las dos cosas. Estaba vacunada contra lo primero, y ya había experimentado lo segundo, porque a pesar de lo que había pensado la primera vez que leyó la entrada de blog de Robinhood y vio la reacción en el foro de WSB, el recorrido de GME no había vuelto a ser lo mismo.

Cuando se enteró de que Robinhood había restringido las compras, Kim no se percató de las consecuencias. Sin duda, la presión a la baja hizo que el *short squeeze* perdiera algo de fuerza, pero ella siempre había supuesto que sería algo temporal, y por la lectura de WallStreetBets sabía que la comunidad estaba decidida a seguir adelante con la estrategia. Cualquiera que hablara de vender era ridiculizado con rotundidad, y la presión de grupo, junto con el reconocimiento de que entonces eso se había convertido en historia nacional —lo que llevaba a millones y millones de nuevos miembros a WallStreetBets y a GameStop—, debería haber permitido que el valor siguiera disparado.

Kim había mantenido con cautela su optimismo durante un tiempo. El viernes 29, la acción siguió fuerte, cerrando a 325 dólares. El lunes siguiente, 1 de febrero, todavía abrió con fuerza, en poco más de 316 dólares. Y entonces el tema empezó a desinflarse.

Al final del día, el valor había caído a 225 dólares. Bajó de nuevo a lo largo de los dos días siguientes. Esa mañana, al abandonar Phoenix, la acción estaba a poco más de 91 dólares, todavía muy por encima de cuando la compró a 16 dólares, pero menos del 20 por ciento del máximo cercano a los 500 dólares que había alcanzado antes de que Robinhood cancelara la opción de comprarlas.

Kim había empezado a enfadarse de verdad en algún momento entre los 300 y los 100 dólares. Chinwe solía decir que no había una teoría de la conspiración que no le gustara a Kim, pero al principio no había pensado en nada de eso. A ella simplemente le costó creer que si había algo perverso tras la decisión de Robinhood se pudiera actuar con tanto descaro como lo había hecho —a la vista de todos—. Pero cuanto más se multiplicaba su enfado, y cuanto más leía WallStreetBets, más

convencida estaba; si se sumaban las restricciones de Robinhood, las acciones de Discord y el bloqueo temporal del foro de WSB, la cosa tenía toda la pinta de tratarse de un ataque coordinado.

Fuera lo que fuese, sin duda había arruinado su semana de vacaciones. Había empezado a despotricar contra GameStop desde el momento en el que Angie la había recogido en el aeropuerto, y no había dejado de hacerlo durante siete días completos. El hecho de haber ido a Phoenix para participar en la fiesta inaugural del grupo benéfico al que a ella y a Angie tanto les había costado unirse —Daughters of the American Revolution— no había hecho más que empeorarlo todo. Cuando GME volaba alto, Kim había fantaseado con los cheques que podría extender para causas patrióticas como el apoyo a las mujeres veteranas o las sesiones educativas para promover la Constitución de Estados Unidos. Pero a la luz de lo que acababa de presenciar —y cada vez estaba más segura de que se trataba de un nuevo golpe contra la equidad y la igualdad de condiciones, las cosas que ella más identificaba con el patriotismo estadounidense—, todo le parecía de alguna manera mancillado.

Al final de la semana, incluso Angie, su mayor defensora, que había estado tan orgullosa de que Kim formara parte de lo que pasaba con GameStop, le había dicho que tenía que recoger los beneficios que hubiera obtenido y salirse. Sin embargo, de alguna manera, Kim simplemente no podía vender. Aun cuando esa misma mañana las acciones habían seguido cayendo, no había conseguido obligarse a deshacerse de sus GME.

Después de que Angie la dejara en el aeropuerto y ella se abriera paso a través del teatro de la seguridad —y el doble bis adicional por la COVID-19—, se detuvo un momento en la puerta de embarque para llamar a Chinwe, su marido en el trabajo, porque como a un verdadero matrimonio, les gustaba llamarse antes y después de tomar un vuelo.

Para su sorpresa, no le había caído encima con comentarios sobre Goliat o David; pero el silencio al otro lado de la línea la hizo sentir aún más tonta. De pie en el aeropuerto de Phoenix, con su pin de la DAR que aún lucía con orgullo en la solapa de la

chaqueta, pensó que todas las personas deberían saberlo.

—Soy idiota —reconoció—. No pasa nada, Chinwe. Puedes decirlo.

En el otro extremo de la línea, su amigo hizo una pausa.

—No creo que seas idiota. Creo que querías creer. Y estoy orgulloso de ti por eso.

Sus palabras la impactaron más de lo esperado. Estaban hablando de GameStop. Una estúpida empresa de videojuegos.

—Entonces, ¿debo vender? —le había preguntado después de un momento.

Chinwe se había reído.

—No puedo decirte qué hacer. Nadie te dice lo que tienes que hacer.

Entonces, sentada en ese avión, a 9.000 metros de altura sobre el desierto a la espera de poder conectar su móvil, pensó en las palabras de su amigo. Chinwe tenía razón: nadie había sido capaz de decirle nunca lo que tenía que hacer. Es probable que ésa fuera la razón por la que su vida era un desastre. La gente, las instituciones, la sociedad, todo la defraudaba; aun así, continuaba creyendo y seguía adelante.

Puede que su mundo siempre fuera injusto y su vida habitualmente un desastre, en el fondo le gustaba el desorden.

Y la verdad es que cuando por fin su móvil se conectó a la red, Kim no estaba segura de si vender, mantener o incluso, qué demonios, comprar más.

Capítulo veintiséis

15 de febrero de 2021
Una semana después

Dos de la madrugada.

Mientras Sara aguardaba de pie al final del camino de grava frente a su apartamento alquilado, ajustándose todo lo que podía la chaqueta de esquí de su marido para que le cubriera los hombros y le rodeara su creciente vientre, nevaba en abundancia. Ninguna de sus chaquetas le quedaba bien, y aunque llevaba semanas buscando ropa de embarazada en Amazon, rara vez se había animado a comprarla. No le acababa de parecer bien gastar dinero en algo tan provisional; pero, cuando lo pensaba, ¿acaso no era provisional todo lo que estaba viviendo, aparte del embarazo? ¿Y dónde, exactamente, empezaba a desdibujarse la definición de provisional? ¿A los nueve meses? ¿Al año?

Se estremeció y metió las manos hasta el fondo en los bolsillos de la chaqueta. Los dedos de la mano derecha tocaron el teléfono móvil, pero no lo sacó al frío. Por primera vez en días, no sintió la necesidad de mirar la pantalla. No sólo porque fuera tan tarde un sábado por la noche, o tan temprano un domingo por la mañana —lo que significaba que el mercado estaba cerrado, e incluso el foro de WallStreetBets, con sus muchos millones de nuevos usuarios, estaba tranquilo—, sino porque Sara sabía que para ella se había roto gran parte del hechizo.

A diferencia de muchos de los usuarios de WSB, nunca había sucumbido a las ilusiones, las fantasías o los sueños; siempre había abordado su operación, por pequeña que fuera, desde una perspectiva más amplia, con sensatez, como algo real. Pero se había permitido tener esperanzas, y había sido difícil no dejarse

llevar por la emoción del momento al ver cómo se disparaba el valor. Pero cuando la realidad se había derrumbado —y los que mandan habían vuelto a mandar—, Sara había vuelto a sentir las mismas emociones tan familiares durante el último año. Decepción, aceptación, perseverancia. No había vendido sus acciones, y dudaba que lo hiciera alguna vez.

Miró hacia sus pies, a la grava que sabía que estaba allí, pero que ya no podía ver. Hacía sólo unas horas que nevaba, pero los copos eran pesados y consistentes, y se acumulaban en plantas y montículos que parecían dunas a la suave luz de la entrada de su casa, que había dejado encendida al salir. No había sido difícil salir de la cama a esa hora sin despertar a su marido. Era algo que había aprendido a hacer cada vez mejor a lo largo de su embarazo. Suponía que el insomnio no era más que otro regalo de la evolución, que su cuerpo la preparaba para la falta de sueño que soportaría después del nacimiento del bebé. Pero esa noche no le importaba.

El insomnio, la falta de sueño que conlleva traer algo nuevo al mundo, era un ejemplo más de la realidad que invade lo que a veces puede parecer una fantasía. Como una tormenta de nieve en el Día de San Valentín, que había echado a perder sus planes de ir al lago Emmons en coche y disfrutar de un pícnic.

Pero la velada no había sido un fracaso en absoluto; en vez de un pícnic, su marido había preparado la cena e incluso habían abierto una botella de vino de la que debido a su avanzado estado de gestación tuvo que ocuparse él. Había sido romántico, encantador y divertido. Entonces, de pie en el camino de entrada viendo nevar, podía pensar en ello y sonreír.

Sus dedos todavía descansaban en el teléfono, pero a pesar de que la nieve le caía en el pelo, en las mejillas y en la piel desnuda de la nuca, ni siquiera eso afectaba a la sensación de calidez que se propagaba por todo su cuerpo.

Sus diez acciones de GameStop valían una sexta parte del precio que había pagado por ellas, pero seguían siendo suyas. ¿Y si en realidad la salvaje, improbable e imposible aventura había terminado? ¿Y si en verdad había sido algo provisional, como la

tormenta de nieve que se arremolinaba a su alrededor, o el estado actual de su cuerpo, o el momento que todos estaban viviendo? ¿Acaso realmente algo cambiaría?

Sacudió la cabeza y desanduvo el camino nevado hacia los escalones de entrada a su casa.

En medio de una noche de nieve era difícil pensar con claridad, incluso para alguien tan realista como ella. Sabía que una vez pasada la tormenta, y por fin pudiera ver las cosas a la luz del día, todo parecería diferente.

Capítulo veintisiete

18 de febrero de 2021

Mediodía.

Gabe Plotkin se quedó mirando el gélido resplandor del ojo digital de su ordenador a la espera de que se disipara el humo, imaginando los rostros que hacían cola, uno tras otro, en oficinas, hogares, segundas residencias, en ciudades y estados repartidos de una costa a otra. Una vasta telaraña interconectada de gente poderosa reunida para una transmisión en directo que la prensa había descrito sobre todo de investigación, pero que desde la perspectiva de Gabe parecía más bien un coro griego shakesperiano formado con el objetivo expreso de juzgar.

Resulta irónico que el peor momento de la carrera de Gabe, y es probable que uno de los episodios más dolorosos de su vida, culminara en una transmisión en directo que se emitiría en la web, plasmada en tinta para la posteridad, disponible para cualquiera con una conexión a internet. A diferencia de algunos de sus compañeros, incluso de su antiguo jefe, a lo largo de su carrera Gabe había hecho todo lo posible por evitar cualquier clase de huella pública real, por voluntad propia nunca había perseguido la notoriedad. Hasta hacía unos meses, casi nadie fuera del sector conocía su nombre.

Y allí estaba, a punto de debutar ante un escenario mundial, con la expectativa de explicar una de las mayores y más rápidas pérdidas de la historia financiera a un público hambriento y confinado en casa. Por mucho que intentara serenarse con su mantra basado en el deporte —que levantarse después de una caída demostraba carácter y diferenciaba a los grandes de los meramente afortunados—, resultaba difícil ver más allá de las

profundidades de esa caída en picado; entonces, arrastrado a la luz pública por un comité del Congreso, tenía que intentar explicar cómo había sucedido todo cuando él mismo todavía estaba intentando digerir qué había ido tan terriblemente mal.

Mientras miraba la pantalla, su cuerpo se tensó. Por supuesto, en realidad no era humo. Era más bien una nube de píxeles color gris perla que cuando por fin se disipó, dejó ver sentada en el centro a Maxine Waters, la presidenta del Comité de Servicios Financieros de la Cámara de Representantes. Aparecía frente a un fondo blanco, vacío excepto por la bandera estadounidense y una foto enmarcada oculta por su propio rostro. Cuando comenzó a leer el título de la audiencia del día, la congresista tenía el mismo semblante serio de siempre:

—¿Game Stopped? Quién gana y quién pierde cuando chocan los vendedores en corto, las redes sociales y los inversores minoristas.

A partir de ahí, se zambulló de cabeza:

—La reciente volatilidad de los mercados ha puesto el foco de la nación en las prácticas institucionales de las empresas de Wall Street, y ha suscitado el debate sobre la evolución del papel de la tecnología y las redes sociales en nuestros mercados. Estos acontecimientos han sacado a la luz posibles conflictos de intereses y las formas depredadoras con las que operan ciertos fondos, y han demostrado el enorme poder de las redes sociales en nuestros mercados. También han planteado cuestiones relacionadas con la gamificación del trading, el posible perjuicio para los inversores minoristas...

Aunque algunas personas podrían pensar que eran injustas, muchas de sus palabras aterrizaron como golpes sobre los hombros de Gabe. No había habido nada depredador en la posición corta de Melvin en GameStop. Había sido una operación simple y sin controversias. Ni en un millón de años habría llegado a imaginar que tomar una posición corta en un dinosaurio del sector de la venta al por menor con sede en centros comerciales, con una enorme deuda y en apariencia sin un verdadero plan de futuro sería algo que tendría que defender.

—Muchos estadounidenses sienten que el sistema está en su contra —siguió diciendo Waters—, y que pase lo que pase, Wall Street siempre gana. En el presente caso, muchos inversores minoristas parecen motivados por el deseo de vencer a Wall Street en su propio juego. Y dadas las pérdidas que muchos inversores minoristas han sufrido como resultado de la volatilidad del sistema, hay muchos que han reforzado su creencia de que el sistema está amañado contra ellos...

Si a unos instantes de ser llamado a declarar Gabe no hubiera estado atrapado en su silla —nada visible para la cámara salvo una persiana cerrada detrás de él junto con una pared sombría y una impresora Hewlett-Packard, como si estuviera transmitiendo desde un cuarto de suministros rara vez utilizado en Melvin Capital—, podría haber desconectado allí mismo la transmisión en directo. ¿Pérdidas sufridas por los inversores minoristas como resultado de la volatilidad? Si la gente de WallStreetBets había sufrido pérdidas, ¿de quién era la culpa? ¿Quién había provocado la volatilidad en el sistema?

Y si de verdad el sistema estaba amañado contra los usuarios de Reddit, ¿por qué Gabe acababa de perder 6.000 millones de dólares en cuestión de días?

Pero a Gabe no le quedaba más remedio que escuchar, en silencio, hasta que llegara su turno de dejar de silenciar el ordenador. Cuando al fin le pidieron que hablara, hizo una breve pausa y abrió los ojos como platos. Tal vez las náuseas se apoderaron de él al enfrentarse a este extraño momento de la verdad frente a la que posiblemente era la comisión más poderosa del Congreso; por no hablar de los millones de personas que lo estaban viendo, en el único caso de la historia en el que ver una transmisión en directo del Congreso era una forma bastante razonable para cualquiera de pasar un jueves por la tarde.

Después de agradecer al comité que lo hubieran invitado a exponer su versión de los hechos, fue directo al meollo de la cuestión: la restricción de compra de GME por parte de Robinhood, así que Gabe comenzó:

—Quiero dejar claro desde el principio que Melvin Capital no

desempeñó absolutamente ningún papel en las decisiones de esas plataformas de trading. De hecho, Melvin cerró todas sus posiciones en GameStop días antes de que esas plataformas impusieran tales limitaciones. Igual que ustedes, nos enteramos de esos límites por las noticias...

No era necesario conectar los puntos obvios: si Melvin había salido de su posición corta, no había ganado nada con el hecho de que Robinhood limitara la compra de GameStop. Si Gabe hubiera sabido que Robinhood y las otras agencias de corretaje iban a llevar a cabo semejante maniobra, ¿no habría esperado un día más y se habría ahorrado miles de millones de dólares? ¿Quién era en realidad la víctima ahí?

—En contra de lo que se dice, Melvin Capital no fue «rescatada». Citadel contactó con nosotros de forma proactiva para convertirse en nuevo inversor...

¿Fue culpa de Gabe que Citadel considerara de repente buena inversión un fondo de cobertura que había perdido la mitad de su valor?

—Para Citadel era una oportunidad de «comprar barato» —racionalizó Gabe, y añadió—: No hay duda de que Melvin estaba gestionando un momento difícil..., no buscábamos una inyección de efectivo...

Esforzarse por abrir huecos en la narrativa conspirativa construida en las redes sociales durante las últimas dos semanas, era como defenderse con una escopeta. Y mientras defendía a Melvin, se vio en la necesidad de usar esa escopeta para defender una de las herramientas más controvertidas de Wall Street.

—Cuando nuestros estudios sugieren que una compañía no responderá a las expectativas creadas y que su cotización está sobrevalorada, podemos «poner en corto» una acción..., cuando los mercados bajan, tenemos el deber de proteger el capital de nuestros inversores.

Con GME, el suelo bajo esa operación no podía ser más firme.

—En lo que respecta a GameStop, mucho antes de los recientes acontecimientos teníamos una opinión respaldada por estudios. De hecho, cuando fundamos Melvin, hace seis años,

tomamos una posición corta en GameStop porque creímos y seguimos creyendo que su modelo de negocio...

Pero Gabe debía saber que para gran parte de la audiencia, su explicación caía en saco roto. No buscaban educación financiera; buscaban alguien a quien culpar. Aunque en el curso del proceso sólo unos pocos de los inquisidores congresistas lo señalaron directamente —había otros objetivos más jugosos a los que hincar el diente—, Blaine Luetkemeyer, representante de Montana, expresó con palabras lo que muchos estaban pensando:

—Tengo entendido que las acciones de GameStop fueron vendidas en corto al 140 por ciento... Señor Plotkin, en su testimonio ha señalado que no estaba tratando de manipular el valor..., sin embargo, si usted está vendiendo en corto una acción al 140 por ciento..., desde fuera parece que eso es exactamente lo que está haciendo... Explíqueme por qué eso no es manipular una acción.

Pero el congresista no apuntaba a Gabe, sino al sistema.

—Para nosotros —respondió Gabe—, no puedo hablar por otras personas que tuvieran una posición corta, cada vez que buscamos poner en corto una acción localizamos un préstamo; en realidad, nuestros sistemas nos obligan a encontrar un préstamo, siempre tomamos una posición corta en acciones dentro del contexto de todas las normas...

Desde el punto de vista de los cortos, la manipulación se llevaba a cabo en el otro lado de la operación. Gabe había puesto en corto las acciones porque creía que iban a bajar, y otros se habían sumado a la operación porque coincidían con su apreciación hasta tal punto que se tomaron prestadas las acciones más de una vez. Es evidente que el valor debería haber seguido bajando. Pero no fue así. En el fondo, no estaba del todo claro el motivo por el que había subido. ¿Podía un grupo de inversores minoristas poco sofisticados y vagamente coordinados lanzar semejante *short squeeze*? ¿O estaba ocurriendo algo mucho más profundo aún por descubrir?

Si de verdad el comité quería entender por qué había salido mal la operación de Gabe, deberían centrarse en el otro lado.

Operar en corto era lo que había tenido sentido.

No fue hasta pasadas tres horas y cuarenta minutos de sesión cuando el congresista por Florida Al Lawson preguntó por fin a Gabe sobre ese otro lado. Cómo, según la narración, un inversor aficionado podía haber provocado que el mercado se diera la vuelta costándole a Gabe miles de millones de dólares. ¿Cómo alguien como Gabe, que había sido un ganador toda su vida, que sabía que ganar no era algo transitorio, sino duradero, pudo haber sido superado por un tipo en su sótano?

Sin duda, era la pregunta que Gabe se había hecho todos los días desde que había cerrado su posición corta. Por primera vez podía intentar responderla, porque, por primera vez en todo este calvario, aunque fuera a través de esa telaraña de pantallas de vídeo, se encontraba cara a cara con el aficionado con corte de pelo *mullet* y pañuelo en la cabeza que casi había destruido su fondo.

—Creo que vieron una oportunidad para impulsar el precio de una acción —dijo Gabe, y por mucho que intentara tragárselo, llevaba escrito el dolor en las profundas arrugas de los ojos—, y hoy en día, con las redes sociales y otros medios, existe la posibilidad de conseguirlo de forma colectiva, ya sabe, se trata de un factor de riesgo que hasta hace poco no habíamos visto..., explotaron una oportunidad en torno al interés a corto...

Pero incluso mientras hablaba, en su interior comenzaron a encenderse las chispas. Estaba en el suelo, herido y sangrando, no obstante, no se había rendido. Parecía recuperarse e incorporarse de una frase a la siguiente; primero se puso de rodillas y luego, lentamente, con más fuerza, en pie.

—Nosotros, y Melvin, nos adaptaremos, creo que toda la industria tendrá que hacerlo...

Cuando el congresista Lawson continuó preguntando qué debía hacer el sector para evitar que eso volviera a suceder, Gabe ya estaba dando un paso adelante, quitándose el barro de los zapatos. Un luchador, levantándose en el tatami, volviéndose a enfundar los guantes. Michael Jordan, entrando en la cancha el día después de una rara derrota, listo para empezar a encestar triples.

—Creo que hasta cierto punto los mercados se están autocorrigiendo. De cara al futuro, no creo que vayamos a ver valores con el tipo de interés a corto plazo que hemos visto antes de este año. No creo que los inversores como yo quieran ser vulnerables a este tipo de dinámica. Creo que habrá una vigilancia mucho más estrecha de los foros..., tenemos un equipo de ciencia de datos que los estudiará... Ya saben, cualquier regulación que ustedes propongan, sin duda la acataremos.

La transformación era visible incluso a través de una transmisión en directo; en menos de un minuto, Gabe había pasado de ser una víctima desconcertada al deportista profesional que siempre había sido. Era hora de aceptar la derrota y seguir adelante, porque en el futuro había muchas más victorias.

Como había dicho, el mercado se autocorregiría. El sistema se adaptaría. El desconocido del sótano había vencido a Gabe, pero ahora que se había revelado, ahora que la amenaza que representaba era tan nítida como los píxeles de la pantalla que tenía delante, no podría volver a vencerlo.

—Baiju Bhatt y yo fundamos Robinhood hace casi ocho años. Entonces creíamos, como creemos ahora, que el sistema financiero debía estar construido de modo que funcionara para todos, no sólo para una minoría privilegiada.

Mientras decía la VERDAD en el éter de INTERNET, Vlad Tenev, sentado en una postura perfecta delante de una estantería baja con un par de libros que bien podrían ser bíblicos, y un trío de jarrones, macetas o urnas que podrían haber sido antiguos, estaba suspendido en un cojín de aire.

—Soñamos con hacer más accesible la inversión, sobre todo para aquellas personas que no contaban con mucho dinero.

No importaba si su sermón llegaba sólo a los cincuenta legisladores reunidos en el Congreso, o a los millones y millones de personas que lo estaban viendo desde sus casas, las palabras de Vlad vibraban con la pasión de un CREYENTE.

—El mercado de valores es un poderoso creador de riqueza —

siguió diciendo—, pero casi la mitad de los hogares estadounidenses...

Y cuando llegó la primera interrupción, por parte de la misma presidenta, la sorpresa fue tan grande que la atónita mirada de Vlad resultó evidente para cualquiera que lo estuviera observando.

—Señor Tenev, me gustaría que utilizara su limitado tiempo para hablar directamente de lo ocurrido el 28 de enero y de su implicación en ello.

Al principio, quizá algo más titubeante de lo que había empezado, Vlad trató de recomponerse, erigiendo con rapidez los pilares del mito y el mensaje de Robin Hood.

—Creamos Robinhood para empoderar económicamente a todos los estadounidenses mediante la apertura a los mercados financieros. Nací en Bulgaria, un país con un sistema financiero al borde del colapso. A los cinco años emigré con mi familia a Estados Unidos en busca de una vida mejor.

Y a medida que pasaba del cojín de aire a bailar por un resplandeciente claro de agua, de nuevo fue cobrando impulso. Por supuesto, habló de la democratización de las finanzas. De los recursos educativos de su plataforma. De las maravillosas inversiones fraccionadas, las reinversiones de dividendos y las inversiones recurrentes de las que disfrutaban sus clientes; de su dieta regular de valores de primera clase y fondos cotizados que, en parte, había dado a esa base de clientes un valor total que «supera en más de 35.000 millones de dólares la cantidad neta de dinero que han depositado».

—Nuestro modelo de negocio funciona para los estadounidenses de a pie —añadió, pero por muy alto que construyera esos pilares, por mucho que intentara deslizarse hacia la posición elevada que la mitología apoyaba, en unos instantes descubrió que la interrupción había sido sólo la primera salva; a los diez minutos, las flechas comenzaron a llegar con tanta rapidez y furia que bien podrían haber sido una violenta lluvia.

De David Scott, representante de Georgia:

—¿No ve, y coincide con ello, que aquí ha pasado algo muy malo y que usted se encuentra en el centro de todo?

Juan Vargas, representante de California:

—Robin Hood es un héroe popular inglés del siglo XIII o XIV, y se supone que robaba... a los ricos para dárselo a los pobres. Aquí tenemos prácticamente el caso contrario. Se da la situación en la que se ha robado al pequeño inversor minorista para dárselo al gran inversor institucional.

E interpretada por los congresistas desde todos los ángulos, las muchas versiones de una única pregunta: ¿es legal el pago por el flujo de pedidos?

No importaba que las personas que formulaban las preguntas fueran los mismos legisladores que diseñaron las normas y leyes que habían ayudado a construir el sistema que había colocado a Vlad en su punto de mira. Era obvio que no estaba allí como un testigo más de lo sucedido, como en su mayoría habían tratado a Gabe Plotkin, sino para ser un objetivo. Lanzadas contra él en una mezcla de grandilocuencia política y auténtica ira, eran acusaciones disfrazadas de preguntas, todas ellas extraídas de la vorágine cargada de conspiraciones que había ido creciendo en las redes sociales desde el 28 de enero.

Ocho minutos después de las cinco horas, Alexandria Ocasio-Cortez, congresista por Nueva York, resumió los ataques:

—Señor Tenev, Robinhood tiene un historial de caídas de servicio, fallos de diseño y, más recientemente, lo que parece ser un fallo en la adecuada contabilización de su propio riesgo interno. Ya ha intentado culpar antes a las cámaras de compensación de su necesidad y lucha por recaudar 3.400 millones de dólares en cuestión de días... Dados los antecedentes de Robinhood, ¿no es posible que el problema no sea de las cámaras de compensación..., sino de que simplemente no gestionaron bien sus libros?

A partir de ahí, pasó a hablar del pago por el flujo de pedidos, destacando que éste conllevaba considerables posibilidades de conflicto de intereses y, además, que los beneficios generados por la práctica —si bien permitían a Robinhood ofrecer operaciones sin comisiones—, ¿no significaban en esencia, para empezar, «que las operaciones en Robinhood en realidad no son gratuitas?».

Aunque de inmediato a la defensiva, al principio, Vlad

respondió al bombardeo de preguntas acusatorias con toda la serenidad y gracia de las que era capaz. Habló de lo inusual —extraordinario— que fueron los acontecimientos que condujeron al 28 de enero; de cómo el requisito de depósito que lo había despertado ese día había sido diez veces mayor que el de sólo tres días antes; de lo en serio que se habían tomado el acto de restringir la compra de GME, pero de lo infinitamente peor que habría sido si hubieran impedido a los clientes vender, impidiéndoles acceder al dinero cuando tal vez lo necesitaran.

Pero al final de la sesión, su actitud y postura se resentían; lucía la chaqueta y la corbata desaliñadas y las mejillas coloradas.

Cuando por fin respondió al inflexible ataque de Ocasio-Cortez —«Sin duda, congresista, Robinhood es un negocio con fines de lucro»—, se mostró a todas luces nervioso. Y en otra parte de la audiencia, cuando de manera inevitable pasó a cuestionarse si Robinhood había «gamificado» el mercado de valores con su aplicación fácil de utilizar para los aficionados, no pudo hacer mucho más que levantar las manos.

—Miren, siento lo ocurrido —dijo, ya no desplazándose por el aire, sino jadeando en busca de éste—. Pido disculpas. No voy a decir que Robinhood lo hizo todo perfecto…

Pero según sus palabras, aquél fue un acontecimiento extremadamente asombroso: «Uno jamás visto antes en los mercados de capital».

No creía que tuviera nada que ver con la gamificación. Una palabra que los congresistas le lanzaron como si fuera la encarnación del mal; algo irónico teniendo en cuenta que todo el episodio giraba en torno a una turba de inversores minoristas que intentaban afianzar las acciones de una empresa que sólo existía debido al amor del público estadounidense por los juegos.

A pesar de que Vlad no lo dijera, si alguien había gamificado Wall Street era el pueblo estadounidense. Los mismos que habían puesto en el cargo a esos congresistas. Fueron los que compraron GameStop por la razón expresa de acabar con Wall Street.

Al final, todo se reducía a una sola pregunta: ¿podría volver a ocurrir? Vlad estaba seguro de que si volvía a suceder, con su

nuevo colchón financiero su empresa se las arreglaría. Pero, aun así, debió de pensar que él no era la persona adecuada a la que preguntar, porque por muy ingeniosa, guay y adictiva que fuera su aplicación, él no era más que el intermediario.

Claro, si uno es el intermediario, cuando las cosas van mal, inevitablemente acabas en el medio; pero si Wall Street se había gamificado, si el mercado de valores se había convertido en un inmenso videojuego, Robinhood era sólo la consola.

Los fondos de inversión de alto riesgo —Melvin, Gabe Plotkin — y los inversores minoristas —el pañuelo en el sótano— eran los jugadores. Si un videojuego se estropea, si de repente su software parece lleno de errores, no se culpa a la consola ni a los jugadores.

O bien se culpa a los creadores del juego, o bien a quien tiene el poder suficiente para cambiar su código una vez iniciado.

—Quiero ser muy claro. No tuvimos nada que ver en la decisión de Robinhood de limitar la negociación de GameStop... Me enteré de las restricciones de negociación de Robinhood sólo después de que se anunciaran públicamente...

Ken Griffin se expresaba con calma, cuidado y precisión ante la cámara, apenas sin parpadear, como si fuera un acto que hiciera por voluntad propia y no por necesidad. Parecía confiado, si no cómodo, frente a la poderosa comisión parlamentaria, y su tono era el de un hombre que tenía muchas cosas importantes que hacer ese día; estaba allí porque era inevitable, y respondería a cualquier pregunta que le hicieran los congresistas, pero no tenía intención de repetirse.

—Durante el frenético período de negociación de inversores minoristas, Citadel Securities fue capaz de ofrecer liquidez constante cada minuto de cada día de negociación. Cuando otros no pudieron o no quisieron gestionar los grandes volúmenes, Citadel Securities estuvo allí. El miércoles 27 de enero, ejecutamos siete mil cuatrocientos millones de acciones en nombre de los inversores minoristas. Para situar las cosas en su contexto, ese día Citadel Securities ejecutó más acciones para los inversores

minoristas que todo el volumen medio diario de todo el mercado estadounidense de acciones en 2019.

El fondo en segundo plano no podía parecer más institucional: blanco roto, con paneles perfectamente simétricos en la pared, sobre un conjunto de armarios del mismo color. El traje de Ken quedaba enmarcado a ambos lados por plantas en macetas equidistantes, cuyas hojas se arrastraban por los lados como enredaderas asustadas. Si las plantas en maceta pudieran hablar, éstas parecían a punto de gritar o, por lo menos, de lloriquear. Todo el efecto visual estaba a medio camino entre una transmisión desde la sala de descanso de la consulta de un quiropráctico y la grabación de un publirreportaje para vender algún sospechoso medicamento para la diabetes.

A medida que avanzaba la audiencia, desde las declaraciones iniciales hasta la inquisición, resultó evidente que la paciencia de Ken iba a verse desafiada, tal vez más allá de sus límites habituales. Aunque algunas de las preguntas eran bienintencionadas, en realidad muchas parecían —sin quererlo— diseñadas para demostrar lo poco que el comité del Congreso allí reunido entendía acerca de qué hacía Citadel, o cómo funcionaba de verdad el sistema financiero, o por qué arrastrar a Ken ante ellos era una completa pérdida de tiempo para todo el mundo. No había duda de que Ken jugaba a un juego que los congresistas apenas comprendían, en un sector muy por encima de sus áreas de conocimiento.

Con la paciencia de un hombre que definitivamente no había construido un trono con los huesos de sus competidores, mientras Ken intentaba explicar cosas como la compensación T + 2, los diferenciales de los competitivos creadores de mercado y cómo Citadel Securities ahorraba miles de millones de dólares a sus clientes a través de modelos de óptima ejecución, podía imaginar cómo la mayoría de sus interlocutores se marchitaban como las plantas que tenía detrás. La simple realidad es que la tecnología había avanzado tan rápido, el sistema financiero se había vuelto tan complejo, que si no se había estado dentro todos los días, durante décadas, había pocas oportunidades de entender qué hacía

en realidad un hombre como Ken para que la economía siguiera bombeando. Era como si un antropólogo perteneciente a una civilización muy compleja viajara en el tiempo y entrara en contacto con una comunidad antigua, pero fuera esta última la que intentara descifrar y traducir el complejo lenguaje del antropólogo, y no al revés. Sencillamente, no tendrían —no tenían— la experiencia ni las herramientas necesarias para entenderlo.

Es probable que ése haya sido el motivo por el cual la mayor parte de la ira y los ataques tuvieron por objeto a Vlad y a Robinhood, y sólo unos pocos congresistas fueron lo bastante valientes para atacar a Ken. Vlad era un blanco fácil, no sólo porque parecía tan accesible y acogedor como el típico chico amable e inocente que uno podía encontrar ofreciéndose voluntario en el estand del chapuzón en una feria ambulante, sino porque lo que Robinhood hacía —y había hecho— era extremadamente fácil de entender. Se presentaba en términos muy sencillos. Qué diablos, ése era su modelo de negocio: simplificar, hacer accesible, igualar y, sí, gamificar cosas que se suponía que eran muy complejas.

Así que no supuso ninguna sorpresa que cuando uno de los inquisidores del Congreso —el representante Juan Vargas, de California— se dirigió finalmente a Ken, saltara de la simple narrativa que rodeaba a Robinhood y su aparente traición a su base de usuarios:

—¿Alguien en su organización se puso en contacto en enero con Robinhood?

Pero por la reacción de Ken, parecía ser el tipo de pregunta tonta por la que podría haber machacado a un subordinado sólo por formularla:

—¿Está preguntando si hemos tenido contacto con Robinhood? —Y como si hiciera falta una aclaración, luego especificó—: Por supuesto que hablamos habitualmente con Robinhood en el curso ordinario del negocio. Gestionamos una parte importante de su flujo de órdenes.

Y cuando el congresista fue un poco más allá y efectuó una acusación real:

—¿Hablaron con ellos de restringir o hacer algo para evitar que la gente comprara acciones de GameStop?

La respuesta de Ken volvió a estar teñida de un vigor que cualquiera que lo hubiera conocido —y salido con las cuatro extremidades pegadas al cuerpo— habría reconocido:

—Permítanme que sea muy claro al respecto. ROTUNDAMENTE NO.

Ken se mostró tan convencido en su respuesta que durante unos segundos se abstuvo de parpadear, el semblante tan inmóvil que uno podría haberse preguntado si se había caído la conexión.

En general, poco más se le preguntó que estuviera realmente relacionado con los acontecimientos en torno a GameStop. Cuando desde el podio virtual fue el turno de preguntas de la representante Rashida Tlaib, no mencionó en absoluto a GameStop:

—Como todos sabemos, el 10 por ciento más rico posee el 84 por ciento de todas las acciones. De hecho, el 50 por ciento de las familias estadounidenses no poseen ninguna acción. Digo esto para subrayar que para muchos de los habitantes de mi circunscripción, el mercado de valores es simplemente un casino para ricos..., y cuando todos meten la pata..., la gente acaba pagando la cuenta.

A partir de ahí, pasó directamente a una pregunta sobre la «negociación de alta frecuencia», la estrategia informatizada de operar por delante del mercado, pero lo que preguntaba era tan complejo que a Ken le resultaba imposible empezar a responder de una forma que pudiera llegar a satisfacerla.

En todo caso, aunque la congresista estuviera planteando una importante cuestión sobre una práctica financiera tangencialmente relacionada, el momento sintetizaba a la perfección lo absurdo que era que alguien como Ken fuera convocado a una audiencia de esas características. Si Ken estuviera siendo juzgado —y claramente no era así—, habría esperado que lo hiciera un jurado de iguales. Pero Ken Griffin, y Citadel, no tenían igual.

Durante el interrogatorio del representante Vargas, el congresista se había anotado lo que parecía ser un punto importante cuando antes de presionar a Ken sobre su toma de contacto con Robinhood, le había preguntado:

—Señor Griffin, ¿cuántas personas hay en la habitación con usted?

A lo que Ken había respondido:

—Cinco personas, entre las que me cuento.

Pero lo que el representante creía haber dejado claro —que los CEO de Wall Street como Ken tenían equipos de ejecutivos a su alrededor que los protegían, asesoraban y blindaban de absurdas pérdidas de tiempo como, por ejemplo, audiencias sin sentido— era sólo una parte de la ecuación. Ken tenía un equipo a su alrededor porque lo que hacía era tan complejo y complicado que resultaba casi imposible separarlo del sistema que lo rodeaba.

Al final de la audiencia de cinco horas y media de duración, no cabía duda de que los congresistas allí reunidos no estaban más cerca de entender lo que en realidad había sucedido esa semana de enero de lo que lo habían estado el día anterior. Tampoco había duda de que Ken se hallaba en el centro de lo ocurrido, porque Ken, y Citadel, estaban en medio de casi todo lo que sucedía en los mercados financieros estadounidenses. Pero las preguntas que se le habían formulado arrojaron muy poca luz sobre el caso, porque o no eran las preguntas adecuadas, o bien éstas no existían.

Si Citadel había presionado a Robinhood de forma activa para que restringiera la compra de acciones de GameStop era para Ken una pregunta fácil de responder, porque por supuestísimo que no lo había hecho. ¿Por qué tendría que hacerlo? Los requisitos de depósito de compensación de Robinhood habían impedido que la empresa de Vlad pudiera hacer otra cosa.

¿El pago por el flujo de pedidos requería conflictos de intereses al convertir a los usuarios de Robinhood en su producto? En teoría, sí, pero ¿de quién era la culpa en realidad? ¿De Citadel, que ganaba dinero al proveer a Robinhood operaciones más eficientes y baratas? ¿De Robinhood, que también ganaba dinero, pero así podía ofrecer a sus clientes la posibilidad de operar gratis? ¿O de los mismos usuarios, que también podían ganar dinero sin pagar absolutamente nada en comisiones?

¿Era la «negociación de alta frecuencia» o «negociación por delante del mercado» algo impreciso, peligroso y corruptible?

Cielos, casi seguro que sí, pero ¿quién demonios entendía en realidad qué significaba todo eso? Lo más probable era que si de verdad uno lo entendía, lo estaría haciendo, y no estaría tratando de plantear preguntas coherentes para formular a personas como Ken.

Tal vez hubiera sido mejor simplificar las cosas. Aunque algunos de los representantes habían dado vueltas al asunto, podrían haber formulado a Ken la única pregunta realmente válida:

¿Por qué, exactamente, había invertido 2.000 millones de dólares en Melvin Capital, un fondo de inversión de alto riesgo que acababa de perder en cuestión de días la mitad de su valor? Incluso si no se denominaba rescate, ¿por qué un hombre como Ken Griffin invertiría en un fondo de inversión de alto riesgo que se estaba desangrando, por mucho que Gabe Plotkin fuera una estrella?

¿Podría la rivalidad de Ken con Steve Cohen haber sido impulso suficiente para que Ken quisiera entrar en un fondo de forma presumiblemente favorable, a pesar de que ese fondo acabara de saltar por los aires de un modo tan público y acaso existencial?

¿O a lo mejor Ken apoyaba a Melvin por alguna otra razón? ¿Había algo más profundo?

Las personas inclinadas a creer teorías de la conspiración estaban práctica y definitivamente equivocadas: como Ken había testificado, no había presionado a Robinhood para que restringiera la compra de acciones de GameStop para salvar Melvin y los otros fondos de inversión de alto riesgo; era evidente que no había necesitado hacerlo. Los requisitos de compensación de Robinhood se encargaron de ello.

Uno podría haber preguntado, pero ¿no habrían sido Ken y Citadel plenamente conscientes de cuáles iban a ser esos requisitos de compensación, y de cómo tendría que reaccionar Robinhood? ¿No habría sabido Citadel —el jueves 28 de enero por la mañana— que Robinhood no sería capaz de cumplir con sus requisitos de depósito sin recurrir a tejemanejes en el lado de la compra de GameStop?

Si una empresa como Citadel era en verdad capaz de ganar

dinero operando por delante del mercado, ¿no era ésta una situación en la que sabría antes que el mercado qué iba a suceder? Si hubieran estado dispuestos a ello, ¿no habrían podido utilizar ese conocimiento de numerosas maneras?

Tal vez, si se hubieran formulado las preguntas correctas —o incluso si las hubiera—, habría tenido sentido la presencia de Ken en la audiencia. Se podría haber ganado terreno, si no claridad, hacia la comprensión de los tentáculos que conectan GameStop, Melvin, Robinhood y el sistema en su integridad.

Pero tal como fueron las cosas, la participación de Ken, que apenas si llegó a parpadear, parecía haber aportado tanta claridad como las dos plantas detrás de él. La verdad era que tenía toda la pinta de que el Comité de la Cámara no había convocado a Ken para que respondiera a preguntas sobre GameStop. Lo habían convocado para demostrarse a sí mismos que aún podían hacerlo.

Y Ken les había concedido cinco horas y media de su tiempo. Lo cual, según él, era más de lo que este absurdo momento en la historia merecía.

Después de todo, Ken no era ningún chaval con un póster de un gato y una bola 8 mágica sentado en un sótano de algún suburbio de Boston. Era el CEO de Citadel.

Y tenía una economía que dirigir.

Capítulo veintiocho

Y de nuevo la cámara
se
encendió.

—Gracias, presidenta Waters... Me alegra poder hablar con el comité sobre mis compras de acciones de GameStop y mis exposiciones sobre su valor justo en redes sociales. Es cierto que mi inversión en la empresa multiplicó su valor muchas veces. Por ello me siento enormemente afortunado. También creo que el precio actual de las acciones demuestra que tenía razón sobre la compañía...

En cierto modo, la situación era surrealista y rutinaria al mismo tiempo: Keith Gill sentado en su silla de piel sintética de *Juego de Tronos* frente a su escritorio en el sótano de su casa, hablando por un micrófono articulado rojo brillante. La pizarra blanca situada a su espalda de la que sólo colgaba su póster favorito de gato: un gatito agarrándose a una rama con una pata, con el lema «Hang in there!».

—Hay algunas cosas que no soy. No soy un gato. No soy un inversor institucional. Tampoco soy un fondo de inversión de alto riesgo...

Pero ese día, el pañuelo rojo no estaba atado alrededor de la cabeza de Keith, sino que colgaba de una esquina del póster, del todo visible a la cámara, tal vez un guiño a lo significativo del acontecimiento. Otro guiño: había sustituido sus coloridas camisetas, que con frecuencia exhibían más gatos o eslóganes de videojuegos, por una chaqueta de traje bien planchada y una corbata bien anudada. Es cierto que la chaqueta parecía recién salida de la bolsa de la tintorería y que la corbata brillaba tanto que si se le daba la vuelta seguro que todavía tenía la etiqueta del

precio pegada. Pero no cabía duda, Keith se estaba tomando eso en serio, y aunque no parecía del todo anonadado como su homólogo Gabe Plotkin, estaba claro que, como decía el antiguo programa infantil, «una de estas cosas no es como las otras».

—Sólo soy un individuo cuya inversión en GameStop y publicaciones en redes sociales se basaron en mi propia investigación y análisis...

Desde que se hizo pública la lista de testigos, había ido creciendo la sensación de que él no pertenecía a la alineación de profesionales altamente sofisticados que habían sido convocados a la audiencia en el Congreso. Vlad Tenev, CEO de Robinhood Markets, Inc.; Kenneth C. Griffin, CEO de Citadel LLC; Gabriel Plotkin, CEO de Melvin Capital Management LP; Steve Huffman, CEO y cofundador de Reddit.

Keith Gill.

Sin cargo, sin una descripción impresionante, ni siquiera un amistoso Brockton (Massachusetts). Sólo un tipo llamado Keith Gill.

Dos factores importantes, basados por completo en la información disponible públicamente, me hicieron confiar en que GameStop estaba infravalorada. En primer lugar, el mercado estaba subestimando las posibilidades empresariales existentes de GameStop y sobreestimando la probabilidad de quiebra. Crecí jugando a los videojuegos y comprando en GameStop, y pienso seguir haciéndolo...

Un tipo que al menos «sobre el papel», y a pesar de la espectacular caída del precio de las acciones de GME desde que Robinhood había abierto un hueco en el *short squeeze*, todavía estaba valorado en cerca de 20 millones de dólares.

—En segundo lugar, creo que dentro de la industria del videojuego de doscientos mil millones de dólares, y en rápido crecimiento, GameStop tiene el potencial de reinventarse como el destino definitivo para los *gamers*...

Aunque por el momento Keith había interrumpido sus GME YOLO Update para lidiar con las crecientes repercusiones de lo que —posiblemente— había iniciado, y también había desaparecido

una temporada de YouTube para estar con su familia y protegerse de un nivel de atención que ni siquiera alguien que hubiera aspirado a desarrollar una carrera deportiva profesional podría haber imaginado, su tesis no había cambiado, así como tampoco había disminuido su creencia en GameStop. Si no hubiera sido por la atención de los medios de comunicación, es muy probable que hubiese estado exactamente en el mismo sitio: confesando su amor por GME a la cámara, con audiencia en el Congreso o sin ella.

—Cuando escribí y hablé sobre GameStop en redes sociales con otros inversores minoristas, nuestras conversaciones no eran diferentes de las que la gente mantiene en un bar, o en un campo de golf, o en casa, hablando o discutiendo sobre una acción...

Porque seguía creyendo, y siempre creería, que profesar el amor por una empresa como GameStop era tan correcto, justo, legal —y, en realidad, algo tan estadounidense— como el propio mercado de valores.

Como él mismo dijo en sus propias palabras cuando se acercaba al final de su declaración inicial ante el Comité de la Cámara de Representantes, a los millones de personas que podrían estar viendo la transmisión en directo, y a los rostros de los otros actores del drama que se había celebrado —Gabe Plotkin, Vlad Tenev, Ken Griffin— y a los que veía «en persona» por primera vez, el hecho de que se hubiera comunicado a través de «plataformas de redes sociales», en lugar de hacerlo de pie al frente de una sala de juntas en una oficina de Wall Street o a través de Zoom a un equipo de analistas o gestores de cartera, no supuso ninguna diferencia.

—La idea de que utilicé las redes sociales para promocionar las acciones de GameStop entre inversores inconscientes e influir en el mercado es ridícula.

Como si Keith Gill, que una vez estuvo a punto de correr la milla en cuatro minutos, hijo de un camionero y de una enfermera, un tipo que había pasado la mayor parte de su vida adulta en paro o con poco trabajo, hubiera podido engañar a alguien para que comprara GME.

—Mis publicaciones no ocasionaron el movimiento de miles

de millones de dólares en acciones de GameStop.

Como si Keith Gill hubiera podido provocar personalmente una revolución que casi había hecho caer a uno de los mayores fondos de inversión de alto riesgo de Wall Street.

Era una idea ridícula, un disparate. Una revolución como ésa provenía de algún sitio mucho más profundo que una reunión de «patanes» y «retrasados» en algún subreddit en el sótano de internet. Una revolución como ésa procedía incluso de algo mucho más profundo que la maldita investigación a fondo de un tipo en su sótano, un chaval de Brockton.

Cuando por fin Keith terminó su testimonio —cuando logró sobrevivir a las cinco horas y media de audiencia, tras responder apenas a unas cuantas preguntas porque, al fin y al cabo, ¿quién era él?—, apagó la cámara, miró los comentarios que parpadeaban uno tras otro en el foro de WallStreetBets, y pasó a su cuenta de trading.

Mientras miraba ese hermoso símbolo bursátil, GME, multiplicado cincuenta mil veces, una por cada acción que aún conservaba, supo lo que tenía que hacer a continuación.

¡Comprar más!

Porque, bueno, después de todo.

Le gustaba mucho el valor.

Capítulo veintinueve

Quinientos cuarenta de la avenida Madison, trigésimo segundo piso. A tiro de piedra de Melvin Capital de Gabe Plotkin, cinco edificios más allá y diez pisos más arriba.

Una oficina parecida de cristal y acero, también vacía, silenciosa y oscura. Otro barco fantasma flotando en el mar de rascacielos desocupados, los ventanales, como ojos de buey, asomándose a un paisaje que en su mayor parte permanece frío y desolado. Otro núcleo prácticamente sin vida, el corazón de un cadáver que, al igual que Melvin, aún conservaba ese sistema circulatorio en funcionamiento, venas y capilares que se extendían como los radios de una rueda a oficinas temporales y segundas residencias en todo el mundo.

En una de esas oficinas temporales, en una de esas segundas residencias, Richard Mashaal, CEO de Senvest Management, se alejó de su ordenador y se apoyó en la silla, dejó que la tensión desapareciera por fin de cara, cuello y hombros. Solía cuidar su aspecto, e ir bien peinado; pero en ese momento estaba algo desaliñado. Tenía el pelo revuelto y se había desabrochado uno de los botones de la camisa. Llevaba la manga izquierda demasiado remangada y la chaqueta del traje se había caído del respaldo de la silla al suelo, aunque eso le importaba un bledo. Parecía venir de la guerra, lo cual tenía sentido, porque lo que acababa de experimentar era lo más parecido al equivalente financiero a una batalla campal. Una experiencia profunda, que cambiaría su carrera; pero a diferencia de su homólogo localizado cinco edificios más allá, Richard no había perdido la contienda. Al contrario, su victoria era tan rotunda que pasaría a los anales de Wall Street como una de las mejores operaciones que se hayan hecho jamás.

A diferencia de muchos de sus homólogos de Wall Street,

Richard no era una celebridad financiera. «Mashaal» estaba lejos de ser un nombre conocido; y ni siquiera lo era en el minoritario mundo de los fondos de inversión de alto riesgo. Parte de ese anonimato era por decisión propia; Richard y Brian Gonick, su codirector de inversiones, no se habían esforzado demasiado por mezclarse con el equipo de los fondos de inversión de alto riesgo, incluso cuando su negocio había crecido desde una pequeña semilla de 5 millones de dólares a principios de los años noventa, principalmente de amigos y familiares, a una valoración prepandémica de 2.000 millones de dólares, todavía relativamente pequeña pero del todo respetable.

Teniendo en cuenta el perfil de inversión único de su empresa, no era de extrañar su actitud un tanto distante y altiva. El enfoque contrario a los valores públicos no era para todo el mundo; buscar e invertir en valores poco valorados, desestimados, incomprendidos y, sí, poco queridos, tenía un riesgo inherente. Meter dinero en empresas que la mayoría de los fondos evitaba, o contra las que apostaban, era una estrategia volátil, y que rendía un balance que nunca discurría en línea recta. Hubo trimestres y años malos, pero cuando Richard y su equipo elegían bien, las ganancias podían ser impresionantes. En tanto que inversor contrario, no era necesario acertar a menudo, porque cuando uno lo hacía, lo hacía a lo grande.

Es probable que la tendencia de Richard a nadar a contracorriente tuviera que ver con su origen; había crecido en Montreal, no en Nueva York. Su padre era un empresario que había amasado parte de su fortuna mediante la importación a Canadá de los minúsculos y omnipresentes sensores antirrobo que se colocan en las mangas y los forros de la ropa en la mayoría de las tiendas de todo el mundo. Después de estudiar en Wharton y en la Universidad de Chicago, Richard regresó a Canadá para centrarse en la rama de capital público de la empresa familiar, que luego se transformó en su fondo —Senvest Management, nombre inspirado en los sensores de su padre—, con sede en Nueva York, capital financiera del mundo.

Aunque a lo largo de la siguiente década algunas de las

victorias más notables de Senvest fueron en el lado de las inversiones en corto —en particular, una posición corta en Insys Therapeutics, empresa biomédica que supuestamente había impulsado una forma sintética de fentanilo a través de relaciones turbias, estimuladas por sobornos a médicos corruptos—, Richard y Brian siempre habían estado más interesados en identificar diamantes en bruto; empresas a las que el resto de Wall Street había dado la espalda, pero que todavía tenían potencial de transformación. Y cuando Senvest tomaba una posición larga, no solían quedarse al margen, mirar la pantalla de acciones y rezar; les gustaba involucrarse. Cuando compraban acciones, se consideraban copropietarios de la empresa y colaboraban regularmente con el equipo directivo, tratando de empujarla en una dirección que fuera beneficiosa para todos.

Cuando a principios de septiembre de 2020, Richard, Brian y el equipo de Senvest se tropezaron con GameStop, las acciones cotizaban entre 6 y 7 dólares, y por lo que parecía una buena razón. El mundo estaba pasando con rapidez a ser digital, mientras que GameStop se había quedado estancada en lo físico: tiendas, cartuchos y discos de juegos, consolas de plástico. La dirección también parecía ser miope de forma anacrónica, incapaz de aprovechar las ventajas naturales que la empresa podría tener en el floreciente espacio de los videojuegos. No era de extrañar que el valor tuviera un volumen de ventas a corto plazo tan grande: cualquiera que hubiera abierto un libro empresarial podía oler a 1.000 kilómetros de distancia que «el cubito de hielo se derretía».

Pero Richard y Brian también vieron algo más. De forma similar a lo que había observado Michael Burry, Microsoft y PlayStation estaban a punto de lanzar nuevas versiones de sus dispositivos de juego: consolas físicas, que debían comprarse en algún sitio, no descargarse a través de la magia de internet. Y, en segundo lugar, y quizá más importante, Ryan Cohen, el genio del comercio electrónico que había superado a Amazon en el multimillonario dominio en línea de alimentos para mascotas, había invertido en el valor y había intervenido, además, en la refriega con su airada carta a la junta directiva de GameStop.

En ese océano rojo, para el equipo de Senvest parecían dos indicadores positivos de que la transformación no era la apuesta descabellada que podría parecer. Además, el disparatado volumen de ventas a corto, que en ese momento rozaba el cien por cien del valor flotante, era una locura. En sí mismo, esto era atractivo; todos esos vendedores en corto necesitaban pedir prestadas las acciones a alguien que quisiera vender, y prestando esas acciones, un fondo como Senvest podía obtener una rentabilidad bastante estable.

Así que tomaron la decisión, y el equipo de Richard empezó a comprar. Al principio, con calma y discreción, porque lo último que quería un fondo era que se supiera que estaba comprando acciones de lo que consideraba un valor infravalorado. Fueron adquiriendo acciones poco a poco, empezando por una posición lo suficientemente pequeña para no impactar en el mercado. Una posición del 2 por ciento, que se convirtió en el 3 por ciento, y cuanto más convencidos estaban Richard y Brian de tener algo grande entre manos, más hundían sus pies en las aguas revueltas.

Cuando llegaron a poseer el 5 por ciento de las acciones, se les exigió que declararan su posición a la SEC —notificando al público lo que estaban haciendo—, pero, aun así, de alguna manera, su interés pasó prácticamente desapercibido, tal vez porque para entonces los medios de comunicación empresariales estaban distraídos con el drama que se estaba desarrollando entre la gente de WallStreetBets y Melvin. Un pequeño fondo nacido en Montreal que lleva el nombre de un sensor antirrobo no podía competir con un relato tan cinematográfico de David contra Goliat.

Cuando el valor comenzó a dispararse de verdad, Senvest había adquirido alrededor del 7 por ciento de las acciones disponibles. No era la inversión que había llevado a cabo Ryan Cohen, pero era suficiente para de repente tener voz en la dirección de la empresa y, como era su costumbre, Richard y su equipo se pusieron a trabajar de inmediato para impulsar a la compañía hacia la transformación que creían posible. Entre finales de 2020 y principios de enero, hicieron todo lo posible por convencer al consejo de administración de GameStop de que dejara

de pelear con Cohen y lo metiera dentro. Aunque Senvest ya había duplicado, y luego triplicado, su inversión, sabían que si Cohen ayudaba a tomar las decisiones, GameStop podría en verdad tener la oportunidad de convertirse en un gigante del comercio electrónico en lugar de seguir siendo un envejecido dinosaurio del sector de la venta al por menor.

Cuando el 11 de enero se anunció que la dirección había escuchado sus sugerencias y que Cohen se incorporaba al consejo de administración de la empresa, Richard supo que se había prendido oficialmente la mecha. Cuando las acciones empezaron a subir, hasta 30 dólares el 13 de enero, y hasta 40 dólares un día después, quedó claro que Senvest estaba sentado sobre una enorme ganancia. La pregunta era: ¿cuánto tiempo podrían surfear esa ola?

Quizá fuera la parte más difícil de invertir: saber cuándo aceptar que se ha ganado. Mientras veían subir las acciones, desde la posición de Richard al otro lado de la operación sólo podía adivinar lo que pensaban Gabe Plotkin y Melvin. En un principio, habían puesto la empresa en corto a unos 40 dólares por acción, y surfeado su propia ola ganadora hasta 5 dólares. Podrían haber salido con una fortuna y, en cambio, de forma inescrutable, habían vuelto a subir hasta 40 dólares y más, y al parecer, habían doblado la apuesta.

Richard no tenía ninguna intención de cometer el mismo error. A principios de la semana del 25 de enero, con el *short squeeze* en pleno apogeo, preparó a su equipo de trading para aceptar la victoria.

Elegir el momento de salir de un valor era tanto un arte como una ciencia. Pero en este caso concreto, en el punto culminante de esta guerra en particular, ese momento llegó a Richard como un cañonazo disparado desde un barco enemigo.

El tuit de Elon Musk —«¡Gamestonk!»— a las 16.08 del 26 de enero, que hizo que las acciones subieran sin parar en una vertiginosa espiral ascendente, destruyendo las posiciones cortas que aún quedaban en pie y desencadenando el caos que sobrevendría poco después, a través de Robinhood, Citadel y cualquier otra persona a la que la teoría de la conspiración del día

decidiera implicar, supuso para Richard una señal clarísima, no podría haber pedido una mejor.

«¡Vamos allá!», dijo a sus operadores, y allí mismo comenzaron el proceso de venta del grueso de sus acciones.

Al día siguiente, ya antes de la salida al mercado, el valor estaba descontrolado. Pero repartido en despachos en ciudades de todo el país, el equipo de Richard vendió en el frenesí a un ritmo vertiginoso, y Richard y Brian fueron los encargados de orquestar la negociación por correo electrónico, texto y Zoom.

Por la tarde, estaba hecho. Senvest había vendido todas sus acciones, con un beneficio de más de 700 millones de dólares. Todo ello, en una sola operación.

En tiempos normales, bajo circunstancias normales, habrían pasado el resto del día celebrándolo. Tapones de corcho de champán por los aires, música a todo volumen, bailes en las mesas, tal vez uno o dos terminales de Bloomberg por los suelos.

En su lugar, Richard Mashaal se sentó solo en su escritorio. Más tarde, iría a dar un largo paseo en bicicleta por la playa, tal vez empezaría a planear un viaje de empresa a Park City para esquiar, la primera vez que la mayoría de ellos se vería desde que la pandemia se había apoderado de sus vidas.

Allí sentado, su mente ya pensaba en el futuro, en cuál podría ser el siguiente movimiento de su empresa. Cuando todo se había vuelto una locura, antes de salir de su posición, uno de los operadores más jóvenes de Richard le había comentado que en los foros de Reddit, a los operadores aficionados les gustaba llamar «tendies» a las ganancias.

Es probable que 700 millones fueran todo el maldito pollo; aun así, lo curioso era que cuando algo sabe tan bien, aunque uno coma mucho, nunca se siente lleno.

Sólo se tiene más hambre.

Después

El 19 de febrero, un día después de la audiencia del Congreso sobre el *short squeeze* que había sacudido al mundo, Keith Gill publicó su primer GME YOLO Update en WallStreetBets en más de dos semanas. Según la captura de pantalla adjunta al post, Keith había añadido un signo de exclamación a su testimonio, invirtiendo más dinero en su inquebrantable creencia de que GameStop no había hecho más que empezar su periplo hacia la era digital, y que no se acercaba a su fin. A pesar de que después de que Robinhood hubiera puesto freno al *short squeeze* impulsado por WSB, el precio de GME se había desplomado desde su máximo de casi 500 dólares por acción hasta 40 dólares, Keith había anunciado, a través de su publicación, que seguía tan optimista como siempre, duplicando su participación a 100.000 acciones, además de 1,5 millones de dólares en opciones.

Si la evolución del precio de GME en las semanas y meses siguientes a la publicación de Keith nos dice algo, es que Keith no era el único enamorado del valor; aunque durante los días siguientes, el precio se mantuvo estable en 40 dólares, al final de la semana GME volvió a dispararse. Aún no está claro el ímpetu de la repentina subida —de un cierre de unos 45 dólares por acción el miércoles 23 de febrero a un asombroso máximo de 142,90 dólares el 26 de febrero—; sin embargo, es probable que haya tenido varias causas: el apoyo ininterrumpido de Keith que aglutinó a los fieles de WSB, que para entonces se acercaba a la vertiginosa cifra de diez millones de suscriptores. La dimisión del director financiero de GameStop, Jim Bell, que puede haber representado un cambio en la estrategia de futuro, para alinearse más con los sueños digitales para la empresa de Ryan Cohen y quienes le apoyaban. Y un críptico tuit del propio Cohen, que acabó en Twit-

ter a las 13.57 del día 24, en el que aparecía la foto de un cono de helado de McDonald's bajo el emoji de una rana. A pesar de que Cohen no incluyó ninguna explicación, muchos supusieron que estaba anunciando al mundo que tenía la intención de solucionar los problemas de GameStop del mismo modo que McDonald's se había propuesto arreglar sus famosas y poco fiables máquinas de helado.

Sea cual fuera el motivo inicial, la montaña rusa de GME volvió a ponerse en marcha; durante las siguientes doce semanas, el precio del valor llegó a oscilar hasta 283 dólares y continuó su volátil sube y baja en tanto que más noticias continuaron alimentando la narrativa de que por fin GameStop había visto la luz e iba a intentar cambiar sus fundamentos para que coincidieran con mayor precisión con su valoración de repente disparada. Para ello, para reducir su deuda e invertir en un futuro centrado en la red, la empresa vendió 3,5 millones de acciones, recaudando más de 500 millones de dólares. George Sherman, CEO de GameStop, anunció que dejaba el cargo con una remuneración de 179 millones de dólares, un feliz accidente en la vertiginosa subida del precio de la acción, no relacionado con el rendimiento en el sentido tradicional. Ryan Cohen fue nombrado presidente, lo que ejemplificaba la intención de la dirección de aprovechar el momento a su favor, ya que apuntaron directamente a convertir GameStop en el gigante del comercio electrónico que Keith Gill siempre había creído que podía ser.

En el momento de escribir estas líneas, las acciones siguen cotizando a unos buenos 159,48 dólares, lo que sitúa la valoración de la empresa en más de 11.000 millones de dólares. Queda por ver si esta valoración es de algún modo razonable —si Keith Gill tiene razón, si en lugar de un retroceso del sector de la venta al por menor, como Blockbuster, GameStop puede cumplir con su nueva misión de convertirse en el Amazon de los videojuegos—, o si todo este tiempo los vendedores en corto han sido clarividentes y la cortina de humo de este delirio compartido e inspirado en Reddit al final se disipará, y las acciones volverán a caer en picado de vuelta a la Tierra.

Pero la pregunta más importante podría ser: ¿importa en realidad lo que haga la dirección de GameStop? En el mundo hacia el que nos dirigimos, en el que un grupo de aficionados en una red social puede provocar movimientos en los mercados, ¿tendrán los fundamentos de la empresa —los fundamentos de cualquier empresa— alguna relación con el precio de sus acciones?

¿Cómo es posible que un tuit bien construido, o un meme en especial gracioso, o una inspiradora GME YOLO Update pueda cambiar en miles de millones de dólares la valoración de una empresa?

En semejante revolucionario futuro post-GameStop, ¿existe realmente algún cubo de hielo que se esté derritiendo? ¿O acaso ahora todas las acciones —quizá el propio mercado— se parecen más a un globo libre de ataduras?

Cuando se clava un alfiler en un globo, éste no cae al suelo en picado. Sale disparado en ángulos raros, a veces se eleva a alturas extremas, gira y gira en espiral, sube y baja, hasta que al final se queda sin aire. Entonces puede volver al suelo; o puede desafiar la racionalidad y la razón, quedar atrapado en un fuerte viento y subir y subir para siempre.

Agradecimientos

En primer lugar, tengo que dar las gracias a mis hijos, Asher y Arya, por arrastrarme a todas las tiendas de GameStop por las que hemos pasado, ya sea andando o en coche; cuando esta historia apareció por primera vez en los medios de comunicación y empecé a recibir llamadas de todos mis conocidos diciéndome que era algo sobre lo que debía escribir, yo ya estaba más que listo. Gracias también a mis brillantes agentes, Eric Simonoff y Matt Snyder, que hicieron dos de esas llamadas, empujándome a sumergirme en esta loca madriguera. También estoy en deuda con mi fantástico editor, Wes Miller, por trabajar sin descanso durante este año tan extraño para ayudar a que ésta sea una de las mejores experiencias de escritura de mi carrera; y con Andy Dodds, por ayudar a organizar una gira de promoción en un momento tan inusual. Gracias también a mi increíble equipo en Hollywood por su fe, su ánimo y su creatividad —Mike Deluca, que lleva conmigo desde Las Vegas, Pam Abdy y Katie Martin Kelley— y al megaproductor Aaron Ryder, cuyas películas me entusiasman desde hace años. También me gustaría dar infinitas gracias a nuestras guionistas, Lauren Schuker Blum y Rebecca Angelo; estoy deseando ver lo que hacen con esto.

Un proyecto como éste vive y muere por sus fuentes. He tenido la suerte de contar con la ayuda y la perspicacia de muchas personas, la mayoría de las cuales deben permanecer en el anonimato. Un agradecimiento especial a Ross Gerber, que me enseñó muchas cosas sobre Tesla y el mundo de las finanzas. Gracias también a Ben Wehrman, uno de mis gurús en Twitter, y al propio Twitter, que junto con Reddit y los recursos que ambos proporcionaron hicieron posible este libro.

Como siempre, lo más importante, gracias a Tonya, mi arma

secreta. Y a Asher, Arya, Bugsy, Bagel y mis padres: vosotros hacéis que todo merezca la pena.

Notas

1. Los inversores *deep value* compran empresas que caen en desgracia o tienen problemas operativos graves y cuyas valoraciones caen por debajo del valor contable de sus activos. En castellano, «valor profundo».

1. En el ámbito de la inversión, se puede utilizar Main Street para describir a los inversores particulares en general. Por el contrario, Wall Street representa a los gestores de inversiones profesionales y a los operadores bursátiles. *(Todas las notas al pie son de la traductora.)*

1. Un pago por el flujo de pedidos es la compensación y beneficio que recibe una agencia de corretaje al dirigir órdenes a diferentes partes para que se ejecuten. Como compensación por dirigir el pedido a las diferentes partes, la empresa de corretaje recibe un pequeño pago, por lo general 1 centavo por acción.

1. *Stonks* es una forma de pronunciar mal, a propósito, la palabra «stocks», que en inglés se refiere a los valores en bolsa. Los usuarios lo utilizan para referirse a situaciones sin sentido en bolsa o para reírse de personas que creen haber urdido una buena estrategia para ganar dinero.

1. *Diamond hands* o «manos de diamante» fue el llamamiento más empleado en WSB desde finales de diciembre de 2020, cuando arrancó la batalla de los foreros contra Melvin Capital, y significa el hecho de retener las acciones compradas, de no vender y mantenerse fuerte para que funcione a la perfección el movimiento de asfixia o estrangulamiento de las posiciones cortas.

1. Había una vez una acción que se hizo a la mar, / el nombre de la acción era GME, / el precio se disparó y los cortos se hundieron, / aguantad, mis bravucones, aguantad.

Pronto vendrá *Tendieman*, / y hará llegar nuestro cohete al sol, / un día, cuando la operación esté terminada, / tomaremos nuestras ganancias y nos largaremos... [Traducción aproximada. Se puede escuchar la saloma en <https://www.youtube.com/watch?v=rejpDqQUcV0>] [Consulta: 13/12/2021]

2. No llevaba ni dos semanas en tierra, / cuando Ryan Cohen se unió a la junta, / el capitán llamó a la tripulación y juró, / tomará sus acciones y las mantendrá.

Pronto vendrá *Tendieman*, / y hará llegar nuestro cohete al sol, / un día, cuando la operación esté terminada, /tomaremos nuestras ganancias y nos largaremos...

3. Véase <https://twitter.com/citronresearch/status/1351544479547760642?lang=es>. [Consulta: 13/12/2021]

4. Antes de que la noticia llegara al mercado, / WallStreetBets apareció y lo compró, / sabían que con manos de diamante saldrían ganando, / sólo si lograban aguantar.

Pronto vendrá *Tendieman*, / y hará llegar nuestro cohete al sol, / un día, cuando la operación esté terminada, / tomaremos nuestras ganancias y nos largaremos...

1. La «teoría del cisne negro» es una metáfora que describe un suceso sorpresivo y de gran impacto socioeconómico y que una vez pasado se racionaliza de manera retrospectiva, haciendo que parezca predecible o explicable, y dando la impresión de que se esperaba que ocurriera. Fue desarrollada por el filósofo e investigador libanés Nassim Taleb.

1. «We like the stock!» El vídeo meme puede verse aquí: <https://www.youtube.com/watch?v=dDSAtLoOEYk>. [Consulta: 13/12/2021]

1. Lanzallamas creado por Elon Musk. Algunas aduanas aseguraron no permitir su envío, por lo que Musk bromeó sobre cambiarle el nombre por «No es un lanzallamas» y «Dispositivo de mejora de temperatura».

1. Se refiere al libro *Good to Great: ¿Por qué algunas compañías dan el salto a la excelencia y otras no?*, Editorial Reverté, Barcelona, 2021.

1. *Holdear* significa conservar la tenencia de una o varias acciones (o criptomonedas) durante un largo período sin venderlas.

La red antisocial
Ben Mezrich

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada: Sylvia Sans Bassat

© Ben Mezrich, 2021

© de la traducción: Mercedes Vaquero, 2022

© Centro de Libros PAPF, SLU., 2012, 2022
Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPF, SLU.
Av. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2022

ISBN: 978-84-234-3357-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!